

JOSÉ JAVIER ABASOLO

UNA DEL OESTE



Lectulandia

La muerte de un comerciante bilbaíno en un atraco a manos de un yonqui es un suceso trágico, por supuesto, pero banal. El asunto parece estar claro para todo el mundo, menos para el juez de instrucción que, pese a las «sugerencias» de sus superiores jerárquicos, se empeña en mantener abierto el caso.

La trama se complicará al descubrirse que el asesinado es el escritor que se esconde bajo el seudónimo de Colt Duncan, autor-personaje de una serie de novelas del Oeste que en los últimos años han copado el número 1 en las listas de libros más vendidos. Por ese motivo, convencido de que la publicación de su última aventura sería un auténtico bombazo, el editor contrata a un profesor de literatura para localizar esa obra perdida, en el caso de que exista.

Las dos investigaciones acabarán convergiendo sin sospechar que, quizás, en esa novela póstuma, se encuentren las claves de lo sucedido. Una obra donde sorpresivamente, además de plantear una impecable trama policial, Abasolo recupera la diversión y el gusto por las novelas de vaqueros.

Lectulandia

José Javier Abasolo

Una del Oeste

ePub r1.0

Ablewhite 05.06.2018

Título original: *Una del Oeste*
José Javier Abasolo, 2014

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El poeta es un fingidor (Fernando Pessoa).
Pero podía haber dicho perfectamente «el poeta es un impostor».

1

El cartel de madera donde podía leerse el nombre de la población a la que estaba a punto de adentrarse, Laramie, confirmó al jinete que, por fin, había llegado a su destino. Llevaba demasiadas jornadas cabalgando sobre su viejo caballo, mas la fatiga, el cansancio y las noches durmiendo a la intemperie habían merecido la pena. En ningún momento dudó que fuera a conseguirlo, pero comprobarlo constituyó para él un bálsamo mayor que si se hubiese dedicado a dormir durante veinte horas seguidas.

Cualquier observador que lo hubiese acompañado hubiera pensado que, en todo momento, era el caballo, y no su dueño, quien elegía la dirección a seguir, pero se habría equivocado, porque era el jinete quien llevaba el control, aunque sabía hacerlo con suavidad y extrema sutileza, una suavidad y sutileza sorprendentes en alguien que media algo más de seis pies y pesaba casi doscientas libras. Aún así durante unos breves instantes permitió que su montura tomara la iniciativa y se acercara a un abrevadero, donde pudo reponerse del largo viaje que había tenido que completar soportando su peso. Cuando su montura se hubo saciado tomó nuevamente el mando y, al igual que su fiel animal, también él pensó que había llegado la hora de aplacar la sed, aunque no era agua, precisamente, lo que iba a saciarla.

El *saloon*, al menos externamente, era igual a otros cientos que podían verse y visitarse a lo largo de la totalidad de los estados y territorios del Oeste, y cuando penetró en su interior comprobó, en cierto modo con satisfacción, que también era idéntico por dentro. Los mismos grupos de hombres jugando al póquer, las mismas mujeres intentando que los ganadores de la partida se gastaran en ellas (o, al menos, con ellas) sus ganancias, los mismos vaqueros sedientos que tomaban de un trago el contenido de sus vasos y el mismo camarero que miraba inquisitivamente a su alrededor mientras limpiaba compulsivamente las copas usadas y observaba de reojo, de vez en cuando, la escopeta que ocultaba bajo el mostrador.

Había una cosa que no variaba nunca fuera a donde fuese. Cada vez que entraba en un local como aquel todas las conversaciones quedaban suspendidas durante unos segundos mientras los ojos de los presentes le miraban como si quisieran averiguar, tal vez por arte de magia, quién era, a qué se dedicaba y por qué había ido a recalar a esa población. Y los habitantes de Laramie no eran una excepción, así que durante unos breves instantes, tras empujar las puertas batientes que lo separaban del exterior y adentrarse en el *saloon*, todas las miradas convergieron en su persona. Pero al igual que solía suceder en el resto de lugares que había visitado, muy pronto dejaron de interesarse por él y continuaron con lo que estaban haciendo, lo que le permitió acercarse sosegadamente hasta el mostrador.

—¿Forastero? —le preguntó el barman, sin dejar de limpiar frenéticamente unos vasos que se resistían a ser despojados, sin luchar, de la mugre que habían acumulado tras años de dedicación exclusiva.

Evidentemente se trataba de un tipo listo, pensó el recién llegado. Era una injusticia que tuviera que ganarse las lentejas sirviendo bebidas en un *saloon*, en lugar de ser gobernador del territorio de Wyoming, pero la vida es así, reflexionó filosóficamente, aunque se limitó a asentir y decir que sí, que era forastero.

—¿Desea beber algo?

Listo e intuitivo, se reafirmó el hombre, decididamente la vida no había sido justa con el camarero.

—La verdad es que no me apetece tomar nada. He entrado porque estaba interesado en comprar el local, pero mientras me decido no rechazaría un vaso de *whisky* y una cerveza, si es que son de confianza.

El barman le miró con cara de no haber entendido muy bien lo que acababa de escuchar, antes de decirle que allí todo era de confianza.

—Lo de comprar el local es una broma, ¿no? —añadió finalmente, mientras le salía humo por las orejas.

—Sí, pero lo del *whisky* y la cerveza no.

El barman pareció comprender y en pocos segundos, demostrando que al menos estaba capacitado para el oficio que ejercía, puso sobre el mostrador las bebidas que su nuevo cliente le había solicitado. Este se tomó de un trago la cerveza, con ostensibles gestos de satisfacción, y empezó a paladear lentamente el *whisky*.

—De primera, tengo que admitirlo. Quizás finalmente sí me decida a comprar el local.

Iba a llevarse nuevamente el vaso de *whisky* a los labios cuando un vozarrón le obligó a dejarlo suspendido a medio camino entre el mostrador y su boca.

—Así que tenemos entre nosotros a un gracioso, ¿no? Un forastero gracioso. Quizás habría que explicarle que a nosotros no nos gustan los forasteros, sobre todo cuando se las dan de graciosos.

El así aludido miró al hombre que acababa de hablar. Su cuerpo se correspondía con su voz, todo en él parecía inmenso, aunque tras una segunda visión estaba claro que en parte su aparentemente fuerte corpachón se debía más a la grasa que al músculo y que su espesa y desordenada barba negra no era más que un ardid para ocultar la inmensa papada que el comer y beber de manera desmesurada había hecho aflorar en su rostro. Incluso, a pesar de la distancia que les separaba, se percató de que necesitaba bañarse con urgencia, aunque seguramente desconocía el significado de la palabra «higiene», pero quizás no fuese él la persona más indicada para reprochárselo. Si alguien necesitaba ducharse más que el respirar era precisamente él.

Por lo demás, del voceras se desprendía un evidente hálito de autoridad, y estaba claro que el resto de la gente le respetaba o le temía. Enseguida comprobó que unos cuantos clientes se arremolinaban a su alrededor como si fuese su líder natural, posiblemente sería el capataz de algún rancho cercano. Todo eso lo comprobó en un par de segundos, antes de girarse de nuevo y beberse de un trago el resto de su *whisky*. Gracias al espejo que había detrás del mostrador pudo comprobar cómo se

crispaba la cara de su interlocutor.

—No me gusta que la gente me de la espalda cuando les hablo, forastero —gritó de nuevo el gigantón. Parecía imposible que su voz sonara más fuerte que en la ocasión anterior, pero lo había conseguido.

—Perdone, ¿me hablaba a mí? Le ruego que me disculpe, pero es que soy un poco duro de oído y no he escuchado lo que acaba de decirme, ni siquiera me he dado cuenta de que estaba hablando conmigo. ¿Tendría la inmensa amabilidad de repetirme sus palabras?

El rostro del gigantón adquirió varias tonalidades, entre las que destacaron el rojo y el púrpura, antes de que pudiera volver a hablar, venciendo la congestión que se estaba apoderando de su persona.

—Te he dicho que no nos gustan los forasteros, y si son graciosos y se creen muy listos menos aún, así que más te vale abandonar Laramie antes de una hora.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó, pasándose al tuteo—. ¿Era eso? Pero si acabo de llegar, déjame descansar al menos un par de días.

—He dicho una hora y no acostumbro a repetir mis órdenes dos veces, así que será mejor que obedezcas.

Como si quisieran emular a las aguas del Mar Rojo cuando lo cruzaron Moisés y los judíos que huían de Egipto, el resto de la distinguida clientela del local se fue separando de los dos antagonistas, creándose un inmenso vacío alrededor de ambos. Aún así nadie se movió, quizás porque el temor lo impidiera o porque en el fondo nadie quería perderse lo que se adivinaba que podía ser una hermosa trifulca, salvo un tipo enclenque y canijo, con cara de comadreja, que optó por salir del *saloon* lo más rápido que le permitieron sus pequeñas y torcidas piernas, seguramente previendo la posibilidad de que alguna bala perdida le pudiese desfigurar su hermoso y apolíneo rostro.

—¡Guau, se ve que les impresionas! —exclamó en tono supuestamente admirativo el recién llegado, lo que hizo sonreír al gigantón, incapaz de adivinar la ironía que traslucían esas palabras.

—Así es —contestó henchido de orgullo—, en este pueblo todo el mundo sabe quien es Greg Robinson y que sus palabras son órdenes. Órdenes que deben cumplirse sin perder ni un segundo.

—Ya, entiendo. En ese caso, debo suponer que eres una autoridad, ¿no? ¿Quizás el *sheriff*? Porque no tienes pinta de ser juez o alcalde, ni mucho menos el párroco o el pastor del pueblo. No te ofendas, pero es que no das el tipo, no te imagino dando un sermón para convencer a la gente de que todos son hermanos e hijos de Dios y deben amarse los unos a los otros.

Pese al miedo o respeto que Robinson insuflaba a sus conciudadanos, algunos de los presentes no pudieron reprimir unas hirientes risitas, lo que enfureció aún más al gigantón.

—No, no soy el *sheriff*, ni el juez ni ninguna otra cosa, no lo necesito. Soy el

capataz del «Kane Ranch» y mi autoridad proviene de aquí —señaló los dos revólveres que colgaban de su cinturón, convenientemente enfundados.

—Pues si no eres ninguna de esas cosas, no veo por qué tendría que hacerte caso. Incluso aunque lo fueras... —se sonrió levemente antes de añadir—. La verdad es que me gusta este pueblo, así que prefiero quedarme, si no te importa.

—Sí, sí que me importa —el aspecto de Robinson indicaba que su escasa paciencia se había agotado—. Te he dado una hora, pero empiezo a arrepentirme. Ahora solo tienes un minuto para largarte si no quieres sufrir las consecuencias.

—Te estás poniendo muy pesadito, amigo —la sonrisa no había desaparecido de los labios del recién llegado, pero sus ojos se mostraban vigilantes y atentos a cualquier movimiento—. No entiendo por qué quieres que me largue. Que yo sepa no he hecho nada malo ni he ofendido a nadie. De momento —añadió socarrón.

—Ya te lo he dicho, no nos gustan los forasteros, y menos cuando se las dan de graciosillos.

—Bueno, si es por eso, lo primero tiene remedio, en cuanto lleve varios días en el pueblo dejaré de ser un forastero. Lo segundo es más complicado, me temo, no puedo evitar el tomarme a broma las cosas. Es mi naturaleza, qué le vamos a hacer. Además, serios de verdad, totalmente serios, solo lo están quienes residen en el cementerio. Y más vale que te olvides de lo que querías hacer conmigo si no deseas comprobarlo antes de tiempo.

Si como dicen los prestidigitadores la mano es más rápida que la vista, el recién llegado debía ser el mejor prestidigitador del mundo. Antes de que nadie pudiera parpadear, en su mano derecha se alzó una pistola que detuvo en seco el movimiento que previamente, y sin avisar, había efectuado Robinson hacia su cartuchera.

—Podemos hacerlo de dos maneras —el recién llegado miraba hacia donde estaba el gigantón, pero hablaba de manera que todos le escucharan—, a la tuya, es decir, tirando de gatillo y que sobreviva el más hábil, lo que no estoy seguro de que te convenga, o a la mía, tomándonos juntos una botella de *whisky* y olvidándonos de lo que ha ocurrido. Un *whisky* siempre será mejor que un balazo —de nuevo afloró a sus labios una traviesa sonrisa— y creo que dos tipos como nosotros, que no tienen miedo a nada ni a nadie, deberíamos ser amigos.

Esto último lo dijo para evitar que el capataz del «Kane Ranch» se sintiera humillado porque le hubiese perdonado la vida, pero funcionó, ya que se relajó y avanzó hacia él, extendiéndole la mano.

—Puedes quedarte, forastero, te lo has ganado. Yo me llamo Greg Robinson, ya te lo he dicho. ¿Y tú?

—A lo largo de mi vida, aún corta pero que espero sea muy extensa, he tenido que usar, por desgracia, muchos nombres —contestó el recién llegado mientras respondía al saludo de Robinson—, pero el auténtico es McFree, Duncan McFree.

Un murmullo recorrió el local, pero fue Robinson quien hizo la pregunta que a todos les estaba quemando la lengua.

—¿Duncan McFree? ¿El hombre al que todos llaman Colt Duncan?

—Sí, me temo que ese soy yo, el famoso Colt Duncan —sonrió tristemente al confesarlo—, pero no debéis creer ni la cuarta parte de lo que dicen de mí.

—Con que sea verdad la décima, sería más que suficiente.

—Bueno, dejemos de hablar de mi humilde persona, que soy muy vergonzoso. Camarero —le llamó a voz en grito—, *whisky* y cerveza para todos. También para el *sheriff* —añadió al percatarse de que un hombre que lucía una estrella en el pecho acababa de entrar en el *saloon*. Al parecer la comadreja no se había limitado a huir de la previsible pelea como alma que lleva el diablo, sino que había ido con el cuento al *sheriff* del poblado.

Viendo que el tabernero se mostraba indeciso, sin saber qué hacer, y entendiendo lo que le preocupaba, Duncan McFree sacó de un bolsillo un fajo de billetes y extendió unos cuantos sobre el mostrador.

—Con esto creo que se cubren suficientemente las bebidas y hasta te sobrará para que te pagues una puta.

—Seguro que sí, siempre que estos no le vayan con el cuento a mi mujer —el barman señaló a los parroquianos, que se rieron a carcajadas.

La algarabía se interrumpió cuando el *sheriff*, acercándose a McFree, le dijo que llevaba mucho dinero encima para ser un simple vaquero.

—Es que soy muy ahorrador, *sheriff* —le replicó McFree—. Además, no soy un simple vaquero, debería saberlo si es cierto que mi fama me ha precedido.

—No me gustan los pistoleros —le contestó el *sheriff*, adusto.

—A mí tampoco, *sheriff*. Por eso he tenido que hacer muchas de las cosas que se me achacan. Para librarme de ellos —por primera vez desde que entró en el local, los ojos de Duncan McFree dejaron de sonreír.

—No tengo nada contra usted, en mi oficina no hay ninguna orden de búsqueda y captura, y mientras cumpla la ley tampoco puedo obligarle a que se vaya del pueblo, pero estaré atento, muy atento a lo que hace. Ya lo sabe, McFree.

—Me alegra ver un *sheriff* tan celoso de su deber, pero no se confunda conmigo. Esa estrella para mí no significa nada, he conocido *sheriffs* honrados, pero también muchos a los que habría que haber colgado del primer árbol que se hubiese puesto a tiro. Así que solo le respetaré si usted se hace respetar. Pero dejemos de hablar, que tanto darle a la lengua me da sed. ¡Camarero! —volvió a llamarle—, venga ese *whisky* y pon otro a la autoridad aquí presente.

Durante unos minutos todos los clientes del bar se limitaron a beber, mientras comentaban a gritos lo sucedido y se acercaban a McFree para palmearle la espalda y decirle que era un tío grande. Es decir, para hacerle la pelota, no convenía enemistarse con un tipo de su fama y que había demostrado que no llevaba sus armas como adorno. Poco a poco la mayor parte de la clientela fue abandonando el local, entre ellos el *sheriff*, que no había probado su *whisky*, y Robinson y McFree se quedaron solos, el uno junto al otro, sentados en una mesa alejada del mostrador y del

resto de parroquianos que aún permanecían en el interior del *saloon*.

—Si quieres le puedo hablar a mi jefe de ti —le dijo Robinson a su nuevo amigo—, un hombre como tú nos sería muy útil en el rancho.

Duncan McFree pensó que lo único que de él conocía el capataz del «Kane Ranch» era su rapidez con la pistola y que, según se rumoreaba, no le temblaba el dedo índice a la hora de apretar el gatillo y llevarse por delante a todo aquel que le hubiera molestado, así que supuso que, seguramente, su idea no era contratarle para efectuar las labores que habitualmente desempeña un vaquero en un rancho, pero de momento prefirió no volver a enemistarse con él, aunque estaba seguro de que antes o después chocarían de nuevo irremisiblemente. Por eso, del modo más educado que pudo, se limitó a decirle que de momento no necesitaba trabajo.

—Te lo agradezco, pero como has podido comprobar, tengo el dinero suficiente para cubrir mis necesidades e incluso mis vicios.

—Antes o después se te acabarán los dólares. Además, mientras los tengas, siempre habrá quien quiera quitártelos.

—De lo primero estoy completamente seguro —se rio—, y quizás entonces acepte tu oferta. En cuanto a lo otro, si alguien desea suicidarse, qué quieres que te diga, está en su derecho, este es un país libre.

—Así que no necesitas trabajo, pero has decidido quedarte en Laramie durante una temporada —Greg Robinson le miró fijamente a los ojos—. Entonces, ¿qué estás buscando? ¿O a quién?

Duncan McFree miró fijamente al capataz. Quizás, después de todo, no solo fuese una masa de carne sino que también poseía un cerebro. Aunque, por otra parte, no dejaba de ser una pregunta lógica.

—¿Por qué crees que he venido a buscar a alguien?

Greg Robinson se encogió de hombros antes de responderle que en Laramie no había minas de oro ni plata ni tierras disponibles para establecer una granja o un rancho.

—Y tampoco tienes aspecto de tendero o buhonero, así que salvo que seas el nuevo médico, cosa que dudo, supongo que has venido aquí buscando a alguien. Si es así, tal vez pueda ayudarte.

—Tienes razón —admitió McFree, tras unos segundos de silencio—. Estoy buscando a alguien, pero no creo que lo conozcas. Se hace llamar Hopkins, aunque no estoy seguro del todo de que ese sea su nombre, pero es conocido como «El Impostor».

—Bonito apodo —dijo Robinson—, aunque no conozco a nadie al que le llamen de ese modo, ni tampoco a ningún Hopkins. ¿Puedes darme algún dato más?

—En realidad solo sé de él lo que te he dicho, desconozco si es alto o bajo, gordo o flaco, rubio o moreno, zurdo o diestro.

—Pues si no sabes nada de eso, me parece que lo tienes chungo —comentó Robinson sus palabras.

—No lo creas —respondió Duncan McFree, con un repentino fulgor en sus ojos—. Cuando le vea sabré que es él, y puedo asegurarte que el día que eso suceda deseará no haber nacido nunca. O quizás sea yo el que desee no haber nacido —finalizó lúgubrementemente, mientras se bebía los restos del *whisky* que aún quedaban en el vaso.

Apenas quedaban quince minutos para las diez de la mañana, la hora de abrir, así que Emiliano Etxebarria sorbió los restos de su café matutino, mordisqueó la última de las galletas maría con las que había acompañado su frugal desayuno y, tras lavarse pulcramente los dientes, se dispuso a salir de su domicilio para dirigirse hasta la tienda de ultramarinos que había heredado de sus padres y regentaba desde hacía más de treinta años. A él le seguía gustando esa palabra, «ultramarinos», que le recordaba su infancia, aunque ya apenas se utilizaba y él mismo había rebautizado su negocio con la palabra más moderna y comercial de «delikatessen». Si su padre levantara la cabeza le miraría ceñudo y silencioso, como solía hacer habitualmente, en señal de desaprobación, pero llevaba más de tres décadas muerto y enterrado por lo que, salvo que de repente bajaran del cielo unos cuantos ángeles haciendo sonar las trompetas del Apocalipsis y resucitando a los muertos para que acudieran al Juicio Final, lo que no era previsible que ocurriera, al menos ese día, la aprobación o desaprobación de su viejo le era totalmente indiferente.

Sonrió al pensar en la palabra que había utilizado para referirse a su difunto padre, su viejo. Aunque era perfectamente consciente de que usada en ese contexto no tenía que ver con la edad, se dio cuenta de que, si quería ser sincero, tenía que aceptar que en esos momentos el viejo era él. Acababa de cumplir sesenta y tres tacos y aunque se sentía relativamente satisfecho de su vida tenía la sensación, no, la sensación no, la certeza de que no había hecho nada de especial a lo largo de su existencia.

Bueno, supongo que no es tan grave, se dijo mirándose al espejo, es lo que le ocurre al noventa y nueve por ciento de la población, añadió sonriendo a su imagen reflejada. Allí, frente a él, podía verse como era en realidad, un tipo calvo, rechoncho, con un espeso bigote negro que podría haber lucido perfectamente una marsopa, bajito y con una sempiterna sonrisa en sus labios. La imagen perfecta del dueño o encargado de una tienda de ultramarinos o una charcutería, pensó casi inconscientemente. Quizás fuera una imagen distorsionada, él había conocido compañeros altos, delgados, con melena o el gesto avinagrado, pero en el imaginario popular los tenderos tenían que ser como él, calvos, gruesos, bajitos y sonrientes, lo del bigote era optativo. Eso daba buena imagen y generaba confianza en la clientela, una confianza que le venía muy bien, sobre todo en estos tiempos de crisis.

Ya salió la consabida palabra, crisis, volvió a decir para sus adentros, pero es que era algo que no podía obviarse, por más optimismo que Emiliano le echara a la vida. Su pequeño negocio lo era todo para él, con él había nacido y había crecido, y en él se fundamentaba su existencia; sin embargo cada día le costaba más y más levantar la persiana.

Seguía disfrutando con la cháchara que le daban las viejucas que se acercaban con el carro no solo a comprarle el género que exhibía en el mostrador sino, sobre todo, a

hablarle de sus dolencias, o a dar consejos a las recién casadas que no sabían distinguir entre el paté y el *foie-gras* o el jamón de recebo y el de bellota, pero de algún modo era consciente de que ese mundo al que desde hace años se aferraba se estaba acabando. Sí, conservaba la lealtad y confianza de su clientela tradicional, pero poco a poco esta se iba mermando y quienes aún entraban en la tienda habían rebajado sus gastos. Las que antes se dejaban una buena cantidad consumiendo ibéricos ahora se decantaban por el jamón serrano y los que no dudaban en llevarse una botella de *whisky* de veinte años para darse un capricho, ahora optaban por adquirir un vino joven, del año. Por paradójico que pudiera parecer, aunque seguía entrando el mismo número de clientes, o quizás más, sus ingresos habían disminuido. Y, por supuesto, los gastos habían aumentado.

De hecho, si no fuera por los ingresos extras que desde hacía cuatro años estaba disfrutando, seguramente habría tenido que cerrar o traspasar el negocio. Y pensar que estuvo a punto de decir que no a la oferta de aquel hombre, que en principio se negó en redondo a hacer negocios con él. Afortunadamente había rectificado y ahora disfrutaba de una economía saneada y no tenía ningún miedo al futuro. Lo único que aquel hombre le había pedido a cambio era que tuviese el pico cerrado, esas fueron las palabras textuales que utilizó, «que tuviera el pico cerrado», lo que no supuso para él ningún esfuerzo adicional. Quizás por ser un hombre de costumbres morigeradas y vida solitaria estaba acostumbrado a ser discreto y aunque su oficio le obligaba a dar conversación a sus clientes, sobre todo a esas personas de edad avanzada que solo aventaban su sempiterna soledad cuando entraban en el colmado, normalmente se limitaba a escuchar y a asentir comprensivamente a las palabras que le decían, mientras con aire triste y resignado contestaba con frases del tipo «hay que ver cómo está el mundo», «parece mentira, con lo que usted ha hecho por ellos», «habría que meter a toda esa gentuza en la cárcel y tirar las llaves al mar» o, la más socorrida, «ánimo, mujer, que Dios aprieta, pero no ahoga». Precisamente de las confesiones, en ocasiones aventuradas e imprudentes, de su clientela, había aprendido el valor de la discreción, por eso no le costó nada aceptar una oferta que, por rara que fuese, lo único que le exigía era que estuviese callado. Además, aunque fuese de tendencia habladora, ¿qué le iba a decir a un posible interrogador si él era un simple hombre de paja que desconocía los intrínquilis del negocio y hasta el nombre de quien puntualmente, dos veces al año, le pasaba la cantidad de dinero convenida?

Al principio estuvo a punto de rechazar la oferta, ya que era tan extraña que pensaba que tendría que haber gato encerrado, pero no se imaginaba cómo podría haber detrás algo delictivo. Ni drogas, ni tráfico de armas, ni trata de blancas ni ninguna de esas cosas que solía ver en sus series favoritas de televisión. ¿Blanqueo de dinero? Parecía lo más probable, sin embargo el hombre que le hizo la oferta no le puso ninguna pega cuando le preguntó si podía declarar esos ingresos extras a Hacienda. No lo hizo, por supuesto, no era tan ingenuo, solo quería probar a aquel hombre, y la verdad es que su respuesta le descolocó aún más de lo que estaba.

Finalmente optó por no devanarse más los sesos y limitarse a comprobar cómo periódicamente ingresaban en su cuenta corriente la cantidad en la que habían evaluado sus servicios.

Todos esos pensamientos no le ocuparon demasiado tiempo, apenas el que transcurrió entre preparar el género y la tienda y levantar de nuevo la persiana para permitir que entraran los clientes. Luego, cuando los habituales, prácticamente eran siempre las mismas personas las que acudían a su establecimiento, empezaron a llegar, se olvidó de esa historia y se centró en lo que mejor sabía hacer, dar conversación a sus parroquianos mientras ponderaba las excelencias de los productos que exhibía tras los cristales del mostrador.

Sumido en sus pensamientos no se percató de que había abierto el establecimiento unos minutos antes de lo que solía hacerlo habitualmente. En otra época más tiempo de trabajo habría significado más ingresos, pero ahora era absurdo apresurarse. Aún así, una vez levantada la persiana, no tenía sentido bajarla para volver a subirla a los pocos instantes. Además, una clienta ya se había colado. Se trataba de una vieja conocida que le pidió cien gramos de mortadela, mientras le decía que, por favor, se lo apuntara. Así hizo Emiliano, con una sonrisa en los labios, apresurándose a tirar a la basura, en cuanto la anciana hubo abandonado la tienda, el papel en el que había anotado la deuda. Conocía desde hacía muchos años a la señora y sabía que con su pensión apenas le llegaba para mantenerse. Quizás por gestos como ese su negocio no había prosperado, aunque tampoco se engañaba, la crisis, con o sin gestos generosos, también había golpeado su puerta, como la de muchos conciudadanos, y antes o después habría tenido que cerrar, si no hubiese tenido ese salvavidas en forma de ingresos extraordinarios y totalmente atípicos.

Otra de las consecuencias de la crisis es que cada vez se veía merodear más por la ciudad a tipos como el que se estaba paseando nerviosamente por la acera mientras echaba vistazos furtivos, aunque no tanto como para que él no se percatara de ello, a la tienda. Jóvenes con aspecto de mendigos, o quizás de drogadictos, qué más daba, cuya sola presencia ya era inquietante para las buenas gentes de la ciudad y más cuando se trataba de comerciantes con negocios abiertos al público y una caja registradora fácil de asaltar.

Aunque aún no había estado abierto el suficiente tiempo como para que esa caja se fuera llenando, Emiliano Etxebarria siempre tenía dinero en metálico, siguiendo la recomendación de un amigo policía. Si encuentran pasta fresca seguramente te dejarán en paz, pero si no hay nada es muy posible que descarguen su frustración en tu persona de un modo violento y muy desagradable, le dijo en una ocasión y como le pareció un consejo razonable, así procedió desde aquel día. Y, por descontado, si el joven que estaba merodeando entraba y le exigía que le diera todo el contenido de la caja, lo haría sin dudarle ni un instante, incluso el dinero que llevaba en su cartera, dentro de un bolsillo del pantalón, sin esperar a que se lo pidiera. El cementerio estaba lleno de héroes y él no tenía prisa por ir a residir a uno de ellos, aunque como

el de Bilbao ostentara el curioso nombre, para un camposanto al menos, de Vista Alegre.

Las dudas de los dos, del comerciante y del joven intranquilo, se disiparon cuando este último, tras observar que el terreno estaba despejado, tomó la súbita decisión de entrar en la tienda y, sacando una pistola (o quizás un revólver, pese a haber visto muchas películas de ese tipo Emiliano era incapaz de distinguir la diferencia entre ambos tipos de arma) le conminó a que le entregara todo el dinero que tenía en el establecimiento, lo que hizo al instante no sin gran nerviosismo. Se había preparado mentalmente para ese momento, sabía que por pura estadística antes o después le tocaría a él ser víctima de un atraco, pero la teoría y la práctica no siempre coincidían, y por mucho que se hubiese preparado, cuando llegó el momento reaccionó como todos, con las piernas temblorosas y pidiéndole al asaltante, al borde de las lágrimas, que por favor no le hiciera daño.

Por desgracia, el que quizás no estaba preparado para ese momento era, precisamente, el atracador, ya que en lugar de hacer como en la película de Woody Allen, coger el dinero y correr, cuando Emiliano aún lo estaba sacando de la caja le disparó un tiro a bocajarro, solo uno, pero que le atravesó la cabeza y le mató al instante, dejándole tendido sobre el mostrador.

A cara descubierta, y mientras los transeúntes que desde fuera habían sido testigos del suceso, si no oculares sí auditivos, huían despavoridos al ver salir a un hombre con un arma en la mano y ojos de loco, este hizo amago de alejarse de la tienda y huir, pero la inoportuna llegada de un coche de la Policía Municipal se lo impidió. Cuando le instaron a tirar su arma al suelo, por toda contestación apretó de nuevo el gatillo, aunque antes de comprobar si había dado en el blanco él también cayó al suelo. Uno de los dos agentes que le habían dado el alto, el que había disparado contra él, intentó reanimarlo, pero en vano. Antes de que llegara a donde estaba caído, ya había fallecido.

3

Aquel era el primer caso de muerte violenta que llevaba Estepan Azkarate desde que había ingresado en la carrera judicial, hacía ya casi tres años, por eso deseaba ser extremadamente minucioso en su instrucción pese a que, aparentemente, el asunto era de lo más sencillo y lo más lógico sería cerrar definitivamente las diligencias incoadas, como todo el mundo, incluso compañeros con los que había comentado el tema, le aconsejaban, pero él prefería ser prudente y no dar ningún paso en falso antes de dar por finiquitado el asunto.

Azkarate aún creía en la justicia, por extraño que pareciera, ya que hasta algunos de sus profesores de la Escuela Judicial se habían reído abiertamente de él cuando lo proclamaba explícitamente, pero aún así todavía no se había maleado lo suficiente para abdicar de sus principios. Por eso, porque creía en la justicia, optó por preparar las oposiciones a juez cuando acabó la carrera de Derecho, pese a que siendo, como era, el número uno de su promoción en Deusto podría haber accedido a puestos mucho más lucrativos. Y por eso mismo había pedido ser destinado, tras tres años de ejercicio en un pequeño pueblo castellano cabeza de partido, en el que el asunto más grave habían sido las lesiones que una vecina enfurecida le produjo a otra que, sin querer, le destrozó los geranios, a su ciudad natal, Bilbao, en la creencia de que allí sus conocimientos y sus ganas de trabajar por la justicia, podrían ser mucho más útiles. Al parecer no se había equivocado con esa decisión, ya que aún no había tomado las medidas de su despacho cuando sobre la mesa apareció el asunto por el que había estado suspirando desde su destierro en tierras castellanas, un atraco, técnicamente un robo con violencia aunque la otra palabra era mucho más romántica y sugestiva, con doble resultado de muerte.

En realidad el asunto no era excesivamente importante en sí, sino por la trascendencia que tenía frente al exterior, una trascendencia forzada, ya que venía impulsada por la prensa que en ese caluroso mes de septiembre tenía pocas cosas que llevarse a la rotativa. Además, Bilbao, pese a ser una de las ciudades más pobladas de Euskadi y del norte de España en general, no era una localidad en la que abundaran los crímenes, así que el morbo que esa doble muerte había suscitado estaba más que justificado, en el caso de que el morbo pudiera justificarse, por supuesto, rectificó internamente sus pensamientos el juez Azkarate.

Seguramente tenían razón quienes le instaban a cerrar cuanto antes el asunto, ya que parecía estar meridianamente claro. Un delincuente, según todos los indicios un drogadicto bajo el síndrome de abstinencia, había atracado a un honesto comerciante y, preso seguramente del nerviosismo del momento, apretó el gatillo de su revólver con el trágico resultado de la muerte del hombre asaltado. Posteriormente, en el tiroteo que se originó cuando la policía municipal llegó al lugar de los hechos e intentó detenerle, el asesino fue a su vez abatido. Fin de la historia, la identidad del asesino no ofrecía el más pequeño resquicio a la duda y ni siquiera tendría que asistir

al juicio porque el largo brazo de las citaciones judiciales no era tan largo como para llegar hasta el cementerio de Derio.

Quedaba el asunto de la muerte del asaltante a manos de un policía municipal. Bilbao no era San Francisco y ninguno de sus agentes era un émulo de Harry el Sucio, pero estaba claro que uno de ellos había matado con su arma a un delincuente y que la justicia tendría que decir algo al respecto. Estepan Azkarate sabía que si empapelaba al policía no se iba a convertir en el personaje más popular de su villa natal, aunque mientras siguiera creyendo en la justicia eso era lo que menos le importaba, pero era consciente de lo que pensaban sus conciudadanos. La sensación de que los delincuentes entraban por una puerta en el Juzgado de Guardia y volvían a salir a los pocos minutos por la misma, como si de una puerta giratoria se tratase, estaba firmemente enraizada entre sus paisanos y, lo que era peor, entre los mismos policías que tenían que hacer cumplir la ley y que últimamente no se recataban en expresar sus quejas cuando un periodista les ponía un micrófono o una grabadora delante de su boca. Azkarate comprendía sus quejas, por más que él y sus compañeros se limitaban a aplicar las leyes aprobadas en el Parlamento por unos políticos que habían sido elegidos, precisamente, por esos ciudadanos que se desgañaban luego pidiendo mano dura. Además, como intentaba explicar en ocasiones, sabiendo que era una batalla perdida, a familiares y amigos que, por ser juez, le utilizaban como receptor de sus quejas, por encima de todo estaban los derechos humanos y los detenidos también eran seres humanos que tenían sus derechos.

Sí, ese era el problema. El comerciante tenía sus derechos, el asaltante también y, por último, estaba el policía que le había abatido. Este no solo gozaba de los derechos procesales de todo ciudadano, sino de la simpatía de la gente, por eso Estepan Azkarate no podía tomar una decisión a la ligera. Nunca lo habría hecho, pero en este asunto convenía extremar la prudencia, y empezó a comprender el porqué de la sonrisa escéptica con la que de vez en cuando le obsequiaban sus mentores cuando les hablaba de su creencia en las leyes y la justicia.

Había además un problema de última hora, que no sabía si iba a complicar o no la resolución del caso. Según el informe de la policía científica, el proyectil causante de la muerte del comerciante era una bala expansiva, de las que popularmente se conocen como dum-dum, de esas que cuando entran en el cuerpo se expanden y desgarran todos los tejidos que encuentran a su paso, asegurándose así de la muerte del objetivo. No le cuadraba que un yonqui, un desgraciado drogata como aquel, tuviera acceso a ese tipo de munición. Es cierto que se pueden fabricar de un modo rudimentario, efectuando cortes en la punta de una bala para causar el efecto deseado, pero no parecía ser ese el caso. ¿Dónde, cómo y por qué había obtenido el asaltante ese tipo de proyectiles? Responder a esas tres preguntas era un aliciente más que suficiente para seguir con la instrucción, desoyendo las voces que le aconsejaban que diera carpetazo al asunto.

Pero había otro aspecto que aún le inquietaba más o, por lo menos, lo mismo. La bala con la que el asaltante mató a Emiliano Etxebarria era la única que llevaba en su cargador. Cuando el policía municipal le disparó, el asesino del comerciante estaba indefenso. Eso, en principio, no constituía un argumento concluyente contra el municipal, este no estaba obligado a saber que el delincuente que le apuntaba no tenía ninguna bala de más en su pistola y parecía evidente, según declararon todos los testigos, que el hombre que acababa de matar al tendero hizo además de disparar contra los agentes que querían detenerle, pero era un dato sobre el que tendría que reflexionar y, si era posible, ampliar su información.

¿Por qué tan solo una bala? ¿Y por qué esa bala era una bala tan inusual? Quizás, si no hubiese sido porque necesitaba encontrar respuesta a esas dos preguntas, habría procedido al archivo de las diligencias, pero no podía hacerlo sin traicionarse a sí mismo como juez y frustrando su propia curiosidad personal, lo que era aún casi más doloroso.

El formalismo con el que el Secretario del juzgado llamó a la puerta mientras pedía permiso para entrar le sacó de su ensimismamiento. Cuando le dijo que pasara, observó que el funcionario a sus órdenes se encontraba en un considerable estado de agitación.

—¿Qué le ocurre, Aitor, que está tan excitado? —le llamó por su nombre de pila, en lugar de por su apellido, como tenía por costumbre, en un intento de estar más cercano a él en esos momentos en los que parecía hallarse poseído por una gran preocupación.

—Disculpe, Señoría —replicó su subordinado, mientras se secaba el sudor de la frente con un pañuelo y se sentaba en una mullida silla, justo frente a él—, pero supongo que no habrá escuchado usted las últimas noticias, por lo que veo no tiene encendida la radio ni el televisor.

No, no los tenía encendidos y no era su intención hacerlo mientras él estuviese al frente de aquel juzgado. No comprendía cómo se podía perder el tiempo con esas cosas, para Estepan Azkarate el trabajo era algo sagrado, mucho más cuando de él podía depender, incluso, la libertad de la gente, y mientras se encontrase en su despacho no estaba dispuesto a perder el tiempo en esas futilidades, pero se abstuvo de expresar en voz alta sus pensamientos. Si ya tenía fama de raro en el Palacio de Justicia, con ese tipo de comentarios lo único que lograría era ratificar a la gente en que esa injusta fama se asentaba sobre pilares sólidos.

—No, no conozco las últimas noticias —dijo por fin—. ¿De qué se trata? Y, sobre todo, ¿en qué nos afectan?

—Una bomba, una auténtica bomba, Señoría —contestó, vehemente, el Secretario—. Se trata de Emiliano Etxebarria, ya sabe, el dueño de un colmado asesinado hace un par de días.

—Sé quien es Emiliano Etxebarria —contestó ceñudo el juez instructor, que empezaba a inquietarse—, ¿qué ocurre con él? ¿Qué novedades hay tan importantes

que nos tenemos que enterar por los medios de comunicación en lugar de por los canales procedimentales habituales?

—Que Emiliano Etxebarria es Colt Duncan. ¿Se da cuenta, Señoría? Es Colt Duncan, el escritor que usaba ese seudónimo para firmar sus novelas. Colt Duncan, parece increíble —agitó la cabeza como si de ese modo pudiese aquietar todo el cúmulo de sensaciones que le había venido a la cabeza tras enterarse de la noticia.

—Muy bien —dijo el magistrado a su vez—, según parece el señor Etxebarria escribía en sus ratos libres y utilizaba como pseudónimo el absurdo nombre de Colt Duncan. ¿Y? ¿Tan importante le parece ese dato?

Si al Secretario del juzgado se le hubiese aparecido un hombrecito cabezón de color verde botella, con cuatro brazos y antenas en forma de trompetilla en el lugar correspondiente a las orejas, diciéndole que era un habitante de Alpha-Centauro no se habría quedado más sorprendido que tras escuchar lo que su superior inmediato acababa de decirle.

—¿De verdad no sabe quién es Colt Duncan, Señoría?

—No, no sé quién es ese tal Colt Duncan —contestó con gesto de enfado—. ¿Hay algún motivo por el que tuviera que saberlo?

—No, no, claro que no. Entonces, si no ha oído hablar de Colt Duncan, también desconocerá quiénes eran Marcial Lafuente Estefanía y Silver Kane.

—Me suenan algo, un tío mío, un buen hombre, pero sin muchas dotes intelectuales, las cosas como son, tenía algunas novelitas suyas, pero nunca las ojeé, siempre me pareció una pérdida de tiempo leer esas paparruchas.

—Bueno, pues tras la muerte de Estefanía y la retirada de Silver Kane, las novelas de Colt Duncan son las más vendidas y solicitadas por los lectores. Ha revitalizado el género del Oeste y se ha convertido en un auténtico fenómeno sociológico. Quizás sean paparruchas —añadió el secretario con un tono de rencor en su voz—, pero incluso se han escrito varias tesis doctorales sobre el tema.

—Estoy impresionado —el escéptico tono del magistrado desmentía la literalidad de sus palabras.

—Pues más impresionado va a estar —el secretario no pudo evitar que aflorara una vengativa sonrisa en sus labios— cuando empiecen a presionarnos el consejero de Seguridad del Gobierno Vasco y los ministros de Justicia e Interior, que en más de una ocasión han manifestado ser entusiastas lectores de Colt Duncan.

Las últimas palabras de su subordinado no consiguieron que Estepan Azkarate dejara de creer en la justicia, pero sí le hicieron pensar que seguramente había sido una equivocación alejarse de la plácida y cómoda plaza de la que disfrutaba en aquel perdido poblacho de Castilla la Vieja.

Hay cosas que para saberlas no es necesario haber ido a la escuela, le gustaba repetir de vez en cuando a Duncan McFree, y una de ellas era que cuando una joven mujer con el rostro rojo de furia entraba en un saloon, seguramente lo hacía en busca de su padre o de su marido. Tampoco podía descartarse del todo que el objetivo de su ira fuese un hermano, pero las posibilidades eran infinitamente menores, los lazos fraternales no son tan sagrados ni esconden intereses tan fuertes como los paternofiliales o los conyugales. Las risas que surgieron entre los parroquianos, todos varones salvo las chicas de alterne, por supuesto, le indicaron que había vuelto a acertar. Y cuando las miradas convergieron en un anciano que estaba sentado en una mesa, jugando al póquer, no pudo dejar de compadecerse de quien, parecía algo evidente, tenía que tratarse del padre de la muchacha.

Para adivinar que la chica se llamaba Susan, en cambio, tan solo se necesitaba tener orejas, porque así era como la llamaron unos cuantos de los clientes, entre silbidos de admiración (la joven se los merecía) y procacidades u obscenidades varias. Incluso uno se atrevió a cantar eso de «¡Oh, Susana, no llores más por mí!», pero una botella de *whisky* que aterrizó oportunamente en su cabeza impidió que continuara martirizando los oídos del resto de la gente.

Según pudo también comprobar en vivo y en directo el hombre que decía llamarse Duncan McFree, Susan era obstinada y no permitía que nadie la achantara, ya que por medio de codazos, golpes, pisotones y empujones consiguió escabullirse de quienes, de bromas o veras, le impedían el paso y llegó hasta la mesa en la que su progenitor estaba jugándose los dólares. Entonces se hizo el silencio, un silencio que solo se rompió cuando la joven exhortó a su padre a que abandonara la partida y volviera con ella al rancho.

—¿De qué rancho estás hablando, cariño? Tu padre ya no tiene ningún rancho.

—No me llames cariño, rata asquerosa. ¿Y a qué te refieres con eso de que mi padre no tiene ningún rancho?

De nuevo el silencio volvió a adueñarse del local mientras las miradas se fijaban, con una mezcla de miedo y repulsión, en el hombre que acababa de dirigirse así a Susan. Se distinguía del resto de los parroquianos porque tanto en su vestimenta como en su cara lucía la inequívoca señal del jugador profesional. Tan solo llevaba dos meses en Laramie y había desplumado, algunos utilizaban la palabra «desvalijado» aunque en voz baja y solo para oídos de mucha confianza, a la mitad de la población del lugar. Se rumoreaba que era un ventajista, experto en hacer trampas, y que estaba en connivencia con el dueño del saloon, que se quedaba con el cincuenta por ciento de sus ganancias, pero nadie se atrevía a repetirlo en público desde que un impetuoso vaquero se enfrentó a él y pasó a ser huésped, por toda la eternidad, de un modesto ataúd obsequio de la municipalidad, ya que todo el dinero que llevaba encima se lo había quedado su oponente y no le quedó en los bolsillos lo

suficiente para sufragar su propio funeral.

El jugador, cuyo nombre, como enseguida se enteró McFree, era Lou Carrigan, no fue molestado en ningún momento, no solo porque el joven vaquero desenfundó primero y, por tanto, se consideraba que Carrigan le había matado en defensa propia, sino porque oficialmente trabajaba para Silver Kane, el dueño y único propietario del «Kane Ranch». Nadie le había visto, desde que había llegado a la ciudad, trabajar en las labores propias de los vaqueros, y ni siquiera vestía como ellos. Además, se pasaba casi todo el día allí metido, en el saloon, jugando a las cartas, bebiendo *whisky*, aunque nunca le pillaron borracho y con la guardia baja, o disfrutando de los encantos de cualquiera de las coristas que tras cantar y bailar moviendo mucho las faldas y enseñando sus tobillos, se ganaban un sobresueldo enseñando otras partes de su anatomía, y no solo enseñándolas, precisamente. Pero a pesar de todo, era un hombre de Kane y como tal hombre de Kane, temido y respetado por todos los ciudadanos de Laramie.

Por todos no, pensó con una leve sonrisa en sus labios Duncan McFree. Esa impetuosa chica, Susan, no parecía temerle ni respetarle. A pesar de ello el jugador, quizás muy avezado en las señales que podía observar en el rostro de sus compañeros de partida, pero no tanto en las que se desprendían del rostro de la joven, se acercó a ella, casi rozándola nariz con nariz, antes de repetirle que no le estaba mintiendo, que su padre ya no tenía ningún rancho.

—Acaba de perderlo en la última mano que hemos jugado. No ha sido culpa mía, cariño, él se empeñó en jugárselo y, ¿qué querías que hiciera, preciosidad? Tu padre ya es mayor para tomar sus propias decisiones y no soy yo una persona capaz de ofender a un hombre diciéndole lo que tiene que hacer o dejar de hacer. Pero no hay nada que no se pueda arreglar si te portas bien. Sería una auténtica desgracia que una chica tan guapa como tú se quedara en la calle.

Mientras pronunciaba esto último el jugador agarró con sus manos la cintura de Susan e intentó besarla, pero ella fue más rápida y se desasíó al momento de su abrazo, no sin antes propinarle dos sonoras bofetadas que tuvieron que escucharse hasta en el vecino territorio de Colorado.

—No vuelvas a intentar una cosa así o te mataré con mis propias manos —dijo furiosa la chica, y el murmullo que recorrió el saloon indicaba que los testigos estaban seguros de que sería capaz de hacerlo.

—¡Zorra! —escupió entre dientes, más que dijo, el jugador—. ¿Te crees muy brava? Pues muy pronto te desbravaré, cuando no tengas donde caerte muerta y tengas que venir aquí a pedir trabajo. Entonces te haré un favor, le pediré al dueño que sí, que te recoja, pero yo seré el primer cliente que gozará de tus encantos, porque así es como vas a acabar, ahora que tu padre se ha quedado sin rancho, ejerciendo en este local como lo que eres, una ramera. Porque, te lo repito de nuevo, ya no tenéis ni donde caeris muertos, ¡desgraciados!, vuestro asqueroso y maloliente rancho ha pasado a ser de mi propiedad, sí, como lo oyes, de mi propiedad.

Ajena a las palabras pronunciadas por el jugador, la joven Susan se había acercado a su padre, que permanecía demudado, con la cara totalmente pálida, como si hubiese visto un fantasma. Cuando su hija le recriminó lo que había hecho apenas pudo balbucear unas simples palabras.

—Está borracho, totalmente borracho —se dirigió al jugador—. Por eso has abusado de él, escoria.

—Borracho o no —respondió, de nuevo frío y sonriente, el aludido—, se ha jugado el rancho en una partida de póquer y ha perdido, así que ahora es mío. Lo siento, encanto, pero así están las cosas, aunque no hay que tomárselas de un modo excesivamente trágico, pese a lo que te he dicho antes no soy una persona rencorosa por lo que si tú quieres podríamos arreglarlo de un modo satisfactorio para todos. Para que compruebes mi sinceridad y buena voluntad, incluso estoy dispuesto a permitir que continuéis viviendo en el rancho, ya ves que soy un hombre generoso, pero claro, siendo el rancho de mi propiedad podré meterme donde quiera y disponer de todo lo que se encuentre en él, creo que me entiendes —una mueca de triunfo apareció en su semblante tras decir esto último.

—Si estaba borracho eso significa que no era consciente de lo que hacía y, por tanto, no podía jugarse ni el rancho ni nada, así que esa apuesta no es válida, cerdo —le espetó Susan sin amilanarse, más bien al contrario, sintiéndose segura y dominadora.

Duncan McFree, como el resto de parroquianos, asistía en silencio al combate dialéctico entre ambos, tal vez intuyendo que antes o después de las palabras se iban a pasar a los hechos y que estos no iban a ser muy agradables.

—La palabra de un hombre es la palabra de un hombre, y mucho más en el Oeste, da igual que esté sobrio o borracho, un hombre de verdad hasta cuando está borracho tiene que mantener lo que ha dicho —respondió, cortante, el jugador—. ¿Hay alguien aquí que no esté de acuerdo con eso?

Aunque la mayoría de los asistentes simpatizaban con Susan, un murmullo de asentimiento recorrió el local.

—Lou tiene razón, Susan —dijo un hombre que hasta entonces había permanecido callado, aunque Duncan McFree ya se había fijado en él, tal vez porque, junto al jugador, era el único que en lugar de vestir el uniforme vaquero llevaba ropas de ciudadano de la Costa Este—, y tú sabes que yo entiendo de esto. Lo siento, pero es así, tu padre se ha jugado el rancho, delante de una multitud de testigos, y lo ha perdido. En este territorio estar borracho no es ninguna disculpa, hay que saber beber y si no, no hacerlo, es así de sencillo. Lo siento, lo siento de verdad, Susan, pero así están las cosas.

—Sí, así están las cosas —respondió Susan con odio—, sobre todo por culpa de gente como tú.

El hombre que acababa de hablar se encogió de hombros, como si comprendiera, aunque le parecieran injustos, los reproches que le había lanzado la joven, antes de

repetirle que lo sentía, pero que su padre había perdido el rancho en esa partida y Lou Carrigan, por tanto, era su nuevo propietario.

—Aunque no lo quisiera, y acepto que no me gusta la situación, tendré que inscribir la propiedad a su nombre en cuanto me lo exija —añadió con tono falsamente compungido y tristón.

—Pues vas a tener que aguantarte las ganas de hacerlo, señor juez, aunque no sé quién pudo nombrar juez a una víbora como tú —replicó la joven, abandonando su anterior expresión de enfado y sonriendo por primera vez desde que entró en el local —, porque ni siquiera alguien tan corrupto como tú, si de verdad tienes el título de Leyes, cosa que muchas personas de por aquí dudan, aunque no se atrevan a expresarlo en voz alta —añadió mirando despectivamente en torno suyo—, puede registrar la cesión de una propiedad cuando quien la cede no es su propietario.

—¿Que quieres decir con eso? —preguntó el hombre que, para sorpresa de Duncan McFree, resultó ser el juez de Laramie—. ¿De qué estás hablando cuando dices que no se puede registrar una propiedad cuando quien la cede no es el propietario? —al parecer le preocupaba más aclarar ese detalle que defender su reputación de los ataques verbales que la joven acababa de proferirle.

—Pues está muy claro, Señoría, que tu amiguito Lou habrá ganado la partida de póquer a mi padre, no lo niego, y mucho menos estando borracho e indefenso, pero no ha podido ganarle el rancho, porque él no es el propietario. Hace tiempo que está a mi nombre y puedo demostrarlo, así que ya puedes decirle a tu socio que se vaya olvidando del tema.

Cuando escucharon estas palabras los dos únicos hombres vestidos de ciudad que había en el saloon se miraron con una clara expresión de desconcierto en sus ojos. Ambos estaban muy pálidos, consecuencia de no salir apenas del local, pero su lividez aumentó considerablemente de modo repentino, lo que no pasó desapercibido a los clientes que de nuevo iniciaron una sesión de murmullos, apenas acallados por los gritos rabiosos del jugador.

—¡Zorra! —chilló este último dirigiéndose a Susan, al parecer su repertorio de insultos no era muy extenso—, no te saldrás con la tuya, de nada te van a servir esos trucos que habéis utilizado el inútil de tu viejo y tú para engañarme. El señor juez sabrá castigar vuestras trampas como merecéis.

Miró a quien, ya nadie dudaba de ello, era su socio, como le había calificado la propia Susan, o su cómplice y compinche, como le definían con un lenguaje menos edulcorado y jurídico los clientes que acababan de ser testigos de lo sucedido, pero este no se atrevió a darle la razón. No se le ocultaba que la mayoría de sus conciudadanos eran no tanto unos cobardes como unas personas generalmente pacíficas cuya habilidad con las armas, claramente inferior a la de ellos dos, les impelería en situaciones normales a mirar hacia otro lado y no hacerle frente, pero después de lo ocurrido los ánimos estaban muy caldeados y optó por contestar que si la auténtica propietaria del rancho era la joven, él no podía registrarla a su nombre.

—No puede permitirlo, señor juez, esa puta y su padre me han engañado y merecen un castigo.

—Seguramente tienes razón. Lo mejor será que interpongas una demanda civil y...

—Yo sé muy bien cómo hacer mis demandas —interrumpió el jugador al juez—. Como siempre se han hecho aquí, en Wyoming, en el Oeste. Este hombre me ha engañado jugándose conmigo al póquer una propiedad que no era suya —señaló con el dedo al padre de Susan— y exijo una reparación. Y en estas tierras, cuando la ofensa es tan grave, solo cabe un tipo de reparación posible —se tocó las pistolas que llevaba en las cartucheras, colgando de su elegante traje de ciudad—. Dirimirlo como hombres, con las armas en la mano. ¿No está de acuerdo, señor juez?

—No me gusta que los asuntos se solucionen a tiros habiendo un modo más civilizado de solventarlos —contestó el aludido—, pero cuando esto último no es posible debe prevalecer la costumbre que, en muchas localidades y más en el Oeste, tiene fuerza de ley. Es cierto que cuando alguien se siente ofendido tiene derecho a una reparación y, si no se le da, a exigirla por medio de las armas. Creo que los ciudadanos de Laramie estarán de acuerdo en eso conmigo.

Pronunció esas últimas palabras con la intención de dar un vuelco en la opinión y simpatía de los clientes, y al parecer lo consiguió. Toda la reacción anterior a favor del padre de Susan, movida por la antipatía que tenían hacia el jugador, cambió de sentido cuando lo que estaba en juego eran los principios más enraizados en esas tierras como el valor, la hombría o el justo resarcimiento contra quien te ha engañado, como parecía ser el caso. La joven también se percató de que la situación había cambiado y su rostro empalideció repentinamente. Sobre todo cuando escuchó las palabras con las que Lou Carrigan contestó al juez.

—Muchas gracias, Señoría, por una decisión que no solo yo sino todos los que estamos aquí consideramos razonable y justa. Así que ya lo sabes, LaVerne —al parecer el padre de Susan, y lógicamente su hija también, se apellidaba LaVerne—, vas a tener la oportunidad de sostener tus mentiras como un auténtico hombre.

—¡No! —chilló la joven, pero en esta ocasión no consiguió suscitar la simpatía de los clientes, como mucho la compasión de algunos de ellos.

—Lo siento, Susan —intervino con voz extremadamente dulce, más bien empalagosa, el juez—, Lou está en su derecho.

—Aunque podría haber otra solución, muñeca —dijo el jugador, con un brillo especial en los ojos—. Ya sabes, si fueras una buena chica conmigo..., yo nunca les niego nada a las buenas chicas.

—Y mi padre, mi padre —Susan vaciló, pero finalmente habló de corrido, como si quisiera acabar cuanto antes—, ¿le dejarías en paz y podría conservar el rancho?

—Por supuesto que le dejaría en paz, yo nunca me meto con los padres de mis amigas, de mis buenas amigas —al escuchar el tono con el que pronunciaba «buenas amigas» Susan se estremeció—. En cuanto a conservar el rancho..., digamos que

permitiría que siguierais viviendo en él, creo que es un trato justo.

—No, no lo es —de repente el viejo LaVerne habló con tono firme y potente, como si se le hubiese pasado la borrachera y no hubiese ni rastro de resaca—, no lo voy a permitir, Susan, tú no debes pagar por mis errores. Actuaré como un auténtico hombre del Oeste y me enfrentaré a este mal nacido.

—No lo hagas, padre, por favor —suplicó, gimoteando, Susan.

—Déjale que lo haga, muñeca, así no tendremos que aguantarlo cuando estemos tú y yo solos, juntitos, en el rancho.

—Si le matas no estaremos juntitos en el rancho, en mi rancho, ni en ningún sitio —volvió a estallar la joven.

—Lo del rancho ya lo arreglaremos más adelante, muñeca, ahora a quien voy a «arreglar» —lanzó una sonora carcajada tras decir esto último— es a tu viejo.

—¿Cómo se puede ser tan cobarde?

Nada más escucharse esas palabras, pronunciadas en tono fuerte y claro, todas las miradas convergieron en Duncan McFree, que era quien las había proferido. La mayoría de los clientes asustados y unos pocos con la inmensa pena que produce el que alguien tan joven como el vaquero que acababa de hablar mostrase síntomas de locura conducentes al suicidio.

—Déjalo, McFree, no te metas, no va contigo la cosa —el capataz del «Kane Ranch» intentó disuadir a su nuevo amigo de que se olvidara de sus palabras, sin conseguirlo.

—Lo he dicho y lo repito, ¿cómo se puede ser tan cobarde? ¿De verdad creéis que el Oeste es esto, que un jugador del que todos sospecháis que es un tramposo se aproveche de un hombre mucho más viejo e indefenso, que además está temblando a causa del alcohol ingerido y no puede defenderse?

En la época en que transcurre la historia aún no se ha inventado el cine, por eso quizás no sería de lo más adecuado afirmar que la escena se había congelado, como si la pantalla se hubiese paralizado en un fotograma, pero más o menos esa era la situación. Ni siquiera el humano deseo de esconderse para esquivar una bala perdida, previendo que sin la menor duda iba a haber bronca y se avecinaba un hermoso tiroteo, evitó que la totalidad de los clientes permaneciesen quietos durante unos segundos, petrificados ante la osadía del joven y risueño McFree. Fue Lou Corrigan, el jugador, quien con sus palabras dio inicio a la estampida de la honorable concurrencia.

—¿Estás hablando de mí? ¿Me estás llamando cobarde?

—Veo que los oídos te funcionan mejor que el cerebro —contestó, sin dejar de sonreír, Duncan McFree—. Cobarde y tramposo también, por si hubiera alguna duda.

—¡Retira esas palabras o te arrepentirás! —le exigió Corrigan, al borde de la apoplejía. Para ser un jugador frío como una serpiente cuando de un asunto de naipes se trataba, se excitaba demasiado si señalaban en público sus defectos.

—Nunca me arrepiento cuando digo la verdad.

—Creo que ambos deberíais calmaros —intentó mediar el juez entre Corrigan y McFree.

—Yo no necesito calmarme, Señoría. ¿Acaso detecta en mi actitud que esté intranquilo o nervioso?

Las palabras del vaquero no debieron ser del agrado del juez, a juzgar por cómo torció el morro, pero aún así insistió, si bien débilmente, para que tanto aquel como el jugador dejaran de discutir.

—No, si antes este forastero desarrapado no retira sus palabras —se negó, rabioso, el jugador.

—¿Desarrapado? ¿Me has llamado desarrapado? ¡Qué dominio del lenguaje!, quién lo iba a decir en alguien sin cerebro como tú.

—Usted, juez, y los demás, son testigos de que no he tenido más remedio que...

Sus palabras se cortaron en seco cuando un puntito de sangre apareció en su frente, tras ser esta golpeada con una bala, antes de caer al suelo, de morros, como un fardo y totalmente muerto. Tenía ya su arma en la mano y el dedo muy cerca del gatillo, pero no le había dado tiempo a desenfundar. La sorpresa de los clientes fue mayúscula cuando se dieron cuenta de que no se había producido un único disparo, sino que habían sido dos, tan simultáneos que habían sonado como una sola detonación. El receptor de la segunda bala, también en la frente, había sido el juez. Por lo visto, la posición de sus manos así lo indicaba, lejos de poner paz e impartir justicia había decidido, con lo que resultó ser un pésimo criterio, ayudar a quien si no se podía decir con seguridad que era su cómplice, sí al menos que era su amigo. Un murmullo de admiración, aunque también de miedo, surgió de las gargantas de los asistentes al contemplar el resultado de tan inesperado e insólito duelo.

Duncan McFree, con el desparpajo inherente a quien se había enfrentado a la muerte sin parpadear ni despeinarse, se acercó hasta el jugador y de un bolsillo de su chaleco sacó un buen fajo de billetes.

—Por lo que he oído y he podido comprobar en vivo y en directo —con esta expresión, utilizada en una época en la que aún no se había inventado la televisión, demostraba que era un adelantado a su tiempo—, estos dólares son fruto, seguramente, de las trampas con las que ha engañado a quienes han cometido el error de jugar contra él. Y como es imposible saber qué cantidad corresponde a cada cuál, lo mejor será que se lo quede el tabernero —añadió entregándole el fajo—, y que sirva para que los clientes aquí presentes se tomen cada uno lo que quiera, hasta que se acabe el dinero.

Un unánime ¡hurra!, atronó el local, mientras muchos de los concurrentes lanzaban sus sombreros al aire. Tan solo la joven Susan mantuvo la compostura mientras se acercaba a Duncan McFree y estrechando su mano le daba las gracias con tono firme, aunque cálido.

—De nada, señorita —contestó McFree quitándose el sombrero y haciendo una elegante reverencia—, ha sido un placer. Me llamo Duncan McFree y puede disponer

de mí como quiera, señorita... Susan, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca —la joven no sabía si enojarse o reírse ante la actitud de McFree—, me llamo efectivamente Susan, Susan LaVerne, y desde este momento puede contar con mi eterno reconocimiento.

—¿Eterno reconocimiento? ¡Cuán largo me lo fiáis, hermosa Susan! —exclamó el joven McFree, despertando la admiración de quienes le estaban escuchando. La obra más famosa de Zorrilla, el Don Juan Tenorio, jamás había sido representada en Wyoming, ni en el resto de los Estados Unidos, y sin embargo el impetuoso vaquero era capaz de declamar una de sus más conocidas y populares frases de un modo totalmente natural y exento de afectación, si bien adaptándose a la personalidad de su interlocutora.

Afortunadamente para la hermosa Susan los ciudadanos de Laramie no se percataron de que la habitualmente malhumorada joven se había puesto más colorada que el capote de un torero ya que en ese mismo momento todos desviaron sus miradas hacia el *sheriff*, que acababa de entrar en el local, precedido por el hombre con aspecto de comadreja, como ya empezaba a ser rutinario.

El hombre encargado de mantener el orden en el pueblo se acercó hasta los dos cadáveres, como si quisiera comprobar en persona que lo que su corveidile le había chivado era verdad, y cuando estuvo totalmente satisfecho y convencido de que el jugador y el juez habían traspasado la frontera que separa el mundo de los vivos del de los muertos, preguntó quién lo había hecho y qué había pasado, aunque esto último parecía evidente. Se ve que hacer una sola pregunta le parecía poco profesional.

Con cierto atropello, y quitándose la palabra los unos a los otros, los testigos le fueron narrando lo ocurrido, exculpando en todo momento a Duncan McFree, que lo único que había hecho era defender su vida y el honor de la joven Susan LaVerne. Esto último conmovió mucho a los clientes, casi todos ellos rudos vaqueros que, por lo visto, albergaban dentro de su duro caparazón a unos románticos impenitentes, aunque habitualmente intentaran disimularlo por la cosa del qué dirán.

—Le dije que no me gustaban los pistoleros —se acercó el *sheriff* hasta donde se encontraba McFree—, aunque al parecer usted no quiso enterarse.

—Me enteré muy bien de lo que dijo, *sheriff*, pero como no soy ningún pistolero no me di por aludido.

—Ah, ¿no?, y entonces, ¿qué me dice de esos dos? —preguntó señalando los cadáveres del jugador y del juez.

—¿Esos dos? Pues sí, creo que ellos sí eran unos pistoleros, por eso intentaron matarme y por eso tuve que adelantarme. Pero eso no me convierte en un pistolero sino, simplemente, en alguien más rápido que ellos y que supo defenderse. Porque lo único que hice fue defenderme, ya ha oído a los testigos. Fueron ellos quienes sacaron primero sus armas, sin avisar previamente, por lo que no me quedó más remedio que disparar yo también, para protegerme. Y créame, *sheriff*, tal vez sea un

egoísta, pero me gusta mi vida y procuro cuidarla lo mejor que puedo. Lo que no me gusta es que para demostrar a la autoridad de la ciudad que no soy un pistolero tenga que dejarme matar. No, la verdad es que no me gusta ni un pelo, ya siento tener tan poco espíritu cívico.

—Uno de los fallecidos era el juez de la ciudad —contestó el *sheriff*, haciendo caso omiso de las últimas palabras pronunciadas por Duncan McFree.

—Sí, eso parece, aunque ignoro cómo llegó a ocupar un cargo tan digno, posiblemente a base de sobornos y amenazas, pero ¿qué quería que hiciera, *sheriff*? ¿Dejarme matar porque se trataba del juez? Sinceramente eso no entra en mis planes, ni aunque se tratara del mismísimo Papa de Roma.

—¡Deje en paz al chico, *sheriff*! —se oyó decir a uno de los clientes—. ¡Ya le hemos dicho todos que lo único que hizo fue defenderse!

Un murmullo de asentimiento recorrió el saloon y el *sheriff* no tuvo más remedio que aceptarlo.

—Seguramente tenéis razón, pero uno de los muertos es el juez —insistió el hombre que llevaba la estrella prendida al pecho—, así que no me va a quedar más remedio que detenerle, es el procedimiento. Tendrá un juicio justo y si todo sucedió como afirmáis, estoy convencido de que saldrá libre dentro de muy pocos días.

Las palabras de la autoridad parecieron contentar a todos los reunidos, excepto a uno que, casualmente, era el más interesado, el propio Duncan McFree.

—Nadie me va a detener, *sheriff* —y su tono de voz, por primera vez desde que había comenzado el incidente, dejó de ser alegre para tornarse súbitamente duro—, aún no ha nacido el hombre, lleve una placa o no, que sea capaz de meter en un calabozo a Duncan McFree. Y si en algún momento se le ha pasado por esa terca cabeza que usted podría ser ese hombre, desengañese, ya ve lo que ha ocurrido con estos dos —señaló a los muertos—, y eso que, por lo que he oído decir, eran rápidos apretando el gatillo. No tengo nada contra usted, me parece un hombre honrado y justo, pero si quiere ser el tercer hombre del que tenga que ocuparse esta mañana el enterrador, estoy a su entera disposición.

Un escalofrío sacudió al *sheriff*, y eso que aún no se había publicado la famosa novela de Graham Greene, «El tercer hombre», en cuyo caso sus temblores hubiesen sido aún más evidentes. No era un cobarde, no podía serlo cuando era el hombre encargado de imponer el orden en Laramie, pero sabía que contra aquel joven no tenía nada que hacer. Sin embargo tanto la dignidad del cargo como la suya propia le obligaban a intentar llevar a cabo lo que acababa de anunciar, la detención del joven McFree.

—El *sheriff* es terco, muy terco, en eso tienes razón, pero es un buen hombre, no se merece que le mates. ¿Por qué no aceptas pasar algunos días en el calabozo? Estoy seguro de que el juicio se celebrará dentro de muy poco tiempo y que ningún jurado te condenará por haber limpiado la ciudad de esa carroña.

El hombre que acababa de hablar era el mismo que anteriormente le había dicho

al *sheriff* que Duncan había actuado en defensa propia, pero todos los demás le apoyaron y certificaron la veracidad de sus palabras.

—No deseo matarle, pero no estoy dispuesto a ser detenido, sobre ese aspecto no voy a ceder de ningún modo —insistió McFree.

—Podría haber otra solución.

Todos los pares de ojos que se encontraban en ese momento en el local, incluso uno desaparejado ya que pertenecía a un tuerto, se giraron hacia el hombre que acababa de pronunciar esas palabras, que no era otro que el viejo LaVerne, el padre de la joven Susan, al que los últimos acontecimientos habían conseguido que se le disiparan por completo los últimos vestigios de la resaca.

—¿De qué solución se trata? —El *sheriff* intentaba aparentar frialdad e indiferencia, pero no engañó a nadie con su actitud.

—Es una cosa de la que oí hablar en una ocasión, «arresto domiciliario» o algo parecido, que consiste en que el detenido, en lugar de ingresar en el calabozo, pues se queda en su domicilio hasta que salga el juicio. No sé, creo que es algo así —mientras hablaba, el viejo LaVerne no dejaba de estrujarse el sombrero entre las manos—, pero podría ser una solución, ¿no?

El *sheriff* hizo como que dudaba durante unos segundos. Podía ser una salida digna, pensó para sí, pero no deseaba que sus convecinos creyeran que la aceptaba por miedo.

—Sí, yo también he oído hablar de ello —mintió sin ruborizarse—, pero no sé, es el juez quien tendría que decidir sobre el tema, aunque como está muerto...

—Como está muerto la decisión le corresponde a usted, *sheriff* —terció en la discusión el hombre que anteriormente había hablado a favor de Duncan.

—Sí, creo que puede ser una solución, pero el señor McFree es un recién llegado, no tiene domicilio fijo aún.

—Eso podría solucionarse.

La que había hablado era Susan LaVerne, que volvía a ser la mujer decidida que hacía ya más de media hora había entrado en el saloon buscando a su padre.

—Podría quedarse a vivir en nuestro rancho, ¿qué le parece a usted, padre? Trabajaría para nosotros, que andamos necesitados de personal desde que ese mal nacido de Silver Kane prohibió a la gente del pueblo que nos ayudara, y le custodiaríamos para asegurar que asistiera al juicio cuando este se celebrara.

—¿Está de acuerdo, señor LaVerne, con lo que dice su hija? ¿Está dispuesto a asumir esa responsabilidad?

—Sí, *sheriff*, estoy totalmente dispuesto, y no solo eso sino que me comprometo a cumplir mi parte del trato permaneciendo sobrio hasta el día en que se celebre el juicio y más allá, si es necesario —contestó solemnemente, provocando las carcajadas de los testigos.

—¿Y usted, señor McFree? ¿Acepta ese trato?

—¿Que si acepto? *Sheriff*, no le miento si le digo que ese trato me convierte en el

hombre más feliz del mundo —contestó mirando a Susan y consiguiendo que esta se pusiera nuevamente más colorada que una bandera comunista treinta y cinco años antes de que triunfara la revolución de Octubre.

Muchos años después, cuando Susan LaVerne y Duncan McFree se habían convertido ya en leyenda, todos los asistentes a aquella escena que a duras penas aún sobrevivían, narrarían a sus nietos y biznietos que fueron conscientes de que en ese mismo momento acababa de nacer una hermosa historia de amor. Pero todos, o al menos la gran mayoría, mentirían al proclamarlo.

Cuando Asier Uribe se miró en el espejo, casi no se reconoció. El atildado personaje que le miraba fijamente e imitaba con exactitud todos sus gestos y ademanes no podía ser él. Ese hombre pulcramente afeitado, peinado decorosamente y luciendo una camisa blanca y una corbata granate con finas rayas horizontales que podría haber pasado por la imagen del perfecto burgués o, por lo menos, de un maniquí de El Corte Inglés, seguramente habría emocionado a su difunta madre, si le hubiese podido ver. La buena mujer siempre había querido, y rezaba puntualmente a la Virgen de Begoña para conseguirlo, sin que en ningún momento abandonara la fe pese a que sus oraciones jamás surtieron efecto, que sentara la cabeza y entrara a trabajar en la caja de ahorros, como habían hecho su padre, su abuelo y hasta su bisabuelo, si la memoria familiar, que se le había transmitido oralmente, no estaba errada. Pero él no se reconocía a sí mismo.

No tendría que haberle pedido consejo a Aintzane. Era mucho más joven que él, así que supuso que le sugeriría que se vistiera como lo hacía habitualmente, informal y un punto desastrado, pero no, tuvo que recomendarle que fuese impecablemente trajeado a esa entrevista, con chaqueta, corbata y toda la pesca, y ahora no se atrevía a desautorizarla haciendo caso omiso a sus consejos. Venciendo la desazón que le proporcionaba contemplarse de esa guisa, volvió a mirar su imagen reflejada en el espejo y pudo contemplar nuevamente la representación del perfecto burgués. Podía pasar, sin problemas, por el director de una sucursal bancaria o por gerente de un concesionario de automóviles. No vomitó en el suelo del baño porque luego le iba a tocar a él limpiarlo, pero como si lo hubiese hecho. Se resignó pensando que todo eso lo estaba haciendo por un buen motivo, quizás de la impresión que sacaran de él dependiese su carrera literaria. Quizás, pese a que no acababa de estar nada convencido sobre el tema.

Y sin embargo, el correo electrónico que había recibido lo decía claramente: estaban interesados en hablar con él acerca de los manuscritos que había enviado a la editorial, entre otras cosas. Era ese «entre otras cosas» lo que le tenía bastante intrigado, aunque no más que el hecho de que le citaran para una entrevista personal.

Lo normal era que las editoriales le enviaran, cuando le enviaban, lo que no era lo más habitual dicho sea de paso, una educada carta en la que le expresaban la satisfacción de haber leído una obra tan interesante como la suya y le mostraban su pesar porque no encajaba en su línea editorial o porque ya tenían completada la programación de ese ejercicio, pero nunca le habían convocado a una cita personal. Si eso era un presagio positivo o negativo lo desconocía, aunque no dejaba de ser raro que quisieran decirle en persona lo que era mucho más cómodo, e incluso anónimo, expresárselo por escrito. Si hacía hincapié en esa circunstancia parecía que había visos de que de la entrevista surgiera algo positivo, pero no podía dejar de darle vueltas a la apostilla del mensaje, eso de que hablarían de los manuscritos que les

había remitido, «entre otras cosas». ¿De qué más podía hablar con la editorial? ¿Quizás les había gustado tanto lo que habían leído de él que querían efectuarle algún encargo adicional? ¿Podría ser eso? Nunca había escrito nada específico a petición de un editor, pero para todo había una primera vez, y si no fuese algo indigno o tuviese que trabajar de «negro» para otro escritor, estaría dispuesto a aceptarlo. Incluso lo de hacer de «negro», si la recompensa monetaria fuese lo suficientemente elevada, podría pensárselo.

Volvió a ajustarse el nudo de la corbata antes de salir de su casa, en Erandio, y coger el metro para Bilbao, con destino la parada de Abando. Aunque en el correo electrónico que había recibido le explicaban cómo llegar a la editorial, había sido un detalle innecesario. Conocía perfectamente la ubicación de sus oficinas y no solo por haberles remitido a su dirección algunos de sus manuscritos, sino porque prácticamente todo aquel que tuviera algo que ver con el mundo del libro en Bilbao y en Euskadi, e incluso España en general, sabía a la perfección cuál era el domicilio de la editorial fundada por Mariano Luzarraga, un conocido (y, sobre todo, reconocido) empresario vasco que, entre otros títulos, ostentaba el de miembro del Consejo de Administración del BBVA y de varias empresas más que cotizaban en el «Ibex 35». Otro aspecto del mensaje que le había dejado intrigado era el de la persona que lo firmaba, ya que se trataba del propio Mariano Luzarraga. Su firma estaba escaneada, por supuesto, lógico por otra parte en un correo electrónico, pero aún así no dejaba de ser algo curioso.

Era cierto que, al no ser una firma original, probablemente Luzarraga no estaría al corriente de la misiva ni de su contenido, pero tampoco tenía ningún sentido que alguien le enviara un correo con su firma, por escaneada que estuviese. Aunque era el dueño y accionista mayoritario de la editorial, y quien la controlaba económicamente, seguramente dispondría de un montón de empleados, altos ejecutivos o directores de segundo orden, que harían ese tipo de funciones en su lugar y él se limitaría, como corresponde a un auténtico tiburón empresarial, a comprobar la cuenta de resultados cuando finalizara el ejercicio económico anual.

A diferencia de Madrid o Barcelona, Bilbao no era una plaza fuerte en el sector editorial. Había editoriales, por supuesto, dedicadas tanto al libro de texto como a la publicación más literaria, pero las más importantes, en su mayoría, estaban en esas otras dos ciudades. Y si Bilbao acababa de incorporarse a ese exclusivo círculo se debía, si eran ciertos los rumores que corrían por la villa, a que Luzarraga había querido hacerle un regalo a su mujer. Al parecer, así como muchas esposas aburridas de maridos multimillonarios intentan paliar sus opacas y tristes existencias adquiriendo ropa, joyas o vehículos deportivos, a la consorte de Mariano Luzarraga lo que le gustaba era la poesía, no solo leerla sino, sobre todo, escribirla. Desgraciadamente sus poemas eran horriblos, Asier Uribe lo sabía porque en una ocasión intentó leerlos, y ninguna editorial accedió a publicarlos. Pero eso no supone un obstáculo para un marido enamorado cuando tiene mucho dinero, y el suyo lo

tenía como para pagar la deuda nacional de más de un país en recesión, así que creó una editorial con el único objetivo de publicar las creaciones de su mujer. Sin embargo, siendo un hombre que toda empresa en la que se metía o creaba la convertía en una mina de oro, pronto Ediciones Luzarraga pasó a convertirse en una entidad puntera en su ramo, capaz de competir de igual a igual con editoriales que llevaban años asentadas en ese mundillo e incluso arrebatárles una buena porción de su cuota comercial. Y ahora el propio Luzarraga firmaba un mensaje en el que le mostraba su intención de hablar con él en persona sobre unos manuscritos que le había enviado. «Entre otras cosas». No, no encajaba, lo mirara por donde lo mirara no encajaba.

—No sé por qué tienes que ser tan negativo —le recriminó cariñosamente Aintzane cuando le expuso sus dudas, mientras le animaba a acudir «guapo y elegante» a la entrevista—. En el peor de los casos, ¿qué puede ocurrirte? ¿Que te digan en persona lo que se suele decir por carta, que pasan de publicar tus manuscritos? Pues hijo, para ese viaje no hacían falta tantas alforjas, todos los días lo hacen multitud de editoriales del país, sin tantos aspavientos ni tanta parafernalia.

En eso último Aintzane tenía razón, pero en lo primero... ¿Que por qué tenía que ser tan negativo? Estuvo a punto de contestarle que porque tenía treinta años más que ella y la vida le había dado tantos palos como millones de euros acumulaba en sus cuentas corrientes Mariano Luzarraga. Y porque aunque envidiaba su juventud la suya había desaparecido hacía mucho tiempo, llevándose por el camino sus aspiraciones, deseos e ilusiones. Pero, pensándolo bien, no podía decirle eso a alguien que aún los conservaba intactos, como tampoco podía decirle que estaba seguro de que algún día se despertaría y ella ya no estaría en el mismo lecho junto a él porque antes o después comprendería que una mujer joven, lozana y vital no podía compartir su vida con un carcamal resentido como él, aunque esto último tampoco se lo dijo. Ya se daría cuenta ella por sí sola de cómo eran las cosas, sin necesidad de que él la incitara a dar ese paso.

La duda sobre quién le recibiría se disipó cuando entró en las lujosas oficinas que la editorial tenía en la Gran Vía, cerca de la entrada del metro, y la joven recepcionista, que tenía aspecto de ser una Licenciada en Biología reciclada en azafata de congresos, le dijo que el señor Luzarraga le estaba esperando en su despacho. Incluso le acompañó hasta él, precediéndole por un largo pasillo. Si esperaba que la chica le ofreciera un espectacular bamboleo de nalgas, como solía suceder en la totalidad de las películas españolas y el noventa y nueve por ciento de las italianas, Asier Uribe quedó totalmente defraudado. Quizás, después de todo, la habían contratado por su valía profesional y no por lo que él, con su mente machista, calenturienta y de viejo verde, se había imaginado, pero a estas alturas ser políticamente incorrecto le daba igual, sobre todo porque hacía tiempo que había asumido que en él todo era incorrecto, no solo lo político.

Reconoció a Luzarraga por haber visto en infinidad de ocasiones su fotografía e imagen en diferentes medios, tanto escritos como audiovisuales, pero de no haber

sido por ese conocimiento previo hubiese quedado totalmente decepcionado. El prominente capitán de empresa parecía un tipo vulgar y corriente, de la subespecie ejecutivo, eso sí, con su chaqueta gris marengo cruzada, su blanca e impoluta camisa y su corbata que lucía los colores, rojo y blanco, del equipo de fútbol de la ciudad. Aunque tampoco tenía por qué estar decepcionado, pensó, «los grandes empresarios no son semidioses sino hombres corrientes y molientes con más dinero que los demás y, en muchos casos, menos escrúpulos o más osadía».

Una cosa sí que tuvo que reconocer Uribe, el hombre que le sonreía mientras le invitaba a sentarse y le estrechaba, o mejor dicho, le estrujaba fuertemente la mano, era el vivo retrato del triunfador, de la persona segura de sí misma que no le teme a nada porque se sabe más allá de las miserias y problemas que aquejan al común de los mortales.

—Así que es usted Asier Uribe, ¿no? Tranquilo, no hace falta que me responda, era simplemente una pregunta retórica, Ane —supuso que se llamaba así la recepcionista— ya me había hablado de usted, por eso le he pedido que le acompañara hasta aquí. Supongo que le habrá extrañado que le citara en mi despacho y que yo mismo, *in person*, le recibiera. ¿Estoy en lo cierto?

El tono con que Asier Uribe respondió afirmativamente se parecía al de un niño cuando negaba a su padre que hubiese sido él quien se había comido toda la tarta de chocolate que la madre había preparado para tomar de postre en la cena.

—Sí, ya me lo imaginaba, aunque no tiene mucho mérito hacerlo, era algo previsible. En fin, tenía ganas de conocerle en persona. Me han pasado los tres manuscritos que envió a la editorial, entre nosotros, no sé porque se les sigue llamando manuscritos cuando ya nadie escribe a mano sino que todo el mundo lo hace a ordenador, pero bueno, ese no es el tema por el que le he citado, le ruego que me disculpe. Estaba diciendo que me han pasado los manuscritos que envió a la editorial, aquí los tengo —dijo sacando de un cajón tres volúmenes de folios encuadernados con unas aparatosas anillas de plástico de color negro—. «La diáspora literaria vasca en Centroamérica», «Lo que nos quita la vida» y «Fuegos que se encienden y se extinguen inexorablemente». ¡Inexorablemente! —añadió con un tono de voz en el que se adivinaban los signos de exclamación—, tuve que mirar al diccionario para averiguar el significado de esa palabra —se rio fuertemente antes de continuar—. Es broma, por supuesto. Si alguna vez ha leído algo sobre mí, y supongo que si no anteriormente, por lo menos habrá intentado informarse a raíz de la recepción de mi mensaje, sabrá que en más de una ocasión se ha dicho, precisamente, que soy inexorable cuando se trata de asuntos de negocios.

»Si no me han informado mal mis asesores —continuó hablando, sin esperar respuesta por parte de Asier Uribe—, el primero es un ensayo sobre escritores vascos que, debido a que tuvieron que exiliarse tras la Guerra Civil del 36 o por su oposición al régimen franquista que surgió tras la contienda, crearon su obra en países como Guatemala, Honduras o El Salvador. El segundo es un libro de relatos y el tercero un

poemario. ¿Es así?

—Sí, en efecto, así es —confirmó con voz firme Uribe, haciendo un esfuerzo por no permitir que su anfitrión le intimidara—, como usted ha dicho son tres obras muy diferentes entre sí, aunque como autor considero que tienen algo, un sello especial, que de algún modo las hace ser partes coherentes de una misma obra.

Ya estaba, ya lo había dicho, seguramente había sonado muy pedante, pero le daba igual, no entendía por qué derroteros quería llevar la entrevista Luzarraga, así que se sentía libre para contestarle del modo que más le apeteciera. Si estaba interesado en publicar sus libros o, al menos, alguno de ellos, lo haría fuese cuál fuese el tono de la entrevista, y si no estaba por la labor, pues adiós muy buenas, ha sido un placer, aunque esa cita habría constituido un auténtico despropósito.

—Así que en el fondo sus tres manuscritos tienen un toque especial que los unifica, ¿no? Le creo, sí, le creo, al menos es lo que me han dicho, con otras palabras, mis asesores. Mire, Uribe, voy a serle totalmente sincero, no entiendo una mierda de literatura y, las cosas como son, no es un tema que me preocupe lo más mínimo. De hecho, como seguramente usted habrá oído decir, me metí en la aventura editorial a causa de mi mujer, a la que le encanta la poesía. En fin, no me quejo —añadió filosóficamente—, al fin y al cabo es una afición bastante inocente, mejor eso a que le guste irse de orgías con jugadores de fútbol o de la Liga ACB, que conozco a unas cuantas, no crea. En fin, para seguir siendo sinceros, no he leído sus manuscritos ni los leeré, de hecho me la sudan, y disculpe la grosería, se lo comento no con *animus injuriandi* sino tan solo para que las cosas entre nosotros queden meridianamente claras. Pero de todos modos estoy dispuesto a publicarlos, los tres, uno detrás de otro, o simultáneamente si lo prefiere, ¿qué le parece?

A Asier Uribe, según iba escuchando al empresario, se le iban ocurriendo muchas cosas para responder, pero de repente se quedó en blanco, acababan de decirle que Ediciones Luzarraga estaba dispuesta a publicarle no uno de los tres libros que les había enviado, sino los tres. Quizás morderse la lengua sería la mejor opción ante una oferta tan generosa, pero aún así su sorpresa igualaba a su alegría. Por eso, aunque reconoció que era una buena noticia, no pudo evitar la pregunta que le quemaba los labios.

—¿Dónde está el truco?

—Ahora es el momento en el que yo debería ofenderme y decirle que no hay ningún truco, pero no quiero minusvalorar su inteligencia, si pensara que usted es un imbécil no estaría aquí, a su lado, perdiendo el tiempo. Hay truco, por supuesto, o por decirlo de algún modo, contraprestaciones. Como decían los romanos, *do ut des*, yo le doy una cosa, en este caso la edición de sus manuscritos, y usted, a cambio, me da otra. Esa es, amigo mío, la base de los negocios desde que los fenicios empezaron a surcar el Mediterráneo en sus naves cargadas de mercancías.

—¿Y qué se supone que le debo dar yo a cambio? —preguntó, receloso, Uribe.

—Enseguida se lo digo, pero permítame que antes divague durante unos breves

minutos, no demasiados, tan solo para centrarnos poco a poco en el tema. En el mundo de los negocios es costumbre ir siempre al grano, en corto y por derecho, así que no le niego que de vez en cuando me gusta arrojarme al simple placer de la conversación. Iba a añadir que de la conversación banal, pero le mentiría. Lamentablemente, y pese a lo que acabo de decirle, no puedo desperdiciar mi tiempo con chácharas banales, pero sí alargarlas un poco, lo suficiente para disfrutar hablando. ¿Fuma usted? No me diga que no, porque sé que fuma.

Mientras decía esto sacó de un cajón que había en el interior de uno de los muebles del despacho sendos cohíbas y se pasó uno bajo la nariz, con un exagerado gesto de satisfacción.

—¡Perfectos! —exclamó—, en su punto exacto de aroma y humedad. Tome —le dijo a Uribe, alargándole uno—, no va a tener muchas oportunidades en su vida de fumarse algo así.

—¿Está permitido fumar aquí? —preguntó, extrañado Uribe, mientras asía tímidamente el cigarro que acababa de pasarle Mariano Luzarraga—, creía que siendo un centro de trabajo eso no era posible.

—Bueno, técnicamente está prohibido, pero esta empresa y todo lo que contiene es mío, y si algún empleado se atreviera a denunciarme, quizás conseguiría que me pusieran una multa, es posible, pero puedo asegurarle que ese malnacido no volvería a encontrar un trabajo, ni aquí ni en ninguna otra empresa del país, en su puta vida.

No lo dijo con fanfarronería o prepotencia, sino con total naturalidad, lo que acojonó aún más a Uribe que, para ganar tiempo, procedió, al igual que estaba haciendo su anfitrión, a encender su puro ateniéndose al estricto ritual establecido antaño en los salones de la alta sociedad.

—Bien —dijo satisfecho Luzarraga, exhalando una fuerte bocanada de humo—, volvamos al asunto que nos ocupa, el motivo de que le haya citado.

»Como ya le he dicho, nunca he tenido un excesivo interés por el mundo de la cultura. Es cierto que mis empresas hacen donativos generosos a museos y entidades protectoras e impulsoras de las artes, pero ya sabe, son cuestiones de imagen y también, por qué no admitirlo, sirven para desgravar impuestos. Pero no puedo evitar ser lo que soy, un empresario al que no le gusta tirar el dinero a la basura sino que acostumbra a rentabilizar cada euro que invierte en un negocio. Y aunque son malos tiempos para la lírica, como suele decirse, y es verdad, ya que me metí en el mundo editorial, por las causas que previamente le he contado, me parece lógico intentar sacarle unos buenos réditos a la empresa que creé para satisfacer las veleidades literarias de mi mujer. ¿No está de acuerdo conmigo, señor Uribe?

—Sí, sí, claro, totalmente de acuerdo —respondió el aludido, que aún no sabía a dónde quería llegar Luzarraga.

—Lo suponía —asintió, satisfecho, el empresario—. Pues bien, no tendré ni puta idea de literatura, ni falta que me hace, para eso tengo contratados a unos cuantos consejeros, pero sí olfato para los negocios. Por eso, cuando un día llegó a mis manos

la primera de las novelas de Colt Duncan supe que tenía que editarlas. Me imagino que estará al tanto de quién es Colt Duncan, ¿no?

—Sí, claro que lo sé, no es que tenga muy buena opinión de esas noveluchas, pero estoy al tanto de su existencia. De hecho mi novia está haciendo su tesis doctoral sobre la literatura popular de bolsillo, y ese tal Colt Duncan es una de las referencias que está manejando.

—¿Su novia? Ah, sí, esa jovencita que..., joder, Uribe, hay que reconocer que se lo monta usted bien, es todo un pichabrava, aunque en los Estados Unidos seguramente le habrían acusado de pederasta. Ya sabe lo puritanos que son los yanquis para esas cosas, acuérdesese de la que se montó cuando Woody Allen se lió con la hijastra de su mujer o del buenazo de Bill Clinton y su desliz con la becaria, pero bueno, no nos desviemos del tema, que no le he convocado a mi despacho para intercambiar chismorreos.

Asier Uribe se quedó tan estupefacto al escuchar las últimas palabras de Luzarraga, con las que demostraba que estaba correctamente informado sobre él, que ni siquiera reaccionó a tiempo para protestar. Cuando quiso hacerlo el editor ya había vuelto a retomar el hilo de su disertación.

—Fue una suerte que esa novela, la primera de Colt Duncan, llegara a mis manos. Como usted se imaginará no suele ocurrir, pero un empleado de la editorial me la hizo llegar así que la ojeé un rato, en un momento en el que no tenía nada mejor que hacer, y de repente comprendí que allí podía haber una mina de oro por lo que, en contra del criterio de la mayoría de mis asesores, decidí publicar no solo esa novela, o novelucha como la ha denominado usted, ya se imaginará que esas descalificaciones, a estas alturas, me la sudan, sino también las siguientes que escribiera el autor. Y no es por envanecerme, pero mi olfato para los negocios tampoco me falló en esa ocasión, la verdad es que nunca me ha fallado hasta el momento, así que puedo decirle con orgullo y satisfacción —se sonrió tras su burda imitación de uno de los personajes navideños más conocidos en España— que fue todo un éxito, por lo que la editorial, que había empezado como una distracción, una especie de regalo para mi mujer, empezó a tener beneficios, unos beneficios exorbitantes. Y quiero que siga teniéndolos, pero hay un problema. Colt Duncan o, para ser más exactos, la persona que se ocultaba tras ese seudónimo, ha muerto. Por decirlo más crudamente, ha sido asesinado.

Miró fijamente a Uribe, como esperando que dijera algo, pero este se limitó a hacer una pregunta.

—Entiendo, sí, lo entiendo perfectamente, lo he leído en los periódicos, pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

Como contestación, Mariano Luzarraga profirió a su vez otra pregunta.

—¿Ha pensado en dedicarse alguna vez al género negro, señor Uribe?

—No, nunca se me ha ocurrido —a Uribe le asombraba la facilidad con la que Luzarraga cambiaba de tema—, no es un género que me guste, de hecho detesto los

llamados géneros populares, el noir, la ciencia ficción, el terror, ese tipo de cosas escritas para paladares poco exigentes, a mí lo que me gusta es la buena literatura.

—Sí, ya veo —Luzarraga señaló los tres manuscritos que le había enviado el propio Uribe y que aún estaban encima de la mesa—, aunque parece que usted confunde buena literatura con libros aburridos, pero no voy a entrar en esa discusión, seguramente me ganaría por goleada, y sin embargo es una pena que no le guste la novela negra, porque con sus experiencias podría escribir obras muy interesantes. La verdad es que nadie creería, viéndole en estos momentos, que en su juventud fuese militante de ETA, del sector polimili si no me equivoco, y que posteriormente se fue a Nicaragua, para apoyar al victorioso régimen sandinista. Incluso, durante el primer mandato del presidente Ortega fuese usted policía en Managua, uno de los más importantes. Y de los más duros, si es que no estoy mal informado.

No, no estaba mal informado ese cabrón, pensó Uribe. Lo que acababa de decirle era cierto, de muy joven militó en ETA P-M y cuando se produjo el cese de la lucha armada y la reinserción, aunque él era de los que había votado a favor, se aferró a sus ideales revolucionarios e intentó llevarlos a la práctica en Nicaragua, donde los sandinistas, tras el derrocamiento del dictador Anastasio Somoza y su entrada triunfal en Managua, habían implantado un régimen revolucionario, ya que en Euskal Herria no tenían visos de convertirse en realidad, ni por medio de la lucha armada ni tampoco a través de la participación parlamentaria a la que se adhirieron sus antiguos compañeros. Y es que a pesar de que tras el triunfo de la revolución los antiguos comandantes guerrilleros se convirtieron en los nuevos gobernantes del país, con lo que eso conlleva de pragmatismo y abandono de los ideales, el asedio al que sometían al nuevo régimen las fuerzas reaccionarias, ayudadas por la potencia imperialista por antonomasia, los Estados Unidos, hacía que todavía fuera atractiva, para gente como él, su implicación en la revolución.

El problema estribaba en que en la nueva Nicaragua no necesitaban, o al menos no era prioritario para ellos, licenciados en Filología Románica, aunque tuviesen un pasado militante, por eso acabó como policía, cumpliendo un trabajo muy necesario a favor del nuevo régimen, la represión de sus opositores. Hasta que un día se percató de que el entusiasmo con el que daba sus más que merecidas hostias a los presos era similar al de los policías españoles cuando se las daban a él y decidió seguir apoyando a la revolución más silenciosamente, desde la distancia, regresando a Bilbao, su ciudad natal, en la que anduvo dando tumbos hasta que empezó a trabajar, en calidad de profesor interino de Lengua y Literatura Española, en un centro público. Trabajo que desempeñaba en esos momentos, tras haberse olvidado por completo de su pasado como hombre de acción, un pasado que Mariano Luzarraga acababa de desenterrar.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo finalmente Uribe— y no entiendo qué relación puede tener con que publique o no todos o alguno de mis manuscritos. Ni tampoco qué pinta en todo esto su perorata sobre Colt Duncan. Me ha dicho que a

cambio de editar mis libros me va a exigir un precio, que no creo que vaya a ser que participe en los costos, como en las editoriales que se dedican a la autoedición, así que me gustaría saber, de una puta vez, de qué coño va todo esto.

—Así me gusta —sonrió, mientras daba una nueva chupada a su cigarro, Luzarraga—, no será usted escritor de novela negra, pero habla como uno de sus personajes. Y creo que tiene razón, ha llegado el momento de poner las cartas encima de la mesa, y cuando lo haga se dará cuenta de que todo lo que le he dicho tiene un sentido.

»Como ya le he explicado, tengo muy claro que la estrella de la editorial, la que la ha lanzado y convertido en una máquina de dar beneficios económicos, ha sido Colt Duncan que, por desgracia, ha fallecido recientemente en circunstancias más bien desgraciadas. En el fondo eso no supone un problema tan grave, me refiero a su fallecimiento, no a las causas del mismo, hay un montón de escritores que no desdeñarían continuar escribiendo sus novelas, al fin y al cabo Colt Duncan no es un nombre real, es como una marca, por así decirlo, una marca registrada de la que yo en persona, y no la editorial, soy el único propietario. En ese sentido confío en que las nuevas novelas que se escriban con esa marca sigan produciéndome considerables ganancias. Bueno, no es que confíe, es que estoy seguro de ello.

»Pero antes de que otros plumíferos agradecidos empiecen a pergeñar nuevas historias protagonizadas por Duncan McFree, alias Colt Duncan, lo que sin lugar a dudas constituiría un auténtico pelotazo sería la publicación de la obra póstuma del primer y genuino Colt Duncan, el charcutero asesinado cuyo prosaico y poco literario nombre era Emiliano Etxebarria. Esa obra existe, pero desgraciadamente no está en mis manos y no ha sido hallada entre las posesiones del difunto señor Etxebarria. Quiero esa obra, quiero esa última novela, señor Uribe. Y este es el trato, usted me la encuentra y yo publicaré sus tres manuscritos, los tres, uno detrás de otro. Y no solo eso, sino que también compensaré generosamente sus esfuerzos. Esto sería tan solo un anticipo.

Simultáneamente a sus palabras Luzarraga sacó de una cartera que ostentaba el anagrama de una de las más importantes y caras casas de moda del país un talón nominativo a favor de D. Asier Uribe Arruabarrena, que no solo era muy generoso para tratarse de un anticipo, sino que incluso le permitiría tomarse un año sabático para dedicarse a lo que en esos momentos más le interesaba, escribir.

—No entiendo —balbuceó Uribe, sin hacer ademán de devolver el talón, pero aún repleto de dudas—, yo no soy detective, soy un profesor de literatura que en sus ratos libres se dedica a escribir ensayos, poemas y relatos cortos.

—Lo sé, pero ya le he dicho que me he informado sobre usted y también sé que ha sido policía en Nicaragua.

—Eso es muy diferente, y además no estoy muy orgulloso de ese aspecto de mi vida —respondió Asier Uribe, ni él mismo sabía si en un arranque de honestidad o poniéndose la venda antes de la herida por si aceptaba quedarse con el talón y luego

no obtenía los resultados requeridos por el hombre que se lo había entregado—, prácticamente me limitaba a dar hostias a los enemigos del régimen para que confesaran sus delitos.

—Bueno, en eso no se diferencia mucho usted de un gran número de policías con los que he tratado a lo largo de mi vida —confesó filosóficamente, encogiéndose de hombros—. Pero el tiempo se acaba y el mío es oro, no se lo digo como un tópico, sino de un modo real. ¿Acepta o no el encargo que le he hecho?

—¿Me asegura usted la publicación de los tres manuscritos que envié a su editorial?

—Aquí están los contratos firmados por mí —del mismo cajón del que anteriormente había sacado los ejemplares encuadernados de los tres libros sacó también tres manojos de folios que, efectivamente, se correspondían con los contratos de edición de «La diáspora literaria vasca en Centroamérica», «Lo que nos quita la vida» y «Fuegos que se encienden y se extinguen inexorablemente», las tres obras en las que Asier Uribe llevaba trabajando tantos años—. Como verán, están firmados y sellados, así que no cabe engaño alguno por mi parte.

—De acuerdo —dijo por fin Uribe—, acepto, aunque no puedo prometerle nada, pero intentaré encontrar el manuscrito perdido de Colt Duncan.

—Con eso, de momento, es suficiente para mí —le dijo Luzarraga estrechándole la mano y entregándole las copias firmadas de los contratos.

Durante unos instantes Asier Uribe estuvo tentado de decirle al empresario, en un ridículo intento de mantener su maltrecha dignidad en pie, que si había aceptado se debía exclusivamente al deseo de ver publicadas por fin sus obras, no porque estuviera interesado en cobrar ese talón al que, de todos modos, no pensaba renunciar, pero comprendió que no iba a colar y que, más bien al contrario, tan solo contribuiría a aumentar la sensación de haberse vendido que en esos momentos tenía.

Además habría dado igual. Pronto comprendió, por el aséptico gesto de despido con el que le obsequió Luzarraga, que una vez conseguido su propósito, que trabajara para él, el empresario había pasado página y, dejando de prestarle atención, como si de repente se hubiese convertido en un hombre invisible, había empezado a volcar sus energías en otros asuntos que, sin duda, le interesaban mucho más.

El juez Azkarate se encontraba ante un dilema en el primer asunto importante que había llegado a sus manos desde que abandonó la Escuela Judicial siendo el número dos de su promoción, el número uno era un imbécil del que siempre sospechó que había aprobado las oposiciones no por sus méritos, pero esa era otra historia ya pasada y, además, ante la que no podía hacer nada. En esos momentos era otro el problema con el que tenía que lidiar: decidir si daba carpetazo (técnicamente, si lo archivaba) al expediente incoado tras el asesinato de Emiliano Etxebarria y la posterior muerte, a manos de un policía municipal, de su agresor, o si mantenía vivas las diligencias durante un tiempo, hasta que se aclararan los cabos que habían quedado sueltos.

Lo más lógico habría sido dar por concluso el procedimiento. Nadie se lo iba a reprochar porque los sucesos estaban meridianamente claros, pero..., no, no estaban tan claros, seguía habiendo lagunas, si no en los hechos sí en el motivo de que esos hechos hubiesen acaecido. ¿Era eso tan importante? A la hora de un juicio tal vez sí, los motivos podían convertirse en agravantes, atenuantes o incluso eximentes, pero si no iba a haber vista oral, ante la inevitable ausencia del posible acusado, no parecía tener sentido su empeñamiento en mantener abierto el expediente. Esa actitud solo podría considerarse justificada en el caso de que finalmente optara por procesar al municipal que había matado al asesino de Etxebarria, pero parecía tan claro que había actuado en defensa propia que no era previsible que acabara imputándole por homicidio o asesinato.

Eran momentos, pensó el juez, de extremar la prudencia porque si metía la pata se le iba a echar encima toda la opinión pública, incluyendo a su novia, Natalia, que siempre le había aconsejado que se olvidara de ese rollo de la judicatura y se dedicara a asesorar empresas, que era lo que de verdad daba dinero. Pero, por otro lado, teniendo en cuenta el revuelo que se había desatado cuando se supo que el charcutero asesinado era el escritor que se escondía bajo el seudónimo del Colt Duncan, si cerraba apresuradamente el caso en falso y luego, por alguna de esas extrañas — habitualmente «muy extrañas»— casualidades de la vida aparecían nuevos datos que desvirtuaran toda la instrucción, iba a ser crucificado hasta en los programas de cotilleo de la amplia panoplia de canales que un telespectador aburrido podía sintonizar entre la TDT y las plataformas digitales. No es que eso le preocupara mucho, durante bastante tiempo había creído firmemente en ese aforismo que decía «cúmplase la ley aunque perezca el mundo», pero seguramente su novia no era de la misma opinión y Natalia era mucho Natalia, así que para él su opinión era más importante que la del mismísimo Tribunal Supremo.

Había otro aspecto de la cuestión. Esa misma mañana se había personado una abogada en representación de la familia de Agustín Mentxaka, que así se llamaba el joven asesino del escritor y tendero asesinado. Eso no significaba nada, el mismo

hecho de que en lugar de presentar una querrela hubiese optado simplemente por personarse en las diligencias ya abiertas, parecía indicar que la propia letrada no estaba muy segura de si merecía la pena que el asunto siguiera adelante. Pero no dejaba de ser un nuevo dato que debía valorar y que le daba la excusa perfecta para no cerrar bruscamente el caso, así que optó por mantener el expediente judicial abierto durante un tiempo, aunque solo fuese para realizar unas pocas diligencias rutinarias cuya única finalidad sería la de poder cerrarlo sin la menor sombra de duda, para que ante todo el mundo quedara claro que el policía municipal que acabó con la vida del asesino de Colt Duncan actuó correctamente. O al menos eso es lo que intentó transmitir a su compañera, una agente llamada María Ruiz, a la que había citado en el juzgado con objeto de tomarle declaración.

Nada más ver a la agente, Estepan Azkarate empezó a ponerse nervioso. La joven policía, de mediana altura, con una corta melena color castaño y unos hermosos ojos verdes le recordaba a Natalia y eso le impedía concentrarse en lo que tenía que hacer, interrogarla como haría cualquier juez con un testigo, con el único objetivo de desentrañar la verdad de lo sucedido. Afortunadamente si la joven se percató de ese hecho no decidió sacarle partido, porque en todo momento pareció mostrarse colaboradora, incluso cuando el juez le preguntó algo tan obvio como su nombre, cuando ya constaba en las diligencias en las que había sido citada.

—María Ruiz Galarraga —se limitó a contestar, sin mostrar extrañeza o ironía.

—¿Desde cuándo es policía municipal? —Era otra pregunta absurda, porque no venía a cuento, pero la agente la comprendió enseguida e incluso, íntimamente, se solidarizó con el juez. Sabía, o al menos intuía, que como le ocurría a ella en los primeros tiempos, cuando empezó a trabajar como policía en las calles de Bilbao, su interrogador planteaba unas primeras preguntas sencillas e incluso tontas o superficiales con el único fin de entrar en materia poco a poco.

—Más o menos desde hace dos años.

—¿Y siempre ha patrullado junto a... —Estepan Azkarate hizo como que comprobaba en las diligencias el nombre del policía municipal que había disparado contra el asaltante de Emiliano Etxebarria, aunque se lo sabía de memoria— Guillermo Ostolaza?

—No, no siempre, aunque los últimos meses, no sé, cinco o seis, solemos patrullar conjuntamente.

—¿Es el señor Ostolaza un hombre violento?

—Por Dios, ¿qué insinúa usted, Señoría? Perdone, no quería..., no sé, es que su pregunta me ha extrañado. Pero bueno, no tengo inconveniente en responderle y la verdad es que mi compañero no es nada violento, en absoluto, es tan solo un policía que cumple con su misión, absolutamente respetuoso con los procedimientos establecidos y los derechos de los ciudadanos, como establecen la constitución y las leyes vigentes.

—Quizás me he expresado mal —Estepan Azkarate, nervioso, empezó a ver de

nuevo en la cara de la agente los ojos de su Natalia—, quiero decir si usted piensa que el agente Ostolaza es proclive a utilizar medidas extremas para solucionar los problemas.

La he vuelto a cagar, pensó el juez tras hacer esa nueva pregunta, pero ya no tenía vuelta atrás y, afortunadamente, la agente Ruiz no mostró en esta ocasión enfado ni sorpresa alguna.

—No especialmente, por lo menos hasta donde yo puedo saberlo. Siempre ha tenido un fuerte autocontrol, en general como todos nosotros, estamos entrenados para ello, cuando llevas un arma tienes que saber utilizarla, y tanto mi compañero como yo sabemos hacerlo. De hecho, la del asalto al señor Exebarria ha sido la primera vez, y hasta el momento la última, por suerte, en la que hemos tenido que disparar contra una persona. Y si quien lo hizo fue mi compañero se debió a que se percató antes que yo de lo que estaba ocurriendo. ¡Fue horrible!, se lo digo con total sinceridad. Matar a una persona es, es..., no sé cómo definirlo, afortunadamente no fui yo quien apretó el gatillo, pero el caso es que mi compañero está completamente destrozado, tomando un montón de pastillas tranquilizantes, no sé si sabrá que está de baja.

El juez Azkarate lo sabía y así se lo confirmó con un gesto, sin necesidad de palabras, unas palabras que quería economizar al máximo, ya que pensaba que un exceso de verborrea podría llevar el interrogatorio por caminos no deseados, como parecía estar sucediendo por el momento.

—Ya he leído el informe que hicieron, por supuesto, pero ¿le importaría explicarme lo que ocurrió, con sus propias palabras?

—Bueno, estábamos patrullando del modo habitual, dando vueltas por la ciudad con el coche que tenemos asignado, de un modo rutinario, ya sabe, para dar la sensación de que la policía vigila y transmitir a los ciudadanos la impresión de que están protegidos, cuando recibimos el aviso de que estaban asaltando un comercio en pleno centro de Bilbao, en Indautxu. Como estábamos muy cerca, de hecho éramos los que estábamos más cerca, fuimos los primeros en acudir al comercio, que resultó ser una charcutería o *delikatesen*, como se puede leer en el cartel exterior, y lo que vimos nos dejó de piedra. Un hombre tendido sobre el mostrador del establecimiento, ensangrentado, la gente llorando y chillando y un tipo que llevaba en la mano una pistola con la que, al parecer, acababa de disparar al comerciante.

»Mi compañero —continuó después de hacer una pausa, como si le costara expresar lo que había vivido no hacía tanto tiempo— le dio el alto, pero el tipo, que tenía aspecto de estar enloquecido, en lugar de hacerle caso se revolvió contra nosotros y apretó el gatillo, por lo que Guíller, quiero decir, mi compañero, disparó a su vez, abatiéndole. Según le vimos caído en el suelo intentamos reanimarle, pero fue imposible. Por lo que nos comentó más tarde el forense debió fallecer en el acto. No tuvimos otra opción, las cosas ocurrieron tal y como se las cuento, Señoría.

—¿Oyeron ustedes en algún momento una detonación?

—No, cuando llegamos al lugar de los hechos el asesino ya había disparado contra el charcutero.

—¿Y después? ¿Antes de que su compañero disparara?

—No, nada, solo vimos el gesto que hacía, de apretar el gatillo, por eso mi compañero se adelantó y disparó a su vez. De hecho, cuando el tipo cayó, no sabíamos si había conseguido disparar o no, pensamos que los ruidos de las dos detonaciones podrían haberse superpuesto.

—Pero posteriormente se enteraron de que no había disparado. De hecho no pudo hacerlo porque no llevaba ninguna bala más en su pistola —Estepan Azkarate habló con un tono extremadamente duro, como si quisiera poner contra las cuerdas a la testigo o, más posiblemente, como si quisiera demostrarse a sí mismo que no era un calzonazos y que la chica, por más que se pareciera a su novia Natalia, no le intimidaba.

—Sí, claro, seguro que usted, nada más verle, se habría percatado de que no tenía ninguna bala más en su pistola y le habría dicho que, por favor, depusiera su actitud y se entregara pacíficamente, pero nosotros no somos tan clarividentes como usted, Señoría, y cuando vimos que el tipo iba a echar mano a su arma nos adelantamos. Bueno, se adelantó mi compañero, yo en realidad me quedé totalmente paralizada, supongo que me venció el miedo o lo inesperado de la situación —mientras hablaba, la joven había pasado de la indignación más airada a estar al borde de las lágrimas—, o quizás, simplemente, que me acobardé.

—Bueno, no se torture por eso, es de lo más normal —le habló el juez con tono paternal, pese a tener aproximadamente su misma edad. Al principio pensó en advertirla de que si seguía hablando en ese tono tan sarcástico e irrespetuoso podría procesarla por desacato, con lo que la hubiese vuelto a cagar, pero el aspecto compungido de la testigo cuando confesó su parálisis ante lo que era una emergencia le obligó, afortunadamente, a cambiar de registro para, de ese modo, congraciarse con ella y reconducir la entrevista por otros derroteros más amables.

—¿No les extrañó que el asesino no dispusiera de ninguna bala más en su arma? —volvió a insistir Azkarate, aunque en un tono más sosegado, en ese aspecto del asunto que tanto le inquietaba.

—En realidad nosotros no lo supimos hasta más tarde, cuando los compañeros de la científica examinaron su arma. Como ya le he dicho, aunque solo escuchamos una detonación, pensamos que ambos, el asesino y mi compañero, habían disparado al mismo tiempo y se habían superpuesto los sonidos.

—¿Quién les pasó el aviso?

—Lo recibimos por la emisora, desde la central, ya se lo he dicho.

Era cierto, aparecía en las diligencias y acababa de manifestárselo, así que asintió con la cabeza. Revisando el expediente comprobó, como ya lo sabía de antemano porque no era la primera vez que lo leía, que el ciudadano o ciudadana que pletórico de furor cívico había contactado con la Policía Municipal no buscaba gloria ni

honos y se había mantenido en el anonimato.

—¿Y no observaron nada extraño?

—¿Se refiere a algo más extraño que encontrarnos a un comerciante tendido sobre un mostrador totalmente ensangrentado, y a un tipo vociferante que nos amenazaba con una pistola? Perdona, Señoría, no quería volver a mostrarme irónica o sarcástica, pero es que..., tiene que comprender usted la situación, ante eso cualquier otra cosa dejaría de ser extraña, no sé si me explico.

—Perfectamente, pero ustedes son policías entrenados para enfrentarse a asuntos de este tipo, encontrarse a un hombre tendido en el suelo, sobre un charco de sangre, como acaba de decirme, les debería obligar a agudizar sus sentidos.

—¡Coño, Señoría!, no somos el puto CSI ni agentes del FBI. Claro que estamos entrenados, e incluso perfectamente preparados para afrontar este tipo de situaciones, al menos en teoría, pero por suerte no constituyen el eje de nuestras actividades cotidianas. Aún así, tiene usted razón, una vez abatido el asesino del señor Etxebarria procedimos según mandan los protocolos de actuación y todo lo que vimos, escuchamos e hicimos se recogió en el correspondiente informe, que supongo se habrá incorporado a las diligencias. Todo lo que vimos, normal o anormal, lo tiene ya usted, encima de la mesa.

En esta ocasión Estepan Azkarate no se molestó por el exabrupto proferido por la policía municipal. Se sentía cada vez más cercano a ella, y no solo porque le recordara a Natalia, sino porque había hecho el esfuerzo de ponerse en su lugar y comprendía lo mal que lo estaba pasando.

—Sí, entiendo, y tiene usted razón, señorita —volvió a fingir que buscaba su apellido en las diligencias, aunque sabía perfectamente cuál era— Ruiz, pero confío en que comprenda que mis preguntas tan solo buscan esclarecer de un modo total los hechos, cosa que a la larga redundará en beneficio de todos. Por ese mismo motivo me veo obligado a hacerle unas cuantas preguntas más, alguna de ellas delicadas. Por ejemplo, antes de que ocurrieran los hechos, ¿advirtió algo extraño o inusual en la actitud de su compañero?

—¿Algo raro o inusual? No sé, no acabo de entender muy bien la pregunta, pero no, no observé en él nada raro ni inusual. Íbamos los dos patrullando, tan tranquilos, bueno, más o menos, el día anterior había perdido el Athletic en Anoeta, contra la Real, y Guíller es un hincha furibundo, así que mientras me contaba el partido se le iba hinchando una vena —María Ruiz se rio al recordarlo—. Ese fue el único momento en que se salió algo de sus casillas, pero no es nada extraño, le ocurre muchos lunes.

—¿Y cuando abatió al asesino del señor Etxebarria?

—Bueno, ya se lo he comentado antes..., no fue plato de buen gusto ni para él ni para mí. Sigo creyendo que hizo lo que tenía que hacer, pero estaba destrozado, acababa de matar a un ser humano, no sé, supongo que hay que pasar por eso para comprender cómo se puede sentir uno por dentro.

—Por lo que me ha comentado, todo sucedió muy rápido, pero ¿pudieron escuchar si el asesino dijo algo? Según algunos testigos pareció vociferar, pero nadie es capaz de repetir con absoluta seguridad sus palabras.

—La verdad es que nosotros no le oímos pronunciar ni una palabra. Es cierto que estaba muy agitado, y esos estados de ánimo, en ocasiones, son proclives a que se grite y se den voces, pero casi no hubo tiempo, fue darle el alto y tener que disparar contra él al comprobar que quería arremeter contra nosotros. Luego intentamos también interrogar a los testigos, pero ninguno fue capaz de relatarnos algo coherente. Lo único seguro es que salió de la charcutería gritando, pero quienes le vieron no se ponían de acuerdo en lo que habían escuchado, según unos iba diciendo «lo he hecho, lo he hecho», otros en cambio pensaban que lo que estaba gritando era más bien una pregunta, algo así como «¿qué he hecho?, ¿qué he hecho?». Pero incluso quienes declararon haber escuchado alguna de esas frases no estaban dispuestos a testificar sobre ellas porque no estaban totalmente seguros, era lo que «creían» haber oído, aunque sin tener una certeza absoluta.

—Ese «¿qué he hecho?», si es cierto que fueron las palabras que profirió, podrían indicar una falta de premeditación por parte del asaltante —dijo el juez.

Más que una pregunta era una reflexión en voz alta, y así lo entendió la agente Ruiz que, pese a ello, le contestó como si fuera parte del interrogatorio.

—No lo sé, ni siquiera puedo asegurarle que fuese eso lo que dijo, pero no tiene la menor importancia, podría haberla tenido si aún estuviera vivo, no sé, tal vez en un juicio como atenuante, usted sabe de eso más que yo, señoría, pero el caso es que está muerto, así que nunca llegará a ser juzgado, y por otra parte no hay duda de que mató al señor Etxebarria, tuviera o no la intención de hacerlo, así que...

Aunque no concluyó la frase, la joven parecía sumarse a los consejos que le habían proporcionado la mayor parte de sus colegas e indicarle al juez que lo mejor era no marear la perdiz y dar el asunto por zanjado con la finalización y el archivo de las diligencias previas, lo que hizo sonreír a Estepan Azkarate. Le gustaba esa chica, cada vez más, y no solo porque se pareciera a Natalia. Aún así, haciendo caso omiso a lo que acababa de escuchar, le hizo una nueva pregunta:

—¿A qué hora recibieron el aviso del asalto?

—A las diez en punto.

—¿A las diez en punto? ¿Las diez, cero, cero?

—Sí, las diez-cero-cero, como acaba usted de decir —la sonrisa de la agente municipal, al decir esto, iluminó el despacho de tal modo que Azkarate estuvo a punto de decirle que dejara el tratamiento más formal de «usted» y le tuteara, al fin y al cabo los dos eran muy jóvenes, y de la misma edad, pero se reprimió, en parte porque Natalia no lo hubiese aprobado y en parte porque seguía siendo el juez y debía mantener el decoro del cargo, sin dar pie a equívocas y no deseadas interpretaciones extraprofesionales—. Lo recuerdo perfectamente, sin la menor duda. En primer lugar porque, como establecen los protocolos de actuación, siempre apuntamos la hora en

la que recibimos los avisos, y por otra parte nos chocó que esa fuese la hora, las 10.00, estamos acostumbrados a tener que anotar las 13.56, las 11.52 o las 06.04, por poner unos ejemplos, por eso nos hizo gracia la rotundidad de ese 10.00, pero bueno, es algo anecdótico, lo importante es que efectivamente anotamos la hora en la que recibimos el aviso y se corresponde con la hora que usted nos ha dicho, las diez en punto de la mañana.

Estepan Azkarate dejó transcurrir algunos segundos, no tanto por si la joven quería añadir algo como por si a él se le ocurría una nueva pregunta. En realidad ya le había hecho todas las que tenía previstas efectuar, incluso las tenía apuntadas para no olvidarse de ninguna de ellas en el transcurso de la conversación, pero le habría gustado alargar la charla con esa joven que, curiosamente, pese a tener un parecido tan acusado con Natalia, le intimidaba menos que esta. Bueno, eso no era justo, Natalia no le intimidaba, era su novia y se querían, pero a veces..., en fin, debía desechar esos pensamientos tan absurdos, motivados, seguramente, por la excitación de estar ante su primer caso de cierta trascendencia e importancia.

—¿Quería algo más?

—¿Sí? Ah, disculpe —dijo azorado el juez—, estaba reflexionando sobre lo que me ha estado diciendo y no la he escuchado. ¿Qué me decía?

—No, nada especial, solo si necesitaba algo más de mí. Es que estamos bajos de efectivos y en comisaría me han dicho que volviera cuanto antes. ¿Tengo que firmar la declaración?

—No, de momento no hace falta, he tomado tan solo unas notas para mi uso personal, su declaración ya la tenemos y si necesitara que hiciera una nueva, más formal, ya le avisaríamos. Le agradezco su tiempo y su atención y si, eeh, bueno, si la vuelvo a necesitar, ya la avisaré.

—No dude en hacerlo, señorita, si me necesita no tiene más que llamarme y vendré en cuanto pueda.

Estepan Azkarate tenía el poder suficiente para enviar a un ciudadano a prisión, pero de repente se convirtió de nuevo en el típico chiquillo que se azora cuando su vecinita, mucho más lista y desarrollada que él, le pide que le dé un beso en los labios. Intentó disimularlo haciendo como que ordenaba unos papeles, pero lo único que consiguió fue que se cayeran al suelo y que la policía se agachara para ayudarle a recogerlos, con lo que sus caras se rozaron, adquiriendo la suya un color muy parecido al de las viejas banderas comunistas. Reconponiendo el gesto le dio las gracias mientras le acompañaba hasta la puerta de salida. Cuando estrechó la mano de la joven policía notó su tacto cálido y cómo tardaba unos segundos más de la cuenta en retirársela mientras le dedicaba una sonrisa que no sabía interpretar si era de buena educación y compromiso o algo más, incluso si no sería una muestra de que se estaba burlando de él. Poco después, al quedarse solo, sacó de una pequeña cámara frigorífica que había en el despacho una lata de un refresco de cola, lamentando por primera vez no tener una bebida algo más fuerte, y se la bebió de un trago, mientras

recostado en su butaca intentaba tomar aliento y que de su frente desaparecieran las pequeñas gotas de sudor que repentinamente habían empezado a surcar su rostro.

Le ayudó a recuperarse anímicamente el meditar sobre lo que había escuchado. Por una parte estaba la frase pronunciada por el asesino, si es que, efectivamente, había dicho eso de «¿qué he hecho?, ¿qué he hecho?». Podría ser un indicio de que no se trataba de un asesinato premeditado, aunque eso, como ya había apuntado de un modo muy inteligente la joven policía, no era excesivamente significativo. Incluso en el caso, no totalmente seguro, de que hubiesen sido sus palabras, la mayor parte de las muertes que se cometen en ese tipo de asaltos no suelen ser premeditadas sino que ocurren al calor de los acontecimientos, porque el asaltante se pone nervioso y es incapaz de controlarse, a menudo acuciado por el síndrome de abstinencia que habitualmente se apodera de quienes dependen de las drogas para sobrellevar su existencia cotidiana. Más le preocupaba la secuencia horaria de los hechos. El coche patrulla había recibido el aviso a las diez en punto, pero la muerte de Emiliano Etxebarria había ocurrido a las diez y dos minutos. Esa era la hora que marcaba su reloj antes de romperse como consecuencia de la caída de su propietario al suelo y pararse su mecanismo y era también la que habían declarado los testigos, un par de minutos o tres después de las diez, en eso coincidían prácticamente todos. No es que fuese concluyente, podría ser un error, dos minutos arriba o abajo no es que constituya un gran desfase, pero estaba seguro de que los policías municipales habían anotado bien la hora de la llamada. ¿Era posible que el aviso se hubiese dado antes de que se cometiera el asesinato? No parecía lógico ni verosímil, sin embargo los datos ahí estaban, fríos y escuetos, y a él le tocaba interpretarlos y actuar en consecuencia. Aunque un margen arriba o abajo de dos minutos, lo sabía mejor que nadie, no podría utilizarse nunca, salvo que se tratara de relojes de precisión manejados por especialistas, lo que no era el caso, como prueba válida en una vista oral, si ese desfase era cierto tenía que significar algo, y no algo bueno precisamente.

Sacó su móvil y tecleó un número. Casi sin dar tiempo a que sonara le respondieron. Soy yo, Natalia. No, nada, simplemente quería hablar contigo. He tomado declaración a una chica que se parecía mucho a ti. No, tonta, ¿cómo puedes pensar eso?, tú eres mucho más guapa. Y estás más buena. Lo siento, lo siento, no quería ser grosero, pero ya sabes que cuando pienso en ti... Sí, sí, ya lo sé, que sí, que tienes razón. No, no me he olvidado de que el próximo viernes cenamos con Carmen y Julen. Que sí, que no me pondré borde con Julen, pero sabes perfectamente que es un gilipollas. Sí, ya sé que es el novio de tu mejor amiga, pero no por eso deja de ser un gilipollas de campeonato, que no, que me portaré bien, si ya sabes cómo soy, Natalia, que sí, te quiero mucho, yo más. Vale, nos vemos, adiós.

Cuando cortó la comunicación se preguntó si de verdad quería hablar con Natalia o tan solo se había puesto en contacto con ella para olvidarse de la policía municipal de la que acababa de despedirse y para ponerse en el estado de mala leche necesario para proceder a interrogar al siguiente testigo al que había citado en su despacho ese

día, un tal Unai Solozabal, que disfrutaba del dudoso honor de ser uno de los colegas más allegados, la palabra amigo entre ese tipo de gente parecía estar vetada, de Agustín Mentxaka, el hombre que había asesinado a Emiliano Etxebarria.

La entrevista había sido sugerida por la propia abogada de la familia de Mentxaka, por eso no le extrañó que el yonqui, porque en cuanto pudo echarle un vistazo encima calificó a Unai Solozabal como un yonqui irredento e irrecuperable, acudiera acompañado por ella, aunque desde el primer momento intentó acotar su capacidad de intervención.

—Le agradezco, letrada, que haya convencido al señor Solozabal para que accediera a entrevistarse voluntariamente conmigo, sin necesidad de emitir una orden judicial, pero obviamente preferiría hablar a solas con él. Es un simple testigo, y ni siquiera directo de lo ocurrido, por lo que no está imputado, así que su presencia es totalmente innecesaria. Además, se trata tan solo de tener con él una conversación informal, no de tomarle declaración, por lo que no va a constar nada por escrito, salvo las notas que yo tome para mi propia información y que, como es lógico, no se van a incorporar a las diligencias.

—Pues más motivo, si se trata de una entrevista informal, para que me quede. Cuando me explicó lo que deseaba hacer, señorita, lo entendí perfectamente y mostré mi disposición a colaborar, porque la familia de Agustín Mentxaka, a la que represento, es la más interesada en que se esclarezca la verdad, pero como comprenderá perfectamente, si colaboro con usted deseo que haya reciprocidad.

Estepan Azkarate contempló a la abogada. Al contrario que la policía municipal, con la que había podido establecer cierta complicidad generacional, la mujer que tenía enfrente era una cincuentona que, aparte de doblarle la edad, ya estaba pateándose los juzgados antes de que él hubiese nacido. No se chupaba el dedo y no iba a doblegarse fácilmente. Ni fácilmente ni difícilmente, pensó el joven, no iba a doblegarse en absoluto. A pesar de ello, quizás porque después de hablar con Natalia se encontraba peleón, intentó ponerle objeciones.

—Usted misma lo ha dicho, letrada, representa a la familia de Agustín Mentxaka, no al señor Solozabal, así que aún agradeciéndole sus gestiones, su presencia no es ni necesaria ni conveniente.

—No será ni necesaria ni conveniente para usted, señorita, pero yo soy de la opinión contraria, todo lo que hable con el señor Solozabal me interesa. Y no se olvide de que si va a hablar con usted es porque yo le he convencido de que lo haga. Si me levanto y me voy, él se viene conmigo, salvo que desee citarles formalmente en calidad de testigo, en ese caso no le quedará más remedio que acudir solo, sin asistencia letrada, pero por lo que hablamos hace un par de días creo que de momento usted no desea dar ese paso. Si no le entendí mal, antes de tomar una decisión prefiere realizar unas exploraciones previas, un tanto informales, por no calificarlas de irregulares. Perdona, no quería decir esto último —la abogada se sintió magnánima al contemplar cómo enrojecía el juez—, todo lo contrario, creo que es

una actitud muy prudente por su parte, pero al no ser unas indagaciones formales, tampoco tenemos que supeditarnos a los formalismos procesales. Si se trata de una charla informal, no solo puedo estar presente yo, podrían estar presentes, si así nos interesara, todos los camareros del bar en el que acabo de desayunar, así que ya lo sabe, me quedo —concluyó en un tono irrefutable.

—De acuerdo —cedió el juez—, supongo que no hay ningún inconveniente en que asista a nuestra charla. Así que este es el señor Unai Solozabal.

El aludido, que había asistido a la anterior conversación impasible, como si la cosa no tuviera nada que ver con él o, más seguramente, como si no se enterara de nada de lo que sucedía a su alrededor, asintió en silencio.

—Según tengo entendido —continuó el juez en el uso de la palabra—, usted era el mejor amigo del difunto Agustín Mentxaka.

—Sí, señor juez, nos conocíamos desde que íbamos juntos a la ikastola —Unai Solozabal pareció revivir al ser preguntado directamente por Azkarate, como demostraban el nerviosismo con el que hablaba y el incesante movimiento, hacia adelante y hacia atrás, que se adueñó de su cuerpo—. Éramos muy amigos, dos colegas. Joder, qué fuerte, no me acostumbro a decir eso de «éramos», que la ha «palmao» y de qué manera.

—¿Le contó a usted sus intenciones? ¿Sabía que iba a atracar la charcutería?

—Señoría —intervino la abogada—, habíamos quedado en que se trataba de una conversación informal, si el señor Solozabal respondiera afirmativamente podría ser considerado cómplice o encubridor de un delito, así que creo que será mejor que no responda.

El gesto de desagrado de Estepan Azkarate no le pasó desapercibido a la abogada, que intentó sonreír candorosamente para intentar quitar hierro al asunto, pese a que todos los que la conocían sabían que de candorosa no tenía nada. De todos modos ni el juez ni la letrada pudieron reanudar su anterior duelo dialéctico porque Unai Solozabal se adelantó diciendo que no le importaba responder a las preguntas del señor juez.

—No tengo nada que ocultar, señoría, yo no he hecho nada malo. Y el Agus, tampoco —añadió, obviando que su amigo había matado a un hombre.

Estepan Azkarate no comentó esa evidente contradicción y le repitió su anterior pregunta, sin que en esa ocasión la abogada pusiera objeciones a la misma.

—No, no tenía ni idea de lo que iba a hacer, se lo juro por Dios, señor juez. Y no lo entiendo, de verdad, de verdad, se lo juro por Dios y por todo lo que usted quiera. El Agus estaba limpio, de verdad. Sí, ya sé lo que pensaba de nosotros todo el mundo, pero estamos limpios, los dos, es cierto que hemos hecho cosas malas, pero ¿quién no las hace?, además no era culpa nuestra sino de la droga, de la puta droga, se lo juro por mis muertos, de verdad, señor juez, de verdad, estamos limpios. Ya no tomamos nada, joder, es la verdad, no tomamos nada, estamos limpios, totalmente limpios. De verdad, se lo juro por todos los santos.

—Entonces, ¿por qué cree usted que atracó la tienda del señor Etxebarria?

—No lo sé, de verdad, de verdad, se lo juro, señor juez, no lo sé, todavía estoy flipando a colores, el Agus hacía tiempo que no se metía nada en el cuerpo. Ni yo tampoco, de verdad, se lo juro por lo más sagrado.

—¿Le notó en los últimos días nervioso o alterado?

—No, no, nada de eso, bueno, las cosas como son, nervioso y alterado pues sí, pero lo normal, quiero decirle, señor juez, no vaya a entenderlo mal, quiero decirle que es verdad que nos hemos desenganchado, se lo juro ante mil biblias, pero ya sabe cómo son esas cosas, cuando uno está acostumbrado a meterse un buen pico en el cuerpo, pues bueno, dejarlo no es fácil, y aunque estemos desenganchados, es la verdad, pueden comprobarlo si lo desean —extendió el brazo como invitando al juez y a la abogada a que le sacaran una muestra de sangre—, pues a veces cuesta, cuesta mucho, de verdad, y bueno, por eso sí, a veces podemos parecer nerviosos y, ¿cómo ha dicho usted?, ¿alterados?, sí, eso, alterados, pues bien, sí que lo estamos en ocasiones, pero sin más, quiero decir, que no noté nada malo en el Agus, más bien todo lo contrario, en los últimos días se le veía eufórico y contento, se lo juro por mis muertos.

—¿Eufórico y contento? ¿Le dijo en algún momento por qué se encontraba eufórico y contento? —los sentidos del juez parecieron reaccionar ante las últimas palabras de Solozabal.

—Sí, bueno no, quiero decir, señor juez, que no me contó nada así, especial quiero decir, pero me dijo que tenía un negocio entre manos que le iba a proporcionar mucha pasta, pero que mucha, mucha. Pero legal, ¿eh?, nada malo. Le pedí que me lo contara, pero me dijo que era un secreto y aunque confiaba en mí, que para eso somos colegas, desde que nos conocimos en la ikastola, no sé si se lo he dicho ya, pues que prefería no decirme nada, ya sabe, por eso de que si vendes la piel del oso, no sé, bueno, algo así es lo que me dijo, no sé qué de osos, a veces era un poco redicho, ¿saben?, pero muy buen tipo, de verdad de la buena, se lo juro, señoría, muy buen tipo. Incluso me dijo que compartiría la pasta conmigo, joder qué pena, ahora se jodió todo, ya me había hecho ilusiones, pero en fin, tampoco me extraña, habría sido la primera vez en nuestra puta vida que algo nos saliera bien.

—Parece extraño que, siendo tan buenos amigos, no se sincerara con usted. Quizás pensaba conseguir esa pasta de una manera ilegal y por eso prefirió no contárselo, para no ponerle en un brete.

—¿En un qué?

—En un compromiso, para que no pudieran acusarle a usted también de participar en un hecho delictivo.

—¡Ah!, eso. No, no, qué va. En realidad, parece raro, pero me dijo que todo iba a ser una broma, que iba a sacar la pasta gracias a una broma muy, pero que muy grande. La verdad es que cuando me lo dijo yo flipé a colores, alucinaba que te cagas, y ustedes perdonen la expresión, porque las cosas como son, ¿cómo te van a largar

una pasta gansa por hacerle una broma a alguien? Pero el Agus me juró y perjuró que era la verdad, así que le creí, ya le he dicho, señoría, que era un tipo muy legal y que él y yo éramos como hermanos. Es la verdad, lo juro, señoría, de verdad, de verdad, de verdad.

Estepan Azkarate y la abogada se miraron francamente extrañados, a ellos también les parecía increíble lo que estaban oyendo y ambos llegaron a la misma conclusión, seguramente el receptor de la broma había sido Unai Solozabal, a quien su amigo no había querido confesarle que estaba planeando dar un palo a la charcutería de Emiliano Etxebarria, tal vez por no involucrarle o, más seguramente, porque a pesar de lo que aquel declaraba, no confiaba del todo en él.

Al juez se le estaban acabando las preguntas. En ocasiones se había imaginado ser como esos magistrados estrellas de la Audiencia Nacional, que suelen aparecer en los medios de comunicación, saliendo a altas horas de la madrugada tras haber interrogado, por espacio de nueve horas, a algún sospechoso de estar involucrado en tramas mafiosas o de corrupción política y económica. ¿Cómo se puede interrogar durante nueve horas seguidas a alguien? No era posible, joder, pensaba a menudo, tendrían que parar en algún momento, para comer, o aunque solo fuese para ir a mear. Seguro que no era cierto y alargaban tontamente las comparencias para que se pudiera hablar de ellos en la prensa. Aunque en el fondo no le gustaba pensar eso de sus colegas. Quién sabe, igual en cierto tipo de asuntos esos interrogatorios tan largos y exhaustivos eran imprescindibles, algún día lo sabría. Algún día..., soñó despierto durante unos instantes, pero de momento sus interrogatorios nunca duraban tanto, en ocasiones ni media hora, y en estos momentos se encontraba en esa tesitura. No se le ocurría nada nuevo para preguntarle a Unai Solozabal, sobre todo porque estaba convencido de que no había nada más que preguntar, pero después del rifirrafe que había sostenido con la abogada, ante la que, para mayor escarnio, había tenido que rendirse, acabar así, sin más, la conversación, le parecía humillante, por eso intentó alargarla todo lo que pudo, con un par de preguntas adicionales, pese a ser consciente de que, como si se tratara de un círculo vicioso, no hacía más que dar vueltas y vueltas sobre el mismo tema.

—¿Le dijo el señor Mentxaka qué clase de broma era la que tenía que hacer para cobrar el dinero prometido?

—¿El señor Mentxaka?, ah, claro, coño, el Agus. No, no me dijo nada, se guardó el secreto el muy capullo, como si yo fuese a ir contándolo por ahí o joderle el negocio. ¡Qué cabrón! —de repente parecía como, si al tener que contestar a esa pregunta, Unai Solozabal empezara a sospechar que su amigo no había sido del todo leal con él—. Porque, claro, ahora que la ha «palmao» podría ser yo el que sacara tajada, pero no, el muy hijo de puta se ha llevado el secreto a la tumba, ¡qué jodido! Claro que, si me engañó en eso, quizás me engañó en más cosas.

—El señor Mentxaka, su amigo, quiero decir, no tenía antecedentes por llevar o utilizar armas de fuego. ¿Sabe dónde consiguió la pistola con la que asesinó al señor

Etxebarria?

—Ni puta idea, y ustedes perdonen la expresión, pero es que no tengo ni puta idea, es la verdad, se lo juro por toda mi parentela. Nosotros nunca habíamos utilizado ese tipo de cosas que, como dice siempre mi vieja, las carga el diablo. Joder, si cuando más jodidos estábamos, y teníamos que sacarnos unos euros para la dosis, a lo más que llegábamos era a amenazar a la gente con unas navajitas de mierda. Y siempre poníamos cuidado en elegir bien al «pringao» al que íbamos a atracar, porque si alguien se nos hubiese enfrentado hubiésemos escapado a toda hostia. Lo que nosotros queríamos era meternos un pico, no acabar desgraciando a nadie ni metidos en el talego.

—Aún así supongo que en el ambiente en que se movían no les habría sido nada difícil conseguir un arma.

—¿A quiénes? ¿A nosotros? ¿Al Agus y a mí? Si somos dos «desgraciaos» a los que nadie hace ni puto caso, qué va, señoría, qué va, aunque hubiésemos querido conseguir una fusca, lo que no se nos ocurrió nunca, nadie nos la habría proporcionado.

—¿Ni siquiera pagando bien? A los vendedores de armas nunca les ha importado la personalidad de sus compradores, les da igual que sean triunfadores o pringados. Mientras paguen lo que piden por su mercancía, no les importa hacer tratos con nadie.

—Pero si no teníamos jamás un chavo, si ni siquiera nuestros camellos nos fiaban, ¿cómo cojones iba a hacerlo un vendedor de armas, con lo que cuestan? No, eso es imposible, señoría, de verdad que es imposible. Solo de pensarlo se me parte el culo de la risa que me da, y usted disculpe, que no me río de usted, señoría, pero es que es la hostia, pensar que al Agus y a mí podía fiarnos un vendedor de armas, es como «pa» ir a mear y no echar gota.

—Sin embargo su amigo tenía una.

Unai Solozabal se encogió de hombros, como si dijera que el juez tenía razón en eso, pero que para él era algo completamente incomprensible. Una cosa más que no llegaba a entender, entre tantas muchas.

—¿No sabe a quién pudo recurrir para conseguir el arma? —mientras improvisaba esa pregunta Estepan Azkarate pensó que quizás sería conveniente que diese órdenes a la policía para que investigara el tema, quién sabe, quizás podría encargarle el asunto a la joven municipal con la que acababa de hablar hacía un par de horas.

Solozabal volvió a encogerse de hombros, aunque en esta ocasión sí habló, si bien tan solo lo hizo para volver a repetir lo que parecía ser una de sus frases favoritas, que no tenía ni puta idea.

Ahora sí, pensó el juez, ahora sí podía estar seguro de que iba a ser imposible exprimir más al amigo del asesino por lo que, de mutuo acuerdo con la abogada, decidió dejarle marchar. Cuando la letrada y él se quedaron solos, ella le preguntó

qué iba a hacer.

—¿Va a archivar las diligencias?

—Todavía no, abogada, todavía no. Nunca he creído en el instinto, sino en la aplicación estricta de las leyes procesales, pero algo en mi interior me dice que todo esto no ha acabado.

Lo que la curtida y experimentada abogada no se imaginaba era que cuando el juez hacía alusión a su interior no se refería al asesinato de don Emiliano Etxebarria ni a la muerte de su agresor por parte de un policía, sino al conflicto que se estaba produciendo entre su amor, si eso era amor, por Natalia y la atracción que había empezado a sentir por una joven policía municipal.

Cuando Asier Uribe le contó a su novia, Aintzane, el resultado de su entrevista con el propietario y jefe máximo de Ediciones Luzarraga, le bailaron los ojos y pareció incluso más entusiasmada que él.

—¿Qué te va a publicar los tres manuscritos que le enviaste? Eso es genial, Asier, genial, genial, genial. ¡Qué puntazo, tío! Joder, de un golpe colocas los tres libros. Me alegro, me alegro mucho por ti, cariño.

Uniendo la acción a la palabra Aintzane le dio a Asier un beso en la boca que le dejó sin aliento y, durante un buen rato, sin palabras.

—Es genial, tío, genial —repitió Aintzane, para añadir acto seguido, sin abandonar su tono alegre y desenfadado—, aunque te lo mereces, eso que quede claro, no te ha hecho ningún favor sino que por fin se empieza a hacer justicia con tus obras. Oye, Asier, no sé, se me ha ocurrido así, de repente, ¿ya que te llevas tan bien con Luzarraga, no podrías conseguir que me publicara el libro de poesía que he estado escribiendo durante estos últimos meses?

El mentado libro de poemas era un tocho infumable, pensó Asier, pese a que en múltiples ocasiones lo había alabado de un modo tan desmesurado que la propia Aintzane había llegado a convencerse que era un híbrido entre Gustavo Adolfo Bécquer y Ángel González, pero estaba convencido de que ni siquiera el ansia del editor por hacerse con el último manuscrito firmado por Colt Duncan sería suficiente para publicar algo tan horripilante como el poemario de su novia. A pesar de ello le dijo que sí, que seguramente no habría problemas para conseguir que entrara en el lote de libros publicables a cambio de conseguir ese manuscrito.

Sabía perfectamente que Luzarraga no iba a acceder, pero también era consciente de que, con la diferencia de edad que había entre Aintzane y él, antes o después su novia se daría cuenta, cuando la admiración por su viejo profesor de Literatura hubiese desaparecido y lo de «viejo profesor» retomara sus connotaciones más cotidianas, de que estaba desperdiciando su juventud y le abandonaría para irse con alguien de su misma edad. Sí, era consciente de que ese momento iba a llegar más tarde o más temprano, dolorosamente consciente, por eso había decidido recurrir a todas las argucias posibles para retrasarlo. Y si para ello tenía que mentirle y decirle que sí, que no había problemas, que Luzarraga editaría su libro de poesía, pues le mentiría. Era poco ético, por supuesto, pero tras toda una vida intentando hacer inútilmente la revolución, yendo de fracaso en fracaso, incluso cuando parecía que había triunfado, primero en Euskal Herria y más tarde en Centroamérica, la ética había dejado de ser una de sus prioridades. En el fondo ya casi ni siquiera le preocupaba publicar sus tres manuscritos. Había vencido, o eso pensaba él, tal vez equivocadamente, la vanidad del escritor que quiere ver sus obras colocadas tras el escaparate luminoso de una librería y, en todo caso, la publicación le interesaba por lo que pudiese significar de mayor proyección social y cultural, lo que redundaría

también en una mayor proyección económica y, posiblemente, en su relación con Aintzane o quien le sucediera, eso último si tenía la suerte, cuando su novia actual le abandonara, de encontrarle una sustituta.

Ajena a sus pensamientos, Aintzane los interrumpió preguntándole por dónde iba a empezar a buscar.

—Te toca hacer de detective, Asier —le dijo sonriente, con ojos en los que brillaba la satisfacción—, como en esas novelas de género negro que tanto me gustan, así que, ¿por dónde va a empezar usted, *Mr. Marlowe*?

La primera reacción de Asier, en otro momento, hubiese sido la de encogerse de hombros. Pese a la fe de Luzarraga en sus cualidades como detective, sustentada en su oscuro pasado como policía revolucionario en Nicaragua, él era plenamente consciente de que desconocía en su totalidad los entresijos del oficio que teóricamente había desempeñado tras la caída del régimen dictatorial de los Somoza, pero prefirió no hacer ningún gesto que pudiera ser interpretado por Aintzane de un modo negativo, y se limitó a sonreír mientras le explicaba sus planes, unos planes que aún no tenía demasiado elaborados, pero que había empezado a pergeñar tras abandonar el despacho del editor.

—Lo primero de todo será entrevistarme con Xabier Valdeolivos, el asesor literario de la editorial.

—¿Con Xabier Valdeolivos? —Los hermosos ojos de Aintzane se agrandaron como si fuesen dos lunas llenas en pleno estallido místico, eso es al menos lo que pensó Asier en un primer momento, incluso durante unos instantes sopesó utilizar la expresión para un poema que estaba elaborando mentalmente, aunque finalmente la desechó por excesivamente cursi—, ¿te refieres a Xabier Valdeolivos, el exquisito poeta que ha ganado dos veces el premio Adonais de poesía y al que han propuesto en varias ocasiones para el Reina Sofía?

—Sí, bueno, se trata de él, claro —admitió a regañadientes Uribe—, aunque eso de exquisito, no sé, a mí no me parece tan exquisito. Y lo de los premios, en este país ya se sabe, lo de los premios... —no se atrevió a finalizar la frase aunque era evidente lo que estaba pensando.

—Pero cómo eres, Asier, qué mala hostia tienes a veces —los ojos de Aintzane reían más que su boca cuando hablaba—, como todos los poetas en general, las cosas como son, no sé a qué os dedicáis en los congresos en los que os juntáis con lo mal que os soléis caer mutuamente, ¿a apuñalaros los unos a los otros cuando os dais la espalda? De todos modos no te lo tomaré en cuenta porque sé que lo que te ocurre es que estás celoso, pero no tienes motivos para estarlo, yo solo te quiero a ti y para mí tú eres el mejor poeta del mundo, aunque no hayas ganado nunca el premio Adonáis.

Aintzane unió el gesto a la palabra y nuevamente besó a Asier con uno de esos besos que, cuando la Conferencia Episcopal conservaba su poder para establecer las reglas morales, jamás podían verse en los cines de España. Pensar en ello entristeció nuevamente a Uribe, porque se percató de que era aún más viejo de lo que todas las

mañanas le indicaba su espejo cuando se afeitaba, pero correspondió con entusiasmo a su compañera. Sabía que ese beso, u ósculo como sin duda se hubiera expresado, con «exquisito» lenguaje poético, el gilipollas de Valdeolivos, no era sino la antesala de la petición que le iba a hacer, petición a la que pensaba responder afirmativamente. Entre la posibilidad de follar esa noche o de mantener su integridad como investigador profesional, cualquier persona con dos dedos de frente y aún menos escrúpulos se inclinaría siempre ante la primera, y él no era ningún extraterrestre.

—Una cosa, Asier —dijo Aintzane cuando finalmente sus bocas se separaron—. ¿Te importa que te acompañe cuando vayas a hablar con Valdeolivos? Aunque no es tan buen poeta como tú —le guiño un ojo mientras decía eso—, me haría mucha ilusión conocerle. Además ya sabes que estoy preparando, cuando la tesis me deja tiempo libre, un artículo sobre su obra para la revista de la universidad, y conocerle en persona me vendría muy bien. Venga, por favor, sé bueno, te prometo que no interferiré para nada en tu investigación.

¡Bingo!, pensó jubiloso Asier Uribe, su instinto no le había engañado. Durante unos segundos fingió que se lo estaba pensando, pero finalmente le dijo que sí, que no había ningún problema, con lo que se ganó otro apasionado e interminable beso.

—¿Y cuándo vamos a estar con él? —Finalizado el interludio romántico, volvía el sentido práctico de Aintzane.

—Pues dentro de tres cuartos de hora más o menos —le contestó Asier mirando el reloj—. He concertado la entrevista por medio del propio Mariano Luzarraga ya que, al principio, Valdeolivos no estaba nada ansioso por recibirme. Se nota que a los poetas exquisitos —ironizó Uribe— no les agrada juntarse con la plebe. Pero en el fondo son como todos, si el que manda, en este caso el editor, les dice que se pongan a cuatro patas, se olvidan de su exquisitez y se ponen a cuatro patas, faltaría más.

Xabier Valdeolivos, como le explicó Asier Uribe a su novia mientras se dirigían al metro, era profesor adjunto en la Universidad de Deusto, pero no en la Facultad de Filosofía y Letras, como habría pensado cualquier aficionado a la literatura teniendo en cuenta su dedicación a la poesía, sino en la de Administración de Empresas, la que popularmente era conocida como la «Comercial», de cuyo seno habían surgido muchos de los hombres, y algunas menos mujeres, que habían ocupado puestos prominentes en la política, la economía y, sobre todo, la banca, no ya vizcaína o vasca sino española en general. Si esa situación se debía a que Valdeolivos tenía ambiciones más allá de las puramente literarias o a una casualidad del destino, al fin y al cabo no era una época propicia a rechazar trabajos por fundamentalismos mal entendidos, aunque fuesen de índole cultural, eso se le escapaba a Uribe, pero fiel a sus antiguos principios revolucionarios encontró un motivo más para recelar del hombre con el que tenía que entrevistarse.

La oficina de Valdeolivos era pequeña, prácticamente un cuchitril, aunque suficiente como para poder presumir de que tenía un despacho en la «Comercial» y, con eso, aumentar veinte centímetros de estatura, veinte centímetros que le hubieran

venido muy bien, pensó Uribe cuando estuvo junto a él, ya que apenas se alzaba un metro sesenta y cinco sobre las plantas de sus pies. Pero su aspecto erguido y pomposo le daba una prestancia mayor que gente mucho más alta y esbelta que él difícilmente podría igualar.

No tuvieron que esperar mucho para que les recibiera, estaba claro que la mano de Luzarraga era mucha mano incluso para un profesor adjunto de la Universidad Comercial de Deusto, pero aún así dejó claro desde el principio que no le agradaba su visita, al menos la de Uribe, ya que a Aintzane no dejó de desnudarla con los ojos durante el tiempo que permanecieron en el interior del despacho.

—Pues ustedes dirán —Asier Uribe no tardó ni un segundo en percatarse de que el formalismo en el tratamiento utilizado por Valdeolivos más que proclamar su buena crianza daba a entender el disgusto que le producía el verse obligado a atenderles, así como un intento por mantener ciertos aires de superioridad sobre sus interlocutores—. ¿Qué les trae hasta aquí? Sinceramente, no entiendo ese interés sobre Colt Duncan o como se llamara en realidad. Su asesinato es lamentable, por supuesto, un índice más de cómo esta sociedad materialista, en la que lo único que importa es el lucro desmedido e instantáneo, se está yendo a la mierda —esta expresión hizo sonreír a Uribe, que no la consideraba ni poética ni exquisita, aunque se abstuvo de interrumpirle—, pero si quieren que les diga la verdad, es un autor que no me interesa para nada.

—Pues yo pensaba justo lo contrario hasta este momento, ya que por lo que me ha dicho Luzarraga usted fue el descubridor y mentor de Colt Duncan.

—Bueno, descubridor quizás sí, pero mentor en ningún caso, no, de eso nada, no lo fui en ningún momento. De hecho no soy el mentor de nadie. La verdad es que me desagradan terriblemente todos esos personajillos que se las dan de escritores y vienen a donde mí, por el único motivo, aunque por otra parte comprensible, de ser un escritor reconocido no solo en España sino en gran parte del exterior. Supongo que sabrán que han traducido mi obra a siete idiomas, incluidos el inglés y el alemán. Bueno, como les iba diciendo, me molestan terriblemente esos personajillos que pretenden que lea sus manuscritos para darles mi opinión e incluso mejorárselos, como si tuviera con ellos alguna obligación. Pues no, señores, no, el oficio de poeta es algo solitario, íntimo, personal, y como se suele decir, aunque no sea muy lírico, pienso que cada perro debe lamerse su cipote.

Xabier Valdeolivos interrumpió su perorata para encender un cigarrillo, uno de esos cigarrillos cuyo papel no era blanco sino marrón, como si el exquisito poeta necesitara distinguirse, hasta en el tabaco que consumía, del resto de los mortales. El que la legislación en vigor prohibiese tajantemente fumar en los centros de trabajo no pareció afectarle, convencido, como estaba, de que nadie se iba a atrever a poner una denuncia en contra de él, eso no estaría en el orden lógico y cósmico de las cosas. Apenas se disculpó ante sus visitantes, diciendo que necesitaba fumarse un cigarrillo para descargar la tensión del trabajo, pero no les ofreció, sino que volvió a retomar su

discurso.

—Pues sí, como ya les he dicho, creo que lo más correcto y lógico, por duro que suene, es que cada perro se lama su propio cipote, por eso nunca he querido ser mentor de nadie y tampoco lo he sido del tal Colt Duncan. Es más, posiblemente tampoco sea del todo correcto aseverar que yo he sido su descubridor, aunque eso sea lo que les haya dicho Luzarraga, un editor con una gran visión comercial del negocio, pero que me temo que aún conserva ciertos tics románticos, o por lo menos de lo que la gente corriente denomina romanticismo.

—¿Y no es así? —le interrumpió Uribe—, ¿no fue usted su descubridor?

La expresión de la cara de Valdeolivos demostraba a las claras que odiaba que le interrumpieran, pero aún así contestó a la pregunta que acababa de hacerle Asier Uribe.

—Sí y no, más que su descubridor, podríamos decir que fui su contacto con la editorial. Aunque en cierto modo también podría calificármeme como su descubridor sin por ello mentir, ya que fui quien recomendó su primera novela, por llamarla de algún modo, a Luzarraga. La verdad es que era un trabajo infame, no sé si ustedes habrán tenido la desgracia de leer alguna de las noveluchas firmadas por Colt Duncan, son auténticamente infumables aunque, por desgracia, muy del gusto del gran público. Me di cuenta nada más leer la primera que el señor Etxebarria me trajo aquí, a este mismo despacho, en mano. Como escritor, y mucho más como lector, por supuesto, me interesa, por encima de todo, la buena literatura, pero como crítico soy consciente de que la mayoría de los lectores no distinguen un kilo de mierda de un diamante y, por ende, como si fuesen moscas, se sienten más atraídos por lo primero que por lo segundo. No sé si conocen la famosa frase de Lope de Vega —en esta ocasión fue Asier Uribe el que estuvo en un tris, tras escuchar las últimas palabras de Valdeolivos, de transmutarse en un furioso psicópata asesino—, «puesto que lo paga el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto», así que recomendé a Luzarraga que la editara, con los resultados ya conocidos.

»Si se me permite la expresión, la recomendé contra el criterio de mis colegas de la editorial y con las narices tapadas, con el único objetivo de que, si la apuesta salía bien, como efectivamente ocurrió, con los beneficios producidos por esa bazofia se podrían seguir editando las colecciones de poesía y de narrativa que dirijo. Colecciones que, es triste confesarlo, si bien en poco tiempo se han consolidado como unas de las más importantes por su calidad en el panorama literario español y han alcanzado un gran prestigio entre los más exigentes críticos y lectores, económicamente solo han producido pérdidas, por lo que antes o después, seguramente antes, Luzarraga se habría cansado de financiarlas y, pese al patrocinio de su mujer, una dama de excelsa y acrisolada cultura, habría acabado por cerrar la editorial.

—¿Por qué recurrió a usted el señor Etxebarria? Teniendo en cuenta el tipo de novelas que escribía, parece perfectamente claro que no encajaban con la línea

editorial que, como director de publicaciones, mantenía y sigue manteniendo.

—Sí, eso es cierto y comprendo que le extrañe —admitió Valdeolivos con aspecto satisfecho por primera vez desde que había recibido en su despacho a Asier Uribe y a su novia—, a mí también me extrañaría si estuviese en su lugar, pero no hay ningún misterio en ello. Como ustedes saben el señor Etxebarria no era un escritor de verdad, sencillamente tenía la intuición necesaria para juntar las palabras de manera que un público poco preparado e inculto se encandilara con ellas. Quiero decirles con esto que no pertenecía al mundillo literario y no tenía ningún tipo de contactos con el mismo, ni agente, ni editores, ni siquiera librerías. En realidad, por lo que yo sé, jamás entró en una librería, todo lo que leyó en su vida lo compró en algún kiosco, supongo que de ahí le vino su querencia por las novelas del Oeste.

»Lo que sí era el señor Etxebarria, y muy bueno además, aparte de caro, era charcutero. Y tuvo la suerte de que como yo era, iba a decir que sigo siéndolo pero tras su muerte no sé si continuará abierto el negocio, un buen cliente, decidí presentarme su manuscrito. Como ya se lo pueden imaginar en un primer momento me negué rotundamente, pero insistió tanto que no me quedó más remedio que ablandarme y prometerle que leería su obra.

Asier Uribe calculó mentalmente cuántos jamones auténticos pata negra ibérica habría necesitado Etxebarria para persuadir al ególatra de Valdeolivos de que leyera su novela, pero se abstuvo de comentarlo en voz alta, limitándose a preguntarle si hubo algún problema a la hora de formalizar el contrato así como el motivo de que Etxebarria optara por firmar con seudónimo en lugar de con su propio nombre.

—Normalmente la mayor ilusión de un escritor, sobre todo novel —añadió, sin confesar que se sentía totalmente identificado—, es precisamente todo lo contrario, ver impreso su nombre en la portada de un libro, así que me parece rara esa actitud.

—Quién sabe —Valdeolivos se encogió de hombros—, quizás, después de todo, supiese o intuyese que lo que escribía era bazofia pura y por eso no quiso firmar con su propio nombre, pero me imagino que la explicación es mucho más sencilla, como ya saben ustedes Etxebarria era comerciante, charcutero por más señas, y seguramente pensó que a su clientela no le parecería serio que se dedicara a algo tan poco práctico y etéreo como la escritura.

—Poco práctico tal vez al principio —rompiendo la promesa que le había hecho a su novio, Aintzane no pudo evitar intervenir en la conversación, como si quisiera llamar la atención de Xabier Valdeolivos, pensó con una punzada de celos Asier Uribe—, pero posteriormente, con el éxito que tuvo, parece raro que no quisiera ufanarse de lo que había conseguido. Seguramente, en lugar de perder clientela, la habría acrecentado, aunque solo fuera por el hecho de que a la gente le hiciera ilusión ser atendida por el creador de un personaje tan famoso como Colt Duncan.

—Tiene usted toda la razón, señorita —Valdeolivos sonrió como si estuviese pensando en futuros acercamientos, lo más físicos y carnales posibles—, pero así es la naturaleza humana, contradictoria hasta decir basta. Seguramente el señor

Etxebarria se imaginó que abandonar el anonimato y saltar a la fama acabaría también con el plácido estilo de vida, burgués y confortable, al que estaba acostumbrado y no quiso arriesgarse a que eso sucediera.

—¿Y sobre el contrato? —contestada la segunda de las preguntas que le había hecho hacía un momento a Valdeolivos, Uribe volvió a insistir en la primera, más por desviar su atención del interés que mostraba sobre Aintzane que porque le interesara de verdad la respuesta.

—¿Qué ocurre con el contrato?

—¿Hubo tensiones al negociarlo, quizás alguna cláusula especial o problemática?

—No, ¿por qué tenía que haberla? —Valdeolivos parecía molesto con la pregunta—. Se trataba de un contrato estándar, lo típico, diez años de duración prorrogables, el diez por ciento de las ventas para el autor, la previsión de edición digital o de venta al extranjero así como la posible compra por parte de productoras cinematográficas o televisivas. En resumidas cuentas, la exclusividad, por un período elevado de tiempo, de las novelas cuyo protagonista fuese Colt Duncan. Más o menos un contrato similar al que usted ha firmado con el señor Luzarraga como pago de sus gestiones.

Así que ese cabrón de Valdeolivos conocía el motivo de que estuviera indagando sobre la obra desaparecida del difunto Etxebarria, pensó Asier Uribe. Pues tanto mejor, no tenía nada que ocultar y si el editor iba a publicarle tres obras sin permiso de su pomposo y todopoderoso director editorial, que se jodiera este último.

—¿Quiénes estaban al tanto de la verdadera identidad de Colt Duncan?

—El señor Luzarraga y yo —contestó, escueto, Valdeolivos.

—¿Nadie más?

—Ya se lo he dicho, el señor Luzarraga y yo.

—El señor Etxebarria podría haber desvelado su identidad a terceras personas —volvió a intervenir Aintzane.

—Es usted tan inteligente como joven y hermosa —volvió a ejercer Valdeolivos sus dotes de galán del siglo XIX—, y efectivamente no puedo decirle que eso sea imposible, pero con el empeño que mantuvo, al negociar con la editorial, por preservar su anonimato, no parecería lógico que luego lo fuera a pregonar así como así.

—¿Y quién decidía qué obras se publicaban y cuáles no? —retomó la conversación Asier Uribe, dispuesto a llevar la pelea al flanco editorial.

—¿Aún no lo ha entendido? —Valdeolivos volvió a mostrar un gesto de desagrado—, se editaban todas las obras que escribía, no pasaban ningún filtro, salvo el de la corrección ortográfica. Mientras se siguieran vendiendo las novelas, y se vendían a paletadas, todo lo que llevara la firma y el personaje de Colt Duncan se publicaba.

—Eso significa que si apareciera una obra póstuma, los beneficios editoriales, y más teniendo en cuenta las circunstancias excepcionales de la muerte del autor, serían inmensos, ¿no?

—Eso lo ha dicho usted, no yo.

—Sí, pero parece lógico, no sería el primer caso, es algo más habitual en el mundo de la música, pero también puede ocurrir en el literario. Y usted, aparte de saber mucho de literatura —Uribe intentó transmitir a sus palabras un sentido irónico, aunque más bien dejaba traslucir envidia—, también sabe de números y de cuenta de resultados, su presencia aquí —señaló genéricamente el despacho en el que se encontraban— así lo avala.

Xabier Valdeolivos miró el despacho, pared por pared, como si hasta que no lo hubiese indicado Uribe no se hubiese percatado de dónde estaba. Finalmente, con aspecto en el que parecían convivir el hastío y la resignación, se limitó a contestarle que no era oro todo lo que relucía.

—Supongo que para mucha gente —admitió—, dar clases en lo que tradicionalmente ha sido el *sancta sanctorum* de los estudios empresariales vascos aún tiene un gran significado, y no niego que eso me da tanto un estatus social como una estabilidad económica y unas buenas, por no decir excelentes, perspectivas profesionales para el futuro, decir lo contrario sería absurdo, e incluso insultante para muchos ciudadanos que en estos tiempos de crisis las están pasando canutas, pero si quieren que les diga la verdad, a mí lo que realmente me llena es mi actividad literaria y, más concretamente, la poesía. Ya lo ven, es cierto lo que dice ese refrán de que «nunca llueve a gusto de todos».

—Si es como usted dice, ¿por qué no manda todo a tomar por saco y se dedica a escribir? Sus lectores se lo agradeceríamos —violentando de nuevo la promesa hecha a Asier, su novia no pudo reprimir la pregunta.

—Se nota que es usted tan vehemente como guapa —respondió caballeroso, aunque para Asier Uribe el comportamiento de Valdeolivos más que caballeroso era impertinente y zafio— y que aún está llena de ilusiones, pero qué quiere que le diga, soy poeta, pero eso no significa ser imbécil. De la poesía no se vive, y mucho menos como me gusta vivir a mí, así que aunque en más de una ocasión he pensado hacer lo que usted me recomienda, finalmente no lo he hecho.

»Todo esto último ha venido como consecuencia, si no he perdido el hilo —se dirigió esta vez a Asier Uribe— acerca de la pregunta, o más bien aseveración, que me ha hecho de que una obra póstuma de Colt Duncan proporcionaría, con casi total seguridad, pingües beneficios para la editorial. Pues bien, aunque al principio no le he contestado directamente porque no me gusta hacer futurismo, creo que sí, que a la vista de los antecedentes conocidos supondría una buena fuente de ingresos.

—¿Y existe esa novela?

—No lo sé —se encogió de hombros nuevamente—, eso le corresponde a usted dilucidarlo, si no me equivoco le han contratado precisamente para averiguarlo. Y por lo que sé, con una remuneración francamente atractiva.

—El señor Luzarraga está convencido de que existe —le replicó, incómodo, Uribe.

—Pues si el señor Luzarraga está convencido de que existe, seguramente existirá
—una sonrisa claramente irónica asomó a los labios de Valdeolivos.

—¿Usted no?

—Yo ni estoy convencido ni dejo de estarlo, aunque es posible que exista, no lo sé a ciencia cierta. Mire, yo era un simple intermediario, el señor Etxebarria me pasaba sus manuscritos y posteriormente yo se los remitía a la editorial. Al principio me esforcé en hacer correcciones de tipo lingüístico, formales, de estilo, etc., pero como no me las aceptaban nunca, ya que en opinión de Luzarraga las obras firmadas por Colt Duncan eran como un diamante en bruto, salvajes y naturales, que si se pulían perdían su valor, dejé de molestarme y empecé a enviarlas a la editorial tal y como a mí me llegaban. Es decir, en ningún momento don Emiliano Etxebarria, o Colt Duncan si les suena más literario, me pasaba un borrador para que le echara un vistazo, se limitaba a usarme lisa y llanamente como su intermediario con la editorial. Por eso no puedo asegurar, con total convencimiento, que haya alguna obra perdida o no, pero si tuviera que apostar algo, lo haría por el sí.

—¿Y a qué se debe esa apuesta?

—El señor Etxebarria me dijo en una ocasión que para cuando me entregaba una novela ya solía tener empezada, y en ocasiones muy avanzada, la siguiente. Era como un rito o una manía, no sabría decírselo, o quizás simplemente que para cuando consiguió publicar la primera ya llevaba escrita alguna más y eso le daba cierto margen a la hora de escribir, no lo sé, pero eso es lo que me dijo, y si no me mintió, lo que por otra parte no tendría ningún sentido, eso significa que, efectivamente, tenía otra obra de Colt Duncan empezada y quién sabe si finalizada. Y creo que ya les he dicho todo lo que sé sobre el asunto, así que si no desean nada más...

Estaba meridianamente claro que Xabier Valdeolivos acababa de dar por finalizada la entrevista, bien porque no tenía nada más que añadir, bien porque no quería añadir nada más, pero fueran cuales fuesen sus razones la actitud estaba clara, y así lo entendieron Asier y Aintzane, aunque esta última no perdió la ocasión de pedirle que le dedicara el último libro de poesía que acababa de publicar, titulado «Teodicea de los amores inconclusos».

—Es mi favorito, aunque solo por la única razón de que es el último publicado, los anteriores también me gustaron mucho, bueno, gustar es poco, me entusiasmaron
—se explicó la joven.

Mientras Valdeolivos ejecutaba el ritual de la firma y dedicatoria, Asier Uribe se preguntó si era casualidad o no que su novia guardara en su bolso un ejemplar del último poemario de ese imbécil. ¿Lo llevaba siempre encima, cosa que le jodería un huevo, o sabía que iba a convencerle para permitir que le acompañara a la entrevista, lo que acreditaría su capacidad manipuladora? Una capacidad innata en todas las tías, pensó de un modo absolutamente machista, pese a que se consideraba un hombre de ideas progresistas y partidario del feminismo. Bueno, daba igual, mientras Aintzane siguiera follando con él, lo demás no dejaban de ser pájaros y flores. Y nunca mejor

utilizada la expresión, tratándose de poetas.

Se preguntó también si ese mamón habría anotado, junto a la firma de la dedicatoria, su número de teléfono móvil, pero prefirió guardarse para sí la pregunta y no hacer delante de Aintzane el numerito del macho celoso, ya se enteraría si llegaba la ocasión, que esperaba que llegara. De momento, tras despedirse de Valdeolivos y mientras bajaban al campus, se limitó a expresar su alegría por haber abandonado el despacho de ese gilipollas prepotente y mal educado.

—No seas así —le recriminó, cariñosa y risueña, Aintzane—, tienes que admitir que nos ha ayudado mucho y que es un gran poeta. Aunque tú eres mucho mejor, por supuesto.

Asier Uribe se limitó a asentir con un gruñido, sin hacerse ilusiones sobre la sinceridad de las palabras de su novia que, por lo menos, accedió a acompañarle a su domicilio para comer algo juntos y luego, si se terciaba, echar una siesta. Uribe calibró si era su deber informar a la Real Academia de la Lengua Española de que podía incluir, en su diccionario de sinónimos, la palabra siesta por polvo salvaje pero, qué coño, tampoco era cuestión de hacer el trabajo de esos cabrones que se las daban de académicos cuando tan solo eran un puñado de fósiles, así que optó por guardarse para él su más reciente descubrimiento erótico-lingüístico.

Si Duncan McFree hubiese sido un poeta, mientras exploraba las vastas posesiones del «LaVerne Ranch» podría haber escrito un extenso poema lírico en el que habría loado la placidez del arroyo en el que abrevaban los caballos, o la majestuosidad del sol que por encima de sus cabezas les regalaba el calor suficiente para que creciera la verde y esplendorosa hierba, o la belleza sin par de ese horizonte inabarcable en el que ni siquiera el ojo más avezado era capaz de vislumbrar su final. Incluso, si hubiese dominado el español y pudiese haber leído las rimas de su contemporáneo Gustavo Adolfo Bécquer, podría haberle dicho a Susan LaVerne, que cabalgaba junto a él, mientras clavaba su pupila en la pupila azul de la joven, aprovechando no solo que el Pisuerga pasa por Valladolid sino que sus ojos eran también de ese color, esa cosa tan bonita y cursi de «poesía eres tú». Pero McFree no era un poeta sino un rudo vaquero que no conocía el idioma de Cervantes y tampoco había leído jamás un libro en la lengua de Shakespeare, ni de poesías ni de recetas de cocina, así que en lugar de ocupar su mente con pensamientos tan líricos como los anteriormente descritos, lo que pensaba era que su acompañante estaba guapísima, es más, que estaba como un tren, en el caso de que esa expresión se usara ya en la época en la que el ferrocarril comenzó a expandirse por el oeste de los Estados Unidos. Dicho claramente, que estaba dispuesto a darle un buen tiento en cuanto las condiciones fuesen favorables. Por desgracia para él aún iba a tardar casi un siglo en llegar la revolución sexual que modificaría las costumbres puritanas importadas por los padres fundadores de la nación, así que McFree optó por aguantarse las ganas y esperar a que llegara la ocasión de volver a Laramie y desfogarse en uno de sus burdeles de moda. Mientras tanto, respetaría hasta el más pequeño pelo de su amada Susan.

Aunque su estancia en el rancho de los LaVerne se debía al arreglo que habían hecho con el *sheriff* para que estuviese custodiado allí en lugar de en la cárcel del pueblo, Duncan jamás se había sentido más libre y feliz, con la libertad y felicidad que proporciona el sentirse enamorado. Porque una cosa sí que estaba clara, ambos jóvenes estaban enamorados. Además, lo estaban el uno de la otra y viceversa, lo que facilitaba notablemente su relación, porque si uno de los dos estuviese enamorado de una tercera persona, las cosas se hubiesen complicado mucho más, por supuesto, pero al menos en esta ocasión el joven dios Cupido no hizo una jugarreta de las suyas y disparó sus flechas en la dirección correcta, con tanta certeza como de la que eran capaces los indios que estaban siendo metódica y sistemáticamente exterminados por el Séptimo de Caballería. Y por eso, porque Duncan McFree estaba enamorado de Susan LaVerne y sabía que esta le correspondía, para su endurecido corazón de justiciero no suponía ningún esfuerzo respetarla. Bueno, en honor a la verdad, sí que le suponía un esfuerzo enorme, pero las cosas estaban así y no le quedaba más remedio que aguantarse y cumplir con lo que una dama educada a la antigua usanza esperaba de un caballero como él, de acuerdo con los convencionalismos sociales

vigentes.

Mientras pensaba en esas cosas e intentaba arrojar de su cabeza los pensamientos eróticos que continuamente le asaltaban, comprobó que el semblante de Susan, hasta ese momento radiante y sonriente, empezaba a languidecer.

—¿Te ocurre algo? Parece como si hubieses visto un fantasma.

—Algo parecido. No el fantasma de una persona, pero sí el fantasma de un río.

—No te entiendo —empezó a decir Duncan, pero pronto se percató de a qué se estaba refiriendo Susan. Donde anteriormente podía contemplarse un río que fluía alegre y desbocado, ahora solo había un cauce seco que dejaba a la vista un fondo pedregoso en el que apenas se vislumbraban algunas ramas rotas y unos cuantos peces muertos, que desprendían un olor hediondo y nauseabundo.

Susan LaVerne y Duncan McFree se miraron a los ojos y sin necesidad de pronunciar palabra alguna, no era necesario, los dos se habían criado en el Oeste y sabían de sobra cómo funcionaban allí las cosas, se entendieron perfectamente. Finalmente fue la joven propietaria del «LaVerne Ranch» quien expresó en voz alta lo que los dos pensaban.

—Han sido esos hijos de perra del «Kane Ranch».

—¿Estás segura? —era una pregunta absurda, ya que Duncan sabía a ciencia cierta que su acompañante no se equivocaba.

—Por completo —le respondió Susan, con los ojos encendidos de furia y los dientes castañeteando—, ese cerdo de Kane hace tiempo que anda detrás de nuestras tierras y como la jugada de sobornar al juez le ha salido mal, quiere robárnoslas utilizando otros medios aún más arteros. Si no hay agua, nuestras reses se morirán de sed y no habrá pastos con los que alimentarse. No solo quieren que nosotros nos muramos de hambre, esos malnacidos quieren matar de hambre y sed también a nuestro ganado.

Duncan McFree asintió a las palabras que acababa de escuchar con un leve cabeceo, aunque en su semblante podía adivinarse el temor a que su joven enamorada cometiese alguna tontería. Por eso le pidió que se volviera a la vivienda y dejara el asunto en sus manos.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —llegó el turno de que se preocupara Susan.

—Seguir el cauce del río y averiguar el motivo de que se haya secado de repente.

—El motivo ya lo conocemos —le replicó Susan.

—Seguramente tienes razón —admitió Duncan—, pero antes de tomar cualquier decisión no estaría de más confirmarlo y, luego, ya veremos qué posibilidades de actuación tenemos y cuál se adecua más a nuestros intereses.

Aunque a regañadientes y tras arrancarle la promesa de que no se arriesgaría en vano, Susan accedió a dejarle marchar. Cuando Duncan se vio solo, hizo galopar a su caballo, quería averiguar cuanto antes cuál era la causa de que el río se hubiese secado a su paso por el «LaVerne Ranch». O, para ser más preciso, quería confirmar que sus sospechas, y las de Susan, eran ciertas.

No tuvo que cabalgar mucho. Pocas millas más adelante, prácticamente donde las tierras del «LaVerne Ranch» lindaban con las del «Kane Ranch», se producía la desviación del río, que dejaba de transcurrir repentinamente por el cauce que, presumiblemente desde hacía millones de años, cuando se había asentado la orografía del territorio, se había abierto para que discurrieran libremente sus aguas, y se desviaba por uno nuevo a todas luces artificial.

No había ninguna duda de que no era la naturaleza, sino la mano del hombre, la mano criminal del hombre, pensó tristemente, la causante de esa desviación que ponía en riesgo tanto la pervivencia del rancho de la familia LaVerne como la de sus dueños y empleados. Cuando caminó un poco más pudo observar cómo, a lo lejos, un grupo de hombres, armados con rifles, se encontraban haciendo guardia, seguramente a la espera de visitantes indeseados o, más probablemente, de Susan y de él mismo. La situación de esos hombres, tras una loma cercana a la orilla del río, les aseguraba teóricamente su invisibilidad a ojos ajenos, lo que les proporcionaba una aparente sensación de seguridad, y en principio así era, salvo por el detalle de que a los entrenados ojos de Duncan no se les escapaba nada.

El escondrijo de los hombres armados era también ideal para acabar con cualquier curioso que cometiera la imprudencia de asomar sus narices más allá de lo razonable. Duncan McFree era plenamente consciente de ese hecho, pero aún así optó por acercarse hasta el límite, confiando en que los hombres del «Kane Ranch», sobre ese aspecto no albergaba ninguna duda, no se pusieran excesivamente nerviosos y empezaran a disparar antes de tiempo.

—Se va a enfadar un montón, pero voy a tener que decirle a Susan que estaba equivocada, parece claro que no ha habido ninguna «mano negra» sino que todo ha ocurrido por causas naturales.

Hablaba en voz alta, con la esperanza de que gracias a que el viento soplaba en la dirección favorable a sus intereses, sus palabras llegaran nítidas a los oídos de los hombres apostados en la loma y se confiaran. Un leve movimiento que percibió le indicó que, posiblemente, así había sido. De todos modos, dentro de unas horas sabría, no había prisa de momento, si su añagaza había producido el resultado deseado.

Empezaba a declinar la tarde. Dentro de poco llegaría la noche, una noche que sería totalmente oscura ya que el único satélite del planeta Tierra se encontraba en su fase de luna nueva. Sin mostrar prisa ni ansiedad, Duncan McFree se alejó del lugar en el que se encontraba para dirigirse, aparentemente, hacia la vivienda principal del rancho. Cuando ya estaba lejos de la vista de los vigilantes del río, empezó a girar lentamente, aún sin prisas, hasta dar una vuelta de prácticamente ciento ochenta grados que le conduciría de nuevo muy cerca de donde se habían aposentado los vigilantes con la intención de sorprenderles por detrás. No sabía si permanecerían allí o iban a ser relevados por otros compañeros, pero de ocurrir esto último no esperarían, con toda seguridad, a que la madrugada avanzara y lo habrían hecho antes

de la hora habitual de la cena, para no tener que encender un fuego que podría delatarles. Las huellas que, pese a la oscuridad, pudo vislumbrar en el suelo le indicaron que, efectivamente, se había producido un relevo. «En esta vida muchas cosas son cuestión de suerte», pensó McFree mientras a sus labios asomaba una lúgubre sonrisa. «Los que han efectuado el primer turno han tenido suerte, mucha suerte, mientras que los que les han sustituido...».

Agazapado en la oscuridad y favorecido por la ausencia de luz lunar, se situó a muy pocos metros de donde el segundo turno estaba emboscado. Solo vigilaban la parte del río cuyo cauce había sido desviado, previendo que por allí podrían llegar las visitas molestas. Aún así Duncan McFree, antes de dar un paso, comprobó la dirección del viento. No quería que los caballos de los vigilantes le olieran y se pusieran a piafar, delatando su presencia. La suerte, por lo que pudo comprobar, seguía favoreciéndole. Centímetro a centímetro, milímetro a milímetro, tan despacio que cualquier observador habría pensado que tardaría un año completo en recorrer cien metros, se fue acercando al lugar en el que, supuestamente, le esperaban con aviesas intenciones, a él o quizás a Susan, lo que le encorajinó aún más.

Quedaba poco tiempo para que amaneciera, lo que hubiese dificultado sus maniobras, cuando consiguió acercarse a una distancia suficiente para tenerles en el punto de mira de su propio rifle. Eran tan solo tres hombres, al parecer pensaban que con ese número de pistoleros tenían más que suficiente para controlarle. Pronto se percatarían de su error, pero a él le facilitaban las cosas. Durante unos segundos dudó sobre lo que debía hacer, pero cuando recordó que estaban dispuestos a matar a sangre fría a Susan, sus dudas se disiparon. Les tenía a tiro y decidió no desaprovechar la oportunidad. Tres tiros certeros le bastaron para acabar con aquellos hombres. El sonido de los disparos retumbó con fuerza a su lado, pero sabía que era imposible que fuese escuchado por otras personas, tan solo los caballos de los hombres recién abatidos empezaron a encabritarse, mientras pifiaban sin control. Duncan McFree se acercó a ellos y con la habilidad producto de la costumbre consiguió calmarlos.

Con prudencia, aunque estaba totalmente seguro de que no había errado los tiros, se acercó hacia el lugar en el que habían caído sus objetivos y comprobó que, efectivamente, los tres hombres estaban muertos. Al examinar los cadáveres vio que uno de ellos era Greg Robinson, el capataz del «Kane Ranch», al que había conocido el mismo día de su llegada al pueblo. Sintió lástima por él pese a saber, sin lugar a dudas, que de haber tenido la menor oportunidad Robinson no habría dudado en apretar el gatillo y enviarle a la tumba, pero aún así se había portado lealmente con él tras su primer encuentro e incluso le había ofrecido un trabajo. Que ese trabajo fuese de matón era lo de menos, pensó lúgubrementemente, ni siquiera se trataba de una oferta excesivamente descaminada a tenor de lo que acababa de hacer. En cierto modo sí que estaba ejerciendo uno de los oficios más viejos del mundo, aunque no por dinero, sino por amor, pero quizás eso solo fuese una excusa, quizás en el fondo le encantaba

haberse convertido en un personaje famoso, en el legendario Colt Duncan cuyo nombre, a pesar de su juventud, espantaba y aterraba, a partes iguales, a quienes oían pronunciarlo.

Como último homenaje, utilizando la pala que había encontrado junto a uno de los tres pistoleros abatidos, seguramente la tenía reservada para él, sonrió irónicamente según le vino ese pensamiento a la cabeza, abrió un hueco no muy profundo en el suelo, lo suficiente para que no pudiera ser desenterrado por los buitres que habían presenciado, ávidos, la escena, e introdujo en él el cadáver de Robinson. Dudó por unos instantes sobre si incluir una cruz, hecha con maderas, en la tumba, pero finalmente no lo hizo. Desconocía si Robinson había sido un hombre religioso, aunque seguramente su vida no había estado acorde con lo que exigen la mayoría de las religiones implantadas en los territorios del salvaje Oeste. Y si bien a él eso no le importaba demasiado ya que ni estaba ligado a ninguna iglesia, pese a sus orígenes irlandeses y, por tanto, católicos, ni se consideraba la persona adecuada para juzgar a los demás bajo ese aspecto, consideró innecesario perder más tiempo elaborando una cruz. Si Dios consideraba que Greg era merecedor de ascender a los cielos, la cruz no le iba a aportar ningún plus de apoyo, y si su destino natural, como por otra parte él pensaba, era quemarse eternamente en el averno, por muchas cruces que colocara, no ya de madera sino de plata, oro o diamantes y rubíes, esa acción no iba a servirle de nada, así que no tenía sentido hacerlo. Bastante había cumplido con él dándole tierra, para que de ese modo los coyotes y los buitres no se cebaran con sus despojos.

Los otros dos hombres, en cambio, constituían un asunto diferente. No le unía nada a ellos, ni siquiera les conocía, así que no sentía la necesidad de otorgarles el mismo gesto piadoso que había efectuado con Robinson. De hecho, tenía planes muy diferentes para ellos. Tras tranquilizar nuevamente a sus caballos, a los que la presencia de los cadáveres había puesto nerviosos, colocó los cuerpos encima de las sillas, amarrándolos fuertemente a las cinchas para que no se cayeran al suelo, y con un golpe en sus respectivas ancas liberó las cabalgaduras, que pronto corrieron, desbocadas, por la dehesa. La experiencia le decía a McFree que antes o después los caballos, con su moribunda carga, acabarían por recalar en el «Kane Ranch», lo que obligaría a su propietario a mover pieza en ese infernal juego de ajedrez en el que parecía haberse convertido la pelea entre los dos ranchos. Aún no sabía cuál iba a ser esa pieza, pero sí que su objetivo iba a ser darle jaque mate en muy pocas jugadas. No le importaba, estaba preparado para ello, no solo anímicamente, lo que era muy importante, por supuesto, sino sobre todo físicamente. Muchos habían intentado hacer lo mismo con anterioridad, desplegando no solo peones sino torres, alfiles, caballos e incluso reinas y reyes, y hasta el momento nadie había conseguido ponerle, siquiera, en posición de recibir un jaque simbólico.

Si Karpov y Kasparov hubieran vivido en aquella época, le habrían alabado, alborozados y entusiasmados, como al gran maestro que sin duda era, pensó

satisfecho, mientras una sonrisa vanidosa aparecía por su cara.

Fumar mata, o esa es, al menos, la leyenda que en los últimos tiempos llevan impresas las cajetillas de tabaco, y seguramente será cierto. Si toda la comunidad científica lo ha dictaminado así, con una extraña unanimidad, tiene que ser verdad, pensó Estepan Azkarate, pero en esos momentos, mientras observaba las volutas de humo que surgían de manera casi artística por las fosas nasales de María Ruiz Galarraga, la agente de la policía municipal que había participado en el abatimiento a tiros del asesino de Emiliano Etxebarria, deseó por primera vez en su vida ser fumador.

—¿Seguro que no quieres uno? —le sonrió pícara mientras le mostraba el paquete de tabaco—. Ayuda a relajarse, aunque la verdad es que nosotros dos ya estamos bastante relajados —estalló en carcajadas al decir esto último. Estepan no supo dilucidar si de un modo natural o porque había advertido cómo había enrojecido repentinamente al escuchar sus palabras.

Acababan de hacer el amor o, como había dicho María sin tantos miramientos, habían estado follando como perros durante un buen rato. Estepan Azkarate, el magistrado más joven de la Audiencia Territorial de Bizkaia aún no se explicaba el por qué. O mejor dicho, sí se lo explicaba, estaba claro, lo que aún no comprendía era cómo un tipo tan apocado e inexperto como él había tenido la suerte de llevarse a una mujer como esa a la cama. O quizás no había sido así, si se despojaba de los últimos vestigios de su educación machista, no le quedaba más remedio que admitir que, en ese caso, el depredador había sido María y la víctima él. Aunque ojalá siempre que tuviera que ejercer de víctima fuese de esa misma manera.

La contempló durante unos segundos desnuda, mientras exhalaba el humo. Él, en cambio, se sentía ridículo, su única reacción, cuando acabaron el acto, le daba vergüenza decir, aunque solo fuese para sus adentros, «cuando acabaron de follar», fue beberse un vaso de agua. ¡Beberse un vaso de agua!, volvió a pensar con una cierta sensación de ridículo. Si al menos hubiese sido un vaso de coñac o de *whisky*, todavía podía tener un pase, pero un vaso de agua... Y todo porque a Natalia no le gustaba ni que fumara ni que bebiera. El problema es que quien estaba en la cama junto a él no era Natalia, sino María, y todavía no sabía si había hecho lo correcto o no.

Aunque, por otra parte, ¿qué era lo correcto? Él era todo un señor juez, con sus oposiciones aprobadas, con un curso realizado brillantemente en la Escuela Judicial y con unos conocimientos jurídicos y procesales que para sí quisieran muchos letrados con años de experiencia vistiendo togas y, sin embargo, de repente se estaba dando cuenta de que eso no le servía de nada para conducirse en la vida, que la vida real era eso, el asesinato de Colt Duncan, el nerviosismo de un policía municipal de gatillo fácil o el follar con una hermosa mujer a la que acababa de conocer. Si bien esto último quizás, o sin quizás, no fuese tan habitual, por lo que en lugar de preocupado

tendría que sentirse afortunado. Pero seguía sin tener muy claro si había hecho lo correcto o no. Si pensaba tan solo en la satisfacción de sus impulsos sexuales por supuesto que había hecho lo correcto, pero él era algo más que una polla pegada a un cuerpo, o eso le gustaba pensar, y aún quedaba por dilucidar el aspecto ético de la cuestión.

Por una parte María era una policía municipal que había declarado como testigo en la instrucción que estaba haciendo sobre las muertes de Emiliano Etxebarria y su asesino, Agustín Mentxaka. ¿Acostarse con un testigo violaba el código deontológico al que tenían que ceñirse los jueces? Seguramente sí, tuvo que admitir en su fuero interno, aunque eso no tuviera ninguna influencia en sus resoluciones posteriores. ¿O si la tendría? ¿Se habría acostado María con él para manejarle y conseguir que llevara la instrucción del asunto por la vía que ella creía más conveniente? Ese fugaz pensamiento le desazonó durante unos instantes, pero enseguida lo desechó, él no era ningún James Bond de pacotilla seducido por la Ursula Andress de turno ni vivía dentro de una novelucha barata de esas que se compran en los kioscos, él era un tipo serio y concienzudo en su trabajo y, por lo que sabía, lo mismo podía decirse de María. Que por un motivo inexplicable hubiese surgido entre ellos una química especial no tenía por qué ser interpretado de un modo torticero. Se habían gustado y habían follado. Y punto. Así que no había nada más que hablar. ¿O sí?

Porque en el fondo estaba el asunto de su relación con Natalia, la omnipresente Natalia, su novia de toda la vida, esa novia que era tan del agrado de sus padres, sobre todo de su madre, que comían en su mano y a la que habían dado plenos poderes para manejar su vida, como si él no supiera hacerlo por sí solo. Que seguramente no sabía, en eso llevaban razón. Lo curioso es que no sentía ningún remordimiento por lo sucedido. Temor sí, si Natalia se llegara a enterar su vida podría convertirse en un infierno, pero ¿remordimientos?, no, gracias, ningún remordimiento, y eso que en su vida siempre había tenido muy presente las enseñanzas recibidas en el colegio católico en el que había estudiado desde el preescolar hasta el bachillerato. Objetivamente la había traicionado, pero ¿la había traicionado de verdad?

Si lo pensaba bien, Natalia no era su novia sino que él era el novio de Natalia, el perrito faldero al que ella podía pasear para demostrar a parientes, amigos y conocidos que tenía un novio de buena familia, un juez con el que se iba a casar para, a su debido tiempo, acabar siendo una mujer importante, seguramente la esposa de un futuro presidente de la Audiencia Territorial de Bizkaia o del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco, una mujer de Bilbao de toda la vida, de esas que suelen aparecer, con cierta asiduidad, en las páginas de la crónica social de los periódicos de la ciudad. O aún mejor, si le convencía para que finalmente dejara la judicatura y entrara en el sector privado, la mujer de uno de los directivos de la caja de ahorros o de uno de los bancos más prestigiosos del país. Eso era lo que significaba para

Natalia su relación con él, cada vez lo veía más claro, aunque por otro lado le costaba romper amarras con ella. Por mucho que lo tuviera claro, él también necesitaba a su modo a Natalia, le proporcionaba estabilidad y un puerto al que aferrarse. ¡Por Dios!, pensó lleno de angustia, ¿por qué tendrán que ser tan difíciles las cosas? Si al menos con Natalia hubiera algo más de sexo o, mejor dicho, si al menos con Natalia hubiera algo de sexo, simple y llanamente. Porque eso sí que constituía un auténtico problema, Natalia se había negado sistemáticamente a acostarse con él, era de las que le decía que tendría que aguantarse hasta que llegara la noche de bodas y se hubiesen comido el pastel. ¡Como si a él le gustaran esas tartas tan horteras que se sirven siempre en los convites de las bodas, con sus muñequitos y todo firmemente hincados en sus cúpulas!

Sí, reflexionó nuevamente, si al menos con Natalia hubiera algo de sexo, sería un punto a su favor, pero le había aplicado una pena de abstinencia perpetua solo redimible con el casorio ante la que se encontraba inerme y sin defensa y de la que hasta ese momento le había sido imposible zafarse. Y no es que fuera una joven mojigata o miembro del Opus o de alguna secta religiosa integrista, no, sencillamente sabía que de ese modo le tenía cogido por los cojones y se aprovechaba de ello. Lo que no sospechaba, ni jamás lo hubiese sospechado tampoco él mismo, es que algún día llegaría a rebelarse. Pero ese día había llegado y la presencia de su cuerpo desnudo, en esa cama, junto al cuerpo también desnudo de la joven policía municipal, así lo atestiguaba.

Olvidándose de sus lúgubres pensamientos filosóficos volvió a regodearse contemplando la hermosa desnudez de su compañera de combates eróticos. Mientras fumaba sus pechos vibraban, oscilando en un movimiento arriba-abajo, arriba-abajo, que le estaba volviendo loco. Sudaba como consecuencia de la batalla sexual que acababan de sostener, pero ese sudor no conllevaba, como suele ser habitual, una sensación de desagrado sino todo lo contrario, le excitaba fuertemente y muy pronto lo advirtió al ver cómo su pene, que se había quedado flácido a consecuencia de sus anteriores esfuerzos, volvía a recuperar un tamaño considerable, quizás no de record Guinness, él no era de esos, tenía que admitirlo, pero sí lo suficiente como para que María se percatara de ello.

—Vaya, por lo que veo tu «amiguito» vuelve a estar en forma y con ganas de guerra. Pues si quiere guerra, tendrá guerra —dijo mientras se restregaba contra él y agarraba al «amiguito» de un modo que, aunque parecía imposible, acabó agrandando aún más su tamaño.

En otras circunstancias —quizás en otra vida, pensó—, si Estepan hubiese escuchado esas palabras habría pensado que quien las pronunciaba era, por usar una expresión de su madre, una fresca, o más bien, como sin duda dirían sus amigos del colegio y la facultad, una guarra, una calentorra o, más expresivamente, una puta, pero a él en esos momentos no le parecieron nada de eso. No le parecieron nada, se negó a analizarlas, limitándose a responder con vehemencia a las caricias de María

hasta que, de nuevo, quedaron exhaustos y desfallecidos sobre la cama. Y en esa ocasión no se avergonzó por beber un vaso de agua, ya que había demostrado que eso no era un obstáculo para comportarse como un auténtico campeón en la cama. No eran palabras suyas, nacidas de un exceso de vanidad machista, sino que las había pronunciado la propia María.

Enseguida comprendió que no iba a volver a su pequeño apartamento de soltero sino que se iba a quedar a dormir allí, en el piso aún más pequeño de la agente municipal, y no porque el cuerpo le pidiera más sexo, si eso llegaba por tercera vez bienvenido fuera, sino porque de repente comprendió que lo que más le apetecía era simplemente eso, acurrucarse junto a ella y quedarse dormido, agarrados los dos, sin pensar en nada más que en lo agradable que era estar así, juntos. Sería el perfecto colofón a un día que, curiosamente, había empezado torcido, muy torcido.

Esa mañana no tenía programado ningún trabajo especial en el juzgado, ninguna comparecencia, ninguna declaración, ninguna diligencia que realizar, por lo que había decidido dedicarla a estudiar algunos asuntos pendientes, sobre todo el relativo a las diligencias abiertas tras la doble muerte de Emiliano Etxebarria (aún le costaba referirse a él como Colt Duncan) y Agustín Mentxaka. Pero sus planes se vinieron abajo cuando la funcionaria que ejercía de secretaria suya le comunicó que D. Jaime Urizar quería hablar con él. Cuanto antes, le recalcó.

—¿D. Jaime Urizar? ¿El presidente del Tribunal Superior?

—Sí, claro, el presidente —le contestó desdeñosa la funcionaria. Aunque optó por callarse, Estepan Azkarate adivinó que había estado a punto de preguntarle cuántos Jaimes Urizar conocía en el interior del Palacio de Justicia aparte del que era Presidente del Tribunal Superior. Seguramente no había estado muy acertado al hacer la pregunta, pero le jodió que le tratara con esos aires, como despreciándole por ser un novato, así que respondió fríamente que iría enseguida.

—Por favor, comuníqueme a su secretaria que ahora mismo voy hacia allí.

—Así lo haré, señoría —le dio la impresión de que pronunciaba la palabra «señoría» con una pizca de retranca, pero hizo como si no se hubiese percatado de ello—, pero no vaya tan deprisa, me ha dicho que quiere que le lleve las diligencias incoadas tras la muerte de Emiliano Etxebarria, ya sabe, el charcutero ese que escribía novelitas del Oeste.

En esta ocasión Azkarate optó, prudentemente, por no hacer ningún comentario, pero la expresión de su cara fue un indicador suficientemente claro de que esa petición le había parecido totalmente extraña. La funcionaria del juzgado debió observarlo porque sin mediar palabra entre ambos dijo que tampoco ella entendía que el señor Presidente se interesara por un asunto tan cutre.

—Pero el que manda, manda —finalizó, como advirtiendo a su superior de que más valía que se apresurara y fuera corriendo, como un perrito faldero jadeante, hasta el despacho de su dueño y señor, a ser posible con las diligencias judiciales colgadas de la boca.

Aunque externamente procuró que su porte y actitud fueran de lo más dignos y solemnes posibles, así era como se sentía cuando llegó al antedespacho del presidente, como un perrito faldero. Sin que le diera tiempo a anunciarse la desdeñosa mirada que le dirigió la secretaria debió ser suficiente para que le reconociera, porque le dijo que pasara, que don Jaime le estaba esperando.

—Desde hace bastante tiempo, además —añadió.

Si había intentado tranquilizarle con esas palabras, pensó cáusticamente Azkarate, no lo había conseguido. Aunque sospechaba que la secretaria seguramente se estaba descojonando de él, no pudo evitar el mirar a su reloj. Joder, había llegado al Palacio de Justicia dentro del período de horario flexible con el que contaba, incluso más temprano que la mayoría de sus colegas, no sabía muy bien a qué coño venía eso de que le estaba esperando «desde hace bastante tiempo», pero se limitó a callar y sonreírle educadamente, mientras abría la puerta y se introducía en la cueva del oso.

El oso, que en realidad era un hombre de aspecto enjuto, con una cerrada barba negra y una mirada perpetuamente extraviada, le invitó a acomodarse en el otro lado de la mesa que él ocupaba.

—Pase, pase, Garate, y siéntese.

—Azkarate —repuso el recién llegado, aunque nada más hablar se arrepintió de haber abierto la boca.

—¿Perdón? ¿Cómo dice? —El aspecto de don Jaime Urizar denotaba a las claras que lo de «perdón» era un frase hecha, no parecía un hombre capaz de pedir perdón por nada.

—No, nada —respondió, nervioso, Estepan Azkarate—, quería decirle que no es Garate, sino Azkarate.

—¿Eeeeh? ¿Qué? Ah, sí, sí, Ernesto Azkarate, sí, bien, aunque eso no tiene importancia, ¿no? —Estepan se mostró conciliador con un gesto, no le parecía oportuno decirle que también se había equivocado con el nombre—. Pues ya está, ahora vayamos a lo importante, supongo que me ha traído el expediente que he solicitado, ¿es ese que lleva ahí?

Estepan Azkarate, mientras respondía que sí, que era ese, le entregó el legajo que, durante un buen rato, fue escrutando parsimoniosamente el Presidente del Tribunal Superior. Cuando finalizó su lectura observó fijamente, durante unos segundos que a Azkarate le parecieron excesivos, el rostro de su subordinado, que acabó retirando sus ojos, sabiéndose perdedor en esa absurda confrontación de miradas que era, más bien, una demostración del poder que Urizar tenía sobre él. En aquellos momentos el aspecto de su superior no era el que frecuentemente ofrecía a los fotógrafos de prensa o cámaras de televisión, el de un hombre reflexivo preocupado por la justicia, los derechos de los ciudadanos y la dignidad humana, sino el de alguien que se sentía con el suficiente poder para aplastarle como una cucaracha y doblegarle hasta conseguir lo que quisiera.

—¿Y bien? —preguntó finalmente—. ¿Por qué no está aún archivado?

Cuando la auxiliar de su juzgado le había dicho a Azkarate que le llamaba el Presidente, no se había barruntado nada bueno, pero lo que no esperaba era precisamente eso, que se entrometiera en su instrucción y le diera órdenes, porque de un modo velado, o quizás no tan velado, le estaba apremiando para que diera carpetazo al asunto.

—Pues veré, señor Presidente —intentó replicar de un modo firme, aunque no podía evitar que sus palabras traslucieran cierto nerviosismo e incomodidad—, creo que aún hay que realizar algunas diligencias más antes de tomar una decisión sobre el asunto.

—¿Algunas diligencias más? ¿Qué diligencias? Mire, joven —Jaime Urizar se recostó en su sillón, con un gesto aparentemente indolente, pero seguramente muy estudiado—, las cosas están meridianamente claras, totalmente nítidas, podría decirse. Un yonqui, seguramente impulsado por el mono, atraca a un honrado comerciante y se le va la mano, posiblemente de un modo involuntario, sin preterintencionalidad —añadió utilizando el término jurídicamente correcto, tal vez para realzar los conocimientos que, de todos modos, se le deben suponer a un magistrado—, por supuesto, y un policía municipal le abate cuando se resiste a ser detenido. No hay nada más, fin de la historia, *the end, c'est fini, kaputt, bukatu da*.

Estepan Azkarate se preguntó si el señor presidente tendría conocimientos de inglés, francés, alemán y euskera o si solo lo decía para apabullarle con su cultura y capacidad dialéctica, pero no osó preguntárselo ni le habría dado tiempo, porque Urizar continuó hablando.

—Sé que acaba de tomar posesión de su plaza, señor Garate —era imposible que alguien como Urizar volviera a confundirse con su apellido, así que supuso que no era sino una manera sutil de mostrar el desdén que sentía por alguien situado en una escala jerárquica sensiblemente inferior a la suya—, y que es su primer destino importante tras haber salido de la Escuela Judicial, pero no debería subírsele eso a la cabeza. Todos hemos sido jóvenes y vehementes, sin embargo eso no nos legitima para mantener abiertas unas diligencias que, se nota a simple vista, tendrían que haberse cerrado hace ya tiempo, mucho tiempo. Me parece absurdo tener que repetírsele, pero vuelvo a decirle lo que le he explicado antes, se trata tan solo de un delincuente, un drogadicto que, al intentar atracar a un honesto ciudadano le mata, posiblemente de un modo accidental, y de un agente de la policía que a su vez se ve obligado a abatirle a él al resistirse a su detención. Tener abiertas aún las diligencias es absurdo, no supone más que un coste añadido a los que ya soporta la justicia en España y le resta tiempo para dedicarse a otros expedientes que quizás no sean tan atractivos mediáticamente —recalcó esta última palabra, como si quisiera subrayarla—, pero que posiblemente son más importantes a la hora de cumplir con nuestra obligación, que es impartir justicia y hacer que se cumpla la ley del modo más sencillo, rápido y próximo al ciudadano.

En estas últimas palabras Estepan Azkarate sí advirtió al Jaime Urizar

acostumbrado a hablar con la prensa y, por un momento, hasta él mismo se creyó que era sincero; sin embargo, y pese a estar de acuerdo íntimamente con la tesis de que el caso no daba más de sí y que lo lógico era cerrarlo cuanto antes, no entendía el empeño de su superior por convencerle de eso mismo, lo que acrecentó su resistencia a archivar las diligencias, aunque optó por no oponerse frontalmente a las exigencias de quien, en esos momentos, era la máxima autoridad judicial del País Vasco.

—En realidad prácticamente pienso lo mismo que usted, señor presidente —procuró sonar conciliador—, y tengo el propósito de cerrar cuanto antes el asunto, pero no me gustaría hacerlo sin despejar todos los flecos pendientes.

—¿Flecos? ¿Qué flecos? Yo creo que aquí no falta nada —señaló las diligencias—, ha realizado usted una instrucción totalmente correcta, solo le queda extender el auto de archivo.

Estepan Azkarate sospechó que estas últimas palabras, más que un elogio inesperado, eran una artimaña para convencerle de que acatara los deseos de su superior y diera por finalizada la instrucción. A pesar de ello, se mostró agradecido y le prometió a Urizar que en pocos días las diligencias habrían pasado a la historia.

—¿En pocos días? ¿Se puede saber para qué necesita esos días?

Si hubiese sido sincero, Azkarate tendría que haberle respondido que ni él mismo lo sabía. En el fondo, aunque le jodiese reconocerlo, el Excelentísimo Señor Presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco tenía toda la razón del mundo. Tan solo su intuición le indicaba que había algo más que necesitaba ser investigado y aclarado, pero la intuición no constituía un argumento jurídico o procesal, así que no podía insistir en ese punto. Por otra parte, el interés de su jefe en que el asunto se cerrara cuanto antes era, si no sospechoso, sí al menos insólito y desmesurado. Ese era otro argumento a favor de que continuara con la instrucción, pero tampoco podía expresarlo en voz alta.

—Bueno, ya sabe —dijo finalmente, con aspecto sumiso y derrotado—, como usted muy bien ha dicho, es mi primer asunto con una doble muerte y quiero cerrarlo bien, sin que haya fisuras. No en el asunto, que como usted ha dicho está meridianamente claro —se adelantó a las previsibles protestas de Urizar—, sino en lo concerniente a los pequeños detalles, todo lo referente a los aspectos más tediosos y burocráticos del asunto que, por desgracia, también deben ser atendidos.

—Entiendo. ¿Y cuánto tiempo va a necesitar para solventar esos tediosos trámites burocráticos?

—Pues no lo sé a ciencia cierta. Calculo que una semana o diez días, quizás más.

—¿Más de diez días? Con una semana tendrá tiempo suficiente, y seguramente le sobrará, así que ya lo sabe, dentro de siete días el asunto deberá estar finiquitado. Puede irse, Azkarate —curiosamente en esta ocasión había pronunciado bien su apellido—, confío en usted, no me defraude ni, sobre todo, defraude la confianza que los ciudadanos han depositado en el estamento judicial.

Sonaba a despedida, y lo era, por lo que sin más ceremonias ni miramientos

Estepan Azkarate abandonó el despacho de su superior. Tenía una sensación agrídulce, por un lado estaba satisfecho porque, pese a las presiones recibidas, había conseguido una semana de prórroga pero, por otra parte, seguía sin entender a qué venían ese tipo de presiones. En los juzgados de Euskadi se incoaban todos los días un montón de diligencias, que a lo largo del año sumaban varios miles, y le parecía impensable que su máxima autoridad se preocupara de todas ellas, una por una. ¿Por qué lo había hecho en ese caso? ¿Tal vez el Ayuntamiento, preocupado porque uno de sus funcionarios podía estar implicado en el asunto, le estaba achuchando? Era una posibilidad, pero si su memoria no le fallaba, el actual presidente del Tribunal Superior, cuando lo era de la Sala de lo Contencioso, se había significado, y solía jactarse de ello, de fallar siempre en contra de los intereses de la Diputación y el Ayuntamiento. Es verdad que la gente cambia con el tiempo, y que no le veía otra explicación, pero aún así no dejaba de ser algo desconcertante.

Rumiando esos pensamientos entró en su despacho. De un vistazo comprobó que no estaba como lo había dejado, pero su primera inquietud dio paso a la curiosidad cuando se percató de que todo estaba en orden salvo por un periódico de la ciudad abierto sobre su mesa por la sección dedicada a la crónica de los actos sociales de la villa. No tuvo que buscar mucho, porque en una fotografía a todo color aparecía, precisamente, D. Jaime Urizar, al que se le identificaba como Presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco, compartiendo sonrisas y copas de vino con otros tres hombres y una mujer, el primero de los varones identificado como Mariano Luzarraga, propietario de la editorial que llevaba su nombre, el segundo como Xabier Valdeolivos, poeta insigne —así, al menos, le calificaba el articulista— y asesor de la mencionada editorial. El tercero era un conocido escritor, Jon Arretxe, famoso por sus libros de viajes y que en los últimos tiempos se dedicaba a la novela negra. La mujer era Nekane Alkorta, esposa de Luzarraga y también escritora, una firme candidata a ganar, con su último poemario, el Premio Euskadi de Literatura, según vaticinaba el articulista.

Leyó el artículo entero, para ampliar lo que había visto en el pie de la fotografía, y así se enteró de que la noche anterior, en un céntrico hotel de Bilbao, se había presentado la nueva temporada de la editorial. Al parecer había asistido lo más granado y selecto de la villa, incluyendo la máxima autoridad judicial de la Comunidad Autónoma Vasca, que no tuvo el menor reparo en dejarse fotografiar junto a los prebostes de la editorial. ¿Serían ellos quienes le habían sugerido que el asunto debía archivarse? Parecía claro que tenía que haber una relación causa-efecto, pero no acababa de discernir el motivo, se suponía que la editorial era la más perjudicada, al menos comercialmente, con la muerte de su escritor estrella. Eso descartaba tanto a Luzarraga como a Valdeolivos, por lo que se centró en Arretxe, quizás por su aspecto patibulario. Él nunca había creído en las teorías del criminólogo italiano Cesare Lombroso según las cuales los delincuentes tenían rasgos físicos que les hacían perfectamente identificables y reconocibles, pero aún así el aspecto

sinistro del reputado escritor le movía a recelar de él. Había leído algunas de sus obras, como *Ostegunak* (Los jueves) y *Ostiralak* (Los viernes), que en su momento constituyeron un considerable éxito de crítica y ventas, así como algunos de sus interesantes libros de viajes, pero por lo que podía leerse en el artículo últimamente se dedicaba a la novela negra y, para escribir sus últimas obras con mayor conocimiento de causa, había estado viviendo en el barrio bilbaíno de San Francisco, refugio de putas e inmigrantes, lo que no era, por supuesto sinónimo de delincuentes, pero..., seguramente allí habría trabado amistad con sujetos no recomendables. De todos modos, según se explicaba en la noticia, al día siguiente —es decir, en el momento en que él la estaba leyendo— se iba de nuevo a un pueblo perdido de África, a ambientarse para la nueva obra que estaba escribiendo, por lo que de momento no iba a poder interrogarle. Y después de la charla que acababa de tener tampoco le parecía prudente citar a Mariano Luzarraga y a su cónyuge ni a Xabier Valdeolivos.

Sin estar seguro de por qué lo hacía recortó la noticia y la guardó en su cartera. Luego dobló con cuidado el periódico antes de arrojarlo a la papelera, mientras pensaba en la agudeza que mostraba su secretaria que, como si le hubiese leído el pensamiento, había adivinado —¿o tal vez lo sabía de antemano?— lo que iba a exigirle Jaime Urizar y le había proporcionado, de un modo muy sutil, una explicación a esas exigencias. Se lo agradeció con el pensamiento, ya que prefirió no hacer explícito verbalmente ese agradecimiento, mientras calibraba cual debía ser su siguiente movimiento, porque estaba claro que le tocaba a él mover pieza. Podía rendir el rey y someterse a los dictados de su superior o tirar hacia adelante, como por otra parte era su íntimo deseo, aunque para continuar la partida solo contara con esforzados peones. En realidad Urizar no tenía sobre él otra autoridad que la meramente moral, la cual, tal como lucían las cosas, parecía más bien endeble. Él, como juez instructor del caso, era soberano en su ámbito de actuación y, salvo que alguna de sus decisiones fuese recurrida por la Fiscalía o las partes personadas, nadie podía darle órdenes ni revocar las suyas. Era cierto que tener en su contra al Presidente del Tribunal Superior no era una situación deseable, pero mientras no pudiese achacarle ninguna irregularidad o tuviese motivos para acusarle de prevaricación, tampoco tenía nada que temer.

Como solía hacer cuando se encontraba indeciso y no sabía qué camino tomar llamó a Natalia, pero nada más explicarle cómo estaban las cosas deseó no haberlo hecho. En lugar de ser el apoyo que necesitaba, su novia pareció erigirse en uno de sus mayores flageladores. Según ella estaba completamente loco si decidía no acatar las sugerencias de Urizar. Con esa actitud, le espetó en tono hosco y malhumorado, no solo ponía en riesgo su carrera y su futuro profesional y personal, sino también el que ambos podían tener como pareja.

—¿Es eso lo que quieres? —añadió casi entre lágrimas, cambiando de táctica y abandonando su anterior cabreo por una actitud implorante—. Piensa en nosotros dos,

en lo que deseamos construir, siempre juntos, siempre unidos. ¿Y vas a arriesgarlo todo por una chiquillada? —un nuevo giro, ahora no parecía enfadada ni suplicante, sino maternal—. Ya sé que eres un buen juez, y cada día que pase lo serás aún mejor, pero Urizar tiene más experiencia que tú, lleva más de treinta años en la carrera judicial, y por algo habrá llegado hasta donde ha llegado, a la presidencia del Tribunal Superior de Justicia.

Sí, todos sabemos por qué ha llegado hasta ahí, pensó Azkarate, por amiguismo y politiquero, pero optó, con buen criterio, por no trasladar verbalmente esos pensamientos a su novia. En lugar de hacerlo, le dijo que seguramente tenía razón, que reflexionaría sobre ello.

—¿Reflexionar? ¿Qué tienes que reflexionar? Lo que tienes que hacer es acatar lo que te ha dicho Urizar y cerrar el caso, pero si está claro hasta para mí, que no habré estudiado Derecho pero tengo sentido común. Se sabe quién es el asesino y que cuando un policía fue a detenerle, le disparó y en el tiroteo fue él quien murió. Defensa propia, en las películas americanas está más que claro.

—En realidad, no llegó a disparar contra el policía, no tenía más balas en su arma —protestó débilmente Azkarate.

—¿Y qué más da? Si las hubiese tenido, seguramente le habría disparado, ¿no? Así que no me vengas con, ¿cómo lo llamáis?, ¿tecnicismos jurídicos?, bueno, qué importa eso. Además, incluso aunque metieras la pata y alguien recurriera, ¿quién decidiría sobre el recurso? Urizar o alguno de sus colegas más íntimos, ¿no? Si es que está más claro que el agua, no sé por qué tienes que pensártelo. De verdad, Estepan, a veces me sorprendes con reacciones propias de un crío cuando eres un juez hecho y derecho y, si juegas bien tus bazas, puedes llegar hasta el Supremo.

—Bueno, sí, tienes razón, eso haré. Te dejo, que me están llamando para asistir a una reunión —era mentira, pero necesitaba cortar la comunicación como fuera—, luego nos vemos.

—¿No me envías un beso? —el anterior tono arisco había dado paso a uno tan zalamero que empalagaba.

—Sí, claro que sí —hizo el ruido onomatopéyico del beso y colgó. Pese a que en su cuerpo no había ni un gramo de grasa y a que el aire acondicionado funcionaba a tope, estaba sudando.

Incluso su propia novia quería que dejara el caso. Empezaba a estar hasta los cojones de todo el mundo. Y si eso le hacía perder su ecuanimidad judicial, pues a la mierda la ecuanimidad judicial, sobre todo si el primero que la había perdido era el propio presidente del Tribunal Superior.

La conversación que acababa de tener le hizo pensar en María, la policía municipal que acompañaba al agente que acabó con la vida del asesino de Emiliano Etxebarria. ¿Por qué no se habría cruzado en su vida cuando aún no era novio de Natalia? ¿Y por qué las comparaba cuando sabía que su novia iba a salir, de todas todas, perdiendo en la comparación? De repente le entraron unas ganas locas de

llamarla, como si oyendo su voz pudiera olvidarse de la de Natalia. Tal vez no fuera justo, al fin y al cabo lo único que esta quería era su bien, que prosperara en su carrera, pero en los últimos tiempos ya no sabía qué era justo o injusto así que, ¿para qué tantos escrúpulos?

No tenía su teléfono móvil, por lo que llamó a la comisaría. Le contestó un agente que por el tono de su voz y por cómo hablaba le hizo pensar en la caricatura del típico guardia urbano de antaño, bajito, barrigudo y sempiternamente enfadado, incapaz de perseguir a un ratero ni siquiera durante diez metros. Era una visión injusta, lo admitía, hoy en día los policías municipales estaban excelentemente preparados tanto para su trabajo habitual como para las nuevas competencias que iban asumiendo, pero la impertinencia, o al menos así se lo parecía a él, de su interlocutor le estaba poniendo de muy mala leche.

—¿Se puede saber para qué quiere hablar con la agente Ruiz? —fue lo primero que le dijo cuando preguntó por ella.

—Esto, bien, bueno, es un tema personal, ¿sabe? —contestó con lo que no era, precisamente, un ejemplo de elocuencia.

—¿Personal? Oiga, aquí se trabaja, no tenemos tiempo para charlas con amiguitos. ¿Por qué no la llama al móvil?

—Yo, esto, bien, bueno, la verdad es que toqué donde no debía, ya sabe cómo son esas cosas —qué coño iba a saberlo, pensó, seguramente era uno de sus tipejos que todavía se paseaba con el lapicero colgado de la oreja—, y he perdido todos los contactos. Dígame que le llama el —estuvo a punto de decir que el juez Azkarate, pero se frenó a tiempo, si había dicho que se trataba de una llamada personal no podía ahora decir quién era de verdad; además, de momento prefería no darse a conocer a los compañeros de la agente mientras no tuviera claro qué camino debía tomar—, bueno, que la llama Estepan. Es importante —añadió—, si no pregúntele a ella.

No sabía por qué había dicho esto último, quizás ni siquiera recordara que su nombre de pila era Estepan, pero ya estaba hecho. Seguramente dentro de un rato el borde que acababa de atenderle se pondría de nuevo al teléfono para decirle, con una sonrisa de satisfacción en sus labios, que la agente Ruiz no conocía a nadie que se llamara Estepan y que dejara de importunarles o acabaría metido en un buen lío. Pero en lugar de eso, para su sorpresa, escuchó la voz de la propia agente municipal.

—¿Estepan? ¿Eres tú, Estepan? —y más bajo, en un tono casi inaudible—, ¿el juez Estepan Azkarate?

—Yo, eeeeh, sí, soy el juez Azkarate —de repente toda su decisión anterior había desaparecido y volvía a ser el hombre tímido e indeciso que no sabía hacia dónde mirar cuando tenía cerca una joven guapa y hermosa—. Quería decirte que, bueno, que no te preocupes más por el caso del comerciante asesinado, ese que escribía novelas del Oeste, porque voy a proceder al archivo de las actuaciones. Puedes contárselo a tu compañero, para que se quede totalmente tranquilo.

—Sí, muy bien, lo entiendo —contestó la policía recobrando su tono normal—,

me parece estupendo así que te espero dentro de un rato, ya sabes, donde siempre, en el Gurea, sí, hombre, el que está cerca de donde vivo, pareces tonto, hijo, en Deusto, en la calle Blas de Otero, pues claro, al principio de la calle, si es que a veces pareces tonto, bueno, te espero dentro de una hora, que estoy a punto de salir del curro. Agur, no me falles, sé un caballero y no me hagas esperar demasiado.

Antes de que Estepan Azkarate pudiera decir nada ya había colgado, dejándole completamente intrigado. Parecía evidente que tenía una cita, aunque no se explicaba el motivo. Lo lógico es que la joven agente se hubiese mostrado contenta, proseguir con las diligencias abiertas solo podía constituir una molestia para ella y, sobre todo, para su compañero; sin embargo, en lugar de demostrar alborozo le había contestado como si no hubiese escuchado lo que acababa de decirle y le había emplazado a una reunión extramuros tanto de su despacho judicial como de la comisaría. Solo había una manera de descubrir qué se escondía tras la extraña actitud de la policía y era acudir a la cita por lo que sin pensárselo demasiado abandonó su despacho tras apagar su teléfono móvil y sin decir a la secretaria dónde podía localizarle en caso de necesitarle, para dirigirse al bar de Deusto en el que tenían que encontrarse.

Para cuando él llegó María Ruiz ya estaba allí. Al parecer debía ser conocida en el local y entre los clientes, porque estaba hablando con unos cuantos. Sin cortarse le dijo que se uniera al grupo y le presentó como un viejo amigo, sin mencionar su condición judicial, siendo aceptado por todos al momento. Incluso una señora cercana a la sesentena llegó a decir entre risas, dirigiéndose a María, que tenía muy buen gusto para los hombres, pero que si finalmente no se lo quedaba que se lo podía presentar a su sobrina Itxaso, lo que hizo enrojecer al juez y a la policía exclamar entre risas que de eso nada, que cada cual se buscara su vida, que los hombres guapos e inteligentes no abundaban, lo que fue asumido, con entusiasmo, por las tertulias femeninas.

Entre risas y bromas transcurrieron veinte minutos hasta que María, una vez acabadas las cervezas que había pedido, se despidió de todo el mundo diciendo que su acompañante y ella tenían que irse, sin ablandarse ante las protestas y lamentos de sus compañeros de barra. Estepan, como un cordero al que dirigen al matadero pero se siente incapaz de rebelarse, la siguió hasta que se introdujeron en el portal de un edificio cercano, momento en que ella le preguntó, con un tono en el que se advertía cierta dureza, que a qué se había referido antes con eso de que iba a archivar las diligencias relativas a la muerte de Emiliano Etxebarria y su asesino, aunque enseguida rectificó y le dijo que mejor esperaban a estar más confortablemente instalados en su casa para explicárselo todo, con pelos y señales.

Nada más entrar en su domicilio la policía le dijo al juez que se pusiera cómodo, mientras le indicaba que podía sentarse en una butaca con aspecto de ser muy confortable que había en el salón y le preguntaba qué deseaba tomar.

—Un vaso de agua —contestó en voz baja Estepan Azkarate.

—¿Un vaso de agua? ¿No prefieres cerveza, o vino? —Definitivamente la policía

se había pasado al tuteo, para sorpresa del juez, que pensaba que lo había utilizado anteriormente tan solo como una añagaza para disimular ante sus compañeros de comisaría y amigos del bar, si bien en esos momentos no estaba seguro de si continuaba usándolo como muestra de confianza o de falta de respeto. Aunque por otra parte ambos eran jóvenes y tenían prácticamente la misma edad, así que era absurdo andarse con formalismos—. ¿O algún licor? Tengo *whisky*, coñac, ginebra, y también tónicas y cocacolas, por si te gustan las mezclas.

—No, nada, bueno, sí, una cerveza estará bien —rectificó el juez, al ver la cara de cachondeo de la joven agente al escuchar su primera negativa.

—¿Rubia u oscura?

—Rubia —dijo Estepan por salir del paso, en realidad le daba lo mismo.

—¡Marchando una cerveza rubia! —dijo María en tono alegre, que desmentía la severidad con la que le había hablado anteriormente en el portal—. Y ya te he dicho que te puedes poner cómodo, así que quítate la americana y aflójate el nudo de la corbata, que esto no es una vista oral —se rio—. Yo también voy a ponerme algo más cómoda, antes de traer las bebidas.

Algo azorado tras escuchar las palabras de la joven, Azkarate desanudó con torpes manos su corbata y la guardó en un bolsillo de la chaqueta, que también procedió a quitarse. Unos cinco minutos más tarde María volvió al salón. Se había puesto unos pantalones de tela vaquera, tan cortos que si hubieran estado manufacturados con otro material textil podrían haberse confundido con unas bragas, y una camiseta blanca, de manga corta, en la que podía leerse un lema alusivo a la legalización de la marihuana, tan ceñida a su cuerpo que era evidente que se había despojado del sujetador. En una bandeja llevaba dos cervezas y un plato de aceitunas, que dejó sobre una mesa baja de cristal, mientras se sentaba en un sofá que hacía esquina con la butaca en la que se había acomodado el juez.

—Y ahora —dijo la policía, después de que ambos hubieran dado el primer trago a sus respectivos vasos—, hablemos de lo que nos ha traído aquí. ¿Qué es eso de que vas a archivar las diligencias? ¿Se puede saber a qué se debe?

Estepan Azkarate estuvo a punto de decirle que no, que no tenía por qué explicarle los motivos de su decisión, que en todo caso se recogerían en el correspondiente auto de archivo y que ella no tenía derecho a recibir una copia del mismo, pero no lo hizo. Pese al tono perentorio, e incluso enfadado, de la chica, empezaba a sentirse muy a gusto con ella, más a gusto de lo que había estado con nadie, incluyendo en ese «nadie» a Natalia, en mucho tiempo. En lugar de ello le comentó cómo se trataba de un caso claro, sin mucho recorrido y que no merecía la pena dar vueltas alrededor de él como si fuera una peonza.

—¿Has recibido algún tipo de presiones?

El juez admiró internamente la clarividencia de la policía. Quizás fuese joven, eso no era ningún defecto, él también lo era, pero tenía algo dentro del cerebro, sobre ese aspecto no albergaba la más pequeña duda.

—Bueno, yo no lo llamaría presiones —dudó por unos segundos Azkarate—, más bien hablaría de consejos de gente más experimentada y que sabe de estos temas mucho más que yo.

—O sea, que estaba en lo cierto, has recibido presiones.

Estepan Azkarate se removi6 inc6modo en su butaca. Dio un trago a la cerveza, intentando de ese modo evadirse, pero cuando volvi6 a dejar el vaso sobre la mesa comprob6 que los ojos verdes de Mar6a segu6an mir6ndole fijos e impert6rritos.

—Bueno, como quieras —lo admiti6 finalmente—, si prefieres calificarlo de presiones, pues ser6n presiones. Pero no s6 a qu6 viene esto, tendr6as que estar contenta, si las diligencias continuaran abiertas el m6s perjudicado podr6a ser tu compa6ero. Al fin y al cabo, 6l fue quien mat6 al atracador. Si se archivan, nos olvidamos todos del asunto, pero en caso contrario habr6a que interrogarle y qui6n sabe si no se acabar6a por exigirle alg6n tipo de responsabilidades, penales o civiles. Sinceramente, pensaba que no quer6as que se llegara a ese extremo.

—Y es cierto, eso era lo que pensaba, pero las cosas han cambiado, y quien me ha hecho cambiar ha sido precisamente Guiller, o sea, Guillermo Ostolaza, mi compa6ero.

—¿Tu compa6ero?

—S6, est6 muy afectado por lo sucedido, fue la primera vez que tuvo que disparar contra una persona y ojal6 que sea la 6ltima. Vale, vale, ya s6 que un polic6a tiene que estar preparado para cualquier eventualidad, lo que incluye un caso como el sucedido, pero matar a una persona..., joder, es que es la hostia, somos funcionarios que nos dedicamos a la seguridad p6blica, co6no, no somos 6mulos de Chuck Norris o Clint Eastwood. As6 que matar a una persona, a alguien que antes estaba vivo, aunque fuera un perfecto hijo de puta, y ahora est6 muerto, y ya nunca m6s podr6 hablar, sentir, tumbarse al sol, hacer el amor..., es que es muy fuerte, joder, es muy fuerte.

»Ya te dije que est6 trat6ndose con psic6logos, no deja de darle vueltas a lo ocurrido, pero es un tipo fuerte, as6 que conf6o en que pronto le den el alta. Estuve hablando con 6l, coment6ndole c6mo hab6a ido mi comparecencia en el juzgado y se interes6 mucho por un par de cosas en las que insististe al tomarme declaraci6n, la hora del aviso y las palabras que pronunci6 el atracador. Ya te he dicho que como est6 de baja tiene mucho tiempo para pensar, eso es lo malo de la baja —se sonri6 al decir esto, aunque de un modo triste—, y cree que quiz6s el atracador fue, en definitiva, otra v6ctima.

—¿Otra v6ctima? —Estepan Azkarate sospechaba qu6 hab6a detr6s de las palabras de Mar6a, quiz6s porque 6l pensaba lo mismo, pero quer6a o6rse lo decir a ella.

—S6, otra v6ctima. Si juntamos el momento del aviso, al parecer uno o dos minutos antes de que Agust6n Mentxaka matara a Emiliano Etxebarria, con el hecho de que llevara tan solo una bala en el interior de su arma y si, adem6s, dijo, aunque eso no sea del todo seguro, «¿qu6 he hecho?, ¿qu6 he hecho?», como si le sorprendiera lo que acababa de hacer, parece plausible pensar que al pobre Agust6n

alguien le tendió una trampa, con la finalidad tanto de que matara al charcutero como de que se lo cargaran a él, o quizás tan solo una de las dos, no se sabe, pero no parece una hipótesis tan descabellada. Por eso Guiller desea que el caso siga abierto, para averiguar de verdad lo que hay detrás de esas dos muertes y así intentar lavar su responsabilidad en la de Mentxaka.

Estepan Azkarate se quedó pensativo durante un buen rato, que fue respetado por su anfitriona. Lo que pensaba Guillermo Ostolaza, el policía que había abatido a Agustín Mentxaka, tenía sentido. En el fondo era lo que él mismo había pensado en más de una ocasión, aunque le daba miedo profundizar en esa idea.

—Sobre todo —tuvo que reconocerlo finalmente delante de María—, porque una conspiración de ese tipo sería muy difícil, casi imposible de demostrar, por lo menos con la solvencia suficiente para obtener una condena en un juicio. De todos modos según más lo pienso menos descabellado me parece, incluso cobraría sentido lo que me dijo Unai Solozabal, un amigo de Agustín Mentxaka, sobre los proyectos de su colega de enriquecerse gracias a una broma. No lo recuerdo textualmente, pero por lo que me contó, Mentxaka le había confesado que iba a sacar mucha pasta gracias a una broma muy, pero que muy gorda. Al principio me pareció absurdo, pero quizás ahí esté la clave de todo.

—¿Una broma? ¿Una broma puede ser la clave de todo? Ahora soy yo la que no entiende nada.

—Sí, parece difícil de admitir —reconoció Azkarate entre suspiros—. Pero si todo fue objeto de una conspiración... Mira, esto son tan solo meras especulaciones, puedes considerarlo incluso fantasías, pero imagínate que alguien le dijo a Mentxaka que le diera un susto a Emiliano Etxebarria. Que tenía que hacer como si le atracara y disparara, vamos. Una broma desagradable y gruesa, como las que se preparan para los programas de cámara oculta de las televisiones o tal vez como las que narra Gila. Era un humorista ya fallecido —intentó explicar a María—, muy bueno. Nunca le vi en directo, pero alguna vez han dado actuaciones suyas en televisión y...

—Sí, sé quién era, el del teléfono —le cortó María—, pero preferiría que fueras al grano.

—Bueno, a eso iba —tragó saliva antes de proseguir—. Como ya te he dicho, imagínate que alguien le dijo a Mentxaka que le diera un susto al comerciante y que le conseguiría un arma. Por lo que he averiguado hasta ahora Agustín Mentxaka ni poseía armas de fuego ni, pese a ser conocido en los ambientes más marginales de la ciudad —no pudo evitar ruborizarse al darse cuenta de que María sonrió irónicamente al escuchar esa frase, «ambientes más marginales de la ciudad»—, se encontraba en disposición de conseguir alguna. Sigamos especulando: esa persona, llamémosle «el bromista», le consigue el arma y le dice que está descargada, que no tiene que preocuparse por nada, es tan solo una broma entre amigos muy bestias. Mentxaka, que no destaca precisamente por su inteligencia ni agilidad mental, se lo cree o, al menos, no se lo cuestiona, y cuando va a «gastar la broma» por la que le van a pagar

una pasta gansa, mata a Emiliano Etxebarria. De ahí sus palabras: «¿qué he hecho?, ¿qué he hecho?».

—Siempre que dijera eso y no «lo he hecho, lo he hecho», que es otra posibilidad, los testigos no se pusieron de acuerdo en este punto —objetó la policía, asumiendo el papel de abogada del diablo.

—Sí, claro, ya te he dicho que es una mera especulación. Pero si juntamos todos los indicios, por débiles que sean por separado, da pie a pensarlo o, al menos, a no desecharlo al cien por cien, como si fuera el producto de una mente calenturienta.

—No parece una idea del todo descabellada, en efecto. Creo que incluso podrías tener razón aunque desgraciadamente dudo mucho de que nadie más, aparte de mí, te la daría. Pero, siguiendo con esa hipótesis tan fantástica, en el caso de que hubiese habido una conspiración, contra quién iba dirigida, ¿contra Emiliano Etxebarria o contra el hombre que le mató, Agustín Mentxaka?

Estepan Azkarate se encogió de hombros antes de contestar.

—Si ya de por sí sería casi imposible demostrar que ha habido una conspiración, saber contra quién iba dirigida es todavía más difícil. Aunque me inclino a pensar que contra Etxebarria, ya que fue la primera víctima, y la más segura. Posiblemente Mentxaka fue una víctima colateral y necesaria, pero su muerte no era tan segura, aunque está claro que era lo que se buscaba si, efectivamente, «alguien» le proporcionó un arma con una sola bala y ese «alguien» os llamó con el tiempo medido de tal modo que acabara sucediendo lo que sucedió.

En esta ocasión fue María quien se quedó en silencio, pensando, durante un buen rato. Luego recogió los vasos, que estaban vacíos, y sin preguntarle a Estepan Azkarate si quería otra cerveza fue hasta la cocina y volvió con otros rellenos. Finalmente, tras beber un largo trago, fijó sus ojos verdes en los del juez antes de decirle que estaba de acuerdo con él.

—No digo que las cosas hayan sucedido de ese modo —añadió—, pero sí que hay base para investigar. Quizás si le expusieras esos argumentos al presidente del Tribunal Superior...

—Sabes perfectamente que no iban a colar, que los consideraría absurdos y disparatados. Y no podría criticarle por ello —respondió el juez—. Por otra parte, aunque tuviéramos razón, ya te he dicho que demostrarlo sería prácticamente imposible, y sin pruebas para hacerlo ningún jurado llegaría a considerar culpable a quien fuese imputado.

—Lo sé, pero no importa. Mira, ya te he dicho antes que quien más interés tiene en que el caso siga abierto es Guiller, mi compañero. Si efectivamente, aunque no podamos demostrarlo fehacientemente, llegamos al convencimiento de que hubo una conspiración, joder con la palabra, eso de «conspiración» me suena a peli de aventuras o de espionaje político, pero es que no se me ocurre otra mejor —se disculpó, entre risas, María—, se sentirá mejor. Seguirá siendo para él un palo el hecho de haber matado a una persona, pero al menos podrá tener la seguridad de que

fue un instrumento involuntario. No sé si me explico o lo estoy aturullando todo un poco más.

—No, no lo estás aturullando más —le dijo sonriente el juez, que hacía mucho tiempo que no escuchaba esa palabra y al que habían entrado ganas de acercarla hacia sí y abrazarla de modo protector, aunque saltaba a la vista que María no era una joven que necesitara protectores—, entiendo lo que quieres decir, pero solo tengo una semana antes de dar carpetazo al caso y nada en qué basarme, salvo una extraña y fantasmagórica teoría. Si pudiera encargarte a ti la investigación tal vez avanzaríamos algo, pero quien ejerce en estos momentos las funciones de policía judicial en Bilbao es la Ertzaintza, no la Policía Municipal, y dudo mucho de que un *ertzaina* sea tan fácil de convencer como lo has sido tú.

—¿Así que soy una chica fácil de convencer?

Aunque el gesto de María indicaba que no estaba enfadada sino todo lo contrario, Estepan Azkarate enrojeció hasta la coronilla mientras farfullaba unas torpes disculpas e intentaba explicar el auténtico sentido de sus palabras.

—De acuerdo, te perdono —se rio María—, pero con una condición, mejor dicho, con dos condiciones.

—¿Dos? ¿Cuáles?

—La primera, que a pesar de todo continuemos con nuestras investigaciones. Ya sé que podría plantear problemas técnicos y legales, pero creo que ambos, como juez y policía que somos, tenemos la habilidad suficiente para cubrimos las espaldas si llegara el caso.

Hacía una semana Estepan Azkarate se habría negado rotundamente a tomar en consideración una proposición tan inusual y alocada como esa, pero algo le había hecho cambiar últimamente, y quizás tuviese enfrente a la culpable de ese cambio, así que aceptó sin pensárselo ni dudarlo.

—¿Y la segunda condición?

—Antes me ha parecido que querías abrazarme y no te atrevías a hacerlo. Si estoy en lo cierto, quiero que lo hagas.

Ojalá todas las condiciones que le pusieran en la vida fuera como esa, pensó Estepan Azkarate. Y siguió pensándolo mucho tiempo después cuando, tras dejar el vaso de agua que había estado tomando en la mesilla de la habitación, volvió a abrazar el cuerpo desnudo de María y reiniciaron, con más fuerzas que nunca, los juegos eróticos que, exhaustos, habían suspendido unos pocos minutos atrás.

Quizás entrevistar a Xabier Valdeolivos había constituido una auténtica pérdida de tiempo, pensó Asier Uribe, aún bastante quemado por el entusiasmo de Aintzane, que idolatraba a ese poetaastro que se consideraba a sí mismo el *súmmum* del refinamiento y la exquisitez, ya que parecía lógico pensar que si Valdeolivos hubiera sabido dónde se encontraba el manuscrito perdido de Colt Duncan, el editor no habría necesitado recurrir a él, pero por algún lado tenía que empezar y además de ese modo había confirmado, bueno, quizás no lo había confirmado, pero al menos sí que parecía bastante posible que, en efecto, existía ese manuscrito perdido, y por otra parte no estaba de más conocer por dónde respiraba el hombre que era la mano derecha del propietario de Ediciones Luzarraga y, al mismo tiempo, el único contacto de la editorial con el charcutero asesinado. Pero todo eso había sido tan solo un primer paso, el prólogo de la obra, por decirlo de un modo literario, el problema es que ahora había llegado el momento de ponerse a buscar de verdad y no sabía por dónde empezar. Esos eran los inconvenientes de no ser, pese a su extraño pasado, un auténtico detective. En las series de televisión todo se veía mucho más fácil, una vieja señora que en sus ratos libres escribe novelas policíacas de éxito sale de paseo, se encuentra un cadáver y preguntando por aquí y por allá acaba descubriendo quién es el asesino, pero él no era una vieja señora aunque sí un tipo que se sentía viejo y, pese a que también emborronaba compulsivamente folios en blanco, no sabía ni por qué ni para qué y era consciente de que estaba muy lejos de ser un escritor de éxito.

Nada de eso le dijo a Aintzane, que estaba agarrada a él como si fuese una lapa, cosa que habitualmente desagradaba a Asier que, en cuestiones de sexo, siempre había sido partidario de los juegos de magia, «ya sabéis», solía bromear con los amigos, «le echo un par de polvos y luego desaparece», pero con su actual pareja las cosas no funcionaban así, después de hacer el amor solía asirse a él con fuerza durante un buen rato. Cuando empezaron a acostarse juntos había intentado disuadirla, pero solo consiguió que se enojara y poner en peligro la continuidad de la propia relación, así que finalmente se resignó a aceptar lo inevitable. Además, a su edad no le iba a ser fácil encontrar una tía como esa, joven, guapa, con dos tetas de campeonato y que por una inexplicable razón se moría por sus huesos, por lo que habría sido absurdo mostrarse intransigente en ese punto. Y por otro lado, teniendo en cuenta que acababan de follar como nunca, tampoco tenía sentido hacerle ningún reproche. Curiosamente había sido la excitación que le produjo conocer a Valdeolivos lo que la llevó a querer hacer el amor con él en cuanto llegaron a su apartamento. Veinte años atrás a Asier Uribe le habría jodido mucho esa situación, la de que follaran con él pensando en que era otra persona, pero había aprendido a tomarse las cosas con filosofía y a aceptar lo que la vida le ofrecía sin protestar ni hacer preguntas tontas. Un polvo es un polvo y lo demás es filosofía barata y poesía aún mucho más barata.

No solo no protestó ni hizo preguntas tontas, sino que ni siquiera consideró prudente efectuar esas reflexiones en voz alta, al menos delante de su novia, limitándose a decirle que aún tenía que dilucidar en su interior sobre cuál iba a ser el siguiente paso que debían dar. Intentó que esa reflexión sonara profunda, pero pareció lo que era, una frase más bien pedante y propia de alguien que no tenía ni puñetera idea de por dónde le daba el aire. Menos mal que allí estaba Aintzane, como ella mismo le recordó, para ponerle las pilas.

—Pues las cosas están muy claras, Asier, que parece mentira que hayas leído tantas novelas policiales. Lo primero de todo es ir a la charcutería.

—¿A la charcutería? ¿De qué me estás hablando?

—Joder, charcutería, ultramarinos, como dice todavía mi abuela, o si lo prefieres «delikatessen», como dicen los pijos, vamos, a la tienda de alimentación del difunto Colt Duncan.

—¿Y para qué? ¿Acaso están los chorizos de oferta? —intentó sonar sarcástico, pero pronto se dio cuenta de que había dicho una tontería.

—No nos vendría nada mal, que te cuesta más llenar el frigorífico que a un ateo pisar una iglesia, pero quizás ahí podamos encontrar a alguien que le conociera. Vamos, si la tienda sigue abierta, quizás la lleve algún familiar o un antiguo empleado, ¿no? Y por algún sitio hay que empezar.

La idea no estaba mal traída, pensó Asier, quizás debiera dejar que Aintzane llevara las riendas del asunto. Al menos estaba demostrando tener más madera de detective que él, así que finalmente le hizo caso.

Aunque para esas horas ya estaba vencido el día, seguramente la tienda, de continuar abierta al público, aún no habría echado la persiana, así que encaminaron sus pasos hasta ella. Nada más llegar comprobaron, con satisfacción, que efectivamente aún no había cerrado y, advirtiendo que no había ningún cliente, penetraron en su interior.

La chica que estaba detrás del mostrador, una enamorada de los tatuajes y *piercings*, por lo que saltaba a la vista, y seguramente también por lo que no se veía, pensó Asier Uribe, mascaba chicle ostentosamente mientras ojeaba una revista que, por lo que podía verse de la portada, estaba dedicada a contar a los mortales lo bien que vivían los famosos. Como mascar chicle y hablar al mismo tiempo parecía no dárselo muy bien, Asier y Aintzane fueron incapaces de entender lo que les dijo nada más verles, pero sonó a algo así como «nas ardes». Quizás, después de todo, la joven era educada, concedieron los resabios burgueses del antiguo militante revolucionario metido a detective literario.

—Buenas tardes —contestaron ambos al unísono, para continuar luego Aintzane en solitario—. Queríamos un poco de paletilla y salchichón ibérico, ciento cincuenta gramos de cada, del que solemos coger habitualmente —luego, mirando extrañada—. ¿No está Emiliano? Siempre que venimos nos atiende él, bueno, no es que nos importe que nos atiendas tú —hizo un mohín, como si quisiera disculparse por sus

últimas palabras—, por supuesto, pero es que Emiliano siempre sabe lo que queremos sin tener que decírselo, es un hombre muy majo con el que tenemos muy buen rollo.

La chica, tras sacarse de la boca el chicle y pegarlo debajo del mostrador, debía ser partidaria del reciclaje, se les quedó mirando fijamente, con aspecto extrañado, antes de preguntarles si no sabían lo que le había ocurrido al pobre Emiliano.

—No, la verdad es que llevamos varios días sin venir. Hemos estado fuera de la ciudad, ya sabes, de vacaciones en el extranjero, en Italia, un país maravilloso, pero..., ¿qué nos decías de que le había ocurrido algo al pobre Emiliano?, ¿qué le pasa, acaso está enfermo? No es muy mayor, pero a ciertas edades hay que empezar a cuidarse, se lo suelo decir a él a menudo —se giró cariñosamente para señalar a Asier, que sonrió de un modo bastante forzado, ya que lo que acababa de escuchar no le había hecho mucha gracia—, aunque nunca me hace caso, ya sabes, los hombres...

—No, no, no es nada de eso —contestó la chica que, al parecer, estaba encantada con la situación ya que de ese modo podía darles la noticia—, ojalá estuviera enfermo. ¿No lo saben? Le mató hace unos días un atracador, un drogadicto.

—¡No es posible! —Aintzane intentó fingir que estaba horrorizada—. Me tienes que estar gastando una broma.

—Joder, sería una broma muy pesada, ¿no? —respondió muy seria la joven—. ¡Pero si salió en todos los periódicos de la ciudad!

—Es que hemos estado fuera del país los últimos días, ya te lo hemos dicho, por eso no nos hemos enterado —continuó hablando Aintzane, que de momento había tomado el mando de la conversación con la aquiescencia de Asier, al que no le quedaba más remedio que admitir que las confianzas brotarían mejor si había una complicidad generacional que si era él quien intentaba interrogarla—. ¡Pobre Emiliano!, menudo palo. La familia tiene que estar destrozada. ¡Uy!, perdón, quizás he metido la pata, ¿no serás familiar suyo, por casualidad? Si es así lo siento, no quería lastimarte.

—No importa, es normal. Y sí, soy sobrina suya, mi padre y él eran hermanos.

—Estaríais muy unidos, supongo, lo digo porque te has hecho cargo de la tienda.

—Bueno, sí, pero no creas, a mí esto no me va, lo que pasa es que mi padre me ha puesto aquí. La tienda creo que era de los abuelos, y no sé si la fundó el bisabuelo, eso me han dicho, y aunque fue el tío Emiliano quien se hizo cargo de ella, como era soltero y no tenía hijos la ha heredado mi padre. Dice que le da pena cerrar lo que ha sido el negocio familiar de toda la vida. Claro, como el viejo tiene sus propios *bisnes* y no puede trabajarlo, me ha colocado a mí aquí, como si me entusiasmara vender panceta y salchichas, cuando en realidad lo que me molaría, el sueño de toda mi vida, sería trabajar en un salón de belleza, y si fuese mío mucho mejor. ¿Crees que en este local se podría montar una cosa así? —la joven había tomado confianza a Aintzane y se dirigía a ella como si fueran amigas de toda la vida, olvidándose de su acompañante, que había descendido a la simple categoría de mueble auxiliar.

—¿Por qué no? —respondió entusiasmada Aintzane—, a mí me parece una idea

estupenda. Aunque por otra parte sería una pena cerrar esta tienda, ¿no? Parece que es un buen negocio. Bueno, no sé, no quiero meterme en lo que no me importa, pero siempre que he hablado con tu tío me daba la impresión de que iba viento en popa y da un poco de pena cerrar un negocio que funciona, sobre todo en estos tiempos. Aunque un salón de belleza, llevado por alguien que sabe hacer las cosas, también puede ser una buena inversión —añadió, haciendo la pelota del modo justo para no enajenarse las simpatías de la chica.

—No creas que es tan buen negocio, como habréis comprobado —Asier sonrió al observar que, por primera vez desde que su novia y la joven dependienta habían empezado a hacerse confesiones, no se le excluía de la conversación— desde que habéis entrado vosotros no ha vuelto a hacerlo nadie. Hombre, tampoco es lo habitual, pero no es demasiado extraño. No, no es tan buen negocio esta tienda, apenas da para vivir.

—Pues me dejas de piedra. Por cierto, no te he dicho cómo me llamo. Yo soy Aintzane y este es Asier.

—Yo soy Escarlata. Es que a mi madre le apasionaba la película esa de tanto llorar, «Lo que el viento se llevó», y por eso me lo puso. Es original, ¿verdad? En mi clase no había ninguna Escarlata, en cambio había tres Paulas, tres Patricias y dos Lauras. Aintzanes no, no había ninguna Aintzane —concedió magnánima—, qué curioso, ¿no?

—Sí, somos muy pocas y selectas —se rio Aintzane—. Pues como te iba diciendo, Escarlata, me dejas de piedra, la verdad es que no acostumbro a meterme en los asuntos de los demás, puedes creerme, pero de vez en cuando hablaba con tu tío, cuando no había mucha gente, lo mismo que estamos haciendo ahora, y siempre me dio la impresión de que andaba muy bien económicamente.

—No, si en eso no te equivocas, pero es que el tío Emiliano —se rio entre dientes al decirlo—, tenía un secreto.

—¿No sería...?

—No, por Dios —se rio nuevamente, en esta ocasión a carcajadas, Escarlata, adivinando lo que al parecer pretendía insinuar su nueva amiga—, aunque era soltero y vivía solo, le gustaban las mujeres. Una vez incluso hizo un amago de insinuármeme, pero rectificó enseguida y la cosa no llegó a mayores. Fue una lástima, quizás si hubiese seguido adelante hoy tendría ya mi propio salón de belleza.

—Bueno, eso nunca se sabe —intentó consolarla Aintzane—. Pero me estabas diciendo que tu tío tenía un secreto, ¿no? La verdad es que parece mentira que un hombre tan serio y formal como tu tío tuviese secretos. Aunque, por otra parte, quizás no debiera chocarme demasiado, cada persona es un mundo.

—Bueno, tampoco es para tanto —sonrió la dependienta mientras, recordando que nada más entrar le habían hecho un pedido, acercó la paletilla a la máquina cortadora y empezó a elaborar las lonchas de jamón—, no se trata de un secreto inconfesable, ni mucho menos.

Se detuvo para comprobar que ya había cortado paletilla suficiente y empezó a atacar el salchichón ibérico.

—Son ciento setenta gramos, creo que me he pasado. Me habíais pedido ciento cincuenta, ¿no? ¿Queréis que retire el sobrante? —preguntó con aspecto compungido.

—No, no, así está bien —contestó, sonriente y comprensiva, Aintzane—. Por cierto, me dejas más tranquila. Apreciaba a tu tío y cuando me has contado lo del secreto me he llevado un pequeño susto, no creas.

La sobrina del difunto Emiliano profirió unos grititos a modo de risas y tal vez como agradecimiento a lo comprensivos que se habían mostrado sus clientes con el exceso de peso del salchichón o porque estaba aburrída y deseaba hablar, inclinó su cuerpo sobre el mostrador y en ese tono susurrante en el que parece obligado hacer las confidencias, aunque nadie más esté escuchando, retomó el hilo de la anterior conversación.

—Bueno, como ya os he dicho antes no se trataba de un secreto de esos vergonzosos, no tenía ningún hijo oculto, al menos eso espero, no vaya a ser que me quede sin local para montar mi salón de belleza —se rio nerviosamente al decir esto—, ni esnifaba cocaína ni se emborrachaba todas las noches, no, no se trataba nada de eso.

—La verdad, chica —le dijo Aintzane, intentando mantener el lazo de confianza mutua que se había creado—, es que estoy totalmente intrigada. No me gusta meterme en la vida de los demás, pero después de decirme eso no puedes dejarme con la miel en los labios.

La joven se rio con ganas al escuchar las palabras de Aintzane. Seguramente se estaba imaginando que era una hipotética clienta de su futuro salón de belleza y la estaba viendo con una revista del corazón en la mano mientras le hacía la manicura y comentaban los últimos divorcios de las más conocidas estrellas del famoseo.

—En realidad ya no es ningún secreto, salió en todos los periódicos del país, incluso se hicieron reportajes para la televisión. ¡Hay que joderse! —exclamó repentinamente, con aspecto enfadado—, vinieron varias cadenas de televisión y ninguna me grabó, pandilla de mamones.

—¿La televisión? —Puso cara de extrañeza Aintzane.

—Sí, la televisión, y la radio y toda la pesca.

—Bueno, es normal —intervino por primera vez Asier Uribe, representando el papel de hombre prudente y reflexivo—, cuando se produce un asesinato es habitual que los medios de comunicación vayan al lugar de los hechos para realizar sus reportajes e informar sobre lo sucedido. Puede sonar morboso, pero teniendo en cuenta cómo falleció su tío, no deja de ser lógico.

—Sí, pero eso no tiene nada que ver con el secreto de mi tío —le brillaron los ojos a la joven, como si el hecho de saber algo que tenía desconcertados a sus interlocutores le estuviese alegrando el día—. Ya os he dicho que este negocio no es tan rentable como la gente cree, en realidad es más bien ruinoso, a ver si se va de una

puta vez a la mierda y puedo poner mi salón de belleza. Perdonad, creo que me he dejado llevar por el entusiasmo —volvió a sonreír, nerviosa, la sobrina del tendero asesinado—. No, no es nada rentable, sin embargo mi tío se negó siempre a cerrarlo. Cada vez que le hablaba del tema me decía muy misterioso que no me preocupara, que tenía otra fuente de ingresos, pero que no podía decirme de qué se trataba. Joder, era una cosa tan secreta que incluso llegué a pensar que el bueno del tío Emiliano estaba metido en algún asunto de tráfico de drogas. Parece absurdo, ya lo sé, pero en las películas el malo, al final, resulta ser quien menos te esperas, una ancianita que suele echar migas de pan a las palomas en el parque, un profesor de instituto preocupado por sus alumnos, un médico que se emborrachó el mismo día que tenía que operar a un paciente y este se quedó en el quirófano o, no sé, un charcutero, ¿por qué no?

—¡Vaya! —exclamó solidaria Aintzane—, tuviste que pasarlo mal. Me refiero a que no sería plato de tu gusto sospechar que tu tío estaba implicado en ese tipo de delitos.

—No tanto —volvió a reírse Escarlata—, la verdad es que me parecía emocionante, ya me veía yo como una Mata-Hari ayudando a mi tío el gran traficante, pero finalmente resultó que no se trataba de nada de eso. Una pena, aunque por otra parte los riesgos de ir a la cárcel son muy grandes y eso, francamente, no me habría gustado nada. No, el secreto era una cosa mucho más sencilla. No os lo vais a creer, mi tío era escritor. Y por lo que parece ser, un escritor de fama.

—¡No es posible! —exclamó, haciéndose la escandalizada, Aintzane—. ¿Tu tío escritor? ¡Y yo que le consideraba una persona seria!

—Pues sí —exclamó, nuevamente entre risas, la sobrina de Colt Duncan—, era escritor. Flipante, ¿no? En la familia nadie lo sospechaba. ¡Si nunca le habíamos visto leer un libro!, ¿cómo podíamos imaginarnos que era escritor? Y además que se sacaba una buena pasta con eso de los libros, no vayáis a pensar que era un muerto de hambre, como muchos de esos que a veces salen en televisión, demacrados y con aspecto de no haber comido en varios días.

—Tu tío se llamaba Emiliano Etxebarria, ¿no? —vio Asier Uribe el momento de intervenir—. Te lo digo porque soy profesor de Literatura y su nombre, sinceramente, no me suena de nada. Y si dices que ganaba tanto dinero, no sé, no acabo de ubicarlo.

La conversación se interrumpió porque acababa de entrar una nueva clienta y Escarlata tuvo que atenderla. Total, como les dijo luego, para comprar cien gramos de mortadela y un trocito minúsculo de queso de Burgos. O acaba la crisis pronto o nos vamos todos a la mierda, aunque quién sabe, añadió, quizás si tenemos que cerrar la tienda podría abrir aquí mismo mi salón de belleza. El problema, como me ha dicho mi padre, es la financiación, a ver quién es el banquero que se atreve a dar un crédito a una joven que empieza.

Sobre todo si tiene tantos pájaros en la cabeza como tú, pensó Asier, sin atreverse a expresarlo en voz alta. No quería perturbar la buena disposición que tenía la joven,

ya fuese por su carácter abierto o por simple aburrimiento. En lugar de eso volvió a insistir en el tema de que el nombre de Emiliano Etxebarria era totalmente desconocido en los ambientes literarios.

—Es que no firmaba con su nombre —les confesó Escarlata con aire conspiratorio—, sino con seudónimo.

—¿Con seudónimo? ¿Qué seudónimo? —volvió a preguntar Asier Uribe.

—No os lo imaginaríais en toda vuestra vida —la joven parecía estar en su salsa, gozando de la fabulosa experiencia de tener delante de ella un público tan entregado—. Ni en cien vidas que vivierais.

—Venga, dínoslo —le habló, zalamera, Aintzane—, no nos dejes a medias.

—Pues como os lo digo, no os lo vais a creer, aunque últimamente la noticia ha salido mucho en la prensa, eso sí, pero claro, si habéis estado fuera estos últimos días... —añadió, como disculpando la manifiesta ignorancia de Asier y Aintzane.

—Hija, nos tienes de un intrigado... —intervino de nuevo Aintzane, confiando que ese tono tan coloquial y confianzudo sirviera para que Escarlata continuara haciéndoles confidencias, y lo logró, o tal vez la sobrina del difunto Etxebarria estaba tan encantada de tener unos interlocutores tan predispuestos que no estaba dispuesta a dejar pasar la ocasión de contarles todo lo que sabía, como si fuera una de esas contertulias de los programas de cotilleo de la televisión, siempre al tanto de las andanzas y secretos de famosos, famosetes y famosillos.

—Es que es para estarlo —se rio Escarlata—. Bueno, no quiero dejaros con la duda, además podéis enteraros cuando queráis leyendo los periódicos de los días pasados. Mi tío era Colt Duncan —dijo esto último con cierta prosopopeya, como si esperara la reacción de sus nuevos amigos, reacción que fue, gracias a la habilidad de Aintzane para el disimulo, la que ella esperaba.

—¿Colt Duncan? —exclamó más que preguntó—. ¡No jodas! ¿Tu tío era Colt Duncan, el famoso Colt Duncan, el escritor de novelas del Oeste?

—El mismo. Increíble, ¿no es cierto? —volvió a reírse la joven dependienta de la tienda—. Al principio nadie en la familia podía creérselo, pensábamos que nos estaban gastando una broma, de muy mal gusto, claro, porque al pobre tío Emiliano lo habían matado, pero era verdad. Nos quedamos todos a cuadros. ¡El tío escritor, cuando no había leído un libro en toda su vida! Nos pareció algo totalmente increíble, flipante. Yo quería mucho a mi tío, de verdad, y estuve muy jodida cuando le asesinaron, pero eso de que fuera escritor, coño, me costó asimilarlo, de verdad. Y ya lo veis, no solo era escritor, sino que ganaba una pasta gansa escribiendo, es alucinante, ¿no estáis de acuerdo?

Asier Uribe eligió ese momento para intervenir de nuevo, ya había permitido que Aintzane llevara las riendas durante mucho rato y ahora le tocaba a él hacerse cargo del asunto. Para ello, y tras percatarse de las peculiaridades del carácter de la sobrina del fallecido charcutero, utilizó un tono de conspirador que podía estar sacado, perfectamente, de una novela de espionaje de esas que se vendían antiguamente en

los kioscos.

—¿De verdad tu tío era el famoso Colt Duncan? No lo sabía y eso que soy profesor de Literatura, especialista en géneros populares, como el que practicaba tu tío. ¿Podríamos hablar durante unos minutos con más tranquilidad? Se está haciendo tarde y seguramente es ya la hora del cierre, así que si te parece bien, podrías echar la persiana y tener una conversación con nosotros en una cafetería cercana. Estoy seguro de que lo que te voy a proponer podría interesarte.

—Joder, no sé, muy misterioso me parece todo esto, tú —se dirigía a Aintzane con un tono aparentemente asustado, pero en el fondo se veía que está disfrutando de la situación—. ¿Y por qué tendría que interesarme la propuesta?

—Hazle caso —intervino Aintzane, cogiendo las manos de Escarlata entre las suyas—. Lo que te ha dicho Asier es verdad, es profesor de Literatura, uno de los más prestigiosos del país —cuando Asier Uribe escuchó esas palabras de labios de su novia no supo si lo decía para convencer a la joven o porque el amor la había cegado y creía de verdad en lo que acababa de decir—, y seguramente lo que te va a decir te interesará. Anímate, no pierdes nada escuchándole.

Pocos minutos después, tras haber cerrado la tienda, Escarlata se reunía con Asier y Aintzane en una cafetería que colindaba con la charcutería. Tras pedir un refresco de cola «light», ya que no quería engordar, escuchó con atención, o al menos poniendo lo que ella suponía que era una «cara llena de atención», lo que Asier Uribe deseaba decirle.

—Ya estoy preparada —dijo risueña—, ya puedes disparar, a ver qué es eso tan interesante que querías decirme.

—Bueno, lo primero es que, aunque ni tú ni el resto de tu familia lo sabíais, tu tío era uno de los mejores escritores de género popular...

—¡Eh!, para el carro, moreno, mi tío tendría muchos defectos pero no era miembro del Partido Popular, que en mi familia siempre hemos tirado más para la izquierda.

—No, no —se rio Asier—, estoy hablando de literatura, no de política. Cuando hablo de géneros populares me estoy refiriendo a las novelas policíacas, de terror o del Oeste, por ejemplo, como era el caso de tu tío. Y, aunque yo desconocía su identidad hasta que nos lo has confesado, puedo decirte que no solo soy un rendido admirador suyo, sino que estoy muy relacionado con la editorial en la que publicaba sus novelas. Y ahora seguramente me preguntarás, ¿y qué hay de interesante en ello para mí?

—Sí, claro, me lo estaba preguntando —mintió Escarlata, a la que la perorata de Asier más que interesarle le estaba aburriendo soberanamente.

—Pues es muy sencillo. Por lo que me has dicho antes, tu padre era el único hermano de Emiliano Etxebarria, ¿no?

—¿Emiliano Etxebarria?, Ah, sí, el tío Emiliano. Pues sí, claro, eran los únicos hermanos.

—Así que tu padre es el heredero universal de Colt Duncan, lo que a ti te convierte también, de alguna manera, en heredera suya.

—Sí, supongo que sí —en esta ocasión los ojos de la joven denotaban más interés, la palabra «heredera» tenía unas connotaciones a las que le era imposible sustraerse—, que lo soy, pero no entiendo a dónde quiere llegar.

—Pues quizás a que podrías conseguir tu sueño de montar un salón de belleza antes de lo que pensabas.

Cuando Asier observó la codicia en los ojos de Escarlata comprendió que el resto iba a ser muy fácil.

—¿De verdad? A ver, explícate, que me tienes sobre ascuas.

—Mira, cuando uno oye hablar de una herencia siempre piensa en dinero, joyas, acciones, propiedades, una casa, en fin, lo típico, no hace falta que te lo vaya enumerando todo. Me imagino que eso es lo que habéis recibido de vuestro tío, o lo que recibiréis cuando se hayan acabado todos los trámites burocráticos.

—Sí, pero no creas, no hay tanto —Escarlata hablaba como si en lugar de un profesor de Literatura Asier Uribe fuese un inspector de hacienda—. El negocio, como ya os he dicho, era ruinoso, el tío lo tenía abierto por puro sentimentalismo y, además, no os lo he dicho antes por no mancillar su memoria, ¿se dice así, mancillar? —preguntó orgullosa—, si resulta que soy la sobrina de un famoso escritor tendré que empezar a utilizar palabras como esa, ¿no? —se rio alegremente—. Bueno, era una broma, lo que quería comentaros es que antes no os lo he dicho porque me daba un poco de vergüenza, pero era jugador, jugaba a todo, al bingo, a las tragaperras, a la bonoloto, y en los últimos tiempos se aficionó al póquer por Internet, así que..., a pesar de lo que pudiera ganar con las novelas del Oeste no nos ha dejado ni un puto duro. Bueno, supongo que ahora habrá que decir ni un puto euro, para no parecer del siglo pasado.

—Eso quizás tenga remedio —volvió a sonreír, enigmático, Asier Uribe.

—Joder, tío, pues si es así suéltalo ya —la joven dependienta no podía disimular su interés ni su inquietud—, no sé a qué estás esperando.

—¿Sabes lo que son los derechos de autor?

—No.

El escueto monosílabo indicaba, mejor que un largo discurso, que la joven no estaba para florituras y lo que deseaba era que el extraño profesor que le había invitado a un refresco se explicara de una puñetera vez.

—Pues para simplificarlo podríamos decir que es lo que se paga a un autor por sus obras. Dependiendo de los escritores y editores suele oscilar entre el ocho o el quince por ciento, aunque en cierto tipo de obras, como las de tu tío, podrían limitarse al cinco por ciento.

—¡Qué cabrones!, siempre aprovechándose de los pobres.

—En ocasiones —continuó Asier Uribe—, la obra es propiedad de la editorial, aunque actualmente los autores están más protegidos por la ley, por lo que es mucho

más raro. Pero lo más importante, al menos en este caso, para ti, es que los derechos de autor también se heredan. Es decir, que los beneficios de las novelas de Colt Duncan son también parte de la herencia.

A Escarlata nadie le debía haber explicado anteriormente eso, porque sus ojos empezaron a dar vueltas, como las de una afamada y ya fallecida cantante folclórica española.

—¿De verdad? ¿No me estás vacilando? ¡Qué guay, tío, joder, superguay!

—De todos modos no te emociones demasiado —le echó un jarro de agua fría Asier—, que quizás no sea un chollo tan grande. O quizás sí, depende.

—¿Cómo que depende? A ver si me aclaro, ¿tenemos derecho a eso que has dicho del autor, no sé cómo lo has llamado, bueno, tenemos derecho a cobrar por las novelas de mi tío, sí o no?

—Sí, pero hay una cosa que deberías saber antes de hacerte muchas demasiadas ilusiones. Tu tío era un genio en lo suyo, un «bestseller» dentro del género del Oeste, pero sus novelas eran de «usar y tirar». No me malinterpretes, no lo digo en un tono despectivo, tan solo que por las características de sus obras y del tipo de novela que cultivaba, muchos lectores se abalanzaban sobre ellas cuando salían, pero ahí terminaba su ciclo. Lo que quiero decirte es que eran novelas que nada más salir, durante un par de meses quizás, se vendían como rosquillas, pero que luego desaparecían. No son novelas que se reediten, por lo que pasado ese tiempo ya no generan más derechos de autor o, en todo caso, muy limitados.

—O sea —resumió enfurruñada Escarlata—, que sigue siendo una herencia de mierda.

—Bueno, quizás no lo sea tanto —comentó en tono un tanto dubitativo Asier—. ¿Tienes llaves de la casa de tu tío?

—No, pero las podría conseguir. Aunque primero tendrías que explicarme para qué las necesitas.

Asier miró satisfecho a Aintzane mientras sonreía, su estrategia parecía que iba a dar frutos. Luego, volviéndose a la joven sobrina del difunto Colt Duncan le dijo que entendía perfectamente sus recelos.

—Pero no tienes nada que temer. Mi interés por la obra de tu tío es estrictamente profesional, ya te he dicho que soy un profesor de Literatura, especializado en géneros populares. Y para ti, quién sabe, con un poco de suerte puede significar que la herencia de tu tío acabe mereciendo la pena.

«Esto es el Oeste, señor, y cuando los hechos se convierten en leyenda, se imprime la leyenda».

Cuando Tom Zacharias empezó a trabajar como periodista, linotipista, redactor jefe, pinche de cocina, chico de los recados, presidente del Consejo de Administración, corrector, limpiador y único accionista en el periódico «The Sun» de Laramie, quedaban aún muchas décadas para que James Stewart y John Wayne rodaran, bajo las órdenes de John Ford, esa impresionante película que acabaría convirtiéndose en un clásico no solo de la filmografía dedicada al viejo Oeste sino del cine en general, «El hombre que mató a Liberty Valance». Pero ese detalle jamás importunó a Zacharias, quizás porque lo que nunca se ha llegado a conocer jamás se puede echar en falta. Por eso precisamente podría haber alegado en su defensa, en el improbable caso de haber sido acusado ante un tribunal como plagiarlo, que cuando él repetía la frase que inmortalizó la película, «esto es el Oeste, señor, y cuando los hechos se convierten en leyenda, se imprime la leyenda», no estaba plagiando nada. Es imposible apropiarse una frase que se popularizó muchos años después de que él hubiese muerto. Y, sin embargo esa frase jamás se escapaba de sus labios.

¿Llegó acaso a conocimiento de los guionistas de la película tras haber sido transmitida oralmente generación tras generación por quienes llegaron a conocer a Zacharias? Puede ser, pero es tan solo una leyenda, así que imprimámosla sin ningún rubor y aceptemos que el señor Zacharias, pese a ser un periodista honesto, fue uno de los creadores de esa mitología heroica que, tal vez algo exageradamente, fue extendiéndose en torno a los más recurrentes personajes, vaqueros solitarios, *sheriffs* solos ante el peligro, viejos rancheros obstinados, jueces de la horca y, caso insólito en el mundo de la política, senadores honrados, del viejo Far West.

Y sin embargo, pese a ser partidario de la leyenda por encima de los hechos, Tom Zacharias era un periodista honrado y que, a su modo, intentaba hacer de Laramie en particular, así como del territorio de Wyoming en general, un lugar agradable para vivir, un lugar que en el futuro fuese merecedor de integrarse, como un estado más, en los Estados Unidos de América. Ese era el sueño de Zacharias y por él peleaba, utilizando como arma su periódico, ora imprimiendo la realidad, ora imprimiendo la leyenda, pero siempre poniendo por delante y agitando como bandera su honestidad y sentido de la justicia. Y por eso mismo les había pedido a los dos gorilas vestidos de *cowboys* que tenía frente a él, que se volvieran a ir, con viento fresco —en realidad utilizó una expresión mucho más malsonante que no me atrevo a repetir— al lugar del que procedían.

El problema —problema para Zacharias, por supuesto, no para los dos gorilas— consistía en que el lugar del que procedían los visitantes era el «Kane Ranch», como podía deducirse fácilmente de las letras que llevaban marcadas en sus cinturones, y que a los hombres de Silver Kane, el magnate de Laramie que aspiraba a ser el

magnate de todo Wyoming, no les intimidaba para nada un hombrecillo cuyo único afán era que diariamente los ciudadanos de su ciudad, al menos la minoría que sabía juntar las letras sin que eso les produjera un considerable dolor de cabeza, estuviesen informados de lo que había ocurrido en su condado y, dentro de lo posible, en el mundo que, para Zacharias, al igual que para César Vallejo, era ancho y ajeno. Y eso que el excelso poeta peruano tampoco había nacido para esas fechas, estaba claro que el director del «Sun» de Laramie era un precursor en más de un sentido.

Inmunes a esas cualidades casi esotéricas de Tom Zacharias, los acólitos de Silver Kane no cejaban en su empeño porque el periodista publicara el anuncio que le habían llevado en su integridad, sin añadir ni quitar ni una coma. No porque fueran celosos guardianes de los derechos de autor de su patrono, que era quien lo había redactado, sino porque no sabían leer ni escribir ni tenían ganas de ir a la escuela para aprender. Por eso mismo, y porque eran hombres más acostumbrados a la dialéctica de los puños y las pistolas —otros precursores que desconocían que en un viejo país europeo, aunque ellos lo hubiesen situado entre Guatemala y Bolivia de saber que existían esos países, llamado España, en el primer tercio del siglo xx un tal José Antonio Primo de Rivera se apropiaría de tan brillante idea e intentaría aplicarla en la lucha política— que al diálogo sosegado y sereno, cuando comprendieron que el director del más leído, y único, periódico de Laramie se negaba rotundamente a acceder a sus deseos, optaron por hacerle cambiar de opinión recurriendo al antiguo pero eficaz método de darle una paliza de esas que no se te olvidan aunque vivas más años que el mismísimo Matusalén.

Tom Zacharias no enarboló una bandera blanca porque la única prenda de ese color que tenía a mano, su camisa, estaba ya enrojecida a causa de la sangre que su cuerpo, delicadamente trabajado por los dos gorilas del «Kane Ranch», había supurado, así que se limitó a pronunciar un escueto «okey», que los matones, pese a no ser precisamente unos afamados lingüistas, entendieron correctamente en su primera acepción, la de que aceptaba lo que le estaban pidiendo tan amigablemente.

El texto, que venía sin faltas de ortografía, se ve que su redactor, el propio Silver Kane, pese a su falta de escrúpulos morales o de cualquier otro tipo, era un hombre con estudios y buena pluma, dicho esto sin segundas intenciones, ya que por aquella época el movimiento gay no había alcanzado el auge de los últimos años, rezaba de este modo:

¿HAN DE SOPORTAR NUESTROS
CONCIUDADANOS LA PRESENCIA, EN LAS
HONORABLES CALLES DE LARAMIE, DE UN
PELIGROSO PISTOLERO?

Ante la ineptitud, o quizás connivencia, de las autoridades de la ciudad, se ha instalado entre nosotros un miserable pistolero cuyo nombre es Duncan McFree,

aunque es más conocido como Colt Duncan.

Desde que ha llegado no ha causado más que dolor y desolación. Él fue quién asesinó a sangre fría al juez de la ciudad, un hombre honrado a carta cabal, un hombre cuya única misión, casi obsesión, a la que dedicó su vida, fue impartir justicia en estas tierras alejadas de la mano de Dios.

Ese mismo Duncan McFree, o Colt Duncan, como prefiera llamarse, es el responsable de la muerte de Lou Carrigan, un honesto ciudadano cuyo único delito fue ganarle honradamente, en una limpia partida de póquer, el rancho a Dick LaVerne, yendo así contra una de las leyes no escritas más apreciada por los habitantes de este territorio, el de que hay que pagar las deudas del juego.

Y, ante todo esto, ¿qué hizo nuestro *sheriff*, el hombre al que pagamos para que defienda la ley y el orden en nuestra ciudad? Nada, absolutamente nada. Ni siquiera se ha preocupado por saber si el tal McFree está reclamado, como suponemos a tenor de la fama que le precede, en otros estados o ciudades. Se limitó a mover la cabeza y a poner al asesino que acabó, sin atisbo de piedad alguna, con dos de nuestros más prominentes ciudadanos, bajo la custodia del viejo LaVerne, el auténtico beneficiario de sus crímenes.

¿Es esto justicia? ¿Es esto lo que queremos para nuestra ciudad? No, no y mil veces no, rotundamente no, lo que queremos los ciudadanos de Laramie y de todo Wyoming es poder caminar libremente por nuestras calles, sin que ningún pistolero se arrogue el derecho de asesinarnos, por el simple motivo de que no le guste nuestra cara o a dónde vamos o porque, sin querer, nos hayamos tropezado con él.

No sabemos cuándo tendremos un nuevo juez en la ciudad, aunque para llegar a la altura del hombre asesinado por Colt Duncan lo va a tener muy difícil, lo que sí sabemos es que los ciudadanos estamos indignados. Por eso a nadie deberá extrañar que el pueblo, ejerciendo su soberanía, decida tomarse la justicia por su mano, ante la inacción de quienes están obligados a velar por nuestros derechos e intereses.

Firmado: Un grupo de ciudadanos preocupados por el mantenimiento del Orden, la Ley y la Justicia.

A Tom Zacharias no le quedó más remedio que publicar el artículo reproducido, pero cuando lo vio ya en la imprenta, listo para publicarse, unos resquicios de dignidad le impidieron dejar las cosas como estaban. Sí, él se había comprometido a publicarlo, y así lo había hecho, pero junto al comunicado firmado por el «grupo de ciudadanos preocupados por el mantenimiento del Orden, la Ley y la Justicia», incorporó un editorial firmado por él mismo en el que explicaba cómo el citado grupo había usado la violencia y la coacción para conseguir que imprimiera su manifiesto, y cómo lo que en él se vertían eran calumnias e infundios sin fundamento alguno. Añadía que, en su opinión, a Duncan McFree habría que levantarle un monumento, por haber limpiado Laramie de una serie de personajes indeseables y que si hubiera más personas como él en la ciudad, la paz y la justicia reinarían indefinidamente.

Pese a no haberse inventado aún ni Internet ni Twitter, tanto el manifiesto como el editorial redactado por Zacharias se convirtieron, en cuestión de minutos desde que el periódico comenzó a distribuirse, en el «trending topic» del día y los comentarios a favor o en contra (más a favor del editorial que del manifiesto, por clamorosa goleada) pronto se esparcieron por la barbería, el colmado, la oficina de telégrafos, los «saloones» e incluso por la funeraria, cuyo propietario ya se relamía de gozo pensando que dentro de poco iba a tener un nuevo cliente, el honesto e imprudente propietario y chico para todo del «Sun» de Laramie.

Por eso mismo Sam Harrelson, amigo íntimo de Tom y uno de los cinco veterinarios de la ciudad, que contaba con un solo médico, lo que explica claramente qué era lo más valorado en esos momentos en el territorio, espoleaba a su caballo hasta el borde de la extenuación mientras se dirigía al LaVerne Ranch. Era consciente de que con su temerario aunque verídico editorial, su amigo había firmado su propia sentencia de muerte y en esos momentos el único hombre en la ciudad que estaba capacitado para evitar la ejecución era Duncan McFree. O mejor dicho, Colt Duncan.

El nuevo inquilino del «LaVerne Ranch» no se lo pensó demasiado. No podía dejar abandonado a su suerte a alguien que había puesto en riesgo su vida por defenderle. La propia Susan, que por un momento sopesó la idea de pedirle que no pusiera su vida en peligro, comprendió que era obligación de su amado acudir en defensa del periodista y finalmente le animó a hacerlo, aunque rogándole que fuera prudente y no se arriesgara en exceso.

—No te preocupes, Susan. ¡Volveré! —lo dijo con tanta pasión y en un tono tan convencido que incluso al propio general MacArthur, de haber escuchado esas palabras, se le habrían empañado los ojos de la emoción.

El caballo que montaba Colt Duncan, uno de los mejores que se criaban en el rancho de los LaVerne, le llevó en un tiempo récord hasta el poblado. Allí, nada más cruzar el cartelón que indicaba que se estaba entrando en Laramie, su fino olfato apreció que algo se estaba quemando. Es cierto que, aunque no hubiese tenido olfato de ningún tipo la extensa humareda que se divisaba en lontananza también se lo habría indicado, pero aún así se felicitó a sí mismo por tener todos sus sentidos alertas y en plena forma y espoleó aún más, si cabe, a su montura, instándole a hacer un último esfuerzo.

Como muy bien había imaginado gracias a su acrisolada agudeza mental, el fuego procedía del edificio en el que estaba situada la redacción y oficinas del «Sun». Pero en lugar de la habitual cola solidaria con baldes de agua que solía formarse en todos los poblados del oeste cuando un edificio ardía, lo que pudo observar fue a unos cuantos vaqueros del «Kane Ranch» que, en actitud amenazante se dedicaban precisamente a impedir que los ciudadanos se movilaran para combatir las llamas.

Siempre con una sonrisa en los labios, era su marca de fábrica y nunca había dejado de serlo, ni siquiera en los momentos más delicados, Duncan McFree pidió, con toda la amabilidad de la que era capaz, a los sicarios de Silver Kane que

depusieran su actitud y permitieran las labores de extinción del fuego.

—¿No os dais cuenta —añadió— de que si se extiende puede ser una catástrofe, porque todos los edificios colindantes son de madera?

Quizás los así emplazados desconocieran el significado de las palabras «deponer», «extinción» y «colindantes», incluso es posible que no les preocupara lo más mínimo que las casas de la totalidad de los habitantes de Laramie se derrumbaran entre el crepitar de las llamas, pero lo más probable es que estimaran que tenían una oportunidad irrepetible para acabar con ese personajillo que, desde su llegada, se estaba convirtiendo en un feroz oponente a los intereses de su patrono y una mosca cojonera para ellos mismos. El caso es que en lugar de contestar a Duncan McFree con la misma amabilidad con que este se había dirigido a ellos, intentaron echar mano de sus pistolas para abatirle y ganarse la recompensa que mister Kane había ofrecido al primero de sus hombres que consiguiera agujerearle la piel de un modo irreversible y terminante.

Si bien se mira, no fue para tanto. Ni siquiera cometieron dos errores, como en la película de Clint Eastwood. De hecho tan solo cometieron uno, pensar que llevaban ventaja al bueno de Colt Duncan. El problema, sobre todo para ellos, fue que pagaron ese pequeño y minúsculo error con su vida. Bueno, todos no, uno de ellos no dejaba de retorcerse por el suelo, mientras intentaba paliar los dolores de su codo derecho, que a simple vista y sin necesidad de ser médico o patólogo, tenía toda la pinta de que no le iba a funcionar durante el resto del tiempo que durara su miserable vida.

No había sido un fallo, por supuesto, Colt Duncan nunca cometía errores, no en vano es el héroe de esta historia, sencillamente le interesaba dejar a alguien con vida para poder preguntarle qué habían hecho con el bueno de Tom Zacharias y dónde podía encontrarlo.

Como única contestación recibió una serie de irreproducibles sonidos guturales, o mejor dicho, totalmente reproducibles pero que seguramente no pasarían la censura, así que a Duncan McFree no le quedó más remedio que efectuar un feo gesto como el de propinarle una fuerte patada en los testículos al vaquero del «Kane Ranch». Tal vez no fuese una acción muy elegante ni deportiva, pero no había tiempo para un largo interrogatorio. Además, como la humanidad ha podido comprobar desde que el primer primate se irguió sobre sus cuartos traseros y con ese movimiento tan sencillo la lio parda, los métodos más reprobables suelen ser, por desgracia, los más efectivos. Por eso, entre aullidos de dolor y menciones a su santa madre, McFree consiguió enterarse de que el periodista se encontraba retenido en el «Silver Saloon».

El local, como es fácil averiguar, era propiedad de Silver Kane, que lo había bautizado con su propio nombre, nadie sabía si por un exceso de autoestima o de falta de imaginación. Las malas lenguas dicen que al principio tenía un nombre sacado de algunas de las lenguas indígenas, el «Manichowahatan Saloon», pero como todo el mundo aludía a él como «el salón de Silver», más descriptivo de su propietario y mucho más fácil de pronunciar, pues así se quedó. Aunque no sé para qué se incluye

este comentario sobre el nombre del tugurio en la narración, porque a Duncan McFree le importaba un comino (subterfugio del autor para no incluir una expresión más soez), ya que lo que ocupaba su mente era sacar al periodista del lío en el que se había metido por defenderle.

De todos modos el joven McFree era valiente, pero no tonto. Sabía que le estarían esperando, por eso decidió disfrazarse. No era algo habitual entre los vaqueros y pistoleros del viejo Oeste, pero es que McFree tampoco lo era. Su extraño sentido del humor, tan extraño que prácticamente ninguno de sus compatriotas lo entendía, le llevó a pintarse la cara de negro. Si el productor de «El cantor de jazz» le hubiese visto, le habría contratado para hacer el personaje principal, en detrimento de Al Jolson. Afortunadamente para el actor de origen lituano Duncan McFree jamás estuvo interesado por la farándula, ni existía el cine cuando él nació, así que pudo dedicarse a lo que mejor sabía hacer, disparar contra los malos para proteger a los ciudadanos más débiles e indefensos.

Laramie no era una ciudad racista, no porque sus habitantes alojaran en sus corazones sentimientos de hermandad con la gente de otras razas, sino porque jamás en su vida habían visto a un negro. Pero cuando contemplaron a Duncan McFree caracterizado de Al Jolson disfrazado de cantante negro, de repente les llegó la luz y comprendieron que habían sido racistas desde que salieron del útero materno. De ahí que expresiones como «qué cojones haces aquí, negro de mierda», «vuélvete a la selva, carita de chocolate» o «todos los ingleses sois unos cabrones» (expresión esta última que quizás no venía al caso, pero que al ser pronunciada por Paddy O'Bryan, que tenía todo de irlandés, hasta las pecas, el resto de la clientela fue comprensivo con ella), resonaron incesantemente por todo el salón.

—¿Habláis conmigo? —preguntó inocentemente Duncan McFree, con un acento que le hubiese hecho acreedor a una cátedra de Lingüística Aplicada Afroamericana en el caso de que en aquella época existiesen ese tipo de cátedras.

—Sí, hablamos contigo, orangután.

El hecho de que quien pronunciase esas palabras fuera, curiosamente, la viva imagen de un auténtico orangután, no le produjo a nadie ningún sentimiento contradictorio, al fin y al cabo el tipejo era blanco (o lo hubiese sido de haber adquirido desde pequeño el hábito de ducharse diariamente) y todos los blancos saben, desde niños, que ese calificativo solo puede aplicarse a los negros, aunque fuesen más esbeltos e inteligentes lo que por otra parte, viendo cómo era la clientela del «Silver Saloon», tampoco es que tuviese un mérito excesivo.

—Solo quiero tomarme un vaso de leche en paz —dijo finalmente el negro McFree, con lo que consiguió que todo el mundo se partiera de risa, momento que aprovechó para descubrir dónde tenían retenido a Tom Zacharias, cuyo cuerpo aparecía adornado con plumas a las que se les había aplicado brea para que se mantuvieran bien pegadas. Se encontraba justo en la esquina de la barra del bar, rodeado por cinco de los más brutos y malencarados vaqueros del «Kane Ranch».

—Bueno, nos hemos reído mucho gracias a ti —dijo finalmente el orangután blanco, dirigiéndose a Duncan McFree—, por eso vamos a dejar que te vayas sin mayores problemas, pero más vale que lo hagas ahora mismo si no deseas acabar colgando de una soga.

—¿Por qué tengo que irme? No os he hecho nada malo —protestó en tono débil Duncan McFree—, solo he venido a tomarme un vaso de leche en paz.

—Tú, negro, ¿qué eres?, ¿sordo o tonto? Más te vale que salgas ahora mismo del saloon si quieres conservar tu sucio y negro pellejo.

—Os aviso que soy amigo de Colt Duncan y seguramente a él no le gustaría que me tratarais de ese modo.

Una nueva carcajada colectiva recibió las últimas palabras del propio Colt Duncan.

—La verdad es que me va a dar pena matarte —dijo por fin el orangután blanco, cuando se libró del ataque de risa compulsiva que acababa de sufrir—, porque eres un rato salado, hay que reconocerlo. De todos modos, aunque fuese verdad que eres amigo de ese pistolero, de poco te va a servir porque está muy lejos de aquí.

—En eso te equivocas —le contestó el falso cantor de *jazz*—, porque Colt Duncan está aquí mismo, hablando contigo.

Antes de que el orangután pudiera mostrar su extrañeza por lo que acababa de escuchar, Duncan McFree sacó sus armas de las cartucheras y ante los asombrados ojos de los clientes del local, a los que no les quedó más remedio que admitir eso de que la mano es más rápida que la vista, abatió a los cinco guardianes de Zacharias y, de propina, al orangután blanco.

—Sé lo que estáis pensando, cuántas balas me quedarán en las pistolas.

—No, no estábamos pensando en eso, señor McFree —le contestó el camarero, que acababa de reconocerle pese a su magnífico disfraz de cantante negro de *jazz*.

Duncan McFree le miró furioso. Si Clint Eastwood se hubiese encontrado con un interlocutor así cuando pronunció su famosa frase, Harry el Sucio jamás habría conseguido ser un mito de la cinematografía occidental. Pensó si debía cargárselo también, como justo castigo por haberse atrevido a romper el clímax, pero en el fondo era un hombre justo al que no le gustaba matar por matar, así que se limitó a seguir encañonando a todos los asistentes mientras le decía al periodista que se acercara, que tenían que irse.

—Yo que vosotros, esperaría unos cuantos minutos antes de salir a la calle —aconsejó a los clientes—, podríais encontraros con una sorpresa desagradable si todavía andamos por aquí y pensamos que queréis hacernos una jugarreta.

Como si fueran un grupo de niños que intenta negar con fervor que hubieran sido ellos quienes acabaron con el tarro de mermelada, todos los aludidos dijeron que ni se les había pasado por la cabeza hacer algo así, que parecía mentira la poca confianza que demostraba en ellos, con lo que se apreciaban mutuamente, que podían irse en paz, que ellos eran ciudadanos honrados que solo se ocupaban de sus asuntos, sin

interferir en los de sus vecinos ni molestarlos. Se olvidaron decir que el alarde que había realizado anteriormente Duncan McFree con sus pistolas les tenía atenazados y acojonados, pero Duncan tradujo perfectamente esa omisión y tocándose levemente el ala de su sombrero se despidió de todos, no sin antes agradecerles su colaboración.

No le preguntó al periodista si estaba en condiciones de montar, tendría que hacerlo fuesen cuales fuesen sus condiciones si quería salir con vida de esa aventura. Así debió entenderlo Zachary porque con un estoicismo impropio en alguien como él montó en el caballo que le indicó Duncan McFree y, sin emitir ni una sola queja, galopó junto a él rumbo al «LaVerne Ranch».

McFree había tenido la precaución de hacerse con dos monturas frescas lo que, unido a la ventaja que llevaban sobre sus posibles perseguidores, les hizo llegar sin mayores problemas hasta el rancho de su adorada Susan, que lo recibió sepultándole bajo una montaña de besos. Fue una pena que el sol aún luciera en el firmamento, porque una oronda luna llena habría sido el acompañamiento perfecto a ese romántico recibimiento.

La vuelta a la realidad hizo que se rompiera el encanto. Estaba claro que, al menos durante una larga temporada, el combativo periodista iba a tener que residir en el «LaVerne Ranch».

—Me temo que os voy a complicar la vida —dijo Tom Zachary en tono compungido, cuando se encontraban ya dentro de la vivienda, degustando una copiosa comida.

—No te preocupes, sabremos defendernos —replicó un risueño Duncan McFree que, como recompensa a sus palabras, recibió una tierna mirada de su joven amada.

—Me gustaría poder hacer algo por ti —volvió a hablar Zachary, ciego o inmune a los tórridos mensajes de amor que Susan y Duncan se transmitían a través de la mesa.

—No te apures por eso, ya hiciste más de lo necesario al defenderme ante las calumnias de Silver Kane —intentó zanjar McFree la verborrea del periodista, mientras empezaba a arrepentirse de haberle salvado. Pero sus esfuerzos fueron inútiles, porque el aguerrido cronista de Laramie volvió a la carga.

—Quizás sí hay algo que pueda hacer por ti —añadió, como si estuviese ansioso por devolverle el favor—. Cuando llegaste a Laramie dijiste que andabas buscando a un tal Hopkins, más conocido como «El Impostor».

—Sí, es verdad, ¿le conoces? —le preguntó extrañado Duncan, lo suficientemente extrañado como para dejar de prestar atención a la adorable Susan y centrar todo su interés en el periodista. Era cierto que había hablado de él en el saloon, justo cuando acababa de descabargar tras su largo viaje, pero no recordaba que Zachary estuviera presente. Quién sabe, quizás el periodista fuera, efectivamente, muy bueno en lo suyo.

—No, no le conozco, pero soy periodista y un periodista que se precie tiene siempre las orejas y los ojos alertas y un buen número de contactos que le mantienen

al tanto de lo que se cuece a su alrededor, así que si algún día pisa Laramie o sus inmediaciones el hombre al que buscas, ten por seguro que me enteraré.

—Bueno, sería estupendo —respondió McFree, aunque no parecía muy entusiasmado—. De todos modos no te preocupes, no se trata de algo urgente, sé que antes o después Hopkins y yo nos encontraremos. Está escrito en las estrellas.

Al periodista le hizo gracia la última afirmación del pistolero y si no se rio fue tan solo porque cada vez que movía un músculo de la cara sufría unos dolores atroces, pero tuvo el suficiente vigor como para decirle que no se fiara de las estrellas.

—Están demasiado lejos, colgadas del firmamento. De quienes tenemos que preocuparnos, en cambio, es de los hombres de Silver Kane, que los tenemos aquí al lado, junto a nosotros.

—¿Dónde? —preguntó inquisitivo Duncan McFree, sacando nuevamente sus armas de las cartucheras—, ¿dónde están esos malandrines, que no les he visto?

En realidad Duncan McFree no estaba acostumbrado a usar palabras del tipo de «malandrines», pero no se atrevía, delante de su amada Susan, a usar expresiones más soeces del tipo «esos hijos de puta», «esos bastardos» o, aún peor, «esos agresivos agentes de cambio y bolsa». De todos modos la risa de Tom Zachary, que se arriesgó a que le estallara la cara por el esfuerzo, le devolvió a la vida real.

—No, hombre, no. No me refería a que estuvieran aquí en estos momentos, sino a que los tenemos muy cerca y habrá que estar preparados porque seguramente querrán tomarse cumplida venganza.

—Ya, bueno, pues por eso no hay problema, estaremos preparados para recibirles —contestó, más tranquilo, Duncan McFree.

—Hablando de eso —decidió poner un contrapunto de sensatez Susan—, tú también estás en peligro, Tom. Vas a tener que quedarte aquí, entre nosotros, durante una larga temporada, así que me temo que el periódico tendrá que cerrar. Es una pena, porque no hay ninguno más en Laramie.

—De todos modos —respondió con un tono de tristeza Zachary—, quemaron la redacción y la imprenta, así que no tengo donde volver.

—¿Y si instalas el periódico aquí? Hay un viejo granero que no utilizamos en el que cabrían las prensas, unas prensas nuevas que podríamos adquirir y traer en el menor tiempo posible.

—Eso sería estupendo —los ojos del viejo periodista brillaron con el mismo fulgor de los ojos de los niños pequeños la noche de Navidad mientras esperan que Papá Noël por fin, este año, se haya acordado de traerles el ansiado tren eléctrico.

—¿A ti qué te parece? —le preguntó Susan a Duncan.

—La idea es buena, pero hay un problema. Por mucho que coloquemos aquí, en el rancho, la imprenta y redacción nuevas, las noticias están en la ciudad. Por lo que he podido ver hasta ahora, nuestro amigo Tom es un periodista de raza, de esos que no se inventan las noticias sino que van detrás de ellas, y no le veo aquí quieto, sin hacer nada, sino que tendría que acudir a la ciudad con lo que, seguramente, pondría

en riesgo su vida.

—Quizás eso no sea un problema muy grande —replicó, soñador y esperanzado, Tom Zachary—. Lo que dice Duncan es cierto, mis movimientos se verían limitados lógicamente por la amenaza que se cierne sobre mi persona, pero no solo soy periodista, sino editor y jefe de redacción del periódico. Sí —volvió a sonreír—, ya sé que lo soy porque no me queda más remedio, ya que el periódico no genera los beneficios suficientes para contratar personal, pero con eso quiero decir que además de la labor propia de periodista puedo realizar perfectamente la de editor y coordinador de las noticias que me llegan. No tendría que salir a por ellas en persona, como es lo habitual, sino que podría esperar a que me las proporcionaran otras personas y yo únicamente me limitaría a darles forma.

—La idea es buena, pero quizás muy poco práctica —contestó entristecida Susan, poniendo un contrapunto de sensatez a las ensoñaciones del periodista—. Tú mismo has reconocido que no tienes dinero para contratar a otros periodistas.

—A otros periodistas no, pero tengo a los «Irregulares del Sun de Laramie» —replicó en tono misterioso.

—¿Los «Irregulares del Sun de Laramie»? ¿Se puede saber qué es eso?

—Es un grupo de jóvenes, niños más bien, a los que de vez en cuando utilizo, a cambio de unas pequeñas monedas o chucherías, para que me informen de lo que se cuece en nuestra ciudad. Es posible que os extrañéis por lo que os voy a decir, pero son los mejores informadores. Nunca te traicionan si confían en ti y, como son tan pequeños, pueden meterse en cualquier sitio. Son prácticamente invisibles, aunque estén a vuestro lado no os fijáis en ellos o, mejor dicho, os fijáis, pero no les dais importancia. Lo que jamás diríais delante de un adulto no os importa decirlo delante de un niño. Total, si no se va a enterar de nada, ¿para qué tomar precauciones? Gracias a eso me he enterado de noticias muy jugosas en muchas ocasiones. Así que, si no os parece mal, podríamos intentarlo, solo necesitaría que alguien del rancho en quien se pudiera confiar se acercara de vez en cuando a la ciudad para que los «irregulares» le transmitan la información que han conseguido recabar.

Si Duncan y Susan hubieran conocido al doctor Watson, este habría podido explicarles los excelentes resultados que su buen amigo Sherlock Holmes, un oscuro detective que ejercía su profesión en el brumoso y lejano Londres, había conseguido gracias a su pequeño ejército denominado «Los Irregulares de Baker Street», pero como, desgraciadamente, ni siquiera sabían que más allá del océano, en la victoriana e imperial Inglaterra, existía un médico apellidado Watson, se limitaron a encogerse de hombros y, a pesar de que aún estaban llenos de escepticismo, decirle, con el único objetivo de no desilusionarle antes de tiempo, que por ellos no había problema, que si pensaba que merecía la pena intentarlo, adelante. A partir de ese momento la redacción del único periódico editado en Laramie se ubicaría en el viejo y polvoriento granero del «LaVerne Ranch» que se encontraba en desuso.

Convencer a la joven Escarlata fue muy fácil, prácticamente no había ningún mérito en ello, pensó Asier Uribe, como si en lugar de un profesor de Literatura metido a detective fuese un domador que consigue, con una mezcla de halagos y amenazas, que un grupo de perros que estarían mejor devorando un hueso jueguen al fútbol entre sí o cuenten hasta diez emitiendo sonoros ladridos. El problema, con el que no habían contado en un primer momento, fue que cuando acompañaron a la sobrina del charcutero-escritor a su domicilio para recoger las llaves de la casa de Emiliano Etxebarria, se encontraron con su padre, el único hermano del hombre asesinado. Y este sí que fue un hueso mucho más duro de roer, tal vez por su carácter desconfiado, o porque la vida le había ido enseñando, como a todos, a base de golpes, o quizás porque su actividad empresarial y su dedicación desde muy joven a los negocios le había proporcionado un instinto especial a la hora de negociar, sobre todo cuando vislumbraba la posibilidad de obtener algún beneficio económico, por pequeño que fuera. Da igual el motivo, el caso es que desde el primer momento, cuando su hija le presentó a sus nuevos amigos y le explicó lo que querían, no hizo más que poner pegas, una tras otra.

—Como ustedes comprenderán perfectamente —dijo muy serio, pero sin cerrar la puerta a un acuerdo—, yo no puedo poner el legado literario de mi hermano en manos de cualquier persona si no me ofrece unas garantías sólidas de que no va a ser utilizado para finalidades espurias ni extemporáneamente lucrativas.

Asier Uribe estuvo a punto de saltarle al cuello cuando escuchó la expresión «extemporáneamente lucrativas», pero afortunadamente para él su renacido instinto policial se impuso a la indignación sobrevenida al especialista en lingüística y muy pronto comprendió que la utilización del término «lucrativo» era un indicio claro de que lo que el padre de la joven Escarlata deseaba era obtener una ración importante de tarta, en el caso de que hubiese alguna tarta que repartir.

—Por eso no debe preocuparse, señor Etxebarria —aunque le costó consiguió utilizar un tono educado y conciliador—, soy profesor de Literatura, especializado en los denominados géneros populares, ya sabe, policiaco, ciencia ficción, aventuras, del Oeste, y mi interés es puramente académico. De hecho tengo publicada una tesis que versa sobre «Lo doblemente negro, étnico y literario, en la obra de Jon Arretxe», un reputado autor de novela negra.

—¿Jon Arretxe ha dicho? No me suena de nada, ¿quién es ese tío?

—Un escritor vasco de libros de viajes y de novela negra muy importante, que suele publicar tanto en euskera como en castellano.

—Pues no será tan importante cuando yo no le conozco —rebatió imperturbable, el hermano del escritor asesinado, las palabras de Asier Uribe—. Si en eso consiste su currículum como profesor y escritor, la verdad, no me parece gran cosa.

Asier Uribe tuvo que realizar nuevamente un hercúleo esfuerzo para no actuar

como en los buenos tiempos en los que interrogaba a los contras nicaragüenses y mantener el tono comedido con el que había iniciado la conversación.

—Bueno, los especialistas en Literatura no somos como los novelistas, algunos de los cuales publican un libro nuevo cada año, como si comerciasen con churros. Nuestro trabajo suele ser más pausado, por la dedicación que requiere, el trabajo de investigación que conlleva, cotejando fuentes y documentos e incluso traduciendo, en ocasiones, libros escritos originalmente en otras lenguas. En fin, que como usted seguramente puede comprender, nuestra producción no suele ser muy grande, pero no por eso deja de ser importante. Ahora mismo, por ejemplo, está en imprenta mi nuevo ensayo, «La diáspora literaria vasca en Centroamérica» —estrictamente no era del todo cierto, pero si las cosas salían como esperaba no tardaría en estarlo, así que Asier Uribe no consideró que estaba mintiendo al decirle eso al padre de Escarlata.

—¿La diáspora? ¿Qué significa eso de diáspora?

—Bueno, quiere decir algo así como exilio, emigración, los vascos que tuvieron que irse de Euskal Herria, ya fuera por motivos políticos o económicos, o por simples ganas de cambiar de ambiente y conocer otros países.

—Entonces, ¿por qué coño no dicen claramente «exilio» o «inmigración»? Mira que son ustedes liantes, los escritores. En fin, supongo que es verdad lo que me ha dicho, que es un experto en Literatura, pero hay algo más.

Sí, había algo más, pensó Asier, con fulanos como ese siempre había algo más y ese algo más podía reducirse a una simple pero excitante palabra: dinero.

—Se refiere a los derechos de autor —dijo suavemente, como si estuvieran hablando de un tema sin importancia, Asier Uribe.

—¿Qué derechos de autor de los cojones ni qué niño muerto? Hablo de pasta, de la pasta gansa. Las novelas de mi hermano se vendían muy bien. No sé si eran buenas o no, porque nunca he perdido el tiempo leyéndolas, bueno, ni las de mi hermano ni las del resto de esos vagos que se llaman escritores y dicen que eso es un trabajo, hay que joderse. Trabajo es levantarse a las cuatro de la mañana para ir al Mercabilbao a por género, pero en fin, el caso es que sorprendentemente algunos viven y muy bien de ello, y es que el mundo está muy mal hecho, se lo digo yo, que llevo toda mi puta vida currando, como hicieron mis padres, mis abuelos, mis bisabuelos, mis tatarabuelos y hasta ahí llego, que no tengo ni zorra idea de cómo hay que llamar a los padres de los tatarabuelos.

»El caso es que por sorprendente que sea, y me sorprende un huevo porque el bueno de Emiliano no sabía hacer la o con un canuto y jamás, que yo sepa, había leído un libro, salvo el de ingresos y gastos de su establecimiento, bueno, a lo que íbamos, el caso es que las novelas de mi hermano le han dado pasta, mucha pasta, y ahí es donde yo quería llegar. ¿Cómo puedo estar seguro de que no van a intentar sacar ustedes tajada?

Por fin había aparecido el intrínquilis de la cuestión, aunque Asier Uribe decidió no utilizar esa palabra, no fuese a ocurrir que el hermano del difunto Emiliano

Etxebarria le diera una hostia pensando que quería liarle utilizando palabras extrañas. Pero ahí estaba lo que de verdad movía el mundo, mucho más que el sexo, pese a la buena fama que este tenía: el dinero, el puto dinero, el ansiado y codiciado dinero.

Por unos instantes pensó en negar la mayor, e incluso mostrarse ofendido por sus insinuaciones, pero tuvo los reflejos suficientes para darse cuenta de que ese camino no le iba a llevar a ningún sitio. Don Rosendo Etxebarria, ese era el nombre del hermano del escritor que utilizaba el seudónimo de Colt Duncan, era el tipo de fulano que piensa que la humanidad se divide en dos grupos, por una parte quienes tienen dinero y desean conservarlo a toda costa, y por otra la de quienes no lo tienen y desean conseguirlo también a toda costa. Una división del mundo tal vez simplona y algo esquemática, pero muy cercana a la realidad. Por eso mismo Asier consideró que intentar disipar la desconfianza de don Rosendo alegando que estaba actuando de un modo totalmente desinteresado avivaría los recelos de su interlocutor con más fuerza que si hubiera sacado un trabuco y apuntándole con él le hubiese espetado la famosa frase: «la bolsa o la vida», por lo que decidió darle la razón, hasta cierto punto.

—Me alegra que me haga esa pregunta —contestó en tono resuelto, originando unos fuertes sofocos en Aintzane, a la que le costó bastante no reírse tras escuchar ese comentario—. Sí, me alegra mucho, porque eso significa que estamos hablando entre personas sensatas y podemos llegar a un acuerdo —añadió, mientras fulminaba con la mirada a su joven novia—. Tengo que admitírselo, señor Etxebarria, sí que aspiro a sacar tajada, sería necio ocultárselo, pero no es la tajada que usted piensa.

—¿Ah, no? A ver, explíquese entonces.

—Ya le he dicho anteriormente que soy profesor de Literatura y estoy especializado en géneros populares. Y tengo que reconocer que las novelas de Colt Duncan, las novelas de su hermano, han constituido el mayor éxito popular de la última década, habiendo llegado a convertirse en un auténtico fenómeno de masas —hizo una pausa por si don Rosendo le preguntaba qué quería decir con eso de «fenómeno de masas», pero al continuar callado su interlocutor prosiguió en el uso de la palabra—. Para mí, como especialista en ese tipo de literatura, descubrir una obra inédita de su hermano, la última novela que escribió antes de ser asesinado, sería un éxito profesional enorme, dando un gran impulso a mi carrera como investigador. Ya ve que soy sincero con usted.

—Sí, sí, eso está muy bien —dijo por fin Rosendo Etxebarria—, pero está la cuestión del dinero, supongo que usted querrá sacar algo, ¿no?

—Sí y no —dijo con cautela Asier, sabedor de que de la aceptación o no de su respuesta dependía que el padre de Escarlata consintiera en colaborar con él—. Ya le he dicho que mi primer objetivo es profesional, descubrir la obra perdida de su hermano constituiría un gran éxito para mí, que por supuesto me proporcionaría un notable prestigio en el mundillo literario y académico y, aunque no inmediatamente sí a más largo plazo, también me reportaría beneficios económicos. Ya sabe, lo habitual en estos casos, artículos en publicaciones especializadas, conferencias, comisariado

de exposiciones y organización de cursillos o, simplemente, más fondos para investigar, así que tiene usted razón. El descubrimiento de la última obra de su hermano también conllevaría para mí un beneficio económico a la larga, pero tiene usted que saber que ese beneficio económico que yo podría obtener no iría en detrimento del que a usted le correspondería.

—Eso me interesa, me interesa mucho. A ver, señor Uribe, explíquese cómo puede usted sacar tajada sin quedarse con lo que me correspondería como legítimo heredero —le pidió el hermano del difunto Emiliano Etxebarria, al que el cariz que estaba tomando la conversación había hecho que se olvidara de preguntarle qué coño significaban palabras tan raras como «inédito» y «detrimento».

—Bueno, hay varias posibilidades —empezó a hablar Asier Uribe, en tono pausado y didáctico. La pelea diaria con un montón de cafres adolescentes imposibles de desasnar le había proporcionado una considerable práctica a la que por fin le estaba sacando alguna utilidad—, que dependen del tipo de contrato que en su momento firmara su hermano con la editorial, y algunas de ellas pueden ser más ventajosas que otras, eso se lo concedo desde este mismo momento, pero en todo caso usted, si no me equivoco, es el único heredero, ¿no?

—Así es, soy su único hermano y, por tanto, su heredero universal.

—Eso significa, señor Etxebarria, como usted seguramente sabe, que todos los beneficios que en el futuro produzcan las anteriores novelas escritas por su hermano, así como la que podría estar ya terminada y no entregada, son para usted, en las mismas condiciones que regían para su hermano. Tenga en cuenta que hay, tiene que haber, un contrato firmado, y eso no se puede cambiar. Créame, aunque yo quisiera estafarle, lo que no es el caso, o aprovecharme económicamente de esa hipotética novela, no podría hacerlo, todos los beneficios generados por esa novela serían para usted.

En realidad Asier no estaba seguro de la veracidad de lo que acababa de decir, podría haber posibilidades diversas, como que la editorial ya hubiera pagado a Emiliano Etxebarria por esa hipotética y desconocida novela, pero eso ya no era problema suyo. Y por otra parte, si no recordaba mal, los derechos sobre el personaje los tenía el propio Mariano Luzarraga, aunque eso podría constituir un problema para don Rosendo en el futuro, cuando se escribieran nuevas novelas, y para entonces él ya habría salido de escena. Exceptuando ese detalle, que tampoco constituía una mentira sino, en todo caso, una omisión de datos, si lo pensaba fríamente no le había engañado. Todos los beneficios que produjera desde ese momento en adelante la hipotética novela desaparecida irían a parar a manos del hermano del charcutero. Si producía beneficios, claro. Si no los generaba, era una cuestión diferente, pero que él no podía arreglar y sobre la que tampoco le parecía prudente comentar nada.

Afortunadamente ni don Rosendo Etxebarria ni su hija Escarlata cayeron en la cuenta de que quizás no habría beneficios, por lo que, tras fingir cómicamente que estaban pensándose, el padre estrechó la mano de Asier Uribe mientras le decía que

adelante, que estaba a su entera disposición.

Tal vez porque aún no se fiaba del todo de Asier y Aintzane o quizás, paradójicamente, por todo lo contrario, porque desvanecida la desconfianza inicial se encontraba bien dispuesto y expansivo, el propio Rosendo Etxebarria les llevó en su vehículo, un todoterreno que había vivido mejores tiempos y que necesitaba una buena limpieza, hasta el domicilio de su difunto hermano. Parecía que la segunda de las opciones era la más acertada, ya que su nuevo aliado no dejó de hablar durante todo el rato que duró el trayecto desde el garaje donde guardaba su, en otro tiempo, espléndido vehículo, hasta el domicilio de su hermano. Así pudieron constatar, nuevamente, la extrañeza de sus parientes por las aptitudes literarias de Emiliano Etxebarria, que jamás en su vida había leído un libro.

—Supongo que tenía algún tipo de talento innato —comentó con orgullo su hermano—, porque tiene un mérito de la hostia haber escrito un puñado de libros de éxito cuando jamás en su vida escribió ni una simple postal de felicitación navideña. Aunque de vez en cuando suceden cosas así, como cuando a un mono le dan un lienzo y pinta un cuadro idéntico a los de Picasso —se rio jocosamente de su comparación, antes de proseguir con sus verborreicas explicaciones sobre la vida del difunto Emiliano, que al parecer había hecho de todo a lo largo de su existencia excepto, curiosamente, leer y escribir.

No tardaron ni veinte minutos en llegar al domicilio del escritor asesinado, situado en pleno ensanche de Bilbao, junto a los Jardines de Albia. Se trataba, como les explicó Rosendo, de un piso de renta antigua, de esos por los que se pagaban cantidades ridículas antes de que se reformara la Ley de Arrendamientos Urbanos.

—La verdad es que el bueno de Emiliano era un lince para ese tipo de cosas, así que por muy poco dinero acabó comprándose un piso que valía la hostia, pero era eso o que los propietarios no sacaran ni para pipas. Les jodió un huevo —se rio—, pero tuvieron que pasar por el aro y mi hermano se quedó con un piso de puta madre por muy poco dinero.

Al parecer, pensó Asier, la codicia debía estar impresa en los genes de la familia Etxebarria, pero en lugar de decir eso se limitó a sonreír y expresar su admiración por la habilidad financiera del bueno de Emiliano. No era el primer escritor que conocía, aunque a Colt Duncan no podía decir estrictamente que le había conocido, que fuera un miserable y un avaro, pero aún así no le dejaba de sorprender ese tipo de actitudes en profesionales a los que el común de la gente considera que son poseedores de una sensibilidad especial. Recordó las sabias palabras de Raymond Chandler, «es horrible admirar el libro de un hombre y después conocerlo, y destruir todo el placer que causó su obra con unas pocas posturas egocéntricas, de modo que no solo a uno le disgusta su personalidad, sino que nunca puede volver a leer nada de él con una mente abierta. Su pequeño ego malo siempre está espiándolo a uno detrás de las palabras». De todos modos optó por no pronunciar esa frase en voz alta, seguramente Rosendo no sabría quién era Chandler y pensaría que era un piloto de Fórmula 1 o un

actor de películas de acción o, en el peor de los casos, quizás tuviera un rapto de lucidez y, dándose cuenta del significado de la frase, se ofendiera y decidiera romper en ese mismo momento su reciente sociedad.

Les costó casi tanto aparcar como llegar hasta el domicilio de Emiliano Etxebarria. De hecho no aparcaron en la calle, sino en el cercano *parking* de «El Corte Inglés», tras comprometerse Asier Uribe a pagarlo, y en otros diez minutos llegaron a la casa del autor de la serie de novelas más populares de los últimos tiempos. Era una casa anodina, típica de un hombre que vivía solo, con cierto desorden aunque no tanto como para diagnosticar un síndrome de Diógenes, y muebles similares a los de Ikea, pero de la época en la que la multinacional sueca aún no se había instalado en Barakaldo. No había fotografías ni de Emiliano ni de sus familiares y los únicos cuadros que rompían la monotonía de unas paredes pintadas de un blanco que con el tiempo se había vuelto grisáceo parecían haber sido rescatados de un contenedor antes de que el camión de la basura las arrojara al vertedero. Desde luego, pensó Asier, no parecía el domicilio de un escritor, aunque por otra parte los domicilios de los escritores no tienen nada de particular, constan, como todos, de uno o más dormitorios, uno o dos baños, cocina, salón y, según las posibilidades económicas, varias estancias más de diversos usos, pero aún así le sorprendió lo aséptico e impersonal de la vivienda.

El portátil de Emiliano, que se encontraba instalado en la propia cocina, junto al microondas, fue fácil de encender. Desde luego, el buen hombre no se había complicado la vida, o quizás no confiaba en su memoria, y como contraseña había puesto la palabra «emiliano». ¿Narcisismo o simplicidad? Daba igual, el interesado ya no estaba para contestar a la pregunta. Bajo la constante vigilancia de don Rosendo, Asier y Aintzane inspeccionaron el contenido del ordenador, incluida la papelera de reciclaje, pero no encontraron el documento que buscaban. Si Colt Duncan estaba escribiendo, o había terminado ya una nueva novela antes de ser asesinado, no se encontraba en ese portátil que, por otra parte, era el único aparato de ese tipo que encontraron en la casa. En su interior tan solo hallaron documentos relativos a la charcutería: proveedores, clientes, facturas, libros de pérdidas y ganancias, etc. Nada personal, no ya de su actividad como escritor, sino de otro tipo de aficiones, como podrían ser fotografías o películas.

Un repaso al historial del «Internet Explorer» les reveló que Emiliano Etxebarria consolaba sus horas de soledad excitándose con páginas pornográficas de lo más variado, con especial dedicación a las de travestís y transexuales retozando entre ellos o con hombres y mujeres de buen ver y mejor hacer, que para eso tienen diferentes posibilidades, lo que produjo la indignación de don Rosendo, «que nunca hubiese esperado eso de mi hermano», mientras mentalmente tomaba nota de las direcciones de las páginas webs, y las risas de Escarlata, que en el fondo se alegraba de que su pobre tío disfrutara del sexo, aunque solo fuese virtualmente.

Se preguntaron si escribiría a mano sus novelas y luego las haría pasar a máquina

u ordenador por alguna otra persona, pero pese a que revisaron todos los recovecos de la casa con más insistencia que si fueran unos agentes del FBI buscando a un psicópata, no localizaron nada, ni cuadernos de espiral, ni agendas, ni papeles sueltos, ni folios encuadernados, ni nada de nada.

—¿Saben si aparte de este domicilio su pariente tenía alguna otra casa, para pasar el verano, por ejemplo, o algún despacho?

—No —respondió con total seguridad el hermano del muerto—, este es su único domicilio conocido. Apenas salía de vacaciones, pero cuando lo hacía alquilaba un apartamento o se iba a un hotel, lo que le saliera más barato.

—¿Y en la tienda? —preguntó Aintzane—. ¿Podría haber algo en la tienda? En principio yo no he visto más que una caja registradora, pero quizás en la trastienda guarde otro ordenador o algunas carpetas con documentos.

—Me temo que no, señorita —contestó, con sincera tristeza, don Rosendo—. Poco después de ser asesinado mi hermano hicimos inventario y puedo asegurarles que no encontramos ningún ordenador ni otro tipo de documento que no tuviese relación con la propia tienda. Ya lo siento, pero por ahí no tenemos nada que rascar.

Viendo que del domicilio del difunto Etxebarria no se podía sacar nada en limpio, Asier Uribe decidió cambiar de registro y, venciendo su aversión natural por el excelso poeta y asesor literario de Ediciones Luzarraga, llamó a Xabier Valdeolivos.

—Señor Valdeolivos —le dijo cuando consiguió que, tras pasar por varias secretarías, se pusiera al teléfono—, soy Asier Uribe, supongo que me recuerda. Sí, el mismo —los presentes en la estancia no habían escuchado lo que le acababa de decir Valdeolivos, pero por el gesto de desagrado de Asier se imaginaron que no eran halagos precisamente—, quería hacerle una pregunta. ¿Tenía don Emiliano Etxebarria algún despacho en el interior de la editorial o disponía allí de algún ordenador o de alguna secretaria que le transcribiera sus relatos?

—Señor Uribe —contestó Xabier Valdeolivos en un tono tras el que se adivinaba que el muy hijo de puta estaba disfrutando del momento—, pensaba que seguramente sería mejor detective que escritor y profesor, pero observo, con tristeza, que me he equivocado. ¿Para qué coño cree que le iba a contratar el señor Luzarraga si tuviésemos en nuestro poder el ordenador en el que Emiliano Etxebarria estaba escribiendo su nueva obra?

Lívido de furia, aunque en el fondo sabía que Valdeolivos tenía razón, cortó la comunicación sin despedirse, limitándose a comentarles a don Rosendo y las dos jóvenes que les acompañaban que por ahí tampoco se podía sacar nada en claro.

Cabizbajos y frustrados volvieron hasta el *parking* donde, tras abonar Asier Uribe las dos horas que el coche había estado estacionado, se despidieron de Rosendo Etxebarria, que ni siquiera se dignó preguntarles si deseaban que les acercara a algún sitio, y de su hija Escarlata. Afortunadamente una de las bocas de la estación del metro de Abando estaba muy cerca y lo cogieron para regresar, derrotados y alicaídos, al apartamento del profesor.

—Hay una cosa que me ha extrañado mucho —le dijo Aintzane a Asier mientras esperaban en el andén—, no sé si te habrás fijado.

—¿A qué te refieres?

—A que en casa de Emiliano Etxebarria no había ningún libro. Ni siquiera de cocina.

—Sí, me he dado cuenta, y es una omisión que no deja de ser extraña en el domicilio de un escritor. Ya sabes, hay que leer a los demás aunque solo sea para poder destrozarlos, pero teniendo en cuenta la leyenda que le rodea, quizás la cosa no sea tan extraña. Ya sabes, se trata del típico autodidacta con suerte, que jamás ha leído un libro, pero sabe contar historias.

—Podría ser —admitió, aunque en tono poco convencido, Aintzane—, pero hay algo aún más raro. No es que no hubiese libros en su casa, es que tampoco había ningún libro suyo, ninguna de las novelas firmadas por Colt Duncan. Y eso sí que es extraño, sobre todo teniendo en cuenta el ego superlativo que aqueja a los escritores. Ya sabes lo que se dice de vosotros, así como a los soldados se les supone el valor, a los escritores se os supone la vanidad.

—Creo que tienes razón —contestó, pensativo, Asier Uribe—, no deja de ser extraño, muy extraño, pero no sé a dónde quieres llegar.

—¿No lo entiendes, Asier? Pues para mí está muy claro. Creo que Emiliano Etxebarria no era el auténtico Colt Duncan, sino en todo caso un hombre de paja del auténtico autor. Emiliano Etxebarria no era un escritor, sino un impostor, seguramente consentido, pero un impostor.

Como era habitual, la comida en la espaciosa casa que los padres de Natalia tenían en la Gran Vía, junto a una de las entradas al parque de doña Casilda Iturrizar, el parque de los patos, como se le conoce popularmente, se le estaba haciendo especialmente tediosa a Estepan Azkarate. El joven juez, como todos los domingos desde hacía ya varios meses, había acudido puntualmente a la cita que le hacían sus suegros, por mediación de su novia, y empezaba a arrepentirse de ser tan condescendiente o quizás, para ser más sincero, débil de carácter. En esas comidas don Justino, que así se llamaba su futuro suegro, no hablaba más que de él mismo, de su carrera profesional, de sus múltiples negocios, la mayoría de ellos efectuados gracias a sus contactos e influencias en las distintas administraciones, aunque sobre este tema jamás se explayaba, de sus amigos importantes y, en ocasiones, de los coches que poseía e iba a comprar o, en su defecto, de cómo habían salido el fin de semana pasado a navegar en el barco de su propiedad o del viaje a Nueva York que estaba preparando, donde seguramente se encontraría con algún conocido bien situado en Wall Street, todo ello bajo la silenciosa y arrobada aquiescencia de doña Martina, su futura suegra, y adobado con algún comentario admirativo y elogioso de la propia Natalia.

Sí, pensó Estepan, las comidas en casa de los padres de su novia eran un auténtico coñazo, pero hasta cierto punto soportables. Él lo único que tenía que hacer era limitarse a apostillar el discurso de su futuro suegro con frases como «tienes más razón que un santo, Justino», «mejor iría el país si todos pensaran así», «parece mentira cómo puede ser la gente» o «increíble, eres un auténtico fenómeno, a mí jamás en la vida se me hubiera ocurrido eso». Tras unos cuantos meses de veladas soporíferas había adquirido ya cierta práctica y su papel en las conversaciones familiares le salía de un modo natural, lo único que tenía que hacer era esperar a que el insoportable padre de su novia decidiera que había llegado la hora de su siesta y despedirse de él y de su mujer mientras salía a la calle con Natalia, los dos agarrados púdicamente de la mano, para ir al cine o a alguna pastelería en la que pasarían un par de horas tomando un café y un pastel o un bollo de mantequilla, mientras se miraban mutuamente a los ojos con aspecto arrobado. Era sencillo y cómodo, mientras todo se limitara a eso.

Los problemas surgían cuando don Justino, además de explicarle las excelencias de su propia vida, quería enmendarle la suya. Como en el momento actual, en el que tras narrarle con pelos y señales cómo había sido su última y exitosa operación en bolsa, sonrió abiertamente y con un gesto que simulaba un abrazo, como si de un emoticono corporal se tratase, le dijo que tenía que hablar seriamente con él.

—Pero no te asustes —esa simple indicación fue suficiente para que Estepan Azkarate, efectivamente, se asustara—, ya sabes el cariño que te tengo, que os tengo —miró tiernamente a su hija mientras decía eso— y que solo me mueve vuestro

bienestar y felicidad, por eso quería comentarte algunas cosas de las que me ha hablado mi buen amigo Jaime.

—¿Jaime? ¿De qué Jaime hablas, papá? —preguntó Natalia en lo que a Estepan le pareció una pregunta pactada de antemano entre padre e hija.

—Ah, sí, claro, cariño, tienes razón, a veces no me doy cuenta de que cuando hablo de mis amistades no tenéis por qué conocerlas a todas. Aunque a este Jaime en concreto sí que le conocéis, al menos tú, Estepan, porque se trata de Jaime Urizar, el presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco.

—Bueno, sí —titubeó un poco Estepan Azkarate—, le conozco, efectivamente, pero sobre todo de nombre, por su cargo. La verdad es que no he tratado mucho con él, ya sabes, en el Palacio de Justicia trabajamos un montón de gente, jueces, fiscales, oficiales, secretarios, y muchos más funcionarios, y él está en la cúspide de la escala jerárquica, así que no es fácil coincidir y menos llegar a un trato personal.

—Sí, lo entiendo, pero eso podría cambiar —volvió a hablar el padre de Natalia—, porque Jaime se ha fijado en ti y me ha confesado que cree que tienes mucho futuro en la carrera judicial. Y sabes —le guiñó un ojo—, que ese solo sería un primer paso en tu vida profesional. Sí, ya sé —con un gesto de su mano impidió que Estepan hablara— que para ti lo de ser juez es más una vocación que una profesión, pero la vida es muy larga y no se puede ni se debe descartar nada, sobre todo si al ascenso profesional le acompañan también sus correspondientes ascensos social y económico.

»El caso es que, como te he dicho —prosiguió, imparable, su discurso—, Jaime se ha fijado en ti e incluso me ha dado la enhorabuena por tener un yerno tan brillante, pero también me ha dicho que eres un poco indisciplinado. Y aunque en ocasiones es necesario, para demostrar la propia valía, ir por libre, hay que saber cuándo conviene actuar según nuestros propios criterios y cuándo no. Por ejemplo, me dijo que hace poco estuvo hablando contigo sobre un asunto que llevas en tu juzgado, el del asesinato de ese infeliz comerciante que, al parecer, escribía noveluchas del Oeste, no recuerdo su nombre.

—Emiliano Etxebarria, papá. Y su seudónimo era el de Colt Duncan —intervino Natalia, ajustándose a lo que estaba claro que era un guión previamente escrito.

—Eso, Emiliano Etxebarria, gracias, hija. Pues bien, Estepan, Jaime me dijo que se trata de un asunto que, lógicamente, es muy atractivo para un juez que empieza su carrera debido a todo lo que contiene: el asesinato de un escritor popular, la muerte del asesino a manos de la policía y también, hay que admitirlo, por el circo mediático que se ha tejido en su torno, pero que le estás dando muchas vueltas. Según piensa Jaime, y por lo que me explicó, también la Fiscalía, se trata de un caso prácticamente cerrado, en el que todas las piezas encajan y el único posible procesado, el asesino, está ya muerto, por lo que deberías proceder a archivar sin más las diligencias. A mí me parece normal que desees esperar, antes de cerrarlo, a tenerlo todo controlado, y así se lo dije al bueno de Jaime, no creas, y la verdad es que él entendió mi postura,

que es la tuya, pero también me dijo que, de todos modos, era absurdo que te empeñaras en mantener el caso abierto. Hasta cierto punto admira y comparte tu rebeldía, te cito palabras textuales tuyas, pero hay que saber hasta dónde te puede conducir esa rebeldía. Tu actitud, por lo que me dijo, podría llegar a ser no solo contraproducente sino directamente contraria a tus intereses, porque en el Palacio de Justicia se rumorea que lo que buscas es protagonismo, convertirte en un juez estrella, y eso te puede pasar factura en el futuro.

»Tanto Jaime como yo sabemos que eso no es así, que tan solo lo haces porque eres un profesional concienzudo y deseas hacer las cosas del modo más correcto posible, pero quizás, si las cosas están tan claras como parecen y, como mucho, quedan flecos muy nimios y banales, deberías hacer caso a tu superior y archivar definitivamente las diligencias, ¿no? A mí me parece un buen consejo y, como ya te he dicho, dado desinteresadamente y de buen corazón, ya te he comentado que Jaime está muy interesado en ti porque cree que puedes ser un gran juez y, por lo tanto, está dispuesto a impulsar tu carrera.

Estepan, o mejor dicho, el juez Azkarate, empezaba a estar molesto, muy molesto. Si ya habitualmente las comidas dominicales con los padres de Natalia eran tediosas y aburridas, esa en concreto era una auténtica encerrona. No entendía el interés que tenía su superior jerárquico, el Excelentísimo Señor Presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco don Jaime Urizar, porque cerrara cuanto antes el caso, pero todo eso empezaba a ser sospechoso, francamente sospechoso. Y estaba claro que había decidido utilizar toda la artillería pesada de la que disponía para conseguirlo, incluso con veladas amenazas, o quizás no tan veladas, de truncar su carrera si no accedía a sus deseos.

Lo que no acababa de ver tan claro era el papel que desempeñaba Justino, el padre de Natalia, en la obra. ¿Hablaba así porque de verdad estaba interesado en el futuro profesional de quien muy pronto iba a ser su yerno o estaba compinchado con Urizar en sus intentos de hacerle desistir? No le conocía lo suficiente, la verdad es que nunca había mostrado deseos de conocerle a fondo, pero era el padre de su prometida, ¿de su prometida?, pensó nuevamente con desánimo, y al menos se merecía que le concediera el beneficio de la duda. Por otra parte no era ningún iluso, él también quería prosperar profesionalmente, y no se le escapaba que la enemistad de Jaime Urizar podría llegar a ser un obstáculo insalvable, pero aún así no quería cerrar oficialmente el caso hasta no estar seguro de que no había ningún recoveco sin explorar y analizar. Confiaba hacerlo antes de agotar del todo la paciencia de su superior, de hecho aún se encontraba dentro del plazo que este le había concedido, así que optó por contestar diplomáticamente.

—La verdad, Justino, es que espero dar carpetazo al asunto dentro de muy poco tiempo, en unos días, así que confío en que por ese lado no haya problemas. Además, el propio Urizar sabe que si un juez mete la pata por cerrar apresuradamente un caso puede verse sumergido en un buen lío que influiría negativamente en su carrera, por

eso, por simple prudencia, me estoy demorando tanto en archivarlo, pero supongo que no tardaré mucho en hacerlo, para satisfacción de todo el mundo.

—Excelente, Estepan, excelente, se lo comentaré a Jaime cuando le vea. Seguro que se alegra, ya te he dicho que sigue con interés tu labor y la tiene en gran estima. Y ahora, hay otro tema que me gustaría discutir contigo. Llevaba tiempo queriéndotelo decir, pero creo que ya ha llegado el momento.

—Pues tú me dirás —contestó Estepan—, la verdad es que me has dejado muy intrigado.

—No es para tanto —se sonrió don Justino—, es algo muy sencillo. Se trata de tu nombre.

—¿Mi nombre? ¿Qué ocurre con mi nombre? —La extrañeza era visible en el rostro de Estepan.

—No, nada en especial, pero eso de llamarte Estepan, pues no sé cómo decírtelo, no me parece serio. Mira, comprendo esta moda que se ha implantado desde hace años de poner a los hijos nombres en vascuence, y no digo que algunos no tengan un pase. Iker, por ejemplo, gracias a Casillas, es un nombre popular, y que se usa en toda España, o Jon, que suena como en inglés, aunque sin la hache, pero muchos de ellos chirrían, tienes que admitirlo. Y en tu caso, Estepan, incluso suena más a nombre checo o polaco que a vasco, ¿no estás de acuerdo?

El aludido no estaba en absoluto de acuerdo, pero se había quedado tan alucinado por lo que estaba oyendo que fue incapaz de pronunciar palabra, ni para asentir ni, como era su propósito inicial, para rebatirlo.

—Ojo, no me malinterpretes. Para nosotros siempre serás Estepan, nuestro Estepan, pero ¿alguien puede imaginarse a un magistrado del Tribunal Supremo que se llame Estepan Azkarate? Es algo impensable, ya lo siento pero es así. En Madrid no les gusta nada, y yo lo entiendo perfectamente, cualquier cosa que pueda sonar, ni de lejos, a separatismo. En cambio, un magistrado llamado Esteban Azcárate, con ce y tilde en la segunda a, que de eso también tendremos que hablar, suena como algo muy respetable.

—¡No!

Fue un simple monosílabo, pero por el modo de decirlo y, sobre todo, por la expresión de la cara de Estepan al pronunciarlo, sonó como una bomba.

—No —repitió en un tono más sosegado—, no estoy dispuesto a pasar por eso. Me llamo Estepan y así me seguiré llamando. No es mi nombre favorito, y jamás se lo pondría a un hijo, seguramente, pero es el que me pusieron mis padres y cambiarlo sería no solo una traición a su memoria sino a mí mismo.

—No te pongas melodramático, cari —terció en la discusión Natalia—, lo que dice papá es muy razonable, tienes que entenderlo. Y como él mismo ha dicho, para mí seguirás siendo «mi Estepan». Además, tu propio padre se llamaba Esteban, lo he visto en algún papel de la herencia que me enseñaste.

—Sí, se llamaba oficialmente Esteban porque cuando nació el Registro Civil no

permitía poner a los niños nombres eusquéricos, pero todo el mundo, al menos los más cercanos a él, le llamaron siempre Estepan.

»Y en cuanto a lo de que soy “tu Estepan” —dijo tras respirar ostensiblemente, como si quisiera tomar aire—, vete ya olvidándote de eso y de tus planes de boda, con misa en la basílica de Begoña y ágape en el Marítimo. O en todo caso búscate a otro idiota para hacerlo, porque conmigo más vale que no cuentes. Ya va siendo hora de que lo sepas, me estoy acostando con otra chica. No, acostándome no, estoy follando con otra chica, que no es tan estrecha como tú y tu familia, y por primera vez en la vida estoy siendo plenamente feliz, así que ya lo sabes, me gustaría decir que fue bonito mientras duró, pero ni siquiera puedo decir eso, fue una mierda, una puta mierda.

Ese fue el momento elegido por doña Martina, que hasta entonces no había abierto la boca, para desmayarse, por lo que siguió sin pronunciar palabra, mientras Natalia se echaba a llorar desconsoladamente y don Justino, con las venas hinchadas y la cara más roja que el capote de un torero, le decía que era un desgraciado y un hijo de puta y que no tardaría en arrepentirse de lo que acababa de hacer, a la vez que con un dedo tembloroso le señalaba la puerta.

Parecía una buena idea, pese a estar envuelta con la forma de una orden dada de muy mala hostia, así que Estepan Azkarate, tras saludar con una leve inclinación de cabeza y desear «buenas tardes» a todos, salió de la casa. Cuando llegó al descansillo empezó a temblar. No se arrepentía de lo que acababa de hacer, de ningún modo, pero aún así era consciente de que había actuado de un modo extremadamente inusual en él. Además no había acudido a la casa de Natalia con esa intención, y él mismo era el primer sorprendido por lo ocurrido, pero ya no había vuelta atrás. Una vez en la calle entró en el primer bar que encontró abierto y volvió a hacer algo muy poco normal en él, pedirse un *whisky*, da igual la marca, respondió cuando le preguntaron qué *whisky* quería, y bebérselo de un trago.

De repente le llegó el bajón. Se supone que uno toma alcohol para animarse, pensó tristemente Estepan, pero en su caso la tradicional receta no estaba funcionando. Seguía sin arrepentirse de lo que había hecho, todo lo contrario, se sentía feliz y liberado, sobre todo liberado, pero en cierto modo su relación con Natalia constituía una rutina protectora. En todo momento sabía lo que tenía que hacer y dónde debía estar, entre semana en el juzgado y, al salir del despacho, un par de horas con ella, mientras tomaban sendos cafés y se contaban mutuamente sus vicisitudes laborales. Y los fines de semana, largos paseos interrumpidos tan solo para asistir a alguna sesión de cine o a algún centro comercial en el que destrozar los pies mientras su novia se probaba ropa en prácticamente todos los comercios sin decidirse a comprar en ninguno. Aparte, por supuesto, de las esporádicas escapadas a Plentzia, donde la familia de Natalia era propietaria de una casa que utilizaban para pasar los veranos, o al pueblo burgalés del que era originaria su abuela materna, de la que había heredado una vieja casona que se estaba cayendo a trozos. Y sin olvidarse,

evidentemente, de las comidas de los domingos en la casa de la Gran Vía, comidas anodinas, tediosas, monótonas y aburridas, pero con las que de algún modo iba pasando la tarde. Ya no volvería a comer nunca más los domingos con don Justino, doña Martina y Natalia, se sonrió al pensar que quizás algún día en el futuro también su exnovia acabaría siendo doña Natalia. No es que le pesara, pero sabía que había perdido ese refugio y que a partir de ese mismo momento tendría que empezar a recomponer su vida, no su vida considerada de un modo grandilocuente, como cuando se habla del sentido de la existencia, que aún nadie ha sabido dilucidar cuáles es, sino en el más pequeño y rutinario, el de dónde iba a ir a partir de ahora cuando saliera del trabajo, qué iba a hacer hasta la hora de acostarse o cómo iba a pasar las tardes de los domingos.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo y abrió la pantalla de sus contactos. La mayor parte de ellos eran jueces, funcionarios judiciales, abogados, procuradores, notarios, incluso algún que otro auditor de cuentas. Tenía también un pequeño grupo de amigos, no era un hombre tan solitario como podía parecerle a cualquiera que le viera a las cinco de la tarde de un domingo solo, en un bar, bebiéndose un *whisky*, pero no le apetecía llamarlos, cada uno de ellos tenía ya hecha su vida y aunque con el tiempo esperaba recuperarlos, sobre todo a los que se habían alejado de él cuando empezó a salir con Natalia, no era el momento apropiado para llamarles y contarles sus penas.

Donde escaseaban los números era en el apartado «mujeres». Si exceptuaba a aquellas que tenían relación con él por asuntos profesionales o por ser familiares directas, en realidad tan solo tenía dos, el de Natalia, a la que casi con toda seguridad no volvería a llamar en la vida, y el de María, la joven policía municipal que le estaba ayudando en la investigación del caso Etxebarria y con la que, una espontánea sonrisa afloró a su rostro al recordarlo, había conocido de verdad lo que era la pasión amorosa o, llamando a las cosas por su nombre, lo que era el placer sexual.

¿Y si la llamo? Molestar no creo que le moleste y, en el peor de los casos, ¿qué puede ocurrir? ¿Quedarme como estoy? ¿Qué me mande a la mierda? Vamos, Estepan, si hace un momento te has sacudido tu cobardía tradicional y has mandado a tomar por culo a Natalia y a toda su parentela, ¿por qué no puedes sacudírtela también ahora y llamar a María? ¿Que porque no es lo mismo? ¡Claro que no es lo mismo, gilipollas! Es mucho mejor. Vamos, llama de una puta vez, o nunca sabrás qué te habría contestado y te arrepentirás durante toda tu arrastrada vida.

Tuvo que abrir y cerrar otras tres veces la pantalla de contactos antes de buscar a María y darle a la tecla verde de llamada.

—Hombre, mi juez favorito —oyó casi inmediatamente su voz. Al parecer ella también le había agregado a su lista de contactos—. ¿Llamas por trabajo o porque de repente te has acordado de mí y querías darme las buenas tardes?

Un hombre más seguro de sí mismo, reconoció con tristeza Estepan, le habría dicho que lo segundo, solo que no deseaba darle las buenas tardes sino pasar con ella una buena tarde, pero eso hubiese significado un tercer acto de valentía, y para ese

domingo con los dos primeros había tenido ya más que suficiente. No sabía de dónde había sacado las agallas necesarias para romper con su novia y llamar a María, pero de momento había acabado con las existencias.

—Acabo de romper con Natalia, mi novia. Bueno, exnovia —se oyó decir. No sabía exactamente si hablar así era un nuevo acto de valentía o, más posiblemente, un reconocimiento expreso de su cobardía y pusilanimidad, pero de algún modo, al decirlo, volvió a sentirse liberado y dueño de sí mismo.

—Estoy viendo el partido del Athletic en el bar en el que quedamos el otro día. ¿Te apetece venir?

—La verdad es que no me gusta mucho el fútbol —nada más pronunciar esas palabras se dio cuenta de que estaba actuando como un auténtico imbécil.

—¿Un bilbaíno que no es hincha del Athletic? —la voz de María sonaba entre risueña y escandalizada—. Eso sí que no me lo puedo creer.

—Bueno, no es eso, soy del Athletic, claro —intentó defenderse Estepan, con la sensación de que lo estaba estropeando aún más—, lo que ocurre es que no soy muy futbolero.

—Pues lo vas a tener muy crudo, porque en el bar no creo que estén dispuestos a cambiar de canal, pero la oferta sigue en pie. Están casi todos los que conociste el otro día, ya viste que son buena gente y no se comen a nadie, y si gana el Athletic te invito a una copa o a lo que haga falta.

Si se trata de tomar una copa contigo, por mí como si pierde, pensó Estepan, pero no expresó sus pensamientos en voz alta, no fuera a cagarla nuevamente, y se limitó a decirle que sí, que ahora mismo iba a Deusto, que le esperara en el bar.

—Por eso no te preocupes —le contestó risueña—, llevamos solo diez minutos de partido, así que contando lo que queda del primer tiempo, el descanso y el segundo tiempo completo, tienes un margen de hora y media para venir, más o menos.

No necesitó hora y media, pero cuando llegó ya debía haber acabado la primera parte, porque en la televisión estaban emitiendo anuncios. Como le había dicho María, en el bar se había reunido la variopinta peña que pocos días antes le había presentado. Alguna de las asistentes debía estar al corriente de lo que sucedió entre ellos cuando salieron del bar, porque le miraba con ojos picarones y esa expresión de «sé lo que hicisteis el último verano». Mientras tomaba su segundo *whisky* del día asistió, más bien de un modo pasivo, a la conversación que los parroquianos tenían acerca del devenir del partido. Todos coincidían en que el resultado, favorable para el equipo de sus amores, era justo, aunque todavía había muchas cosas que mejorar en lo relativo al juego, así como que el árbitro era un impresentable, como la inmensa mayoría de los árbitros, y que desde la propia federación se conspiraba contra el equipo para asignarle siempre trencillas —supuso que esa palabra era un sinónimo de «árbitro» pero no se atrevió a preguntarlo para no parecer un marciano. Más tarde, cuando al mirar en el diccionario leyó que la palabra trencilla significaba «galón trenzado de seda, algodón o lana, que sirve para adornos de pasamanería, bordados y

otras muchas cosas» siguió sin entender nada aunque pensó que era admirable la capacidad de la gente para darle la vuelta a las palabras— de lo peorcito que se había visto nunca en la liga española y en el resto de la galaxia futbolística. Estepan, que intuía que la labor de los árbitros en el mundo del fútbol tenía similitudes con la de los jueces en el de los conflictos jurídicos no pudo evitar sentir una corriente de simpatía por ese gremio tan maltratado y denostado por el pueblo soberano, pero se abstuvo prudentemente de comentarlo. En algunas ocasiones quizás convenga hablar, pero en otras es más conveniente quedarse callado, reflexionó filosóficamente.

El partido, pese a que se pitó un penalti en contra, un penalti totalmente injusto según el clamor unánime de los espectadores, finalizó con la victoria de los rojiblancos por tres goles a favor y uno (el del penalti injusto) en contra, lo que motivó la algarabía de los clientes del bar y que, de repente, Estepan se encontrara con un tercer *whisky* en la mano. En esta ocasión optó por dar tan solo un par de sorbos y dejar el vaso arrinconado, lejos tanto de su mano como del resto de la clientela, no fueran a pensar que el nuevo amigo de María era un flojo.

—¿Te vienes a casa?

Aunque estaba deseando que se lo dijera, la proposición de la joven agente municipal le dejó un poco descolocado, pero reaccionó a tiempo y dijo que sí, que sería un placer.

—Conque un placer, ¿eh? —escuchó que decía uno de los amigos de María, haciéndole ruborizar mientras los demás estallaban en un sin fin de carcajadas.

—No se lo tomes en cuenta, son buena gente aunque un tanto bromistas y tocapelotas —intento disculpar María a sus amigos mientras entraban en el portal de su casa y se dirigían al ascensor. Con un gesto de su mano derecha Estepan le indicó que no pasaba nada, que lo entendía perfectamente aunque se había dado cuenta de que la propia María, sin llegar a reírse abiertamente, no había podido evitar que una radiante sonrisa apareciera en su cara.

Conocía la casa de la anterior ocasión en que había estado, así que se sentó en la misma butaca que lo hizo en aquella ocasión mientras María iba a ponerse algo más cómodo. Cuando regresó con un par de cervezas, ya que Estepan le había dicho que no quería tomar más *whisky*, se había cambiado de ropa y nuevamente lucía los pantalones vaqueros, que por su tamaño podrían haber pasado por un tanga, y la ceñida camiseta blanca, debajo de la que era imposible embutirse un sujetador, que vestía en aquella ocasión. No supo dilucidar, ni se atrevió a preguntar, si era una mera coincidencia o un mensaje implícito.

—Dime, ¿qué es eso de que has dejado a tu novia? No habrá sido por mi culpa, ¿verdad? Sería terrible —le preguntó cuando estuvo ya instalada junto a él, en el sofá cercano a la butaca.

—¿De verdad piensas que sería terrible? —se atrevió a preguntarle Estepan.

—No, no lo sería —se rio—, pero tampoco me apetece que la gente piense que soy una rompeparejas.

—Pues estate tranquila, porque no hemos roto por tu culpa.

—Me alegro, aunque en el fondo me siento un poco decepcionada. Si quieres que sea totalmente sincera, a todas las chicas nos halaga pensar que un tío ha roto con su novia por nuestra culpa.

—En realidad tengo que admitir que, en cierto modo, fuiste el detonante. Seguramente si el otro día tú y yo, tú y yo —repitió la expresión tartamudeando— no hubiéramos..., bueno, ya sabes, me refiero a eso.

—¿Que follamos?

—Sí, claro —se puso colorado al repetirlo—, si no hubiéramos follado, pues no sé, quizás no habría tenido el valor suficiente para decirle a Natalia que lo nuestro no iba bien, que no tenía futuro, pero antes o después tendría que haberlo hecho. Es buena chica, pero creo que no es para mí. Durante mucho tiempo no he querido admitirlo, pensaba que precisamente el paso del tiempo mejoraría las cosas, pero no ha sido así. En el fondo siempre he sabido que casarme con ella habría sido como enterrarme en vida.

—¿No le habrás dicho eso de «no eres tú, cariño, soy yo»? —le preguntó María fingiendo estar escandalizada.

—No, no —protestó Estepan—, aunque quizás, hasta cierto punto habría algo de razón en esa frase, pero bueno, prefiero no darle más vueltas, ya te he dicho que cuando pensaba en el futuro que me esperaba a su lado me entraban escalofríos. Continuaba con ella por pura inercia, incluso por miedo, pero por fin superé esos temores y se lo dije. Y eso sí que te lo debo a ti.

—Bueno, pues si es así, no puedo decir que lo siento y ser sincera —los ojos de María chispearon mientras hablaba—. Y yo, ¿también te doy miedo?

—Sí —se sinceró Estepan—, pero es otra clase de miedo.

—¿Ah, sí? Explícate.

—Con Natalia tenía miedo del futuro que me esperaba si seguíamos juntos, contigo, en cambio —vaciló durante unos segundos, como si buscara la frase exacta—, contigo tengo miedo a que no haya futuro, a que lo del otro día haya sido solamente eso, cosa de un día. No sé cómo decirlo, aún no me lo creo, estos últimos días he estado pensando que no era posible, que todo eso le había ocurrido a otra persona, no a mí.

—¿Sabes, Estepan? Para ser todo un señor juez eres un poco simplón. Pero me encanta y me gustas, me gustas mucho. No me preguntes por qué, yo tampoco lo entiendo del todo, pero es así. Y de momento olvida esos miedos, porque no va a ser cosa de un día. En el peor de los casos, va a ser cosa de dos días.

Se rio al decir esto mientras se quitaba la camiseta con un solo movimiento, pese a que estaba tan ceñida que parecía difícilísimo hacerlo. En condiciones normales Estepan se habría recreado con la visión de los pechos firmes y redondeados de María, pero aquellas no eran condiciones normales sino especiales, muy especiales, por eso los ojos del juez no se fijaron en los pechos de la policía municipal, sino en

sus ojos, preñados de promesas de futuro, y sus labios, más que besarlos, chocaron con los de ella. Luego sí, luego sus manos realizaron el trabajo que debían efectuar en situaciones como esa y en pocos segundos estaban revolcándose sobre la alfombra. Ni siquiera les dio tiempo para llegar a la cama, no lo necesitaban.

Un par de horas más tarde, tras ducharse y comer algo para recuperar fuerzas, salían de la casa de María cogidos de la mano, como si de una pareja convencional de novios se tratara. Las calles, pese a la tristeza que suelen mostrar los domingos por la tarde, cuando oscurece temprano y los honrados ciudadanos solo piensan en que se acaba el fin de semana y al de pocas horas tendrán que madrugar para ir al trabajo, eso si tienen la suerte de tener un trabajo al que acudir, habían empezado a llenarse de gente, padres jóvenes que habían decidido sacar de casa a sus hijos porque en el interior de su domicilio no había quien les aguantara, jubilados que se reunían con otros jubilados para hablar de los viejos tiempos mientras se tomaban los pocos vinos que su pensión les permitía, parejas de adolescentes a los que les daba igual que fuera domingo, lunes o viernes porque tenían suficiente con agarrarse mutuamente por la cintura y mirarse tiernamente a los ojos o grupos de matrimonios que intercambiaban chismorreos sobre sus trabajos, sus hijos y los resultados futbolísticos mientras se aferraban fuertemente a sus cervezas, como si fueran las últimas que iban a beber en sus vidas.

Para cualquier observador objetivo e imparcial la pareja formada por Estepan y María podría encajar en alguno de los tipos en que pueden clasificarse los paseantes dominicales de cualquier gran urbe, y quizás no le habría faltado razón, pero la conversación que mantenían en esos momentos era, seguramente, muy diferente a las que sostenían el resto de sus conciudadanos.

—¿Qué vas a hacer? Si Urizar ha llegado a utilizar a tu suegro, perdón, tu exsuegro, para conseguir que abandones el caso, e incluso se ha permitido lanzarte veladas amenazas..., la verdad es que entendería que abandonarás el caso y le dieras carpetazo.

—¿De verdad lo entenderías?

María se lo pensó durante un buen rato antes de contestar.

—Sí, lo entendería, lo entendería en cualquier persona, pero en tu caso..., bueno, en tu caso también, pero creo que tú mismo acabarías por reprochártelo, que no soportarías pensar que has sido un cobarde y has tirado la toalla.

—Es curioso —dijo Estepan apretando con fuerza la mano de María—, has llegado a conocerme en diez días mucho mejor que Natalia en tres años.

—¿Y a qué crees que se debe eso? —le contestó María, mientras volvía su cara hacia la de él y le besaba en la boca con un beso que pareció eterno.

Estepan no contestó, no hacía falta. Además, una vez finalizado ese beso que durante unos segundos pensó que no iba a tener fin, vio que de nuevo María recuperaba un aspecto que no dudaba en calificarlo de profesional.

—Pues si estás decidido a seguir con el caso, yo también estoy decidida a seguir

ayudándote. Y creo que puedo tener algo para ti. He localizado a la novia de Agustín Mentxaka, el yonqui que mató a Emiliano Etxebarria. No he estado aún con ella, pero quizás pueda contarnos algo de interés. Si no tienes nada mejor que hacer esta tarde, y no pienses en lo de antes porque me has dejado para el arrastre, campeón —le dijo riéndose ostensiblemente y consiguiendo que las mejillas del juez se tiñeran de rojo — podríamos ir juntos a buscarla e interrogarla.

—Me parece estupendo —contestó Estepan, aunque por el tono de sus palabras daba la impresión de que también le habría parecido estupendo si María le hubiese invitado a ir a hacer «puenting» o a ver una película de zombis. Seguramente si le hubiese pedido que se tirara de cabeza por un barranco, lo habría hecho.

Para localizar a la novia de Mentxaka tenían que ir a Basauri, por lo que se introdujeron en el coche de María, un pequeño Seat Panda tuneado hasta en el último milímetro cuadrado de la carrocería, y se pusieron en marcha. Por lo que le dijo a Estepan la agente municipal, a Irantzu, ese era el nombre de la compañera sentimental del yonqui que había asesinado a Emiliano Etxebarria, solía vérsela a menudo en un bar que se encontraba muy cerca de la prisión y cuyos clientes habituales eran familiares de reclusos e incluso expresos a los que por algún motivo que ni siquiera los más avezados psiquiatras llegaban a entender les gustaba acercarse a los alrededores de su antigua residencia.

—La verdad es que no ha tenido mucho mérito por mi parte, me enteré por casualidad —le dijo María a Estepan, cuando este alabó sus dotes investigadoras y la rapidez con la que había localizado a la novia de Agustín Mentxaka—. Resulta que la tengo fichada desde hace tiempo, porque en ocasiones suele trapichear por Bilbao. Incluso en alguna ocasión le he comprado algo de maría.

—¿Que tú has hecho qué? ¿Estás loca? —no pudo evitar saltar como si le hubieran pinchado en el culo con un alfiler finísimo, tras escuchar las palabras de la policía municipal—. Has podido jugarte el puesto.

—No seas bobalicón, Estepan, las cosas no funcionan así, nadie se va a la calle por una tontería como esa. ¿De verdad nunca te has fumado un porro?

—No, nunca —respondió, indignado, Estepan.

—¡Ay, mi chiquitín! —dijo María aferrando el volante tan solo con su mano izquierda y utilizando la derecha para dar un pellizco en la mejilla como el que habitualmente, sin pudor alguno y sin ser conscientes de lo que puede llegar a doler, suelen propinar las señoras mayores de setenta años a los nietos de sus amigas—, si es que es más bueno y bonito mi niño. ¡Pero qué encanto de hombre, señor!

Estepan, mitad avergonzado por el hecho de ser tratado como un bebé, mitad eufórico al pensar que eso significaba que María le apreciaba de verdad, dijo algo así como que «bueno, que en el fondo no importaba tanto» y, para cambiar de tema al agotársele los tópicos al uso, que cuánto faltaba para llegar.

Dos minutos más tarde aparcaban en un espacio reservado para minusválidos. «Es lo que hay si no quieres que nos pasemos dando vueltas una o dos horas, y además

será por poco tiempo», le contestó María a Estepan cuando este le recriminó su forma de proceder, mientras ponía a la vista una tarjeta que le acreditaba como persona discapacitada.

En el local sobraba mugre y faltaba luz, pero a ninguno de los parroquianos parecía incomodarles esos dos pequeños detalles. El juez Azkarate nunca había estado en un lugar así, ni siquiera en el ejercicio de su profesión, y jamás habría imaginado que no muy lejos de su lugar de residencia pudieran encontrarse bares tan cutres como los que a menudo nos ofrecen las películas norteamericanas cuando nos muestran los barrios más degradados de sus populosas ciudades. No se lo comentó a María porque esta, con su lenguaje alegre y desenfadado, le habría dicho que no era más que un niño pijo y pequeñoburgués que jamás había salido del caparazón, y seguramente habría tenido razón. Comprendió que hasta ese momento había estado viviendo en una burbuja de cristal, de la que seguramente jamás habría salido si no hubiese tenido el coraje de romper con Natalia y su familia. María, en cambio, parecía encontrarse allí a sus anchas. Incluso algunos de los clientes la saludaron levantando silenciosamente sus vasos rellenos de vino o cerveza.

Pese a la penumbra que dominaba el establecimiento no les costó mucho divisar a Irantzu, que se encontraba sentada junto a una desvencijada mesa, al fondo del local, cerca de los servicios, cuyo hedor, insoportable para Estepan Azkarate, no parecía afectarla. Cuando el juez y la agente municipal se acercaron a ella, los tres jóvenes con los que estaba hablando animadamente desaparecieron como por arte de magia. Al contrario de lo que ocurre en las películas norteamericanas, reflexionó el juez, aquí no se producían gestos de hostilidad contra la autoridad ni corriente de solidaridad alguna con el colega objetivo de la policía, aquí más bien se pensaba que mejor no meterse en líos, si se pueden evitar, y que cada palo aguante su vela o cada perro se lama su cipote. Por eso, en escasos segundos estuvieron solos junto a la exnovia de Agustín Mentxaka.

—Joder, maderita —protestó Irantzu—, me estás espantando la clientela.

—Es mi obligación —le contestó la interpelada—. Soy partidaria del libre comercio, pero no del de sustancias prohibidas.

—Joder, tía, no me vengas con esos rollos. Además, joder, es muy fácil, lo que tenéis que hacer es dejar de prohibirlas y se acabaron así los malos rollos.

—Es una propuesta atractiva, lo pensaré —volvió a contestarle, risueña, la policía municipal—. De todos modos me ha extrañado verte haciendo negocios, pensaba que estarías guardando el luto.

—¿Guardar qué? ¿El luto? Ah, joder, por ese cabrón del Agus —se rio ostensiblemente, quizás demasiado. Luego, en cuestión de segundos le dio el bajonazo—. Joder, la verdad es que aunque era un auténtico cabrón, un hijo de puta redomado, le echo en falta, pero que mucho. Joder, ¿por qué sería tan estúpido para hacer lo que hizo?

—Eso es lo que a nosotros nos gustaría saber —María le tocó un brazo, en señal

de complicidad y simpatía—, por eso queremos hablar contigo, para saber qué pasó.

—Joder, pero si yo no sé nada.

—Estoy convencida de que dices la verdad —volvió a hablar María—, pero a veces una buena charla hace que se aviven los recuerdos. Mira, lo mejor es que salgamos para hablar más libremente en el exterior, dando un paseo.

Las reticencias iniciales de la joven no sirvieron para nada y poco después abandonaban el local, con la indiferencia del resto de los clientes, que seguramente sabían a qué se dedicaban tanto Irantzu como sus dos acompañantes, pero bastante tenían con lo suyo como para interesarse, o incluso compadecerse, por los demás.

Fuera del local, Estepan no pudo evitar un estremecimiento al poder contemplar, con más atención, los estragos que la vida, o más claramente la droga, había hecho en la exnovia del yonqui muerto. Los pocos dientes que aún conservaba estaban en peligro inminente de derrumbe, los brazos eran tan escuálidos que casi se podía ver a través de ellos y sus ojos parecían haber perdido el sentido de la orientación y miraban al infinito, un infinito que quizás era el único horizonte de Irantzu. María se fijó en la impresión que esa visión había causado en el juez, pero prefirió no decir nada, no deseaba incomodarle. Ya aprendería si perseveraba en el oficio. Y ella estaba dispuesta a ayudarle, aunque también eso optó por callárselo.

—Joder, estaba casi totalmente rehabilitado —fue lo primero que dijo Irantzu tras abandonar el bar, sin necesidad de que le preguntaran nada—, no sé cómo pudo hacer lo que hizo. Iba a ayudarme también a mí a dejarlo, ahora en cambio..., joder, ¿quién me va a ayudar a mí ahora?

Lejos de recriminarle su autocompasión, María la agarró nuevamente del hombro, en un gesto solidario, mientras le decía que siempre había alguna salida, que podía contar con ella para lo que hiciera falta. Era sincera en su ofrecimiento, aunque sabía que cuando la dejaran de nuevo a solas se olvidaría de sus buenos propósitos y seguiría con esa vida que en muy poco tiempo acabaría llevándola al depósito de cadáveres.

—A nosotros también nos ha extrañado mucho lo que ocurrió —volvió a hablarle María, mientras reanudaban su paseo por las calles de Basauri, alejándose del bar y de la prisión—. De hecho, por lo que sabemos, sí que se había rehabilitado. Incluso debía estar preparando algún negocio, porque parece ser que esperaba conseguir mucha pasta en poco tiempo.

—¿También sabéis eso? Joder, pues lo sabéis todo —contestó, entre extrañada y admirada, Irantzu.

—No, todo no, por eso queremos hablar contigo —intervino por primera vez Estepan.

—Joder, tía —Irantzu se dirigió a María, en lugar de al hombre que la había hablado—. ¿Quién cojones es este maromo? Porque es la primera vez que le veo, nunca ha venido contigo, y la verdad es que no tiene mucha pinta de madero.

—No, tienes razón —se rio María—, no tiene pinta de madero, pero está conmigo

en esto, así que puedes confiar en él y responder a todas sus preguntas.

—Vale, tía, de acuerdo. Por cierto, ¿te lo estás follando? Porque si solo sois compañeros —en esta ocasión se dirigió al juez—, te puedo hacer una mamada como nunca te la han hecho. Y por muy pocos euros, además. No pongas esa cara, joder, ya sé que así, de repente, quizás no te parezca una belleza, pero el haber perdido un montón de dientes tiene sus ventajas a la hora de hacer una mamada, no creas. Es mucho más suave y placentero, me lo dicen todos los clientes.

—No hace falta que te explayas tanto, Irantzu, te hemos entendido perfectamente, pero sí que me lo estoy follando, y pienso seguir haciéndolo mucho tiempo sin compartirlo con nadie —Estepan no pudo evitar un sobresalto al escuchar esas palabras—, así que volvamos a lo nuestro, a la muerte del pobre Agus.

—Vale, pero ¿qué queréis que os diga?, joder.

—¿Sabes de dónde iba a sacar ese dinero que estaba tan seguro de que le iba a llegar? —le preguntó María.

—No, lo llevaba muy en secreto. Por eso estoy segura de que ya no se metía nada en el cuerpo, porque cuando lo hacía empezaba a hablar y no callaba, lo contaba todo, hasta lo que hizo el día de su primera comunión.

—¿No le habló de que estaba preparando una broma? —volvió a intervenir el juez Azkarate.

—¿Una broma? ¿De qué coño está hablando si puede saberse, joder?

—Según parece —le explicó María—, el Agus le había dicho a un amigo que le iban a pagar mucho dinero por gastarle una broma a una persona. ¿No sabes nada de eso?

—Ah, sí. Lo de la broma. Pero, joder, ¿cómo iba a creerme una chorrada así? Pensé que me lo decía por decir, para no contarme de verdad de dónde iba a sacar la pasta.

—Entonces, ¿no sabes quién más estaba implicado en eso de la broma, quién era la persona que le iba a dar tanto dinero?

—No, ya te he dicho que pensé que era una gilipollez, así que no le pregunté nada. De todos modos, últimamente apenas contaba nada de nada. Fuese lo que fuese lo que se trajera entre manos, lo llevaba muy en secreto.

—¿Sabe si el señor Mentxaka tenía algún arma? —preguntó nuevamente el juez.

—¿El señor Mentxaka? Ah, el Agus. No, qué va, en su puta vida usó un arma, como mucho una navajita, le tenía un pánico atroz a las fuscas, nunca quiso saber nada de armas de fuego.

—Sin embargo tenía una, la que usó para matar a Emiliano Etxebarria.

—Sí, ya lo sé, pero joder, nunca se la vi, nunca me habló de ella, todavía no puedo creérmelo. Joder, qué fuerte, pobre Agus, gilipollas hasta el final.

—¿No sabe dónde pudo conseguirla?

—No, no, ya les he dicho que no, al Agus y a mí nunca nos gustaron. Joder, supongo que de querer una, antes o después la habríamos conseguido, la gente vende

de todo, ¿sabe?, así que no habría sido muy difícil, pero nunca quisimos una. Además, joder, nadie nos la hubiera vendido, esas cosas no se venden a plazos ni se fían, y nosotros somos más pobres que las ratas, que las putas ratas —por primera vez las palabras de la joven drogadicta transmitían más rabia que resignación.

—Sí, eso ya lo sabemos, Irantzu, pero el caso es que tenía una y la utilizó, así que de algún sitio tuvo que sacarla.

—Y yo qué sé, joder. Quizás se la regalaron.

—¿Regalársela? ¿Quién podría haberle regalado un arma al Agus?

—Ni puta idea, lo que es seguro es que no la compró. Si no teníamos un puto chavo, joder, cómo iba a gastarse el muy idiota la pasta en un arma.

—De acuerdo —habló en tono paciente María—, hablemos de otra cosa. ¿Le notaste algo raro últimamente? ¿Más triste o eufórico de lo normal, por ejemplo?

—No, bueno, ya sabes, joder, a veces, cuando no tenemos nada que meternos pues no lo llevamos muy bien, como se suele decir tenemos días malos y días peores —intentó reírse, sin conseguirlo—, pero eso es normal. Además, el Agus últimamente estaba limpio, por lo que no hacía cosas raras. Lo único, no sé si es raro o no, pero hace unos días le vi hablar con un tío muy trajeado, por donde nos movemos no suelen verse muchos tipos con chaqueta y corbata, pero no sé si eso es raro o no. Cuando le pregunté quién era me dijo que me metiera en mis asuntos, así que le mandé a la mierda y no volvimos a hablar más de ello.

—¿Solo le viste una vez?

—Sí, solo una vez. Me extrañó porque este no era su ambiente, quién sabe, tampoco lo era el de Agus, él de pequeño iba a una buena ikastola, ¿sabéis?, pero la vida es así de jodida —durante unos instantes pareció que reflexionaba, precisamente, sobre lo jodida que era la vida, pero de repente abandonó la filosofía para volver a la realidad—. Sí, solo lo vi una vez, pero no sé, me pareció como si lo conociera, como si fuese un actor, no es que lo fuera, a los actores me los conozco a todos, aún tengo buena memoria, no creáis, pero algo así, como si lo hubiese visto en algún periódico. No a menudo, entonces sabría quién era, pero sí de vez en cuando. O quizás una sola vez, yo qué sé.

Como impulsado por un resorte, Estepan Azkarate sacó de su cartera el recorte de periódico que había guardado tras su entrevista con el presidente del Tribunal Superior de Justicia y aún conservaba, más por inercia y pereza que por algún motivo concreto, y se lo enseñó a Irantzu, preguntándole si el hombre que se había entrevistado con Agustín Mentxaka era uno de los que aparecían en la fotografía.

La joven yonqui no lo dudó ni un momento y, señalando a uno de ellos, dijo: este es, sí, es este el tipo que estuvo hablando con el Agus.

—Xabier Valdeolivos —dijo María.

—Sí, Xabier Valdeolivos —repitió, mecánicamente, el juez Azkarate.

Había sido un acto intuitivo, le explicó más tarde Estepan a María. No tenía ningún motivo o indicio para pensar que alguno de los hombres que aparecían en esa

fotografía podría ser el que se entrevistó con Mentxaka pocos días antes de que este matara a Emiliano Etxebarria, salvo que pensaba que las presiones que estaba recibiendo para archivar las diligencias tenían su origen en alguno de ellos. Y como aún llevaba la fotografía en su cartera, aprovechó la ocasión para lanzar un tiro al aire que, sorprendentemente, dio en el blanco.

—No te quites méritos, tonto —le dijo cariñosamente María—, ni intuición ni leches, eso no existe, lo que pasa es que eres un buen juez, ni más ni menos.

—Gracias, pero yo no estoy tan seguro. Un buen juez es el que cumple con el procedimiento, sin cuestionarlo, y obedece ciegamente las órdenes de sus superiores jerárquicos sin discutirlos. Lo que soy yo es un kamikaze.

—Es posible, por eso me gustas tanto —dijo María besándole, mientras se dirigían al Panda—. Y ahora, ¿qué vas a hacer? —Volvía el sentido práctico de la policía municipal.

—Supongo que tendré que interrogar a Xabier Valdeolivos.

—Sí, tendrás que hacerlo. ¡Menudo marrón te ha caído! —intentó bromear María.

—Bueno, podría haber sido peor —le siguió Estepan la broma—, el hombre que habló con Mentxaka podría haber sido Luzarraga, o incluso el propio Jaime Urizar.

Sí, podría haber sido mucho peor, en efecto, dijo María, pero pese al tono despreocupado y alegre de sus palabras, ambos sabían que estaban transitando por terrenos pantanosos.

Aunque en un primer momento le quitó importancia, no estaba muy seguro de si porque le había parecido una hipótesis absurda o por puro machismo, ya que no soportaba que su joven pareja fuera más sagaz e inteligente que él, la idea de Aintzane acerca de que Emiliano Etxebarria no había sido el auténtico autor de las novelas de Colt Duncan empezó a calar en la mente de Asier Uribe. Su novia tenía razón, era muy extraño que en el domicilio de un escritor, por mucho que se tratara de un aficionado con suerte, no hubiese ningún libro, ni siquiera de los supuestamente escritos por él.

En la ocasión anterior en la que estuvieron en la casa, bajo la atenta vigilancia y supervisión de don Rosendo Etxebarria, pese a haber actuado con total libertad a la hora de buscar documentos en el ordenador y en los cajones de los armarios, no pudo escudriñar a fondo la totalidad de los papeles, cartas y recibos que habían hallado en su búsqueda. Era evidente que mostrar interés en la factura de la televisión de plasma que había adquirido hacía tres meses el charcutero metido a novelista habría despertado los celos del hermano del difunto Emiliano, y en realidad no aportaba nada a la investigación que estaba realizando, eso era también algo evidente. Pero si había aprendido algo de cuando estuvo trabajando de policía en Nicaragua era que, por tedioso que pareciera y por irrelevante que seguramente fuese, convenía escudriñar hoja por hoja, folio por folio, objeto por objeto, todas las pertenencias de la persona investigada, ya fuese víctima o victimario. Por eso mismo decidió que tenía que volver al domicilio de Emiliano Etxebarria, solo, sin la presencia de miradas ajenas, ni la del desconfiado hermano del comerciante asesinado ni, por supuesto, la de su novia Aintzane. No es que la traicionara ni hiciera nada a sus espaldas, no, o quizás sí, pero no importaba, hay cosas que un hombre tiene que hacer solo como, por ejemplo, perpetrar un allanamiento de morada, reflexionó el antiguo revolucionario, no de un modo machista y prepotente, como seguramente creerían los malpensados, sino en un sentido protector. No, si al final voy a acabar convertido, a mi edad, en un auténtico caballero medieval, se dijo a sí mismo Asier, en un intento por autoconvencerse de que estaba haciendo lo correcto.

Abrir cerraduras fue otra de las habilidades que desarrolló mientras trabajaba de policía en Centroamérica. No es que fuese estrictamente necesario, hasta cierto punto podía actuar con total impunidad, pero aún así siempre existía el riesgo de que estallara un escándalo si se violaba la puerta equivocada, lo que en un régimen progresista y revolucionario no resultaba ni estético ni democrático, por eso adquirió unos conocimientos que ahora, cuando tan solo era un profesor de Literatura en su ciudad natal, le venían francamente bien.

Traspasar el portal del edificio, de todos modos, no le generó ninguna dificultad. Fue suficiente con que a la tercera persona que le preguntó quién era, cuando contestó al escuchar el timbrazo, le respondiera con un aséptico y escueto «cartas del banco»,

para que le abrieran. Ni siquiera se interesó por saber de qué banco se trataba, el fulano debía tener cuentas corrientes y libretas de ahorro en todas las entidades financieras de la ciudad. Y siguiendo con su racha de buena suerte, tampoco tuvo ningún obstáculo para traspasar el umbral de la puerta del charcutero. Emiliano Etxebarria, al contrario que su hermano, no debía pertenecer al gremio de las personas desconfiadas, porque la puerta de su domicilio constaba únicamente de una cerradura que, además, no era de las de seguridad.

Pertrechado con unos guantes y una linterna, tras haber forzado la puerta, penetró en el interior. Ya la cosa no tenía vuelta de hoja, si le pillaban in fraganti se vería envuelto en un buen lío y estaba seguro de que ni el señor Luzarraga ni, mucho menos, Xabier Valdeolivos, darían la cara por él. En el mejor de los casos tendría que volver a negociar la retirada de la posible denuncia con don Rosendo Etxebarria y estaba seguro de que no iba a ser una negociación nada fácil.

Intentó alejar de su mente esos negros augurios, que habían conseguido que se pusiera a sudar copiosamente, lo que dificultaba su labor, y se dedicó a escudriñar por todos los rincones de la casa. No buscaba nada en concreto, tan solo tenía la esperanza de encontrar algo que en la ocasión anterior se le hubiese escapado así como la intención, aprovechándose del hecho de que la casa estaba deshabitada, de estudiar con más detenimiento esos documentos que don Rosendo no le permitió examinar a fondo, ya que aparentemente no tenían nada que ver con un manuscrito desaparecido.

La casa no era muy grande. Constaba de dos habitaciones, una sala pequeña, la cocina y un baño, y tampoco estaba lleno de armarios. En la cocina los indispensables para guardar los utensilios de comer, cucharas, tenedores, cuchillos, sartenes, platos, vasos, cazuelas, cacerolas y el resto del material culinario. Del pequeño armario que estaba colgado en el baño sacó, como única conclusión, la idea de que seguramente Emiliano Etxebarria sufría de estreñimiento. En los dormitorios tampoco encontró nada de interés. En el que tenía todo el aspecto de ser el que usaba habitualmente no había archivado ningún documento ni disco compacto ni *pendrive* que pudiera servirle. Únicamente pudo encontrar chaquetas, camisetas, calzoncillos, calcetines y ese tipo de prendas. Por no haber no había ni una mísera corbata, se ve que el charcutero metido a escritor no esperaba recibir, al menos a corto o medio plazo, el premio Nobel, ni siquiera el Planeta.

La sala sí parecía tener mayor interés. Allí, en el interior de un armario de tipo castellano, que parecía ser el único objeto con personalidad de la casa, se encontraban los archivadores en los que el difunto Emiliano Etxebarria iba guardando los recibos bancarios pagados, así como las informaciones sobre sus saldos y cuentas de depósitos y valores. Emiliano, al parecer, tenía bien cubierto el riñón pese a que, según su sobrina Escarlata, la tienda era un negocio ruinoso y él se gastaba además todo su dinero en el juego. Supuso que eso último sería un invento del propio Emiliano para quitarse los pedigüños de encima y que su boyante situación

económica se debería a los ingresos generados por su actividad literaria. Curiosamente, pese a que daba la impresión de que no tiraba nada a la basura, mientras revisaba los papeles había podido ver facturas y recibos de hacía once años, en los archivadores no encontró copias de los contratos de edición de las novelas que firmaba con el seudónimo de Colt Duncan. ¿Sería atinada la intuición de Aintzane y Emiliano Etxebarria no sería el auténtico responsable de las novelas del Oeste de más éxito popular en los últimos años? A cada momento que pasaba se convencía más de que su novia tenía razón. También es cierto que podría haber estado representado por un agente literario que fuese quien gestionara sus asuntos, pero enseguida desechó la idea. En principio, y por lo que sabía, quien había tratado directamente con Emiliano Etxebarria la publicación de sus obras era Xabier Valdeolivos, el asesor de la editorial, lo que parecía descartar que el charcutero negociara a través de un representante. Por otra parte, aunque Valdeolivos les hubiese mentido, lo que no tendría sentido porque habría involucrado en esa mentira al propietario de Ediciones Luzarraga, que era el más interesado en hacerse con el manuscrito, y fuese un agente quien hubiese negociado sus contratos, lo más lógico es que le hubiese enviado una copia de los mismos una vez firmados. Además, en ese caso, le habría reenviado los ejemplares de la obra que el editor, de acuerdo con lo estipulado en el contrato, suele ceder gratuitamente al autor, al menos el número suficiente para que el escritor, orgulloso, los mostrara a sus visitas, señalando el lugar privilegiado de la librería en la que los había instalado, lo que no era el caso. Y por último, si de verdad existiese un agente literario, habría dado ya señales de vida e incluso es posible que tuviera una copia del original buscado, por lo que la editorial no habría tenido que recurrir a los servicios del propio Asier.

Emiliano Etxebarria, como ya había constatado en su anterior visita el profesor metido a detective, era un hombre muy minucioso, y guardaba las libretas de la caja de ahorros desde hacía un montón de años. Gracias a ello un apasionado por la historia de las entidades financieras del país podría haberse enterado de que la Caja de Ahorros Municipal de Bilbao había pasado a ser Bilbao Bizkaia Kutxa y, en la actualidad había desaparecido para dar paso a Kutxabank. Asier desdeñó las libretas en las que aparecía el logotipo de la Caja de Ahorros Municipal, arrinconadas ya en la prehistoria, y se centró en las de los últimos cuatro años, más o menos en la fecha en la que se publicó la primera novela protagonizada por Colt Duncan.

Cuando comprobó el montante de las transferencias que periódicamente recibía Emiliano Etxebarria en su libreta, dos por año, procedentes de Ediciones Luzarraga, no pudo reprimir un silbido de admiración, así como un gesto de envidia. Si la parte del escritor ascendía a unas estratosféricas cantidades que no ganaba él, como profesor, en un año, entendía perfectamente por qué el editor quería hacerse, a costa de lo que fuese y pagando lo que se le pidiera, con la última novela de Colt Duncan. «Y todo ello por unas infames noveluchas del Oeste que no pasarían el control de calidad de un estudiante de primaria», pensó entre envidioso y resentido. De todos

modos ahí no había trampa ni cartón, ni nada que le sirviera en su investigación. Las cantidades las ingresaba directamente la editorial, no había rastros de la existencia de ningún intermediario, ya fuese Valdeolivos o cualquier otra persona.

Pese a su decepción continuó revisando mecánicamente todos los papeles de Etxebarria, recetas médicas, lista de la compra, faxes de proveedores, antiguas entradas de cine o teatro, en fin, las banalidades habituales de un comerciante solterón sin ninguna afición especial. Hasta que tropezó con algo que jamás hubiese pensado que podría encontrar en el domicilio de Emiliano Etxebarria: una copia del Informe Nielsen relativo a las ventas de las novelas firmadas por Colt Duncan.

El finado Etxebarria debía ser igual de desconfiado en asuntos de dinero, o quizás más, que su hermano Rosendo, ya que se había hecho con un instrumento que le permitía saber, con una fiabilidad de prácticamente el ochenta por ciento, cuántos ejemplares de sus novelas había vendido. Al parecer tenía miedo a ser engañado o, simplemente, quería comprobar la veracidad de los datos que le proporcionaban desde la editorial. Y debía tener contactos importantes o extrañas habilidades informáticas para hacerse con dicho instrumento, que no está al alcance de los escritores ni del público en general. Lo primero parecía echar por tierra la tesis de que él no era el autor de las novelas, pero aún así no dejaba de ser extraño que tuviera tanto interés por el resultado de las ventas y no por los libros en sí una vez publicados. Asier Uribe no conocía a ningún escritor que, tras haber publicado un libro, no se pavoneara de ello ante colegas, amigos y conocidos y no les enseñara e incluso a veces, en casos especiales, les regalara un ejemplar de los mismos. Quizás, o sin quizás, para Etxebarria el aspecto crematístico del asunto fuese mucho más importante que el meramente literario.

Cuando comprobó el número de ejemplares vendidos, una cifra que jamás, ni en sus más excéntricos y desafortunados sueños, alcanzarían su ensayo sobre «La diáspora literaria vasca en Centroamérica» ni los relatos incluidos en «Lo que nos quita la vida» ni mucho menos, por supuesto, su poemario «Fuegos que se encienden y se extinguen inexorablemente», se reafirmó en su idea anterior de que Colt Duncan había sido una mina de oro para Ediciones Luzarraga, por lo que no eran nada de extraño los elevados ingresos que en concepto de derechos de autor aparecían periódicamente en la libreta de Emiliano Etxebarria. O sí, quizás sí que había algo extraño, algo que no parecía encajar del todo, algo que solo podrían explicárselo en la misma editorial.

Descartó, prácticamente al instante de ocurrírsele, la idea de llamar nuevamente a Xabier Valdeolivos. No estaba dispuesto a aguantar su exasperante aire de superioridad ni sus ácidas mofas, además de estar seguro de que le iba a negar la información que necesitaba, así que optó por llamar directamente a la editorial. Aún recordaba el nombre de la joven secretaria que le recibió hacía algunos días y preguntó por ella, con la inmensa suerte de que se trataba de la misma persona que acababa de contestarle al teléfono. Su suerte no se acabó allí, sino que no puso ningún

inconveniente para darle los datos que le solicitó. Ni siquiera mostró extrañeza ante la consulta, pese a que lo que le había pedido no parecía tener una relación directa con la misión que se le había encomendado desde la editorial. Debía ser una apasionada lectora de novelas policíacas y seguramente se tomó al pie de la letra lo que le dijo su jefe acerca de que tenía que ayudar al señor Uribe en todo lo que este necesitara. Pensó hacerle otro tipo de proposiciones que en las obras cumbres del género suelen hacer los detectives protagonistas a las secretarias rubias y de buen ver, pero optó por no tentar a la suerte, hay ocasiones en las que, por desgracia, los caminos de la ficción y la realidad se disocian inevitablemente.

Tras finalizar la breve conversación telefónica con la empleada de la editorial, Asier Uribe cotejó los datos que había recabado con la documentación que estaba ojeando. Su instinto no le había fallado, Emiliano Etxebarria estaba cobrando el cincuenta por ciento de los derechos que le correspondían según el contrato firmado en su nombre por Xabier Valdeolivos, siempre que los datos que este le hubiese proporcionado fueran auténticos, lo que estaba dispuesto a aceptar, ya que no tenía ningún sentido que le mintiera. Al menos, no en ese aspecto. Incluso aunque el asesor de la editorial hubiese funcionado como agente de Etxebarria, la diferencia entre los derechos devengados y los cobrados era notable. Pero aún más extraño era el hecho de que no había encontrado, entre toda la documentación que acababa de revisar de un modo tan exhaustivo que, de haberlo sabido en Langley, el departamento de personal de la CIA le habría enviado inmediatamente una oferta para que se enrolara en sus filas, ninguna copia u original de algún escrito de queja o reclamación por ese motivo. Y, desde luego, alguien capaz de hacerse con los datos de Nielsen, pese a la dificultad que ello conlleva, no era precisamente un tipo proclive a permitir que le engañaran en el tema de la pasta.

Había tentado ya bastante a su buena estrella, así que decidió salir del domicilio de Emiliano Etxebarria antes de que apareciera alguien y le preguntara qué coño estaba haciendo allí, pero nada más entrar en el ascensor volvió a llamar a la secretaria personal de Mariano Luzarraga. Aunque en esta ocasión sí mostró algo de extrañeza por la pregunta, le confirmó que en ningún momento el señor Etxebarria se había dirigido a la editorial para quejarse de que le estaban engañando con las liquidaciones de sus derechos de autor. Sus sospechas empezaban a tomar forma.

Finalmente parecía tener razón Aintzane cuando le transmitió sus conjeturas acerca de que el charcutero no era el auténtico Colt Duncan. Porque el auténtico Colt Duncan, cada vez estaba más convencido de ello, tenía que ser Xabier Valdeolivos. Era el único modo de que encajara todo. Si no, ¿por qué iba a quedarse con el cincuenta por ciento de las ganancias producidas por las novelas? Aunque hubiese actuado como su agente literario, que ni lo era ni aparecía así en el contrato, como también le informó amable y puntualmente la secretaria de la editorial, un cincuenta por ciento era excesivo y Emiliano Etxebarria no daba el perfil de la persona a la que le gustase regalar el dinero. La única conclusión lógica posible era que la persona que

se ocultaba tras el seudónimo de Colt Duncan fuese Valdeolivos y que, para mantener oculta su identidad y no sufriera su desmesurado e injustificado prestigio de poeta eminente, llegó a un acuerdo con el difunto Etxebarria para que este apareciese como autor de sus obras y, en pago a su colaboración, le ofreció el cincuenta por ciento de los beneficios que se obtuvieran. El motivo de ser él la persona elegida no estaba claro, pero seguramente se debía a que se trataba de alguien totalmente alejado del mundillo literario e incluso es posible que, como les confesó el propio Valdeolivos cuando le entrevistaron en su despacho, fuese cliente suyo y por eso se conocieran previamente. Haciendo de abogado del diablo de sus propios pensamientos, se le ocurrió que parecía absurdo que si Xabier Valdeolivos fuese al autor de las novelas de Colt Duncan, le hubiesen contratado a él para que buscara el manuscrito perdido, aunque enseguida desechó esa objeción. Si el poeta insigne deseaba mantener en secreto su autoría, era normal que no pusiera objeciones al encargo que su jefe, el señor Luzarraga, le había encomendado, ya que lo contrario podría haber despertado las suspicacias del editor. Sí, todo parecía encajar, el rompecabezas estaba casi completo.

Mientras salía del portal, Asier Uribe no pudo evitar, ni quiso, que en su cara apareciera una radiante sonrisa. Cada vez se encontraba más a gusto en su faceta de investigador privado. Quién sabe, quizás cuando todo esto acabara tendría que ponerse a redactar una novela de género negro, en la que podría volcar sus nuevos conocimientos y experiencias. Sí, era una idea magnífica, ya veía su nombre situado a la altura de los míticos Dashiell Hammett, Raymond Chandler o Ross McDonald, y tratando de tú a tú con Andreu Martín, Juan Madrid, Lorenzo Silva o Jon Arretxe. Era una imagen estimulante y gratificante, sin lugar a dudas, pero de momento tendría que esperar, antes debía culminar con éxito el caso, por utilizar la terminología policial al uso, que le habían encomendado.

La cuenta corriente desde la que le hacían las correspondientes transferencias a Emiliano Etxebarria pertenecía a un banco que solo tenía tres sucursales en Bilbao, y por una de esas casualidades de la vida Asier Uribe conocía al director de una de ellas. No podía decir que congeniara con él, sino todo lo contrario. Se trataba del padre de uno de sus alumnos de segundo de bachillerato, un chaval majo y espabilado que, por desgracia, estaba negado para todo lo que significara gramática y literatura. Y era una pena, porque en las demás asignaturas sacaba notables y sobresalientes, pero la materia que él daba le iba a hacer bajar la media y casi con toda seguridad le impediría matricularse en Medicina, la carrera que deseaba emprender. Eso es lo que intentó explicarle su padre, primero con frases amables y educadas y, posteriormente, con amenazas, al principio veladas y luego mucho más explícitas e iracundas. Pero Asier se mostró inflexible, si los exámenes del chaval no daban más que para un cinco, y eso siendo benevolente, no estaba dispuesto a calificarle con un nueve. Lo que más le irritó fue el argumento del padre de que para qué coño quería saber de literatura un médico. Aunque él mismo estaba hastiado de lo que hacía y había

perdido la fe en su labor docente, no estaba dispuesto a permitir que le ninguneara nadie en ese aspecto, ni siquiera un poderoso ejecutivo bancario, así que le echó de la sala de reuniones con cajas destempladas y con sus relaciones personales totalmente rotas. No parecía, por lo tanto, un escenario muy prometedor, pero estaba convencido de que tenía la sartén cogida por el mango.

La sucursal no se encontraba muy lejos del domicilio de Emiliano Etxebarria, así que necesitó menos de diez minutos para acercarse a ella. Era la primera vez que entraba en ese banco y no pudo evitar que le deslumbrara el lujo con el que habían sido diseñadas sus oficinas. Estaba claro que con esa decoración intentaban disuadir al pequeño ahorrador que quería abrir una libreta con doscientos euros y que al entrar iba a sentirse más incómodo que Paco Martínez Soria en la gran ciudad. Se trataba de un banco que no jugaba al menudeo, sino a la captación de grandes inversores a los que podía ofrecer jugosos intereses gracias a las inyecciones de efectivo recibidas en los sucesivos rescates bancarios, pero que debido a eso no le quedaba, por desgracia, dinero para hacer préstamos baratos a particulares y pequeños empresarios. El mismo Asier estuvo tentado, durante unos segundos, de volverse para atrás, ya que se sentía fuera de lugar en aquellas dependencias, pero finalmente su nueva faceta de detective de novela se impuso a sus temores y acercándose a uno de los empleados de la sucursal, que podría haber hecho de maniquí para el catálogo de un sastre de primera línea, le dijo que quería hablar con el director.

Ni la mirada despectiva del empleado ni el hecho de no haber solicitado cita previa le amilanaron. Era cierto que a él le interesaba mucho poder efectuar esa entrevista, pero intuía que al señor director de la sucursal también le iba a interesar sobremanera.

—Dígale que pregunta por él Asier Uribe, el profesor de lengua de su hijo Gaizka.

Muy poco tiempo después el empleado le acompañaba a un amplio despacho ubicado al fondo de la sucursal donde le recibió un hombre de aspecto elegante, impecablemente trajeado, bien rasurado y con una barba cana recortada al mejor estilo de los actores de Hollywood. Su deslumbrante aspecto, conscientemente elaborado para seducir a potenciales clientes, quedaba desfigurado por el ceño hosco que, en esos momentos, surcaba su rostro.

—Usted me dirá que desea —le dijo con semblante fúnebre y aspecto impaciente—. Debo decirle con total sinceridad que no me agrada su visita. Creo que en su momento ya nos dijimos todo lo que teníamos que decirnos y venga a lo que venga la respuesta es no.

—Comprendo su enfado —empezó a hablar en tono cordial Asier Uribe—, aunque debo decirle que la nota que le puse a su hijo fue justa. Hizo un examen de cinco y por eso le puse un cinco. Pero he recapacitado sobre el tema y entiendo perfectamente su disgusto. Hasta cierto punto me duele que no se valore la literatura en lo que se merece, pero comprendo que no a todo el mundo le tiene por qué

apasionar tanto como a mí y admito que, objetivamente hablando, es una faena que un estudiante tan brillante no pueda estudiar la carrera que ha elegido, sobre todo cuando no tiene nada que ver con la propia literatura, por no haber sacado una buena nota en esta materia.

—Sí, creo que eso es lo que le dije —replicó aún hosco el director de la sucursal, aunque su aspecto se había dulcificado un tanto.

—Así es —admitió Asier—, y como ya le he dicho, sus palabras me hicieron recapacitar. Al fin y al cabo no somos máquinas, somos seres humanos, y los seres humanos estamos para ayudarnos, ¿no lo cree? Para ayudarnos mutuamente. Es lo que se llama la cadena de favores, yo le hago un favor a usted y usted se lo hace a otra persona. O me devuelve el favor, ¿por qué no?

—Y el favor que usted me haría sería... —el director de la sucursal dejó su frase en suspenso, aunque por la sonrisa que había aflorado a su cara sabía perfectamente lo que le estaba ofreciendo Asier Uribe.

—Sí, sería lo que usted está pensando —contestó enigmático Asier, aunque era consciente de que para su interlocutor sus palabras no constituían ningún enigma.

—Y a cambio, ¿qué es lo que desea? Le aviso de antemano que obtener un crédito en esta entidad es muy difícil. Aunque yo, por supuesto, informaría favorablemente, en última instancia concederlo no depende de mí, sino de mis superiores —alzó la mano hacia el techo, como si indicara que su superior era el mismísimo Dios, lo que quizás no fuese tan descabellado observando el lujo con el que estaba decorado el despacho.

—No, no se trata de eso —esta vez le tocó a Asier el turno de sonreír—, sino de algo mucho más sencillo y que no va a suponer ningún costo para el banco. Mire, desde esta entidad se han hecho periódicamente una serie de pagos a un tal Emiliano Etxebarria, por transferencias de la cuenta corriente correspondiente a Ediciones Luzarraga.

El director de la sucursal se removió inquieto en su silla. Estuvo a punto de decir que eso eran datos confidenciales, pero optó por esperar a que Asier Uribe acabara.

—Estas son las fechas y las cantidades —le extendió un folio en el que había copiado esos detalles—. Si quiere puede cotejarlos en su ordenador, es más, lo prefiero, para que compruebe que esos datos son exactos.

El bancario comprobó, como le habían pedido, que esos apuntes eran correctos, pero no comentó nada, ni lo afirmó ni lo desmintió, se limitó a mirar fijamente a Asier Uribe, como si esperara a que este siguiera hablando.

—El caso es que tengo la certeza de que en las mismas fechas, quizás con una diferencia de uno o dos días, aunque no lo creo, se ingresaron las mismas cantidades, como mucho con un diez o veinte por ciento de diferencia, arriba o abajo, a otra persona. Desearía saber quién es esa persona. Como usted verá, es algo muy fácil y que no le compromete a nada, porque ni siquiera le voy a pedir un soporte documental, con que me diga la persona y las cantidades, de viva voz, tendré

suficiente.

—Lo que me pide es totalmente irregular —protestó el director—. Como usted seguramente tiene que saber, los bancos estamos obligados a mantener la confidencialidad de los datos de nuestros clientes.

—Sí, claro, ya contaba con eso. Pero tan irregular es darme los datos que le he solicitado como poner sobresaliente en los exámenes finales a un alumno que apenas roza el aprobado con gran dificultad. Y si lo piensa bien, lo mío es mucho peor, porque los exámenes siempre pueden ser revisados en una inspección, mientras lo que usted me transmita aquí, verbalmente, jamás podrá demostrar nadie que se ha dicho. En fin, me imagino que con cierto esfuerzo podría conseguir esos datos, como he conseguido los relativos a Emiliano Etxebarria, mientras que sin mi colaboración va a ser imposible que su hijo cumpla su sueño de estudiar Medicina.

El director de la sucursal miró fijamente a su indeseado visitante, en lo que parecía ser un duelo de miradas. Un duelo absurdo, porque ambos sabían cuál iba a ser el resultado del mismo. Por fin, tras bajar sus ojos y posarlos en el ordenador, empezó a teclear febrilmente, como si quisiera acabar cuanto antes.

—Las fechas y las cantidades coinciden. Son idénticas —dijo finalmente.

¡Bingo!, pensó emocionado Asier Uribe. Su olfato no le había fallado.

—Pero los abonos no se han hecho a nombre de ninguna persona. De ninguna persona física, quiero decir, sino de una persona jurídica.

—No entiendo —Asier Uribe parecía sinceramente sorprendido—. ¿No se han hecho a nombre de Xabier Valdeolivos?

—Me temo, señor Uribe —contestó, no sin un deje de satisfacción, el director de la sucursal—, que esas cantidades no han sido ingresadas a la persona que usted me ha comentado. De hecho —dijo mientras volvía a teclear en su ordenador—, el señor Valdeolivos no aparece para nada en nuestra base de datos. Ya lo siento, pero es así.

—De acuerdo, de acuerdo —en las palabras de Asier Uribe se advertía un inequívoco signo de contrariedad—. Al menos podrá decirme quién ha estado recibiendo puntualmente las mismas cantidades y en las mismas fechas que el señor Etxebarria.

—Se trata de una asesoría —le respondió el director de la sucursal, tras ojear nuevamente la pantalla de su ordenador—. Concretamente «Beta-Gamma-Delta Basque Consulting, S. L.». Y antes de que me pregunte sobre esa empresa, tengo que decirle que no trabaja con nosotros, así que lamentablemente —pese a que no parecía lamentarlo en absoluto— no le puedo proporcionar información adicional acerca de la misma. Entonces, ¿cuento con el sobresaliente? ¿O me verá obligado a informar a Ediciones Luzarraga y Beta-Gamma-Delta Basque Consulting que usted ha intentado recabar espuriamente datos sobre ambas empresas, datos que, por supuesto, yo nunca le he facilitado, ya que no podrá usted demostrar lo contrario?

La sonrisa de su interlocutor le hizo comprender a Asier Uribe que de repente el chantajeado se había transmutado en chantajista, pero no le dio importancia, era algo

lógico tal y como habían sucedido las cosas. Además, ya había obtenido lo que había ido a buscar, si los resultados no habían sido los esperados no era culpa de nadie, por lo que se limitó a asentir a las palabras del director de la sucursal.

—Puede contar con que Gaizka sacará sobresaliente en Lengua y Literatura. Del mismo modo que yo puedo contar con su discreción.

Un apretón de manos selló la alianza entre ambos que, curiosamente, pese a su hostilidad mutua inicial, se despidieron como si fueran amigos de toda la vida.

Durante dos semanas el «LaVerne Ranch» disfrutó de una paz como hacía mucho tiempo que no gozaba. La misma ciudad parecía totalmente pacificada y si un forastero hubiese aparecido por Laramie habría llegado a pensar que era la población más tranquila de todo el Oeste de la Unión. Solo faltaba que el aire se llenara del sonido de violines, pensó sombríamente Duncan McFree, para el que aquel extraño periodo de calma no era más que un preludio de la tormenta que, antes o después, se cerniría sobre la ciudad y todo el territorio.

Hasta el momento no había tenido el placer de conocer en persona a Silver Kane, el patrón del «Kane Ranch», pero intuía que no se iba a conformar con ese empate eterno en el que parecían instalados. Y es que, aunque aún en la lejana Inglaterra no se había inventado oficialmente el deporte conocido como «football», había tratado anteriormente con personajes como Kane y era consciente de que no se resignaban a ser espectadores del partido, sino que querían ser al mismo tiempo jugadores y árbitros. Y claro, cuando uno es jugador y árbitro simultáneamente, no desperdicia la oportunidad de pitar un penalti a favor, por injusto que pueda ser, y lanzarlo por toda la escuadra. Pero a Duncan McFree no le apetecía que le metieran un gol, y pese a que aún no habían nacido Iribar, Buffone o Iker Casillas, se sentía un émulo de esos grandes porteros y estaba dispuesto a desbaratar la jugada de Kane. El problema estribaba en que su oponente aún no había saltado al terreno de juego y, por tanto, no sabía cómo colocaría a sus jugadores ni que táctica, seguramente tramposa y rastrera, iba a utilizar. Eso le llenaba de inquietud y le ponía extremadamente nervioso. A Colt Duncan le gustaba practicar su juego, no esperar a ver qué hacía el rival, pero en ese partido aún no podía tomar la iniciativa. Al menos de momento. Mientras tanto procuraba disfrutar de ese inusitado periodo de placidez paseando con Susan, desbravando caballos salvajes y cazando a lazo las reses que, presas de un insólito deseo de libertad, intentaban escaparse de la manada.

Hasta que Silver Kane, en su calidad de árbitro, pitó el inicio del partido y, como entrenador de su equipo, sacó al campo una alineación repleta de fichajes sonados. Entre ellos un nuevo juez, llamado Keith Luger, que había tomado posesión tras la muerte del anterior a manos del propio Colt Duncan. Cuando se presentó en el «LaVerne Ranch», escoltado por un grupo de militares del cercano destacamento de Fort Laramie, Duncan McFree comprendió que su enemigo jugaba fuerte y que le iba a ser muy complicado zafarse de la red que había urdido en su contra. Keith Luger no era ningún pistolero ni ningún jugador de ventaja, sino un juez respetado en todo el territorio de Wyoming por su honradez y su lucha contra todo tipo de delincuencia e injusticias. Cómo había logrado Kane ponerle de su parte era un misterio, pero lo había conseguido y allí estaba, con una orden de detención contra él.

—¿De qué se le acusa? —preguntó Susan que, como propietaria del «LaVerne Ranch», fue quien recibió al juez y sus escoltas.

—Del asesinato del anterior juez de la localidad, entre otras muertes igual de reprobables. Pero creo que eso ya lo sabe usted, señorita.

—Lo que yo sé es que el juez anterior era un corrupto y un miserable, y que está bien muerto, lo mismo que los indeseables con los que estaba compinchado. Si hubiera preguntado en el pueblo y no se hubiese dejado comprar por Silver Kane lo sabría.

—Mucho cuidado con lo que dice, señorita. Ser mujer no le va a librar de la cárcel si continúa difamándome. A mí nadie me ha comprado, así que será mejor que no repita esa calumnia. Y si tan segura está de que el señor McFree es inocente, lo mejor sería que le aconsejara que se entregase y, de ese modo, tendría un juicio justo.

—¿Un juicio justo? ¿En un territorio dominado por Silver Kane?

—Está agotando mi paciencia, señorita LaVerne. Le repito que o se entrega el señor McFree o entraremos a buscarlo.

—Hágalo. El rancho es todo suyo, pero no creo que le encuentre, ha cabalgado hasta los límites del rancho, buscando un caballo salvaje que aún no habíamos domado y se nos ha escapado.

—Por eso no se preocupe, señorita —contestó socarrón el juez—. Traigo conmigo a uno de los mejores rastreadores del ejército, así que no tendremos problemas en encontrarlo.

Al escuchar esto último Susan palideció, pese a saber que Duncan era capaz de esconderse en cualquier lugar por desprotegido que pareciera, pero conocía la fama de los rastreadores del ejército, muchos de ellos de origen indio o mestizo, y era consciente de que eran los únicos capaces de darle caza.

Nada más internarse en el rancho Keith Luger se quedó extrañado por el ruido que salía de un antiguo granero.

—¿Puede explicarme qué demonios es ese ruido, señorita? —le preguntó a Susan LaVerne—. Y disculpe la expresión, a veces me olvido de mis modales.

—Es la rotativa del «Sun» de Laramie, el periódico local.

—¿La rotativa de un periódico? ¿Aquí, en su rancho?

—Sí, aquí, en mi rancho —contestó desabridamente Susan—. Como su ejemplo de ciudadano ejemplar, el señor Kane, quemó las rotativas originales del periódico por no querer someterse a sus órdenes, hemos permitido al señor Zacharias, su propietario, que las instale provisionalmente en el rancho.

—¿Zacharias? ¿Se refiere a Tom Zacharias?

—Sí, Tom Zacharias. ¿Le conoce?

—¿Que si conozco a ese viejo granuja? ¿Que si le conozco? Dígame dónde puedo encontrarle y ya verá si le conozco.

Era una pregunta retórica, porque el juez Keith Luger sabía perfectamente dónde podía encontrar a Zacharias. Al pie del cañón, junto a la rotativa. Descabalgando de su montura se acercó hasta el granero y tras dedicarle varios improperios, olvidándose nuevamente de que a su lado estaba una dama, fue al encuentro del

periodista y le dio un abrazo capaz de tumbar a un campeón japonés de sumo.

—Tom, viejo bribón, pensaba que estarías muerto y enterrado, se ve que en tu caso el *whisky* es la mejor medicina para la vejez.

—Serás cabestro, Keith, te recuerdo que soy un par de años más joven que tú —replicó el periodista mientras le devolvía el abrazo.

—Antes me ha preguntado, señorita, si conocía a Tom. Se nota que la ancianidad, y le aseguro que es mucho mayor que yo pese a lo que ha dicho antes, y es que como todo buen periodista siempre tiene una mentira en la boca, nos vuelve modestos porque si no este bribón le habría contado cómo entre lo dos, él en su papel de periodista y yo en el de juez, acabamos con los indeseables que dominaban la ciudad de Boulder, en el vecino territorio de Colorado. Nos costó lo nuestro, pero lo conseguimos. Y lo mismo hicimos en varias ciudades más de Wyoming, Kansas y Nevada.

—Éramos más jóvenes, Keith —intentó quitarle importancia Zacharias— y no nos arredrábamos ante nada.

—Y por lo que acaba de contarme la señorita, tú sigues en la pelea, lo mismo que yo. Empiezo a pensar que quizás la joven tenga razón y las cosas no sean como me las han contado.

—Y no lo son, Keith, no lo son. Si pospones por unas horas la búsqueda de Duncan McFree, que no está muy lejos, te lo prometo, y accedes a cenar con nosotros en el rancho, te contaré toda la historia. Y te juro que, pese a mi condición de periodista, no te diré más que la verdad, toda la verdad y solo la verdad. Además, la señorita LaVerne no solo es una mujer muy hermosa, sino que cocina como los ángeles. Palabra de periodista.

—Si te pones tan solemne no tendré más remedio que creerte —contestó entre grandes risotadas Keith Luger—, así que aceptaré la invitación.

El periodista, pese a la fama del gremio, no mentía y Susan demostró que, en efecto era una exquisita cocinera. Además, el viejo LaVerne era un gran aficionado y entendido en vinos, por lo que la cena constituyó todo un éxito. Alejados los recelos que había mostrado el juez Luger nada más llegar al rancho, hablaron de todo lo divino y lo humano en un ambiente de camaradería muy propio del genuino Oeste americano. Se tocaron infinidad de temas, pero sobre todo Luger y Zacharias explicaron a los comensales sus aventuras por Boulder y otros territorios de lo que expresivamente algunos llamaban «el salvaje Oeste» y el periodista no desaprovechó la oportunidad de explicarle a su amigo la verdad sobre Colt Duncan y todo lo sucedido desde que este llegó a Laramie.

—Lo que me habéis explicado vosotros no tiene nada que ver con lo que me contaron en la capital —les comentó Keith Luger tras escuchar toda la historia—. Como ya os dije al principio, he venido comisionado por el gobernador del territorio para detener a McFree, pero por otra parte, como juez federal dependo tan solo de Washington y tengo las manos libres para actuar como me parezca más conveniente,

así que de momento no procederé a su detención. Ratificaré la orden del *sheriff* de la ciudad, que por lo que me habéis dicho es un hombre honesto aunque pusilánime, de que permanezca custodiado en este rancho hasta que se celebre el juicio.

—No te equivoques, Keith —le interrumpió Zacharias—, el *sheriff* no es un tipo pusilánime, pero sabe que enfrentarse a Silver Kane es el mejor método para acabar reposando dos metros bajo tierra.

—Sí, seguramente tienes razón —concedió el juez—, pero bueno, lo que estaba diciendo, ratificaré la orden de que Duncan McFree sea custodiado por el señor LaVerne e inmediatamente me dirigiré a Cheyenne para hablar con el gobernador y explicarle la situación.

—¿Tú crees que el gobernador te hará caso? —preguntó escéptico el periodista—. Si Silver Kane tiene tanta influencia en él como parece, me extrañaría que consiguieras algo.

—Por eso no te preocupes, Tom, recuerda que en peores garitas hemos hecho guardia —el periodista no entendió del todo esa expresión, ya que no había disfrutado del inmenso placer de cumplir su servicio militar en un cuartel del ejército español, pero por respeto a su amigo hizo como que sabía de qué estaba hablando y no le pidió ninguna explicación— y que siempre hemos salido airosos de nuestras aventuras. Además, hasta donde yo sé, el gobernador es un hombre honrado. Es cierto que en estas tierras aún asilvestradas y a la que no ha llegado del todo el orden y la ley, no se puede poner la mano en el fuego por nadie, pero como último recurso siempre podría acudir a Washington, donde se me hace caso y se me respeta. El mismo presidente me ofreció hace unos meses encargarme de la secretaría de Justicia, pero le dije que mi lugar es este y mi único afán conseguir que la ley llegue hasta el último poblado de los territorios del Oeste de nuestro gran país.

Zacharias seguía anclado en su escepticismo, pero no quiso ofender a su amigo así que se limitó a desearle suerte en su empeño, lo que redundaría en el bien de todos. Pero sus más negros presagios se confirmaron cinco días después, cuando uno de los «Irregulares del Sun» le llevó la noticia de que Keith Luger y los soldados que le acompañaban habían sido masacrados por un grupo de indios rebeldes. Al parecer las buenas gentes de Laramie estaban indignadas y se preparaba un ataque masivo contra la reserva.

—No me lo creo —exclamó Duncan McFree cuando le dieron la noticia—. Conozco perfectamente a los indios que habitan estas tierras y son totalmente pacíficos. Hace años que no se levantan en pie de guerra y han convivido sin problemas con las poblaciones vecinas. Como hubiera dicho William Shakespeare, algo huele a podrido en el territorio de Wyoming.

Tom Zacharias no sabía quién era ese tal Shakespeare, supuso que algún otro pistolero compañero de correrías de Colt Duncan, pero asintió con vehemencia a las palabras pronunciadas por este. A él también le había extrañado lo sucedido, pero no sabía qué podían hacer para remediar el entuerto.

—¿Te sientes capaz de llegar a Fort Laramie? —le preguntó Duncan.

—Creo que sí. Ya estoy recuperado totalmente de mis heridas y no sería necesario atravesar terrenos pertenecientes a Kane, así que por ese lado tampoco tendría problemas.

—Entonces acércate hasta el fuerte y convence al jefe del destacamento para que se reúna conmigo en el cañón que hay un kilómetro al este de donde fueron masacrados Keith Luger y sus escoltas. Intenta convencerle como puedas, pero hazlo. Es vital si queremos evitar una próxima matanza de indios. —Que Duncan McFree no era un hombre políticamente correcto lo acreditaba el que usara la palabra «indios» en lugar de «nativos americanos», pero como no la pronunció en un tono despectivo nadie se lo reprochó. Bien mirado, tenían cosas más importantes de las que ocuparse.

Dos días después un destacamento procedente de Fort Laramie, comandado por el sargento O'Hara y el cabo Rusty, solo faltaba Rin-Tin-Tin, que no había podido acudir porque se había escapado en busca de perritas en celo, se acercaron hasta el punto de encuentro señalado por Duncan McFree. No le fue a Tom Zacharias difícil convencerles de que acudieran a la cita porque Keith Luger, antes de morir en la emboscada que le tendieron, había telegrafiado al fuerte explicando la situación, pero aún así no entendían para qué se les requería. Ellos lo tenían muy claro, los indios habían asesinado al juez y a sus compañeros y no se iban a librar de recibir su merecido castigo. Aún así, aceptaron aplazar su expedición punitiva hasta hablar con McFree.

—Y bien, señor McFree, espero que no nos haya hecho venir para nada —dijo el sargento O'Hara, con su tosco acento irlandés, nada más encontrarse con Colt Duncan.

—Puedo asegurarle que no, sargento —Duncan McFree, en cambio, estaba exultante, y se le notaba al hablar—, le aseguro que no va a quedar decepcionado. Aunque seguramente lo que voy a mostrarle no le va a gustar nada.

Cabalgaron en silencio hasta que llegaron al lugar en el que se había producido la matanza. Unas cruces fabricadas burdamente con maderas señalaba el lugar en el que habían sido enterrados Keith Luger y sus acompañantes. Eran tiempos difíciles y broncos y el territorio de Wyoming, pese a no haber entrado en recesión ni estar en crisis, no disponía de presupuesto para trasladarlos hasta un cementerio y darles cristiana sepultura. O'Hara, que era católico, rezó un Padrenuestro mientras el resto de la tropa, que profesaban religiones variadas, prefirieron extasiarse contemplando los zopilotes que surcaban por el cielo.

Tras ese momento de recogimiento religioso el sargento O'Hara volvió a ser el rudo militar que conocían sus tropas y le preguntó a Duncan McFree qué era lo que deseaba enseñarles.

—Observe las flechas —le contestó McFree, señalando con la mano las que no habían llegado a clavarse en los cuerpos del juez y los soldados muertos y que se

hallaban desparramadas a todo lo largo del terreno.

—Sí, son flechas. ¿Y qué? Ya sabíamos que los asaltantes eran indios, no hacía falta que me trajera aquí para enseñarme un puñado de flechas.

—Sí, claro que son flechas —se sonrió Duncan McFree—, pero usted, como veterano militar, estará acostumbrado a distinguir entre los diversos tipos existentes. Cada tribu tiene su manera de fabricarlas y de engalanarlas, y si se fija en las que hay aquí, podrá comprobar que no son las típicas de los indios de esta comarca, los arapahoes, sino de los apaches mescaleros que, por cierto, viven a muchas millas de esta zona.

El sargento escrutó con aspecto de entendido las flechas que le había pasado McFree, pero pese a sus esfuerzos todos los presentes pudieron comprobar que no sabía nada del tema. Por fin llamó a un subordinado de origen holandés, que presumía de ser un experto balletero, cualidad que en el ejército de los Estados Unidos no servía para nada, de ahí que siguiera siendo soldado raso pese a ser mucho más inteligente que el propio O'Hara, pero que le había convertido en un experto en ese asunto de las flechas.

—A ver, Van Helsing, acérquese y denos su opinión de experto.

El aludido, un hombre pálido, que parecía no tener sangre en las venas, y que por esos azares del destino años después serviría de modelo para que un escritor irlandés, Bram Stoker, escribiera su obra maestra, Drácula, pese a tener más aspecto de vampiro que de cazador de monstruos, se acercó hasta donde se encontraban O'Hara y McFree y examinó las flechas. Parecía un ratón olisqueando un trozo de queso o un perro examinando el trasero de un congénere.

—¿Y bien? —dijo O'Hara sin disimular su impaciencia—. ¿Ha examinado ya a gusto las flechas, señor Van Helsing?

—Señor, sí señor —se cuadró Van Helsing. Fue la primera vez que en el ejército norteamericano se utilizó ese saludo, pero nunca se le ha reconocido esa autoría. La historia es así de injusta en ocasiones.

—Deje de decir esas estupideces —evidentemente O'Hara no tenía grandes habilidades como profeta— y vaya al grano, Van Helsing.

—Como usted mande, mi sargento. Bueno, en primer lugar tengo que decirles que hay aspectos muy interesantes en estas flechas que a un estudioso del tema le... —al ver cómo se encendían iracundos los ojos de su superior optó por cortar su disertación y cambiar de tema—. El señor McFree tiene razón, señor, no son flechas arapahoes sino de las que usan los apaches mescaleros.

—Gracias, Van Helsing, puede retirarse —le ordenó su jefe, que no podía disimular el disgusto que le había producido la confirmación de las sospechas de Duncan McFree por parte del hombre a su mando.

—Pero aún hay más —volvió a hablar el joven pistolero—. Fíjese en estas huellas, O'Hara.

—¿Qué ocurre con ellas? —le preguntó finalmente el sargento tras examinarlas

con cierta exhaustividad—. Son huellas de caballo, ¿no? De caballo corriente y moliente. Es lo lógico, ¿qué esperaba encontrar? ¿Huellas de elefante, como si en lugar de indios los asesinos hubieran sido soldados del ejército de Aníbal? —O'Hara, pese a su aspecto de rudo militar irlandés, tenía al parecer unos sólidos rudimentos de cultura clásica—. Se supone que les tendieron una emboscada y lo más normal es que para eso se utilicen caballos, no iban a traer hasta aquí uno de esos barcos de vapor que surcan el río Mississippi para desplazarse por las llanuras.

—Tiene usted mucha razón, sargento, no me extrañaría nada que en poco tiempo llegara a lucir los galones de general, pero fíjese un poco mejor. Todos los caballos estaban herrados, según se desprende de sus huellas, pero los arapahoes no hierran a sus caballos.

A O'Hara no le quedó más remedio que admitir lo que acababa de explicarle Duncan McFree. No era ningún novato, llevaba más de treinta años patrullando no solo por Wyoming, sino que también había desarrollado su carrera profesional en todos los territorios limitados por las Montañas Rocosas y sabía que lo que acababan de decirle era tan cierto como la Biblia.

—De todos modos, señor McFree, eso no hace más que complicar las cosas —añadió el sargento—, porque como usted seguramente sabe, los apaches mescaleros tampoco hierran a sus caballos.

—Lo sé, pero entre los hombres de Silver Kane hay unos cuantos mescaleros que lógicamente utilizarán los caballos, todos herrados, que les proporcionen en el rancho.

—¿Está usted insinuando que el señor Kane está detrás del asesinato del juez Luger y mis hombres? —El sargento O'Hara parecía sinceramente escandalizado de que se hiciera una acusación tan grave contra uno de los hombres más poderosos e influyentes del territorio.

—Todo parece indicar que es así, pero no me corresponde a mí asegurarlo, es su trabajo, señor O'Hara, o de quien designe el gobernador para aclarar el asunto. Lo que sí me parece claro es que tendrá que suspender la operación de castigo contra los arapahoes e incluso protegerlos de la ira de la población, hasta que todo esto se arregle.

—Así lo haré, señor McFree. Cuente usted con mi palabra —dijo el sargento O'Hara saludándole militarmente. Aunque como ya se ha dicho anteriormente, era un hombre más bien rudo y en ocasiones le costaba seguir los razonamientos de los demás, era honrado a carta cabal, un católico irlandés bebedor de *whisky* que, cuando daba su palabra de honor, la cumplía por encima de todo. Por eso, cuando se despidió de Duncan McFree, este estaba seguro de que iba a hacer lo que le había prometido.

O'Hara hizo honor a su palabra, y entre el empeño que, como comandante del fuerte, puso para convencer a la población de Laramie de que los arapahoes no tenían nada que ver con el asesinato de Keith Luger y sus escoltas, y los editoriales que Tom Zacharias publicaba en «The Sun» intentando llevar ese mismo mensaje a sus

lectores, lo que podría haber sido una masacre de aborígenes y el inicio de unas nuevas e interminables guerras indias fue abortado antes de ser concebido.

El recio sargento cumplió, efectivamente, en lo referente a la aclaración de la inocencia de los arapahoes en los asesinatos, pero no pudo cumplir con su segunda promesa, la de trabajar para esclarecer qué sucedió en realidad. Aunque hay que admitir que no fue culpa suya. La noticia la llevó al «LaVerne Ranch» uno de los Irregulares del Sun. O'Hara y sus hombres fueron trasladados al territorio de Alaska, al norte del Canadá, un extenso trozo de tierra, de hielo más bien, que acababa de ser comprado hacía muy pocos años a Rusia por la módica cantidad de siete millones de dólares y del que, hasta ese momento, nadie en Wyoming conocía ni siquiera su existencia. Al parecer los pobladores nativos del territorio, los esquimales, estaban preparando una sublevación y alguna lumbrera en Washington debió pensar que ya que el sargento O'Hara estaba acostumbrado a bregar con nativos americanos, podía hacer lo propio con otros nativos que, al fin y al cabo, también eran americanos. El que unos vivieran en medio de desiertos azotados por el sol y otros al borde de la congelación extrema no tenía para los políticos de la capital la menor importancia. Un nativo es un nativo, en Arizona, en Alaska e incluso en la isla de Pascua, llegado el caso. Puestos a hacer ese tipo de enjuagues, podrían haber enviado al Séptimo de Caballería. Es posible que a su comandante no le hubiese gustado nada esa idea, pero de ese modo el caudillo apache, Jerónimo, habría estado más tranquilo y no se habrían originado las últimas guerras indias. Y es que cuando quienes nos gobiernan no tienen visión de futuro, suelen pasar cosas como esa.

De todos modos Duncan McFree tenía muy claro que O'Hara y sus hombres habían sido trasladados a Alaska no por la incompetencia de unos políticos de Washington sino por los manejos de uno de Cheyenne.

—Está claro que no podemos contar con el gobernador —les comentó a Susan y Zacharias nada más conocer la noticia.

—¿Qué podemos hacer entonces?

—Tendremos que actuar por nuestra cuenta si queremos pararle los pies a ese sinvergüenza de Silver Kane y vengar la muerte de Keith Luger y sus hombres. Confiaba en no tener que decir esto, pero me temo que no queda más remedio: ha estallado la guerra entre los ranchos Kane y LaVerne.

El juez Azkarate y su colaboradora eran conscientes de lo delicado de su situación. Por una parte estaban las presiones del presidente del Tribunal Superior de Justicia para que archivara las diligencias. Y, por otra, se encontraba Xabier Valdeolivos, al que era urgente interrogar aunque, casi con total seguridad, se trataba de la persona que había estado influyendo en las altas esferas para que se diera carpetazo al asunto. Caminaban sobre el filo de una navaja y cualquier paso en falso podía dar al traste con sus proyectos. Sin embargo, por mucho que meditaron sobre ello, no encontraron ninguna manera de eludir el tema.

—Es como cuando tienes que dar a una persona la noticia de la muerte de su madre —comentó María—. Por delicado y comprensivo que seas, no hay manera de dulcificarlo, lo quieras o no le vas a dar un disgusto de puta madre.

Estepan Azkarate se mostró de acuerdo con la joven agente. Hicieran lo que hiciesen el juez volvería a estar en el punto de mira de su superior jerárquico, así que lo mejor sería citar a Valdeolivos en el propio juzgado y tomarle declaración en calidad de testigo. De ese modo no recelaría nada y, además, concurriría sin estar acompañado por un abogado, lo que siempre complica las cosas.

—Lo malo es que tú no podrás asistir a la declaración —le dijo Estepan a María.

—No importa, ya me lo contarás cuando acabéis, con pelos y señales —le respondió sonriente María—. Además, hay un sistema excelente para que me entere de todo. Es un poco caro, pero funcionará. Compramos dos móviles prepago y después de conectarnos los dejamos abiertos. Así, salvo que habléis entre susurros, podré escuchar lo que se diga.

—¿No es un poco arriesgado?

—No me seas timorato, Estepan, por Dios. Claro que no, ¿cómo va a sospechar Valdeolivos de algo así? Además, tú puedes dejar el tuyo encima de la mesa, a la vista de él, con lo que no se le ocurrirá que puede haber otro oculto en tu chaqueta, por ejemplo, o en otro lugar no visible, pero que pueda transmitir sin problemas lo que se dice.

—Desde luego, a cada momento que pasa me dejas más asombrado. ¿Esas cosas os las enseñan en la Academia de Policía?

—La verdad es que no. Este truco lo aprendí leyendo una novela de Harlan Coben, un escritor americano de género negro.

Estepan Azkarate apuntó ese autor en la lista de los que tenía que leer próximamente y, olvidándose de Emiliano Etxebarria, Xabier Valdeolivos, los yonquis asesinos de charcuteros y los charcuteros que escribían novelas del Oeste, acercó su cuerpo al de María y la desnudó, primero con la mirada y luego físicamente, lo que sin duda era más estimulante. Sabía que estaba jugándose su futuro, y que era muy temerario mezclar trabajo y placer, pero no podía evitarlo, ninguno de los dos podía hacerlo. Pese a tener caracteres y gustos tan diferentes

habían caído mutuamente el uno en los brazos del otro y no estaban dispuestos a renunciar. El futuro podía esperar, en esos momentos solo existía el presente.

El futuro, de hecho, solo esperó un par de días, hasta que llegó el momento de tomar declaración a Xabier Valdeolivos. Para ganar tiempo le citó por teléfono, ya firmaría la correspondiente notificación en el juzgado, y pese a su extrañeza inicial no puso ninguna objeción.

A pesar de ello, la misma extrañeza que había mostrado durante la breve conversación telefónica que habían sostenido, la expresó tras entrar al despacho del juez y acomodarse en la silla reservada a los visitantes.

—Como usted puede ver, señor juez, soy un ciudadano respetuoso con la autoridad judicial, pero sigo sin entender por qué me ha llamado. Creía que el caso estaba completamente resuelto. A Emiliano Etxebarria, como todo el mundo sabe, lo asesinó un drogadicto, supongo que estaría desesperado por eso del mono y no sabría muy bien lo que hacía, aunque eso es usted quien lo tiene que juzgar, nunca mejor dicho, y ahí se acabó la historia. Incluso ni siquiera hay nada que juzgar, porque el asesino, si las informaciones periodísticas son exactas, fue abatido a su vez por un policía municipal.

—Es como usted dice —admitió el juez—, pero ya sabe cómo son estas cosas, no nos gusta que queden flecos pendientes.

—Entiendo, pero aunque soy un profano en la materia, parece que no hay flecos pendientes de ningún tipo.

—Bueno, siempre hay cosillas que por nimias que parezcan nos gusta que queden totalmente claras. Por ejemplo, usted era el intermediario entre la editorial y el señor Etxebarria, ¿no es así?

—En efecto, señoría, pero sigo sin entender qué tiene eso que ver con su muerte.

—Quizás nada, directamente, pero de algún modo le conocía.

—Bueno, no se puede decir que fuésemos íntimos, nuestro contacto era puramente profesional.

—Aún así quizás pueda esclarecerme algunas cosas. Por ejemplo, ¿sabe si el señor Etxebarria había recibido algún tipo de amenazas?

—Que yo sepa no —se removió inquieto en su asiento—, pero no me parece algo trascendente. En cierto modo su muerte fue accidental, podríamos decirlo, le tocó a él como podría haberle tocado a cualquier otro comerciante de la zona, no fue algo premeditado.

—¿Está usted seguro de eso?

—¿Cómo coño puedo estar seguro? Y perdone el exabrupto, señoría, pero es que no acabo de entender a dónde quiere llegar. Las cosas están muy claras, un drogadicto atraca la charcutería, se pone nervioso y dispara contra Emiliano Etxebarria. Un asesinato claro, por supuesto, pero como le he dicho con un fuerte componente accidental.

—Según algunos testigos, el atracador no le pidió al señor Etxebarria que le

entregara todo el dinero que había en la caja, como suele ser habitual en estos casos, sino que le disparó directamente —estrictamente el juez no le había dicho la verdad, pero no le había mentido del todo, ya que ninguno de los testigos a los que habían tomado declaración, tanto él como la policía, estaba seguro de cuál había sido el tracto de los acontecimientos.

—No lo sé —se encogió de hombros Valdeolivos—, si usted lo dice así será, pero me imagino que sería fruto de los nervios del propio atracador. Usted mejor que yo tiene que saber a dónde puede conducir el síndrome de abstinencia.

—Es curioso —se sonrió el juez—, porque según los datos de la autopsia Agustín Mentxaka, el hombre que mató a Emiliano Etxebarria, estaba totalmente limpio. No solo no iba drogado en ese momento, sino que llevaba mucho tiempo sin meterse nada en el cuerpo.

Un nuevo encogimiento de hombros fue el sistema utilizado por Xabier Valdeolivos para mostrar su indiferencia ante lo que estaba escuchando. Indiferencia que posteriormente expresó de viva voz.

—Si usted lo dice así será, señoría, pero no sé que tiene que ver todo eso conmigo. Supongo que no me habrá citado solamente para que contrastemos opiniones y teorías sobre el caso pero, como le he explicado anteriormente, pese a que estoy dispuesto a colaborar con la justicia apenas puedo decirle nada. Desconozco los datos y circunstancias de la muerte del señor Etxebarria, salvo por lo que ha aparecido en la prensa, y mi relación con él era muy superficial.

—¿Y con el asesino? ¿Tenía usted algún tipo de relación con el asesino?

—¿A dónde quiere llegar, señor juez? ¡Claro que no!, cómo iba a conocer yo al asesino.

—De acuerdo, de acuerdo —se mostró conciliador el juez—. En ese caso, supongo que tampoco sabrá quién es Irantzu Abrisketa.

—No, desconozco totalmente quien es esa señora —en esta ocasión la expresión de Valdeolivos era de total sinceridad.

—Lo suponía. Se trata de la novia de Agustín Mentxaka, el hombre que mató a Etxebarria. Aunque no deja de ser curioso que ella sí le conoce o, mejor dicho, le ha reconocido.

—¿Que me ha reconocido? ¿Qué significa eso?

—Como ya le he dicho, Irantzu Abrisketa era la novia de Agustín Mentxaka y, por lo que ha declarado, le vio a usted, en unas cuantas ocasiones —estrictamente solo le había visto una vez, pero el juez suponía que seguramente no habría sido la única en la que ambos se habían encontrado— con Mentxaka.

—Eso no es cierto —protestó Valdeolivos, pero su cara había palidecido de repente y su voz no era todo lo firme y consistente que hubiese deseado.

—Por favor, señor Valdeolivos —sonrió el juez—, recuerde que está aquí como testigo, no como imputado, por lo que no tiene derecho a mentir. Entiendo su reacción, pero le aconsejo que me diga la verdad. Tengo un testigo que le ha visto

con Mentxaka en un bar de Basauri, cercano a la prisión, y supongo que no sería difícil encontrar más testigos que confirmen lo declarado por su novia.

Xabier Valdeolivos tragó saliva antes de contestar. Estuvo a punto de abandonar el despacho del juez o pedir un abogado, pero había visto que cuando alguien se comportaba de esa manera en las películas de intriga y misterio, todas las sospechas se cebaban en él. No entendía lo que estaba pasando, se suponía que el superior jerárquico del juez Azkarate le iba a parar los pies a este, pero algo estaba fallando.

—Bueno, es cierto —dijo al fin—, que he estado en varias ocasiones en ese bar entrevistándome con una persona, pero desconocía su identidad. Hasta este mismo momento en que usted me lo acaba de decir, no sabía que se trataba del asesino de Emiliano Etxebarria. Esa es la verdad, señoría, aunque cueste creérselo, lo admito.

Sí que costaba creérselo, pensó para sus adentros el juez, pero decidió tranquilizar al testigo diciéndole que bueno, esas cosas pasan, sí que son raras, pero hay que contar con ello, no merece la pena darle vueltas.

—De todos modos —prosiguió—, para que todo quede claro y diáfano, y no se produzcan suspicacias, sería mejor que me explicara los motivos de sus encuentros con el señor Mentxaka.

—Son motivos personales —adujo Valdeolivos, en un intento baldío de zafarse de la pregunta.

—Sí, claro, eso ya lo había supuesto, no me imagino a usted teniendo relaciones laborales o profesionales con ese señor, pero lo que quisiera saber es cuáles son esos motivos personales.

—Preferiría no contestar, señoría, es algo muy duro para mí.

—Más duro sería ser acusado de inducción o colaboración en un asesinato.

Estepan Azkarate sabía que con ese último comentario se la estaba jugando. Xabier Valdeolivos podía decidir, en ese mismo momento, no contestar a la pregunta ni a las que vinieran después y no habría conseguido sacar nada en claro, salvo confirmar su intuición de que le estaba ocultando algo. Finalmente el testigo decidió responder, aunque el juez pudo vislumbrar, examinando su lenguaje corporal y comprobando que parecía aliviado, que quizás no iba a mentirle pero que seguramente iba a adornar la verdad.

—De acuerdo, usted gana, señoría, aunque antes tendré que explicarle algo sobre mí, sin que por eso piense que me ando por las ramas.

—Explíquese como desee —le animó el juez—, tiene usted total libertad para ello.

—Bien, como quizás usted ya sepa, además de ser economista, mi auténtica profesión, y profesor universitario, soy también escritor, poeta en realidad, que es mi auténtica vocación, aunque no dé para comer tres veces al día. Bueno, en realidad no da ni para desayunar —suspiró, y ese fue el único momento de toda su declaración en el que pareció sincero—. Y como poeta, para desarrollar mejor mi percepción de la realidad y mi creatividad, pues, en fin, recurrí a métodos quizás no muy legales, pero

que en la historia han servido de catalizadores del talento de los más grandes escritores. No es algo tan raro, reconocidos autores como Jean Cocteau, William S. Burroughs, Bukowski o Truman Capote, entre otros muchos, se han servido de ello en algún momento u otro.

—Vamos, que usted también se drogaba —intervino el secretario del juzgado, que hasta entonces estaba asistiendo en silencio a la declaración, limitándose a tomar acta de lo que se decía.

—Bueno, es un modo de decirlo —asintió Valdeolivos—, aunque yo prefiero decir que he intentado expandir más allá de los límites habituales la capacidad creativa que todos tenemos dentro.

—¿Y qué tiene eso que ver con el señor Mentxaka?

—Bueno, podría decirse que era mi proveedor. O como creo que dicen ustedes, mi «camello» —por el modo de pronunciarla, parecía evidente que le disgustaba utilizar esa expresión—. Pero solo eso, tienen que creerme, es una terrible y maldita coincidencia que haya resultado ser, también, el asesino del pobre Emiliano. Sé que no puedo demostrarlo inequívocamente, pero es cierto que tan solo era su cliente. Miren, ahora estoy desintoxicándome, porque me he dado cuenta de que eso era un error y lo único que conseguía era poner en riesgo mi salud. Si lo desean puedo pedirle a mi médico que les envíe un informe, aunque preferiría que eso se mantuviera en secreto, supongo que ustedes lo entenderán.

—De momento no hará falta —le contestó el juez Azkarate—. Daré por hecho que usted me dice la verdad y en caso de no hacerlo me imagino que no le será muy difícil conseguir un informe en ese sentido. No puedo obligarle porque de momento solo es un testigo, pero ¿estaría dispuesto a ser examinado por un médico forense para corroborar lo que acaba de decirnos?

—Por supuesto, señoría, cuando usted lo desee.

—De momento no va a ser necesario. Por favor, señor Valdeolivos, le ruego que espere unos momentos mientras se imprime su declaración, para poder firmarla antes de irse.

Una hora más tarde Estepan Azkarate y María Ruiz se encontraban en un bar de la calle Ledesma, no muy lejos de los juzgados.

—¿Has podido escucharlo todo?

—Perfectamente.

—¿Y qué te ha parecido?

—Creo que hasta cierto punto dice la verdad, pero que oculta algo.

—Sí, esa misma sensación me ha producido a mí, pero no sé por dónde voy a tirar, me temo que se me están acabando las opciones. Soy un fracaso de juez —añadió con tristeza.

—De eso nada —intentó consolarle su colaboradora y amante—, has hecho mucho más de lo que cualquier otro hubiese hecho en tu lugar, pero no sirve de nada darse de cabezazos contra la pared. Quizás, después de todo tendrás que archivar el

caso.

—Sí, eso creo yo también. En fin, al menos de él habrá surgido algo bueno, nos hemos conocido —añadió agarrándola de la mano.

—Algo bueno no, algo estupendo —le corrigió entre risas María—. De todos modos no es tan grave, cualquier sumario puede reabrirse si se encuentran nuevos indicios o pruebas.

—Sí, pero ¿qué indicios o pruebas puedo encontrar si estoy fuera del caso?

—Nunca se sabe —intentó insuflarle optimismo María—, como dice el refrán, a veces por donde menos se espera salta la liebre. Además, yo de momento aún puedo actuar en mis ratos libres, con discreción, y ya sabes que Guiller, mi compañero, está también muy interesado en que se aclare lo sucedido, así que si se lo pido no dudará en ayudarnos. Incluso es posible que obtengamos un aliado inesperado.

—¿Sí? —preguntó Estepan, intrigado—. ¿De quién se trata?

—De momento no te lo puedo decir porque no estoy segura de que merezca la pena. Ya te enterarás a su debido tiempo.

—Así que ya andamos con secretos —sonrió Estepan mientras lanzaba un dedo acusador contra la agente municipal.

—Y esto es solo el principio. En el futuro habrá muchos más —se rio abiertamente María.

Cuando el juez retomó el camino hacia su despacho se sentía extrañamente feliz, pese a sus temores acerca de que en el caso Etxebarria podrían encontrarse ante un muro infranqueable, ya que había confirmado su idea de que Xabier Valdeolivos tenía la clave del asunto. Además, la vida no es solo trabajo, pensó de un modo optimista reconociendo, seguramente por primera desde que aprobó las oposiciones, que su satisfacción personal compensaba más que sobradamente una posible frustración profesional.

Su buen ánimo no decayó pese a contemplar el sombrío rostro de la auxiliar del juzgado que solía oficiar como secretaria suya. Estuvo tentado de preguntarle si se le había muerto un familiar, pero comprendió que no era un comentario de lo más oportuno. Además, intuía que esa cara propia de un funeral en día lluvioso estaba originada por él mismo y no por ningún acontecimiento de tipo familiar que afectara especialmente a su subordinada.

—Ha llamado don Jaime —le dijo nada más verle. Seguramente quería quitarse el marrón de encima cuanto antes, porque estaba claro que era un marrón, pensó el juez—. Que vaya a su despacho inmediatamente.

Estepan Azkarate le dio las gracias a la funcionaria y se encaminó hacia el despacho del presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco. Le parecía estar viviendo un *dejà vu* o, como dirían los más cinéfilos, el día de la marmota. Volvía a transitar por los pasillos por los que había transitado unos pocos días antes, pero en esta ocasión estaba convencido de que no iba a salir tan bien librado. Ahora, además de los recelos de su superior por no hacerle caso y mantener abiertas las

diligencias incoadas tras la muerte de Emiliano Etxebarria, podía añadirse que, si el padre de Natalia era tan amigo de Jaime Urizar como presumía, se sumaba una causa más de agravio. Y si a eso le sumábamos que acababa de interrogar a Xabier Valdeolivos, que era quien presumiblemente estaba detrás del propio Urizar para que se cerrara definitivamente el caso, pues blanco y en botella.

La prontitud con la que le atendió la secretaria personal del presidente consiguió que aumentaran sus celos. Estaba claro que deseaba acabar cuanto antes y normalmente, lo sabía por experiencia, las prisas no auguraban nada bueno.

Jaime Urizar era, a pesar de todo, un hombre que sabía guardar las formas y le recibió con amabilidad, invitándole a ponerse cómodo y sentarse. Cuando fue obedecido, empezó a hablar.

—En primer lugar, señor Azkarate, quiero decirle que estoy muy satisfecho del trabajo que está realizando en su juzgado. Como ya le comenté en nuestra anterior entrevista, pese al escaso tiempo que lleva entre nosotros los informes que he recibido son muy favorables para su persona, y no solo los informes, lo que yo he podido comprobar ha corroborado esa impresión general.

Estepan Azkarate se quedó un tanto descolocado al escuchar esas palabras. Había acudido hasta allí con el propósito de aguantar estoicamente un buen chorro y de repente se encontraba con que en lugar de eso, elogiaba calurosamente su labor. Sin poder ocultar su extrañeza se limitó a responder con un escueto y casi inaudible «gracias».

—No tiene por qué dárme las —protestó, alzando las manos en un gesto universal de concordia, su superior—, es de mera justicia reconocer sus méritos. Por eso mismo tengo que comunicarle que he decidido aprovechar sus cualidades y capacidad de trabajo para poner orden en el partido judicial de Gernika. Como seguramente sabe, hay dos juzgados que llevan un par de meses vacantes lo que ha originado que se acumulen los retrasos y se produzca un considerable malestar entre los justiciables. Por eso he decidido enviarle allí en comisión de servicios. Estoy convencido de que no nos defraudará y en poco tiempo podrá arreglar los desaguisados que se están produciendo en esa localidad.

—Le agradezco su confianza, señor Urizar, pero no sé si voy a poder atenderlos correctamente, no quisiera que los asuntos que llevo en mi juzgado se vieran perjudicados, no sé si me entiende.

—Le entiendo, claro que le entiendo. Creo que los dos nos entendemos perfectamente —se endureció la expresión de Jaime Urizar al hablar—, así que sobran las palabras. Su compañero del juzgado número tres se hará cargo de sus asuntos y usted, mañana mismo, tomará posesión de su nuevo destino en Gernika. La orden de comisión de servicios ya está firmada y en vigor, así que no hay nada más que hablar sobre el tema. Puede usted retirarse.

Cuando volvió a su despacho, para despedirse de quienes habían estado trabajando con él y recoger sus cosas, Estepan era consciente de que cuando su

superior le había instado a retirarse, no solo se refería a su despacho sino, sobre todo, al asunto del asesinato de Emiliano Etxebarria. Xabier Valdeolivos, o quien estuviera manejando los hilos, se había movido con celeridad y tenía la capacidad y el poder suficientes para influir en las decisiones del propio presidente del Tribunal Superior de Justicia.

Era evidente que no podían suspenderle, porque hasta el momento su instrucción había sido impecable, pero si podían trasladarle por motivos de urgencia, y eso es lo que habían hecho. Podía protestar, incluso elevar una queja al Consejo General del Poder Judicial, pero sabía que iba a ser en vano, en el mejor de los casos la posible resolución favorable a sus intereses tardaría meses en llegar. Cabía también la posibilidad de convocar a la prensa, pero no estaba seguro de que esa fuese una buena opción. Incluso si parte de los periodistas se posicionaran a su favor, estaba convencido de que no todos lo harían y, muy posiblemente, solo encontrara eco en los medios más sensacionalistas. Además, era consciente de que a la inmensa mayoría de sus colegas no les gustaba que se lavaran los trapos sucios en público y un hecho así podría ponerle en una posición más incómoda de la que ya tenía.

Sacó su móvil del bolsillo para contarle las últimas novedades a María mientras mentalmente se preparaba para acudir al día siguiente, como un funcionario disciplinado y cumplidor de sus obligaciones, a hacerse cargo de los juzgados de Gernika.

Xabier Valdeolivos volvió a comprobar por segunda vez los resultados. No se había equivocado en la primera ocasión, el número de suspensos había aumentado en un doscientos cincuenta por ciento. No era nada lógico ni habitual, conocía a sus alumnos y sabía que eso era imposible. Tendría que volver a corregir los exámenes, lo que suponía un trabajo muy tedioso así como una estúpida pérdida de tiempo. Estaba claro que la entrevista con ese juez de tres al cuarto le había puesto nervioso, extremadamente nervioso. Menos mal que, por lo que le habían dicho, había sido ya apartado del caso, pero aún así no pudo evitar que un claro sentimiento de intranquilidad se adueñase de su persona.

Quizás después de todo, pensó, volver a efectuar una labor tan rutinaria como el corregir los exámenes me calme, y durante las dos horas siguientes se aplicó a ello. Cuando acabó de revisarlos comprobó con satisfacción que todo volvía a la normalidad, incluyendo el porcentaje de estudiantes suspendidos. En la ocasión anterior se había dejado llevar por la ira contenida que había tenido que esconder en su interior mientras le tomaban declaración, y la había descargado contra sus alumnos, pero ahora volvía a estar todo controlado. Ahora volvía a ser él mismo.

Sí, estaba más tranquilo y relajado, pero su inquietud no desaparecía del todo. Aunque habían conseguido neutralizar a Estepan Azkarate, se había acercado mucho, demasiado, a la verdad. Sabía que era casi imposible que la descubriera, pero eso era precisamente lo que le desazonaba, que era «casi imposible», no «totalmente imposible». Y además también estaba metiendo las narices ese profesorcillo con ínfulas de literato, Asier Uribe. En mala hora se le ocurrió a Luzarraga contratarle. Él mismo intentó disuadirle, pero cuando al empresario se le metía algo entre ceja y ceja, nadie era capaz de torcer su voluntad, por lo que prefirió no insistir para no poner en riesgo su puesto en la editorial.

Es verdad que a Uribe lo único que le interesaba era encontrar el maldito manuscrito perdido, no husmear en las circunstancias de la muerte de Emiliano Etxebarria, pero en su investigación podría encontrarse con aspectos colaterales que a él no le interesaba que se encontraran. Además, había sido policía hacía muchos años en Nicaragua y aunque seguramente en esos países tercermundistas las técnicas de investigación no eran comparables con las de los protagonistas de la serie televisiva CSI, algo le habría quedado de esa experiencia, algo que quizás podría utilizar para tocarle los cojones. Y a Xabier Valdeolivos, en eso coincidía con el cien por cien de la población mundial, no le gustaba que le tocaran los cojones.

Por otra parte, si había algo que odiaba era quedarse quieto, lo que a él le gustaba era actuar, adelantarse a los acontecimientos, así que decidió que debía seguir moviendo sus fichas. El juez ya estaba prácticamente anulado, había llegado el momento de hacer lo propio con el profesor de Literatura. Cogió su teléfono móvil e hizo una llamada.

—Tenemos que hacer algo con Asier Uribe —dijo sin más preámbulos cuando le contestaron—, no podemos permitir que siga con su seudoinvestigación, no vaya a ser que descubra algo más de lo que debe.

— ...

— De acuerdo. Supongo que es lo mejor que podemos hacer. ¿Te encargas tú?

— ...

—Muy bien. En ese caso me ocuparé yo en persona. No, no, ningún problema. Tan solo espero que con esto acabemos de una puta vez con este enojoso asunto. Seguiremos en contacto.

Cuando cortó la comunicación vio reflejado su rostro en el cristal que protegía su mesa. Ya no tenía el aspecto arrogante y satisfecho de hacía unos días. Lo que en ese momento estaba viendo era la cara de un hombre que no sabía si al final del camino le esperaba la gloria o el cadalso.

La página web de Beta-Gamma-Delta Basque Consulting, S. L. tenía un diseño tan efectista y alambicado que al principio Asier Uribe tuvo serias dificultades para navegar dentro de ella, pero pronto le cogió el truco y consiguió orillar lo que en un primer momento le dio la impresión de ser una labor de titanes. Al parecer estaba diseñada de forma que transmitía una imagen corporativa de modernidad, sin que eso impidiera que sus hipotéticos visitantes accediesen a la información que deseaban encontrar, aunque al principio les costase un poco más de lo habitual dar con la clave. Por fortuna, Asier no tardó en dar con ella y pronto pudo acceder a lo que le interesaba, aunque tan solo a lo más superficial.

Como su denominación indicaba, BGD Basque Consulting era una empresa que llevaba pocos años abierta, pero que se había consolidado como uno de los despachos más importantes en los ramos de la asesoría jurídica, financiera y de relaciones laborales. Incluso tenía una sección dedicada a la representación de actores y deportistas. Se preguntó si también ejercerían, llegado el caso, como agencia literaria, pero nada en la web parecía indicar que así lo hicieran. Evidentemente actores y futbolistas de elite proporcionaban muchos más beneficios que poetas y novelistas de mala muerte.

Aunque no conviene fiarse mucho de las fotografías que se recogen en las páginas web de Internet, ya había tenido más de una desagradable experiencia al contratar hoteles para sus vacaciones, las que aparecían en las páginas de BGD Basque Consulting parecían indicar que sus despachos eran espaciosos, luminosos, de diseño moderno y, aunque no daban una sensación de ostentación, bastante lujosos. Trabajar allí tendría que ser estupendo, pensó Asier, sobre todo si los sueldos estaban en consonancia con los locales. Además, estos estaban situados en plena Gran Vía de Bilbao, junto a la plaza Circular, cerca de las más importantes entidades financieras instaladas en la villa.

Al más puro estilo norteamericano aparecían también las fotografías y currículos de lo que en la propia página web denominaban el staff, es decir, los socios y directivos más importantes de la consultora. Asier no conocía a ninguno de ellos, no se movía en esos círculos, aunque algunos apellidos le sonaban bastante, la mayoría de ellos debían ser vástagos de las familias más prominentes de la margen derecha de la ría. Pero ninguno de esos apellidos coincidía con los que habían ido apareciendo a lo largo de su búsqueda.

Todo eso era muy interesante, pensó Asier, pero no le servía para nada. Lo que él necesitaba saber era por qué esa consultora cobraba las mismas cantidades que se le abonaban a Emiliano Etxebarria supuestamente en concepto de derechos de autor y en los mismos períodos, pero esa información, obviamente, no se facilitaba en la página web. Lo más factible era que la consultora fuese una simple intermediaria y que tras haberse ingresado en su cuenta las cantidades abonadas por Ediciones

Luzarraga, las derivara, una vez retirada su propia comisión, a algún cliente, cliente que, casi con total seguridad, era el auténtico autor de las novelas firmadas bajo el seudónimo de Colt Duncan por Emiliano Etxebarria. Parecía una hipótesis agarrada por los cabellos, admitió Asier, pero era la única que encajaba con los datos que hasta ese momento había conseguido recopilar.

Es cierto que en una de las secciones de la página se recogía una lista de clientes, pero se trataba de instituciones o grandes empresas (Gobierno Vasco, Diputación Foral de Bizkaia, BBVA, Kutxabank, MCC, Universidad de Deusto) que seguramente habían dado permiso para que se utilizara su nombre como reclamo publicitario, aunque no aparecieran datos concretos sobre los servicios que se les había proporcionado, pero no se imaginaba al Lehendakari ni al consejero delegado del antiguo Banco de Bilbao escribiendo novelas del oeste. El cliente tenía que ser un particular cuyo nombre estaría guardado bajo siete llaves, en aras de la tan cacareada confidencialidad asesoría-cliente. Y no sabía cómo iba a conseguir ese nombre.

Además, había una cosa muy extraña. Hasta ahora no había caído en la cuenta, pero toda su investigación se basaba en un absurdo. Si como habían empezado a sospechar Aintzane y él, Emiliano Etxebarria no era Colt Duncan, ¿por qué el auténtico autor, ya fuese Xabier Valdeolivos u otro escritor desconocido, no daba señales de vida? Y más teniendo en cuenta que, a tenor de los ingresos del charcutero, que eran tan solo el cincuenta por ciento de los derechos de autor, las cantidades que había en juego eran francamente elevadas. No era tan complicado elaborar un montaje que facilitara las cosas pese a que Etxebarria había aparecido, tras su asesinato, como el autor de las más famosas novelas populares de los últimos tiempos. Se hacía constantemente, ese mismo año iba a publicarse en el Reino Unido una nueva novela protagonizada por James Bond, aunque Ian Fleming llevara casi cincuenta años muerto. Era cuestión de pactar con sus herederos para que estos concedieran el permiso para la continuación de la saga por parte de otros escritores. Un buen negocio en el que todos salían ganando. ¡Si hasta se había escrito una secuela de «Lo que el viento se llevó»! Conociendo la codicia de Rosendo Etxebarria, seguramente habría aceptado, a cambio de unos honorarios similares a los de su difunto hermano, que otro escritor, que también se escondería bajo la capa del anonimato, continuara narrando las aventuras del más famoso pistolero del Far West. ¿Por qué no se había hecho eso?

Si estaba en lo cierto, pensó Asier, el caso daba un giro de ciento ochenta grados. Ya no se trataba tanto de encontrar el último manuscrito inédito creado por Colt Duncan, como de hallar al auténtico autor. Y, sobre todo, ¿por qué aún no había dado la cara, al menos ante la editorial, si deseaba mantener su anonimato frente al gran público, y renunciaba a seguir explotando lo que era una mina de oro? Podría haber una razón, pero cuando pensó en ella a Asier le entró un sudor frío y optó por desecharla. Aunque, pese a sus esfuerzos, continuaba allí, instalada en su cerebro.

Sacó su móvil, pero inmediatamente volvió a guardarlo en el bolsillo. No le

parecía prudente usarlo. En lugar de ello salió a la calle a buscar una cabina telefónica. Antiguamente la ciudad estaba repleta de ellas, aunque en la actualidad, con la proliferación de teléfonos móviles, *smartphones*, *ipads*, *iphones* y toda la fauna acabada en «phones», encontrar una y que además no estuviese fuera de servicio constituía una ardua tarea. Tuvo suerte porque solo necesitó algo más de diez minutos para lograrlo, en la calle Iparragirre, no muy lejos de la intersección con Egaña. Además, funcionaba. Y para mayor felicidad, tenía las monedas suficientes para efectuar la llamada. Parecía su día de suerte, igual tendría que comprarse un décimo de lotería o el supercupón de la ONCE.

Una voz cálida y cordial, muy acorde con las funciones que seguramente debía desempeñar en la consultoría, le dio las buenas tardes y le preguntó qué deseaba.

—Muy buenas —respondió él, intentando ser igual de relamido que su interlocutora—. Mire, soy un cliente que tiene una duda sobre una transferencia que recibí hace muy poco tiempo y quería hacerles una consulta.

—Lo mejor será que se acerque a nuestras oficinas. Comprenderá que son datos confidenciales y no se pueden proporcionar por teléfono. La confidencialidad es una norma indispensable en nuestro trabajo. Me imagino que lo entenderá perfectamente, ya que es una garantía para nuestros clientes de que nadie ajeno a ellos tiene acceso a los mismos.

—Sí, por supuesto, y es una de las razones que me hizo confiar en ustedes para que llevaran mis asuntos, pero en estos momentos me encuentro lejos de la ciudad, hasta dentro de quince días no volveré a Bilbao, y me urge obtener esa información. Además, no se trata de pedirles ningún dato que no puedan darme por teléfono. Mire, se trata solo de que me confirmen algo que yo ya sé, pero necesito estar seguro al cien por cien.

—Sigue tratándose de algo irregular, pero si efectivamente vemos que es posible proporcionárselo, lo haremos.

Asier Uribe no sabía si ese «lo haremos» se debía a que la mujer que le había respondido a su llamada hablaba en plural mayestático o a que tenía el altavoz puesto y algún compañero o superior jerárquico le estaba dando instrucciones. Cuanta más gente está metida en el ajo, más difícil es convencerles de que hagan algo para lo que no se sienten muy predispuestos, pensó. De todos modos eso no dependía de él, además, podía tratarse tan solo de una expresión corporativa, ahora había libros de estilo para todos los oficios y profesiones.

—Mire, hace un par de meses procedieron a efectuar un abono en mi cuenta —le dio los datos concreto de fecha y cantidad—, y quería saber si son correctos.

—¿Nos puede indicar su número de cuenta?

—Lo siento, pero no me la sé de memoria y no llevo ningún recibo encima, no se me ocurrió meterlo en mi equipaje antes de salir de Bilbao.

—En ese caso, díganos su nombre —la voz seguía siendo dulce, pero había aparecido un preocupante deje de firmeza.

—Xabier, Xabier Valdeolivos —dijo finalmente, tras pensárselo unos segundos.

—Usted no es el señor Valdeolivos. ¿Quiere decirnos de verdad quién es y qué es lo que desea? Porque suplantar la personalidad de otra persona es un delito, y más si con ello se quiere proceder a una estafa o a acceder a datos protegidos por la ley.

La voz seguía siendo de mujer, pero era más áspera y dura que la de la telefonista. Seguramente se trataba de una de las socias de la consultora. Se la imaginó como una perra de presa, una señorita Rottenmeier con el título de abogada o auditora de cuentas, aunque sabía que calificarla de esa manera era algo completamente injusto, él en su caso habría actuado de forma similar o quizás peor.

De todos modos la jugada no le había salido nada mal, porque indirectamente había conseguido lo que andaba buscando. Si la Rottenmeier vasca sabía que él no era Xabier Valdeolivos tenía que deberse a que conocía perfectamente su voz y, si descartaba la posibilidad de que fueran amantes o familiares consanguíneos, parecía lógico establecer la premisa de que era cliente suyo. Quizás no podía asegurar al cien por cien que el economista poeta fuera el auténtico autor de las novelas de Colt Duncan, pero sí que tenía indicios más que suficientes para sospecharlo con cierto fundamento.

Tardó unos pocos segundos en hacerse esas reflexiones, pero afortunadamente su situación no era como la de los delincuentes en los secuestros de las películas, en las que los policías encargados del caso le piden al familiar o amigo que ha cogido el teléfono que retenga lo máximo posible a la persona que se ha puesto en contacto con ellos, para localizar la llamada. Como mucho podría aparecer el número desde el que les estaba hablando, si se trataba de uno de esos modernos aparatos, y suponía que en la consultoría estarían a la última en novedades tecnológicas, pero como correspondía a una cabina poco podrían hacer con ese dato.

Al advertir su silencio, la émula bilbaína de la señorita Rottenmeier continuó ladrando y exigiendo que le dijera quién era y lo que pretendía, por lo que decidió cortar la comunicación, pero no se resistió a hacerlo en silencio, así que le dijo que pronto recibiría noticias suyas.

—Y no serán muy agradables, se lo advierto. Soy inspector de la Hacienda Foral de la Diputación de Bizkaia y les llamaba como parte de una investigación en marcha sobre los negocios de algunos de sus clientes. Pero viendo su nula disposición para colaborar con la Administración, creo que les tendremos que incluir en nuestro listado negro de asesorías defraudadoras.

Sabía que no se lo iban a creer, pero siempre había deseado hacer un mutis por el foro de ese tipo, así que cuando colgó el teléfono tenía una sonrisa de oreja a oreja, y esa sonrisa se ensanchó cuando, al volver a su domicilio y acceder al correo electrónico, apareció un mensaje de Xabier Valdeolivos en el que le pedía que le llamara, y le proporcionaba un número de teléfono diferente a los que había utilizado hasta el momento. ¿Era casualidad o las cosas se estaban precipitando por momentos? Pese a su impaciencia por saber qué quería de él el asesor literario de Ediciones

Luzarraga, decidió dejar pasar un buen rato antes de llamarle.

Para matar el tiempo y no dejarse vencer por la tentación de contactar con Valdeolivos antes de lo que tenía previsto, decidió ver en su ordenador, por enésima vez, «El halcón maltés». Se sentía como Humphrey Bogart haciendo de Sam Spade. Sabía que era una idea absurda e irreal, pero le gustaba imaginarse de esa guisa. Y bien mirado, el manuscrito inédito de Colt Duncan, ¿no podía ser una versión actualizada y bilbaína de ese halcón rebosante de piedras preciosas que la Orden de Caballeros de Malta había regalado al emperador Carlos? Una versión muy diferente, por supuesto. Aintzane quizás podría ser Effie Perine, la secretaria de Spade, aunque seguramente su novia rechazaría esa equiparación, pero no se imaginaba a Emiliano Etxebarria como un sosias de Miles Archer, el asesinado detective que compartía despacho con Spade. Además, faltaban personajes, no había nadie similar a Casper Gutman, el Hombre Gordo (Xabier Valdeolivos no encajaba en el perfil) ni a su subordinado, el relamido Joel Cairo y, por supuesto, no había nadie equiparable a Brigid O'Shaughnessy, lo que bien mirado no dejaba de ser lamentable y le quitaba romanticismo a todo el montaje que había levantado su calenturienta mente.

Acabada la película y vuelto a la realidad, decidió llamar, por fin, a Valdeolivos. Debía estar esperando su llamada, porque contestó casi sin dar tiempo a que sonara la primera señal.

—¿Señor Uribe?

—Sí —contestó el aludido—. He visto su correo electrónico y le he llamado en cuanto he podido. ¿Qué deseaba?

—En primer lugar, que deje de meter la nariz en mis asuntos.

—No le entiendo, señor Valdeolivos, no sé a qué se refiere.

—A que deje de hurgar en mi vida privada. He recibido una llamada de la asesoría que lleva mis asuntos y me han dicho que les ha llamado haciéndose pasar por mí.

—Eso es imposible. Jamás se me ocurriría hacer algo así, además ni siquiera sabía con qué asesoría trabaja usted —protestó a sabiendas de lo cínicas que sonaban sus palabras y sin mucho entusiasmo. Ambos interlocutores sabían de qué estaban hablando, y esas solo eran las fintas preliminares de dos esgrimistas consumados antes de que empezara el momento de emplearse a fondo con los sables.

—Por favor, señor Uribe, no me haga perder el tiempo. Admito que puede ser indemostrable, pero los dos sabemos que usted se ha puesto esta misma tarde en contacto con BGD Basque Consulting haciéndose pasar por mí y preguntando sobre unos abonos realizados en una cuenta corriente, coincidentes con los que recibía puntualmente Emiliano Etxebarria.

Asier Uribe no había mencionado en ningún momento al charcutero mientras conversaba con la asesoría, pero no se le ocurrió pensar que había sido un desliz de Valdeolivos. Sencillamente, este le dejaba ver parte de sus cartas y esperaba a ver si aceptaba el envite e incluso elevaba la apuesta.

—Quizás tenga usted razón, lo mismo que los dos sabemos que Emiliano Etxebarria no era el auténtico autor de las novelas de Colt Duncan —aceptó finalmente el reto Asier.

—¡Ah!, ¿no? ¿Quién era entonces? —no había el menor asomo de sorpresa en las palabras de Xabier Valdeolivos.

—Creo que usted —la partida no podía acabar en tablas, pensó Asier Uribe pasando de la esgrima y el póquer al ajedrez, pronto no le iban a quedar juegos populares en los que inspirarse, así que lo mejor que podía hacer era arriesgar sus piezas para ver si de ese modo ponía en aprietos al rey.

—¿Sí? ¿Eso cree? —tampoco ahora se notaba el menor tono de extrañeza en la contestación de su interlocutor.

—Estoy convencido de ello.

—¿Y si le digo que está en un error?

—Convénczame de ello diciéndome la verdad.

—Voy a hacer algo mejor. Le voy a enviar por correo electrónico, a la misma dirección que he utilizado para pedirle que me llamara, el manuscrito que usted estaba está buscando, la última novela de Colt Duncan.

De repente Asier Uribe se sintió como si fuera a él a quien hubiesen dado jaque mate. No tenía muy claro qué esperaba sacar de su conversación con Xabier Valdeolivos, pero en ningún momento había fantaseado con que le enviaran el maldito manuscrito.

—¿Sigue usted ahí, señor Uribe? —la voz socarrona de Valdeolivos cortó sus pensamientos—. ¿Qué le parece mi oferta?

—No entiendo —dijo finalmente Uribe—. ¿Está usted en posesión del manuscrito cuya búsqueda me encargó el señor Luzarraga?

—Pues claro. ¿Cómo, si no, podría enviárselo? No entiendo sus reticencias, le ofrezco remitirle, en escasos segundos, lo que lleva buscando denodadamente los últimos días, y no parece hacerle mucha ilusión. No, si ya se suele decir, nunca estamos contentos con nada. Mire, señor Uribe, no sé si usted tendrá todo el tiempo del mundo, pero yo soy un hombre muy ocupado, así que le ruego que me dé una respuesta cuanto antes. ¿Desea que le envíe el manuscrito o no?

—Por supuesto que sí, pero antes quisiera que me respondiera a algunas preguntas.

—Me imagino cuáles son, así que no hará falta que me las haga. En primer lugar, no le voy a decir durante cuánto tiempo ha estado en mi poder ni por qué permití a don Mariano Luzarraga que le contratara. Tampoco voy a ratificar su teoría de que yo soy el auténtico Colt Duncan. Si usted piensa de ese modo está en su derecho, pero me temo que se va a quedar con las ganas de saberlo a ciencia cierta. Por supuesto, el señor Luzarraga no deberá enterarse nunca de esta conversación ni de cómo llegó a sus manos la última novela protagonizada por Colt Duncan. Esto es importante si quiere conservar el adelanto que el editor le dio y cobrar el resto del importe

prometido, así como publicar los tres libros de los que usted es autor. Y por último, una vez entregado el manuscrito y obtenida su remuneración, tanto en metálico como en especie, se olvidará para siempre del manuscrito y de las circunstancias que han rodeado su búsqueda. Y también de mi humilde persona, por supuesto —lo de «humilde» lo pronunció de una manera que estaba claro que se trataba de una ironía, si había en Bilbao alguna persona que pudiera presentarse como ejemplo de prepotencia, orgullo y altivez, esa persona era, sin la menor duda, Xabier Valdeolivos—. ¿He disipado ya todas sus dudas, señor Uribe?

—La verdad es que sí.

—¿Y está de acuerdo con todo? Si lo piensa bien, usted consigue lo que buscaba, el manuscrito, y a cambio obtiene su paga, así que lo que le pido, que se olvide de todo el asunto, es lo que habría hecho si hubiese accedido a él por medio de otras vías.

Xabier Valdeolivos tenía razón en ese aspecto y así se lo reconoció Asier Uribe, que también le dijo que por él no había ningún problema en actuar como le pedía su interlocutor.

—Eso espero, señor Uribe, eso espero. Le conviene a usted más que a mí cumplir lo prometido. Dentro de unos segundos le enviaré por correo electrónico el manuscrito, confío en que sepa hacer buen uso de él —y sin decir nada más cortó la comunicación.

No fueron unos pocos segundos, pero cinco minutos más tarde, procedente de la misma dirección de correo electrónico con la que le había pedido que le llamara por teléfono, Valdeolivos le enviaba un mensaje en cuyo asunto rezaba la expresión «el manuscrito perdido». El mensaje no llevaba texto alguno, ni siquiera de cortesía, pero adjuntaba un archivo titulado «La última novela de Colt Duncan». Abrió el documento y empezó a leerla. Y, aunque no era un experto en la obra de Colt Duncan, por lo que pudo leer le dio la impresión de que el manuscrito era auténtico. Aún no entendía lo que había ocurrido, o quizás sí pero prefería no meterse en ciertos fregados pese a su idea anterior de remedar a Sam Spade. Lo único importante en esos momentos era que dentro de pocos días acudiría al despacho de Mariano Luzarraga con un ejemplar impreso de la obra desaparecida y, además de la publicación de sus propios manuscritos y una generosa cantidad en euros, se habría ganado su eterna gratitud, lo que podría suponerle beneficios adicionales en el futuro.

Aún se encontraba leyendo los primeros capítulos de la novela cuando sonó el timbre. Entonces comprendió que sus problemas no habían acabado. Pese a que el tipo que se encontraba al otro lado de la mirilla no vestía de uniforme, algo le decía que tenía el inequívoco aspecto de ser policía. Se preguntó si sería como el complaciente y amistoso sargento Polhaus o más bien arisco y hostil como el teniente detective Dundy. Aprensivo, abrió la puerta y preguntó al hombre que había estado esperando en el descansillo quién era y qué deseaba.

El así interpelado, sacó un carné profesional y se lo enseñó.

—Me llamo Guillermo Ostolaza y soy agente de la Policía Municipal de Bilbao. Si es tan amable me gustaría charlar un rato con usted.

—Por supuesto, agente. Pase usted, pero no entiendo para qué me necesita. ¿Ha ocurrido algo? —preguntó, aún conociendo de antemano la respuesta.

—Bueno, no hoy mismo sino hace unos días, pero sí que ha ocurrido algo, algo sobre lo que quizás usted pueda ayudarnos. Tal vez se lo esté imaginando, me refiero al asesinato, en la charcutería que regentaba, de Emiliano Etxebarria. El hombre que escribía las novelas del Oeste protagonizadas por Colt Duncan.

Las guerras siempre producen daños colaterales, aunque sean guerras entre ranchos del extenso territorio de Wyoming. Duncan McFree no necesitaba que viniera George Bush desde el futuro para explicárselo, lo sabía desde que empezaron a salirle los dientes, lo que no esperaba es que todo sucediera tan pronto y de un modo tan doloroso.

Cuando vio cómo se acercaba el *sheriff* al «LaVerne Ranch», al galope y con el semblante desencajado, lo comprendió, y no pudo evitar que se le ensombreciera el semblante. El *sheriff* era un hombre honrado, se había percatado desde el primer momento pese a sus desencuentros, y después de que el asesinado juez Luger hubiese hablado con él sabía que no le iba a generar problemas. Por eso, cuando le vio, supo que aunque los problemas no iban a proceder de él, los había y muy serios, además.

—¿Qué ocurre, *sheriff*? —le preguntó mientras le ayudaba a bajar del caballo.

—Estoy exhausto —fue su respuesta—, he venido hasta aquí corriendo como alma que lleva el diablo. ¿No tendrías un vaso de *whisky* para un viejo vaquero que lleva más de una hora tragándose el polvo del camino?

—Por supuesto, *sheriff*. Venga a la casa que le atenderemos como es debido.

Un rato después un *sheriff* ya repuesto del esfuerzo se reunía en el comedor de la vivienda con Duncan McFree, Susan LaVerne y Tom Zacharias, el periodista. El *sheriff* había insistido en que este último estuviera presente y McFree sospechaba que esa insistencia estaba originada solamente por la condición profesional de Zacharias.

—Teníais razón —dijo por fin cuando los tres pares de ojos presentes se fijaron en él—, Kane no se ha quedado quieto y ha desencadenado las hostilidades.

—¿Qué es lo que ha hecho? —se adelantó a preguntar el periodista, que intuía que lo que iba a decirles el *sheriff* le afectaba profundamente.

—Ha colgado a Jerry.

—¿A Jerry? ¿Al pequeño Jerry? —le preguntó, poseído de un repentino temblor, Zacharias.

—Sí, al pequeño Jerry.

Tom Zacharias era un periodista veterano, curtido en mil batallas, no solo de las impresas, que había visto mucho y vivido aún más, pero no pudo evitar que unas traicioneras lágrimas se escaparan de sus ojos y recorrieran sus mejillas. Jerry, el pequeño Jerry como le había llamado, era uno de los «Irregulares del Sun». Un chiquillo de apenas trece años que por su desparpajo e ingenio naturales se había erigido, casi desde el primer momento, en el líder natural del grupo de niños que le ayudaba en sus investigaciones. Si Zacharias hubiese tenido una vida más apacible y normal y hubiese sentado la cabeza casándose con una buena mujer del Oeste, como había sido siempre el deseo de su difunta madre, Jerry era el hijo que habría deseado tener.

—¡Malditos bastardos! —dijo finalmente, rompiendo el silencio que se había

establecido, en parte por la conmoción de la noticia pero, sobre todo, como muestra de respeto a su persona—. ¿Cómo ha sido? ¿Cuándo ha ocurrido?

—Esta misma mañana. Mientras la madre de Jerry, ya sabes que era huérfano, estaba en la granja, dando de comer a las gallinas, se han acercado unos cuantos hombres del «Kane Ranch» y le han hecho su prisionero, llevándole contra su voluntad al pueblo. Luego, tras un remedo de juicio en el que se le acusaba de chivato, espía y traidor, le han colgado de uno de los árboles que hay junto a la plaza. Del más grande, el que llamamos en el pueblo «el árbol del ahorcado».

—¿Y nadie hizo nada? ¿No pudiste tú evitarlo? —gimoteó Zacharias.

—Lo siento —se disculpó, compungido, el *sheriff*—. Lo siento en el alma, Tom.

—El *sheriff* no tiene culpa de nada —intervino por primera vez Duncan McFree—. Enfrentarse a los hombres de Kane, en esas condiciones, era un suicidio con total seguridad. Pero ese crimen no debe quedar impune, tenemos que hacer algo.

—He intentado reclutar a la gente del pueblo, para que se unieran a mí y poder así combatir a los hombres del «Kane Ranch», pero ha sido en vano. Y que conste que les entiendo, casi todos tienen sus ocupaciones, su familia, y saben que enfrentarse a Silver Kane y sus pistoleros es más peligroso que cabalgar a ciegas por el borde de un barranco. No son cobardes, pero no quieren participar en una guerra que consideran perdida de antemano.

—Las guerras solo se pierden cuando se huye —habló, por primera vez, Susan LaVerne.

—Admiro tu valor, Susan —le replicó McFree—, pero eso no es totalmente cierto. Recuerda al general Custer, no huyó de Caballo Loco y fue derrotado estrepitosamente.

—Custer era un imbécil obsesionado por masacrar indios —contestó, furiosa, Susan.

—En eso llevas razón, y por eso mismo, precisamente, conviene que seamos más inteligentes que él y pensemos, con frialdad y detenimiento, cuál debe ser nuestro siguiente paso. Está claro que aunque el más afectado personalmente por la muerte del pequeño Jerry eres tú, Tom —se dirigió al periodista—, el mensaje va dirigido a todos nosotros y muy posiblemente a mí, que en los últimos tiempos me he dedicado a desbaratar sus planes, pese a que nunca he querido meterme en este tipo de guerras.

Sus tres compañeros asintieron en silencio y finalmente fue el *sheriff* quien le preguntó si tenía algún plan.

—Sí —contestó McFree—. Acabar con Silver Kane y los suyos.

—Así me gustan los planes —replicó, extrañamente alegre, Tom Zacharias, mientras cogía la botella de *whisky* y bebía a morro un gran trago—, limpios, sencillos y eficaces.

—A mí también me gusta tu plan —comentó, irónica, Susan—, pero quizás tendrías que concretarlo un poco más.

—Esperemos a la noche, y entonces llegará nuestro momento —contestó, con una

sonrisa enigmática Duncan McFree, cuya mente parecía estar en ebullición. Quizás todavía no tuviera en su cabeza un esquema muy concreto, pero seguramente no tardaría en ajustar las ideas que le estaban viniendo a la cabeza y muy pronto podrían ponerse en acción.

Como ocurre inevitablemente desde el momento en el que Dios dedicó siete días a crear el mundo —en aquella época aún no se conocía la «teoría del Big Bang»—, al día le sucedió la noche y muy pronto la oscuridad envolvió el rancho de los LaVerne y sus tierras aledañas.

—Ha llegado la hora —le dijo solemne Duncan McFree al *sheriff*—. Cojamos nuestros caballos y dirijámonos al pueblo.

—Esperadme, que voy con vosotros —oyeron, de improviso, decir a Zacharias, que corría hacia ellos.

McFree y el *sheriff* miraron extrañados al periodista. Se encontraban en el establo, subiéndose a sus respectivas monturas, y la aparición de su amigo, vestido con ropas de vaquero y colgando en su cintura dos relucientes pistolones, les causó más extrañeza de la que podría haberles originado, si hubiesen sido capaces de viajar al futuro, la contemplación de un lienzo de Andy Warhol.

—No hagas el tonto, Tom —le dijo el *sheriff*—. Sé perfectamente lo que sentías por el pequeño Jerry, pero lo único que vas a conseguir con eso es distraernos y, posiblemente, que te maten. Deja que nosotros dos nos encarguemos de Silver Kane y sus pistoleros.

—Solo sois dos hombres —le replicó Zacharias—. Os vendrá bien la ayuda de un tercero.

—No si ese tercero es un lastre. Lo siento, Tom, tú eres muy bueno en lo tuyo, pero esta guerra no se va a decidir en un periódico con tinta impresa, sino en la vida real y con esto —golpeó sus pistolas y su rifle.

Mientras el *sheriff* y el periodista se enzarzaban en una interminable discusión, Duncan McFree se había dedicado a observar a Zacharias. El modo en el que se había colocado sus armas, sin ser concluyente al cien por cien, le indicaba que sabía manejarlas. Y las palabras de Keith Luger sobre cómo habían pacificado Boulder y unas cuantas ciudades más de Colorado, Kansas y Nevada parecían cobrar ahora otro significado.

—Yo que usted no me preocuparía, *sheriff* —dijo finalmente—. Creo que no es la primera vez que el viejo Tom combate en este tipo de guerras.

El *sheriff*, pese a su escepticismo inicial, acabó aceptando con un simple encogimiento de hombros y cuando los tres estuvieron acomodados en sus respectivas monturas salieron del rancho rumbo a Laramie. La Luna parecía no querer contemplar lo que en pocas horas iba a ocurrir y había decidido ausentarse del firmamento, por lo que la noche mostraba su lado más oscuro y espeso. Afortunadamente las cabalgaduras conocían de memoria el camino que llevaba a la ciudad, por lo que el trayecto no se les hizo difícil, pese a que los tres jinetes

cabalgaban en silencio, cada uno sumido en sus propios y fúnebres pensamientos.

—Seguramente nos están esperando —dijo Tom Zacharias, cuando ya podían divisar a lo lejos la ciudad.

—Mejor —contestó McFree—. Ya sabes lo que dice el refrán, «el que espera, desespera».

A Laramie se entraba por una calle larga y estrecha, que desembocaba en la plaza. Justo en el mismo lugar en el que el cuerpo del pequeño Jerry colgaba de una soga.

—Es el momento de bajarse de los caballos —ordenó McFree, predicando con el ejemplo.

Sus dos compañeros acataron sus órdenes e hicieron lo propio. Luego, Duncan McFree cogió un fardo que había estado arrastrando desde que salieron del rancho y sobre el que, pese a las insistentes preguntas de sus compañeros, no había comentado nada, y lo desembaló.

—¿Qué es eso? —preguntaron el *sheriff* y Tom Zacharias, casi al unísono.

—Dos maniqués —contestó mientras los sacaba del fardo y los colocaba encima de los caballos—. Solo he traído dos, porque no sabía que nos ibas a acompañar —aclaró, dirigiéndose a Zacharias—, pero no creo que haya problemas. De noche todos los gatos son pardos. Y quien habla de gatos puede hablar también de caballos y de sus jinetes. La única diferencia es el tamaño y, cuando no hay luz, lo único que se pueden ver son sombras. En este caso, las sombras de los maniqués.

—¿Qué es exactamente un maniquí? —el *sheriff* se rascó la cabeza mientras lo preguntaba, en señal de desconcierto. Desconcierto que debía ser muy elevado, ya que olvidó quitarse el sombrero antes de proceder al pertinente rascamiento.

—Es un muñeco a escala natural que suelen utilizar las tiendas de ropa elegante de la Costa Este para que la gente contemple mejor la ropa que quiere vender.

—Y eso qué tiene que ver con nosotros —en esta ocasión el desconcertado era el periodista—. No somos señoritos del este ni hemos venido hasta Laramie para vender ropa.

—No —reconoció Duncan McFree—, pero tampoco hemos venido para que nos maten, sino para castigar a los asesinos del pequeño Jerry. Si hay algo en lo que nos hemos puesto de acuerdo antes de salir hacia aquí es que los hombres de Silver Kane nos estarían esperando. Se imaginan, muy acertadamente además, que vendremos a vengar a nuestro joven amigo, y por eso estarán emboscados, al acecho, prestos a disparar contra nosotros en el momento en que nos vean llegar. Son tan estúpidos que se imaginan que vamos a entrar despacito, con gesto altivo, mirando despectivamente a derecha e izquierda, como si fuéramos personajes de una película del Oeste —en el fragor de su explicación se olvidó de que los hermanos Lumière aún no habían inventado el cinematógrafo—, pero están terriblemente equivocados y, al menos en esta ocasión, van a encontrarse con la horma de su zapato.

»Escuchadme atentamente. Antes me habéis preguntado si tenía un plan. Pues bien, sí, lo tengo. Un plan genial, perdonadme la inmodestia pero es que no le he

encontrado otro calificativo, y eso que lo he buscado en un diccionario. Genial y eficaz. Como veréis he colocado los maniqués en los caballos. Dentro de unos segundos les azuzaremos para que salgan desbocados en dirección hacia la plaza, junto al árbol del que han colgado al infeliz de Jerry. Al mismo tiempo empezaremos a disparar con los rifles que hemos traído. No os importe gastar munición porque tenemos repuestos de sobra. Con eso conseguiremos que los hombres de Kane empiecen a disparar contra los maniqués. De ese modo, además de delatar su posición, desperdiciarán un buen número de balas. Y para que el festejo sea aún mayor, en las alforjas de nuestros caballos he colocado un buen número de cartuchos de dinamita, por lo que el efecto pirotécnico será espectacular y podremos caer sobre nuestros enemigos sin que se den cuenta de nada. No me miréis así, ya sé que es una crueldad, por eso mismo, pese a vuestra extrañeza inicial, he elegido para nuestra incursión los tres caballos más viejos y enfermos del rancho, tres caballos que, por lo que me ha comentado Susan, iban a ser sacrificados en los próximos días. De este modo, por lo menos, les damos la oportunidad de tener una muerte heroica y por una buena causa.

Aunque el *sheriff* y el periodista no estaban totalmente de acuerdo con las últimas palabras de Duncan McFree, ya que opinaban con buen criterio que a los caballos las causas, por justas que fuesen, les importaban un bledo, asintieron en silencio. Al fin y al cabo le habían admitido como su líder y eran conscientes de que solo si le hacían caso en todo lo que les ordenara tendrían una posibilidad de salir vivos de aquella aventura. El que el plan fuese descabellado por completo era casi lo de menos. Lo importante era tener uno, saber lo que iban a hacer y, teniendo en cuenta las escasas posibilidades que tenían de sobrevivir, encomendar su alma a Dios. O a Manítú que quizás, tratándose del Oeste, estaba mucho más cerca.

Sin más preámbulos, McFree azuzó a los caballos mientras con uno de los rifles disparaba hacia el cielo. Pocos segundos después una algarabía de disparos empezó a escucharse al final de la calle y no hizo falta mucho tiempo más para que varias explosiones sucesivas amenazaran con hacer saltar por los aires toda la ciudad. Ese fue el momento elegido por el hombre al que todos conocían como Colt Duncan y sus dos compañeros para internarse en la ciudad y llegar, sin ser vistos, a la plaza del ahorcado. Allí ni siquiera tuvieron que ocultarse, los hombres de Silver Kane andaban corriendo de un lado a otro sin rumbo, como pollos sin cabeza, y fue muy fácil abatirlos a todos, uno por uno. Ninguno de ellos quedó en pie, entre otras cosas porque a los muertos les cuesta mucho mantenerse estables, mientras que los tres atacantes salieron indemnes, sin apenas un rasguño, salvo la leve sordera que durante unos días padeció Tom Zacharias, cuyos oídos eran muy sensibles al estrépito producido por los disparos. La operación, por tanto, puede decirse que se efectuó de un modo impecable y en el menor plazo de tiempo. Incluso, muchos años más tarde, se comentó que Al Capone y su lugarteniente Jack «Machine Gun» McGurn, se inspiraron en ella para la matanza del día de San Valentín, en la que se llevaron por

delante a los hombres de Bugs Moran, aunque otros estudiosos son más escépticos y dicen que la única relación de McFree con la matanza de San Valentín era que a él, como hombre perdidamente enamorado de la hermosa Susan, también le gustaba festejar ese día.

—¿Y ahora qué hacemos, jefe? —preguntó Tom Zacharias, al que protagonizar la noticia, en lugar de limitarse a contarla, le había causado un impacto similar a una descarga de adrenalina.

—Ahora nos dirigiremos al nido de la serpiente y acabaremos con ella y todos sus huevos.

—¿Acabar con las serpientes? —preguntó extrañado el *sheriff*—. ¿No sería mejor que nos olvidáramos de las serpientes y fuéramos a por Silver Kane? No es que lo de las serpientes no sea importante —añadió al ver cómo le miraban Duncan McFree y Tom Zacharias—, pero quizás no debiéramos desviarnos de nuestro objetivo.

Durante unos segundos Colt Duncan sopesó la posibilidad de explicarle a qué se refería, pero consideró que seguramente sería un trabajo baldío, así que se limitó a decirle que no se preocupara, que iban a acabar el trabajo que habían empezado hacía algunos minutos.

Lo bueno de que el *sheriff* estuviera con ellos, pensó McFree, es que no iba a aparecer de repente para importunarlos, sino todo lo contrario, sirvió para tranquilizar a los ciudadanos de Laramie que, por otra parte, no lamentaban para nada lo que acababa de ocurrir delante de sus narices. Incluso algunos, como el sepulturero, se frotaban las manos de alegría viendo que allí había negocio. Por eso, pocos minutos después de que comprobaran que no quedaba vivo ninguno de los hombres de Silver Kane, los vengadores del pequeño Jerry se pusieron de nuevo en marcha. Para ello tuvieron que confiscar tres caballos, ya que los suyos se habían inmolado en aras al bienestar de la comunidad, lo que no gustó a los dueños de las cabalgaduras confiscadas. Ante su reticencia, el *sheriff* tuvo que indicarles que la Ley de Confiscación de Bienes Muebles, Inmuebles y Semovientes en Situaciones de Extrema Necesidad del territorio de Wyoming le habilitaba para proceder del modo en que estaban haciendo. El hecho de que esa ley no existiera no fue un obstáculo para sus propósitos, ya que sus conciudadanos no eran expertos en la legislación territorial y el aplomo con que lo dijo, unido a su condición de autoridad local, hizo que desaparecieran todas las reticencias.

Siempre, en toda gran guerra, algún esforzado combatiente dice una palabra o frase que pasa a la inmortalidad. En el caso de la contienda entre los ranchos LaVerne y Kane fue el periodista quien, cansado de tanto cabalgar, pronunció la que sería recordada en el futuro por sus conciudadanos como la frase del siglo:

—Si seguimos cabalgando a este ritmo nos van a salir almorranas.

Fue una pena que ni Duncan McFree ni el *sheriff* captaran el aliento poético que subyacía bajo la apariencia de una queja. Más bien al contrario, le miraron con cierta dureza y se limitaron a cabecear negativamente en silencio, con lo que se privaron de

decir alguna otra frase que también podría haber pasado a la historia.

Viendo que el tema que había sacado a colación no interesaba a sus compañeros de fatigas, decidió sacar uno nuevo, para ver si de ese modo se animaban a charlar.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿A dónde vamos? ¿Cuál es el plan?

Esa versión actualizada del famoso «quiénes somos, de dónde venimos, a dónde vamos» sí consiguió sacar a Duncan McFree de su silencio.

—Al rancho de Silver Kane. Como ya he dicho antes, vamos a acabar de una vez por todas con esa gentuza que tiene atemorizada la ciudad.

—La idea me parece buena, estupenda incluso, salvo por un pequeño detalle — comentó el periodista.

—¿A qué detalle te refieres? —preguntó, extrañado, McFree.

—A que nosotros solo somos tres, mientras que ellos son unos veinte más o menos, sin contar al cocinero chino, por supuesto.

—Bueno, ya solucionaremos ese pequeño detalle cuando estemos cerca del rancho. Además, por si te sirve de consuelo, nunca me ha gustado la comida china.

La respuesta no satisfizo mucho a Zacharias, pero como no supo qué responder, cosa extraña en una persona cuyo oficio era precisamente explicar a los demás lo que estaba ocurriendo, optó por callarse. Además, sabía que si McFree se obstinaba en algo era imposible disuadirlo. Y, por otra parte, por locos y descabellados que en el pasado hubiesen sido sus planes, tenía que admitir que hasta el momento habían conseguido sobrevivir sin sufrir ningún rasguño. Le quedaba la duda de si eso se debía a que era un estrategia genial o a que hasta el momento le había acompañado la suerte. Confiaba en que fuese lo primero, porque si se trataba de lo segundo, el periodista sabía, porque lo había vivido en sus propias carnes, que la suerte nunca duraba eternamente. A veces ni siquiera duraba tres segundos.

Ajeno a las vacilaciones de su compañero, Duncan McFree continuó guiándoles, hasta que llegaron a la verja que indicaba que estaban entrando en los dominios del «Kane Ranch». No había nadie vigilando, seguramente confiaban en que la trampa que se les había tendido en Laramie hubiera surtido efecto, así que se adentraron bastantes millas sin ser interceptados por ningún hombre de Kane. Poco tiempo después los mugidos que escucharon les pusieron en estado de alerta. McFree ordenó parar a sus dos acompañantes y se apeó de su caballo. Sigilosamente se fue acercando hasta la manada de cuernilargos de la que procedían los mugidos. La visión de los millares de ejemplares que constituían el grueso de la cabaña de reses del rancho era algo grandioso, pero el joven Duncan no estaba en esos momentos muy dispuesto a disfrutar de los placeres estéticos que podía proporcionarle tal hecho. Lo que sus inquietos ojos buscaban era a los jinetes que en esos momentos se ocupaban de custodiar el ganado. Pese a su ingente número no era difícil manejarlo, por lo que tan solo tres vaqueros se ocupaban de ese cometido. Tres hombres no eran muchos hombres, pensó, pero el hecho de permanecer los tres juntos hacía más difícil el acabar con ellos. Sabía que si utilizaba su rifle no tendrían ninguna oportunidad, pero

el ruido de los disparos alertaría a quienes se habían quedado custodiando el edificio principal del rancho, por lo que prefería usar métodos más silenciosos.

La oportunidad surgió cuando uno de ellos se desvió de su camino para recuperar un novillo al que no le gustaban las multitudes y se había apartado de la manada. Sigilosamente se acercó hasta su montura, sin ser visto, y antes de que se percatara de que tenía compañía le propinó una certera cuchillada en el corazón, matándole al instante. Estaba de suerte porque el muerto tenía una complexión física similar a la suya, así que le desvistió y se puso sus ropas. Unos minutos después se acercaba hasta el lugar en el que le esperaban los otros dos hombres de Kane, que no advirtieron la suplantación ya que se había colocado el sombrero de manera que resultara casi imposible identificarle.

—Ya pensábamos que no volvías, Shorty, sí que te ha costado capturar al maldito novillo. Se ve que te estás haciendo viejo —se rio uno de ellos—. O quizás estés bajo de forma.

—Me temo que Shorty no va a llegar a viejo —dijo Duncan McFree mientras su cuchillo se clavaba sucesivamente en las yugulares de los dos hombres— y vosotros tampoco, lamentablemente —acabó la frase, aunque sabía que ninguno de ellos podía ya escucharle.

Limpió su cuchillo en el chaleco de uno de ellos, mientras pensaba que todo eso era una mierda. Quizás en otras circunstancias hasta podrían haber sido amigos, pero estaban en guerra y en una guerra de ese tipo no se podían hacer prisioneros. No creía en la reencarnación, pero si existía les deseó de corazón que su próxima vida fuese mucho mejor que la presente. Si hubiese sabido que uno de ellos se reencarnaría en cantante de *rock* y el otro en escritor de novela negra seguramente sus sentimientos habrían sido muy diferentes, pero entre sus posesiones no se encontraba, por desgracia, una bola de cristal.

Ajeno al futuro que les esperaba a los hombres que acababa de matar, se reunió con el periodista y el *sheriff* para explicarles el resto de su plan, que aceptaron inmediatamente, no porque fuese una maravilla sino porque a ellos no se les ocurrió nada mejor.

Vestidos los tres con las ropas de los vaqueros del «Kane Ranch» muertos se hicieron cargo de la manada y la condujeron hasta las proximidades del edificio central. Los tres eran hombres del Oeste, incluido el periodista y en más de una ocasión habían tenido que efectuar ese trabajo, por lo que no tuvieron ninguna dificultad para hacerlo. Por fin, cuando el edificio estuvo a su vista, azuzaron a las reses provocando una estampida.

Cogidos por sorpresa los habitantes del rancho no supieron qué hacer ni a dónde dirigirse. Quienes huían en dirección a McFree y sus compañeros eran abatidos irremisiblemente por las balas de estos últimos, y quienes se quedaban eran arrollados por los animales que, en su carrera, no distinguían amigo de enemigo, quizás porque no consideraban a los seres humanos sus amigos.

Si McFree hubiese leído «La Divina Comedia» habría calificado el aspecto en el que quedaron el rancho y sus moradores de dantesco, pero como la lectura no se encontraba entre sus aficiones favoritas, se limitó a pensar que parecía que hubiese pasado un tornado. Miró con tristeza los restos de la batalla, si es que podía considerarse batalla a lo que había sucedido hacía unos minutos. De serlo, no era de esas batallas que colmaban de gloria y honores a sus vencedores, pero en esos momentos eso era lo que menos le importaba, lo primordial era que Silver Kane ya no sería nunca jamás una amenaza para la ciudad y la comarca.

Se equivocaba.

Aunque pareciera imposible, había habido sobrevivientes y uno de ellos, altivo como un húsar del Imperio Austro-Húngaro, que parecía recién salido de la ducha ya que ni una sola mota de polvo afeaba su cuerpo ni ensuciaba su vestimenta, y que llevaba colgados de la cintura dos pistolas cuyas cachas, que sobresalían de las fundas, tenían todo el aspecto de ser de plata, se acercó lentamente a donde estaban los tres amigos y, deteniéndose a unos pocos metros de ellos, habló con un vozarrón que retumbó por todo el valle.

—Duncan McFree. ¿O debo llamarte Colt Duncan? Soy Silver Kane. ¿Estás orgulloso de lo que has hecho? ¿Crees de verdad que así pelean los hombres, sobre todo en el Oeste? ¿O es que tu fama es falsa y la has conseguido a base de trampas?

McFree sabía que lo que quería Silver Kane era provocarle y ponerle nervioso, así que optó por no contestar. Quizás, de haber estado en el lugar de Kane, hubiese dicho lo mismo, pero sabía que la historia la escriben siempre los vencedores y, en aquel momento, él era el vencedor.

—¿Por qué no arreglamos esto como dos hombres, como siempre se ha hecho en el Oeste? Tú y yo, solos, McFree. Sin ayuda de nadie.

—¿Me estás proponiendo un duelo?

—Sí. Ambos sabemos que solo uno de nosotros dos puede quedar vivo. Tú no quieres que haya más muertes y a mí, aunque no tengo tus escrúpulos, esta situación no me genera más que inconvenientes, así que es la mejor solución.

—De acuerdo —respondió finalmente Duncan McFree, bajándose de su caballo y colocándose enfrente de Silver Kane—, estoy a tu entera disposición.

No habían pactado ningún tipo de reglas, ni algo tan absurdo como eso de «a la de tres», porque ambos sabían que dispararían nada más contar uno. Eso del honor y el *fair play* está muy bien para las películas y el *rugby*, pero cuando lo que está en juego es tu vida, quedan en un segundo plano, en un duelo a muerte el perdedor no disfruta jamás del tercer tiempo. Fue todo mucho más rápido que eso. Durante unas milésimas de segundo se miraron a los ojos y luego fueron a por sus armas. Después, los ojos de uno de ellos miraron al infinito y se desplomó. Silver Kane había pasado a mejor vida, aunque seguramente él no estaría muy de acuerdo con esta última afirmación.

Duncan McFree miró a sus compañeros, que le sonrieron. En esa pelea sí que había habido gloria, ya no eran los hombres que habían provocado una estampida

para acabar con sus enemigos, sino los camaradas del valiente joven que había acabado en duelo singular con el temible Silver Kane, por eso no se recataron en mostrar su satisfacción y felicidad.

Pero, sobre todo, por fin se había acabado de raíz con la pesadilla de Laramie, y a partir de ese momento la ciudad y todo el territorio de Wyoming podrían prosperar y vivir en paz. No solo era una sensación maravillosa, sino que ya tenían algo que contar a sus nietos. Cuando cabalgaron de vuelta al «LaVerne Ranch» se sintieron los hombres más dichosos del mundo.

El Hotel Carlton, uno de los más antiguos y clásicos de Bilbao, no solo por su nombre de origen anglosajón sino por su estilo Segundo Imperio, se yergue majestuoso en pleno centro de la ciudad, junto a la plaza de Federico Moyúa, a la que la mayoría de los bilbaínos conoce como plaza Elíptica. A su izquierda se encuentra el edificio de la Agencia Tributaria, una inmensa mole ejemplo de lo que tras el triunfo del general Franco sobre la II República se llamó «estilo nacional», con el que el nuevo régimen surgido del conflicto bélico intentaba recuperar el estilo imperial español del siglo XVI, y cuando mira uno de frente puede divisar el palacio de estilo flamenco que Víctor Chávarri, un poderoso industrial, mandó construir a finales del siglo XIX, y que en la época actual alberga las dependencias de la Subdelegación del Gobierno.

Aquella tarde la afluencia de gente al hotel era constante. Lejanos ya los convulsos tiempos en los que tuvo el honor de albergar al primer Gobierno Vasco constituido durante la República, en plena guerra civil española y bajo la dirección del lehendakari Agirre, no es nada extraño observar el flujo constante de turistas que llegan a la ciudad atraídos no solo por lo que se ha llamado el «efecto Guggenheim» sino por otras consideraciones de tipo gastronómico, cultural o por motivos diversos relacionados tanto con el ocio como con el negocio. Pero no solo los turistas gozan de las excelencias del hotel, también es bastante habitual que en sus salones se celebren acontecimientos sociales, culturales o económicos de todo tipo. Como el que estaba convocado a esas horas y al que se dirigían los cinco componentes de lo que Aintzane, tal vez influenciada por sus lecturas, había bautizado con desparpajo como «Grupo de Investigación número 1». El que no hubiera grupos de investigación números 2, 3 o 4, como le hizo ver su novio, Asier Uribe, no amilanó a la animosa joven, y como de alguna manera tenían que identificarse, la denominación fue finalmente aceptada por todos sus miembros.

Cuando Guillermo Ostolaza, al que la sugerencia de su compañera María de que colaborara con las investigaciones que estaban llevando a cabo de un modo no autorizado y casi clandestino prácticamente le rescató del negro agujero en el que estaba sumido como consecuencia de haber acabado con la vida de Agustín Mentxaka, llamó a la puerta de Uribe ya sabía, desde hacía algunos días, que este y Aintzane estaban enfrascados en la búsqueda de la última novela que el charcutero asesinado, Emiliano Etxebarria, había escrito sobre el personaje literario más destacado de los últimos tiempos, Colt Duncan.

Aunque esa búsqueda no tenía nada que ver, en principio, con la investigación que dirigía el juez Azkarate este, aceptando una sugerencia de María, consideró que podría ser interesante contrastar los resultados que Asier y Aintzane habían obtenido y unir sus esfuerzos para ver si, de ese modo, conseguían esclarecer definitivamente

lo ocurrido. En un primer momento tanto Estepan Azkarate como Asier Uribe se mostraron reticentes a trabajar en común, pero las circunstancias les obligaron a hacerlo. En el caso del juez porque un día después de ser destinado a Gernika se enteró de que su sustituto había dictado un auto por el que se sobreescribían las diligencias previas abiertas tras las muertes de Emiliano Etxebarria y Agustín Mentxaka. Convencer a Uribe fue una labor más ardua, pero entre las amenazas de Ostolaza, que contaba con la ventaja adicional de medir casi dos metros y tener una masa muscular proporcional a su estatura, y los halagos y carantoñas de Aintzane, a la que le pareció «superguay» colaborar en una investigación por asesinato, pronto se rindió. De hecho fue Aintzane quien, apoyada incondicionalmente por María, más entusiasmo mostró y la que, en un afán por conseguir que sus compañeros se identificaran como un equipo, le dio el nombre de «Grupo de Investigación número 1», que fue acogido con sonrisas de simpatía por su nueva amiga y con cierto escepticismo por los componentes masculinos del mismo.

Durante un par de semanas intentaron conseguir nuevas pistas e indicios con las que poder inculpar a Xabier Valdeolivos ya que, sobre eso no albergaban la menor duda, él era el auténtico escritor que se escondía bajo el seudónimo de Colt Duncan y, muy posiblemente, el hombre que estaba detrás de la muerte de Emiliano Etxebarria.

—Sabemos quién es el culpable —les dijo Estepan Azkarate el primer día que se reunieron los cinco, las dos parejas de investigadores más su nuevo fichaje, Guillermo Ostolaza—, así que sería absurdo distraernos siguiendo otras pistas. Lo único que tenemos que hacer es estar al acecho hasta que dé un paso en falso y deje suelto un hilo con el que podremos desenrollar toda la madeja.

El optimismo inicial, sin embargo, pronto se fue desvaneciendo. Ninguno de los componentes del flamante «Grupo de Investigación número 1» consiguió encontrar nada que sirviera para procesar a Valdeolivos y, según iba pasando el tiempo, cada vez sería más difícil encontrar algo que obligara al nuevo titular del juzgado a reabrir las diligencias, sobre todo teniendo en cuenta la opinión de la más alta autoridad judicial de la comunidad autónoma.

Fue Aintzane quien, cuando ya estaban dispuestos a arrojar la toalla, encontró las claves del asunto.

—El problema —les dijo a sus compañeros, reunidos en la terraza del mismo bar de Deusto en el que solían verse Estepan y María— es que, siguiendo con tu teoría de «El halcón maltés» —añadió dirigiéndose a Asier Uribe—, estás obsesionado con la figura del «Hombre gordo», al que identificas con Xabier Valdeolivos, y el resto del grupo, aunque quizás no por tus mismos motivos, concuerda con esa hipótesis.

—No digas tonterías —se mosqueó Uribe—, lo de «El halcón maltés» solo era una broma para indicarte cómo me identificaba con mi papel de detective, en ningún momento pensé que tenía algo que ver con el asunto que nos ocupa.

—Y sin embargo —contestó, enigmática, Aintzane—, la clave está precisamente en «El halcón maltés». No sé si habéis leído la novela —comentó dirigiéndose al juez

y los dos agentes municipales que completaban el grupo—, pero si lo habéis hecho o, al menos, habéis visto la película, recordaréis que pese a ser un hombre sin escrúpulos, capaz de vender a su propia madre con tal de conseguir el halcón elaborado con piedras preciosas propiedad de Carlos V, el «Hombre gordo» no mató a Miles Archer, el socio de Sam Spade. El asesino o, mejor dicho, la asesina fue Brigid O’Shaughnessy.

—Sí, sí, lo sabemos, todos hemos leído la novela, ¿y qué? —preguntó, impaciente, Asier Uribe.

—Pero ¿aún no lo entiendes, so tonto? Nos hemos obsesionado con el «Hombre gordo» cuando a quien tenemos que buscar es a Brigid O’Shaughnessy.

—En esta historia no aparece para nada Brigid O’Shaughnessy —contestó de un modo desabrido Asier, molesto por el calificativo recibido.

—¡Pues claro que aparece! —protestó Aintzane—, el problema es que no habéis sabido dar con ella. Parece mentira, vais de progres y enrollados, partidarios de la igualdad de género y todas esas cosas, pero seguís pensando que las mujeres somos unos seres débiles e indefensos que necesitan la protección del macho de la especie, incapaces de valernos por nosotras mismas ni siquiera para matar a alguien. ¡Si Lucrecia Borgia o la princesa de Éboli levantarán la cabeza! —añadió teatralmente.

Tanto el juez Azkarate como Asier Uribe protestaron al unísono con vehemencia, recibiendo por única contestación las risas de las dos mujeres presentes. Curiosamente Guillermo Ostolaza no protestó, sino que se sonrió levemente, lo que hizo sospechar a ambos que sabía algo que no les habían contado a ellos.

—Supongo que sabrás quién es nuestra Brigid O’Shaughnessy —dijo finalmente, en tono irónico, Asier—. Porque no creo que sea la tontorrón de Escarlata. ¿O sí? —le preguntó extrañado, al ver cómo de nuevo en el rostro de su joven novia aparecía una sonrisa.

—Podría serlo o podría no serlo —contestó, sin dejar de reír, Aintzane—. En esta investigación todos pueden ser culpables, salvo que se demuestre lo contrario.

—Sea quien sea —a Estepan Azkarate volvió a salirle el juez que llevaba dentro—, supongo que podréis probarlo.

—Me temo que no, que no tenemos ninguna prueba aunque sí tenemos, ¿cómo lo llamáis los juristas, indicios?, sí, eso, tenemos indicios más que suficientes que señalan a nuestra Brigid particular como la asesina indirecta tanto de Emiliano Etxebarria como de Agustín Mentxaka. Guiller, creo que es tu turno. No sé si lo sabíais —se dirigió tanto a su novio como al juez—, pero resulta que el agente Ostolaza es un auténtico *hacker*, al que no le ha costado nada encontrar una serie de datos que seguramente acabarán convenciendoos del todo.

El gigantesco policía municipal, que no había dejado de sonreír durante toda la conversación, sacó de la mochila que llevaba colgada a la espalda un portátil y empezó a teclear. Según lo hacía iba mostrándoles los documentos que había recopilado durante los últimos días. Para cuando guardó de nuevo el ordenador, todos

habían pasado del escepticismo inicial a la aceptación entusiasta de la teoría de Aintzane. Sin embargo aún subsistía un problema.

—Creo que estáis en lo cierto —admitió Estepan Azkarate—, pero solo son indicios, no pruebas concluyente. En otro momento serían más que suficientes para reabrir las diligencias, pero con la oposición de Urizar y la sumisión a este de mi sustituto, no tenemos nada que hacer. Además, esos indicios se han obtenido ilegalmente, lo que todavía complica más las cosas.

—En realidad eso no supone ningún problema, Estepan —le dijo María—, porque Aintzane y yo estamos seguras de que nuestra Brigid O’Shaughnessy confesará.

—¿Ah, sí? —preguntó zumbón y todavía molesto Asier Uribe a su novia—. ¿Acaso va a resultar que ahora eres psicóloga?

—Ella no, pero yo sí —le replicó María. Y al observar la cara de sorpresa de Uribe añadió—: No todos los policías son microbiólogos, químicos o antropólogos como en CSI y series similares. Algunos somos psicólogos y aunque la idea es de Aintzane, yo estoy de acuerdo con ella.

—¿En qué os basáis para sostener eso? —preguntó en esta ocasión el juez Azkarate.

—Puedes llamarlo intuición femenina —le contestó, risueña, María.

—Nunca he creído en la intuición, ni femenina ni masculina —le replicó Estepan.

—Nosotras tampoco —en esta ocasión el turno de hablar y de reírse perteneció a Aintzane—, pero hasta que todo acabe tendréis que quedaros con las ganas de saberlo, como castigo a vuestro escepticismo.

Ese era el motivo de que los cinco componentes del «Grupo de Investigación número 1» se estuviese encaminando, en esos momentos, hacia el Hotel Carlton, dispuestos a codearse con lo más granado de la sociedad bilbaína en un acto que había provocado la expectación de todo el mundo desde que se convocó: la presentación de «La leyenda de Colt Duncan», la última novela que sobre ese personaje escribió, antes de ser asesinado, Emiliano Etxebarria. Al menos eso es lo que ponía en la invitación, aunque los miembros de ese singular grupo sabían que no era cierto. No les fue sencillo conseguir las cinco invitaciones, pero apelando a amistades e influencias finalmente lo lograron.

Entraron por separado, dos parejas y un hombre solitario de gran tamaño, para que nadie sospechara que estaban trabajando conjuntamente. Mientras se dirigían hacia el salón en el que iba a tener lugar la presentación, fueron reconociendo a personajes muy populares del mundo de la cultura y las finanzas. Algunos incluso les saludaron o les devolvieron el saludo. Quizás los más efusivos fueron Rosendo Etxebarria y su hija Escarlata, que agradecieron a Asier y Aintzane las gestiones realizadas. Al parecer el hermano del difunto Emiliano había conseguido sacar una buena tajada del pastel, pese a que la editorial poseía los derechos del personaje, y se encontraba feliz y expansivo.

—¡Qué hijo de puta! —masculló, entre dientes, Aintzane—. Se va a forrar sin

haber hecho nada. Ni él ni su hermano —añadió—, aunque al menos este último dio la cara por otra persona y murió a consecuencia de ello.

—¿Y qué esperabas? —le contestó Asier—. *Business is business* o, lo que es lo mismo, *the show must go on*, el espectáculo tiene que continuar. A la editorial lo que menos le importa es que Emiliano Etxebarria no fuese el auténtico autor de las novelas de Colt Duncan. Además, aunque lo supieran, que es posible que lo sepan, no van a admitirlo públicamente, y menos en estos momentos en los que la muerte del supuesto escritor ha hecho aumentar aún más, si cabe, la cotización de sus obras.

Poco a poco todos los invitados fueron ocupando sus asientos, incluso muchos de ellos tuvieron que permanecer de pie, y empezó la presentación. El primero en hablar fue Mariano Luzarraga, el editor, para dar la bienvenida a los asistentes y anunciarles que al final del acto se servirían bebidas y canapés, lo que fue aplaudido a rabiar por todo el público. Posteriormente Xabier Valdeolivos hizo un panegírico del difunto Emiliano Etxebarria, un diamante en bruto de la literatura, afirmó, que de no haber sido asesinado tan alevemente nos hubiera ofrecido, en el futuro, nuevas obras cada vez más depuradas, incluso alejadas de los habituales géneros populares, tan denostados por cierta crítica elitista, pero cuya fuerza narrativa y capacidad para emocionar a los lectores es su mejor elogio así como el augurio de que nunca desaparecerán. Finalmente un catedrático de la UPV, la Universidad del País Vasco, habitual escritor de artículos periodísticos que nadie leía debido a su estilo oscuro y confuso que él prefería denominar barroco, habló de la semántica y la semiótica en la obra de Colt Duncan. La buena educación de los asistentes, miembros en su mayoría de familias que habían podido permitirse darles una esmerada crianza, evitó que los bostezos, e incluso los ronquidos, se enseñorearan de la estancia, pero Asier Uribe estaba convencido de que solo la promesa inicial de las copas y los pinchos hacía que la inmensa mayoría de ellos aguantaran, imperturbables, las divagaciones del orador.

Afortunadamente el ilustre profesor universitario también tenía hambre, o sed, o ambas cosas simultáneamente, porque una hora y tres minutos después de haber comenzado su disertación decidió que era hora de acabarla, con lo que se ganó una estruendosa ovación del público, no porque les hubiese gustado el discurso a los asistentes, sino para agradecerle que hubiese puesto punto final al mismo.

Inmediatamente, y mientras la gente se afanaba en conseguir una copa de vino y un pincho de tortilla de patata, se fueron formando corrillos de gente que hablaba de sus cosas, en su mayoría sin relación con el motivo de la convocatoria. El grupo de investigación había decidido que Aintzane se encargara de hablar con el objetivo. Pese a su inexperiencia en ese tipo de materias, su desparpajo y fresca la capacitaban para hacerlo. Además, el juez y los dos agentes municipales estaban descartados desde el primer momento, pese a que por su profesión parecían los más indicados, ya que al tratarse de un asunto oficialmente cerrado podían meterse en problemas e incluso poner en riesgo su propia condición de funcionarios públicos. En cuanto a Asier Uribe fue eliminado por su carácter vehemente. La forma en que

protestó ante sus cuatro compañeros no hizo sino ratificar a estos en lo adecuado de su decisión.

Aintzane, con una copa de cava en la mano, fue saludando a los asistentes, incluso a algunos que no conocía de nada pero que educadamente le devolvían el saludo, picoteando de corrillo en corrillo, de grupo en grupo, hasta que se acercó a uno en el que Nekane Alkorta, la esposa del editor, ejercía de anfitriona. Tras varios minutos en los que se criticó a las personas que no estaban presentes y se dio un buen repaso a los trajes y peinados de unas cuantas invitadas, Aintzane consiguió quedarse a solas con ella y sacando de su bolso un libro le pidió que se lo dedicara.

—Hoy no es mi día —protestó levemente la mujer de Luzarraga, pese a notarse que la petición la había halagado—, sino el de Colt Duncan, nuestro afamado y tristemente fallecido escritor de novelas del Oeste.

—Lo sé —admitió Aintzane con tono serio—, pero yo no he venido por él, sino por usted. Me he leído todos sus poemarios y me parecen una maravilla.

—Muchas gracias, pero creo que exageras —respondió sonriente Nekane Alkorta, mientras sacaba una pluma de su bolso y abría el libro que le había tendido Aintzane por su primera página—. ¿Cómo te llamas?

—Aintzane, Aintzane Álvarez, pero con que ponga Aintzane será suficiente, soy la única que se llama así en mi casa.

«A Aintzane, agradeciéndole que se interese por estos humildes poemas que surgen de mi desgarrado corazón», fue pronunciando en voz alta la dedicatoria que estaba escribiendo, antes de devolverle el libro.

Aintzane estuvo a punto de vomitar al escucharlo, pero afortunadamente no se le notó, y fingiendo un entusiasmo tal vez excesivo le agradeció en el alma una dedicatoria tan hermosa.

—¿Está escribiendo ahora algo? —le preguntó después de devolver el poemario a su bolso.

—Por supuesto que sí —le respondió Nekane Alkorta mientras, con gesto amigable, con una de sus manos cogía otra de Aintzane—, ya sabes cómo somos los escritores, sobre todo los vocacionales, no podemos estar sin escribir, es lo que nos da la vida.

—Sí, lo entiendo, tiene que ser algo maravilloso. ¿Y en qué está metida ahora? ¿Otro poemario o, quizás, una novela negra?

—¿Una novela negra? ¡Qué horror, Dios mío, qué horror! ¿Cómo se te ocurre pensar algo así? ¿Una novela negra? —repitió—. Nada más lejos de mis intenciones. Lo que yo busco al escribir es atrapar la belleza, la belleza de las palabras, la belleza de las situaciones, el éxtasis que nos provocan los sentimientos. Nada más alejado de mi forma de sentir la literatura que esa ordinariez del género negro, tosco y vulgar donde los haya, con sus páginas empapadas de sangre y sudor, de lágrimas y excrementos, con sus concesiones al ínfimo gusto del populacho. No sé ni cómo te ha podido venir a la cabeza esa idea.

—Quizás porque es usted un genio para crear tramas de género negro. A ver qué le parece esta historia. Una poetisa, harta de que sus libros no sean apreciados ni por la crítica ni por el público, decide un día escribir, como si se tratara de un juego, una novela del Oeste. Como parte de ese juego convence a su amante, que es a su vez asesor literario de la editorial propiedad de su esposo, para que la publique, pero no desea asociar su nombre a una obra de ese tipo así que convencen a un charcutero, seguramente porque el amante era su cliente, aunque este último detalle no tiene excesiva importancia, para que se haga pasar por el autor. ¿Voy bien hasta ahora?

—Es una historia fascinante —respondió Nekane Alkorta—. Le ruego que continúe, por favor.

—Pues bien, la novela tiene tanto éxito que se convierte en el soporte económico de la editorial, una editorial creada por el marido de la poetisa para poder publicar sus poemarios, unos poemarios que hasta el momento habían sido rechazados sistemáticamente por el resto de las editoriales del país debido a su baja calidad y escasa originalidad.

—Ese último comentario sobraba. Me parece muy cruel —protestó Nekane Alkorta.

—Tiene razón, lo siento, no era mi intención ofenderla sino completar el cuadro. Prosigo. La escritora se ve obligada a escribir más y más novelas con el mismo personaje que, por cierto, se llama Colt Duncan, qué casualidad, ¿no le parece?, pero llega un día en que comprende que no lo aguanta más, y no solo no aguanta a Colt Duncan, sino que no puede soportar que el hombre elegido para hacerse pasar por ella, pongamos por ejemplo que se llama Emiliano Etxebarria, usurpe su identidad, así que decide acabar con él y, de paso, con Colt Duncan, un personaje que amenaza con anular su personalidad de poetisa. ¿Sigo yendo bien?

—Como si tuviera una bola de cristal. Pero no se pare, continúe.

—Para lograrlo se puso en contacto a través de su amante, que era cliente habitual, con un pequeño traficante y exdrogadicto al que convence para que gaste una «broma pesada» a un amigo charcutero, consistente en fingir un atraco para darle un buen susto. El tipo, pese a estar rehabilitado, tiene la mente tan embotada por culpa de su anterior consumo de drogas, que no sospecha nada y como además le prometen una buena cantidad de dinero acepta colaborar en la supuesta broma, pero cuando dispara se da cuenta de que estaba cargada con balas de verdad y al intentar escapar es abatido por un agente municipal que desconocía que no le quedaban más balas en el interior de su arma. Lo del agente fue suerte hasta cierto punto, porque no deja de ser un rasgo de genialidad dar aviso a la policía de que se acababa de matar a un hombre antes de que eso sucediera. Podría no haber funcionado, pero no importaba, en todo caso sería un nuevo detalle que unir al cuadro, ya que como el atracador no sabía quién le había contratado para efectuar la supuesta broma, no podría haberla delatado. Además, ningún juez o policía se habría creído la historia. De todos modos, al salir también eso de acuerdo con lo planeado, fue la guinda que

culminó el pastel.

—Es una historia excelente —dijo Nekane Alkorta—, debería escribirla.

—No puedo —contestó Aintzane—, me acusarían de plagio porque es una historia que ya ha sido escrita.

—¿Sí, de verdad? ¿Y quién es el autor de esa retorcida trama?, si puede saberse.

—Usted —no hubo dramatismo en las palabras de Aintzane, ni la señaló vehementemente con un dedo ni frunció el ceño en señal de enojo. Se limitó a sonreír mientras la acusaba de haber conspirado para asesinar a Emiliano Etxebarria, acusación recibida también con una sonrisa por Nekane Alkorta.

—¡Bravo, bravo, bravo! —Aplaudió levemente la poetisa—, es usted una excelente detective. Y como parece ser muy aficionada a esas vulgares películas de detectives y policías supongo que estará grabando todo esto para poder acusarme luego ante un tribunal, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca, aunque no estoy usando cables ni nada parecido sino un teléfono móvil.

Al escuchar esto a través del móvil del juez, este y Asier Uribe se miraron con gesto de desesperación, pensando que Aintzane acababa de cagarla. Curiosamente fueron los dos policías los que se sonrieron, sin preocuparse por lo que acababan de oír.

—Me alegro —dijo finalmente Nekane Alkorta—, porque me produciría mucha fatiga tener que contar de nuevo toda la historia ante un juez o un policía, con ratificarme en lo que ya está grabado sería suficiente.

—Entonces, ¿admite que fue usted la instigadora de la muerte de Emiliano Etxebarria y, en cierto modo, de la de Agustín Mentxaka?

—Sí, claro que lo admito, y además tengo que añadir que usted no solo ha descrito perfectamente la secuencia de los hechos, sino mis más profundos motivos para hacerlo. ¿Puedo preguntarle cómo lo ha descubierto? Hasta este momento pensaba que había cometido el crimen perfecto.

—Bueno, cuando supimos qué buscar no fue tan difícil. Bilbao en el fondo sigue siendo una pequeña villa y aunque usted y Valdeolivos llevaban en secreto sus amoríos es imposible ocultar indefinidamente algo así. Cuando averiguamos que su amante era cliente de Mentxaka no nos fue difícil imaginar que era él quien les había puesto en contacto. Además, escudriñando en sus cuentas corrientes también pudimos observar que el señor Valdeolivos le transfería a usted puntualmente las cantidades que recibía de la editorial, correspondientes al cincuenta por ciento de los derechos de autor de las novelas de Colt Duncan.

—Sí, Xabier es todo un caballero. En muchas ocasiones le insistí para que se quedara con ese dinero, a mí no me hacía ninguna falta, es una de las ventajas de estar casada con un empresario de éxito, pero siempre se negó, decía que ese dinero me lo había ganado yo y, por tanto, era yo quien debía cobrarlo. De todos modos no es eso lo que le he preguntado. Eso, por decirlo de alguna manera, es la parte técnica

del asunto. Lo que me gustaría saber es cómo llegaron a la conclusión de que tenían que investigarme.

Aintzane volvió a sonreír. Ese era el momento que había estado esperando desde que hizo partícipes de su teoría primero a Asier y posteriormente al resto del grupo.

—Porque leí su novela.

—¿Porque leyó mi novela? —preguntó, entre admirada y sorprendida, Nekane Alkorta.

—Sí, tardé unos días en confirmar mi primera impresión, pero cuando la leí pensé inmediatamente en usted. Creo que no se lo he dicho, pero soy estudiante de Literatura y siempre me ha gustado mucho leer, libros de todo tipo, novelas, ensayos, también poesía, por supuesto. Con anterioridad había leído varios de sus libros de poemas y al leer la novela encontré muchas similitudes en los giros, expresiones y metáforas de las diferentes obras. Es cierto que el lenguaje de un poemario y el de una novela, sobre todo si pertenece a los llamados géneros populares, son muy diferentes, por eso tuve que releerlos varias veces, pero llegué en todas las ocasiones a la misma conclusión. La autora de las novelas de Colt Duncan y de los poemarios tenía que ser la misma. El resto vino ya rodado. Como usted misma ha dicho, sabiendo donde buscar todo se hace mucho más sencillo.

—Estoy impresionada —confesó Nekane Alkorta cuando Aintzane acabó su explicación—, totalmente impresionada. Y a su total disposición, deseo acabar ya de una vez por todas con esto. Francamente no me importa, no seré la primera escritora que vaya a parar a la cárcel, quizás ahí tenga la oportunidad de escribir en paz todo lo que de verdad me sale de dentro. Es cierto, no podía soportar que unas noveluchas deleznable, que escribí en un momento de confusión personal, eclipsaran mi gran obra. Necesitaba acabar con toda esa mierda y con ese tendero grasiento y seboso que se estaba enriqueciendo a mi costa. Sabe, no espero que me comprenda, pero no me importa. La historia nos enseña que los más grandes espíritus hemos sido siempre, también, los más grandes incomprensidos.

—La tía tenía un trueno de cuidado. ¿Quién en su sano juicio puede matar a alguien para velar por la integridad de su obra literaria? —comentó Asier Uribe dos días después, cuando todo el grupo se reunió en el bar de Deusto para celebrar el final feliz del caso y discutir lo que había sucedido. Por una vez todos estaban contentos, el juez porque había recuperado su puesto en Bilbao, Ostolaza porque pudo demostrar que no era en realidad culpable de la muerte de Agustín Mentxaka, Asier porque, pese al golpe que supuso la detención de su mujer, Mariano Luzarraga le aseguró que mantendría sus promesas y editaría los originales que le había presentado. María porque Estepan Azkarate había decidido irse a vivir con ella y Aintzane porque también iba a ver publicado su libro de poemas y, además, su capacidad como crítica y analista literaria había sido fundamental para resolver el caso.

—Supongo que su defensa alegará precisamente que sus facultades mentales estaban deterioradas —apostilló Estepan Azkarate—, al menos eso es lo que yo haría si fuese su abogado. De todos modos tenemos que admitir que Aintzane tenía razón, aunque la verdad es que al principio me pareció un tanto absurda su hipótesis basada en las similitudes entre los libros de poesía escritos por Nekane Alkorta y las novelas de Colt Duncan, pero cuando hurgamos algo más en su vida y encontramos indicios que apuntaban en esa dirección, no me quedó más remedio que aceptar que estaba en lo cierto, como finalmente se ha demostrado. Por cierto, creo que aún no lo sabéis, pero ha confesado que obtuvo el arma y las balas por mediación de un viejo conocido suyo, un anticuario belga experto en arte flamenco que, según parece, complementa los escasos ingresos de su galería bruselense con la venta de otros productos mucho más lucrativos. Hoy mismo se ha dictado una orden a la Interpol para que proceda a su detención. De todos modos, Aintzane, aún hay una cosa que sigue intrigándome. ¿Cómo estabas tan segura de que iba a confesar sus delitos? —le preguntó directamente a la joven novia de Asier Uribe.

—Permíteme que conteste yo por ella, Estepan —intervino, sonriendo pícaramente, María—. La verdad es que seguras, lo que se puede decir completamente seguras, nunca lo estuvimos al cien por cien, pero teniendo en cuenta que nos encontrábamos en una situación de atasco total, sin posibilidades de conseguir no ya una prueba, sino unos indicios suficientes para presentar ante un juez, decidimos jugárnosla. Como ya os comentamos antes de ir a la presentación, fue una buena combinación entre los conocimientos literarios de Aintzane y los míos como psicóloga. Ella llegó a la conclusión de que la asesina era Nekane Alkorta y yo a la de que confesaría.

»Ya os he dicho que no estábamos seguras al cien por cien, la certeza absoluta es prácticamente imposible de conseguir en nuestras respectivas especialidades, aunque confiábamos en estar en lo cierto, como así ha sido, afortunadamente. Pero yendo a lo concreto, a mi idea de que acabaría admitiendo sus crímenes, si os fijáis bien en el

fondo todo era un juego de imposturas. Emiliano Etxebarria se hacía pasar por el autor que firmaba como Colt Duncan, Xabier Valdeolivos se hizo pasar por su descubridor y Nekane Alkorta fingía ser una poetisa exquisita, ajena a las ordinariencias y vulgaridades de la vida cotidiana. Todos, de alguna u otra manera, fingían. Como dijo Pessoa, “el poeta es un fingidor”. Y aquí la poetisa era, precisamente, quien más motivos tenía para fingir. Pero, de alguna manera, no podía soportar que otro se llevara la gloria que ella se merecía.

»Poneos en su lugar —continuó hablando María—. Nekane Alkorta llevaba años luchando por ser considerada como una de las poetisas fundamentales de nuestra época, pero como no era ninguna idiota sabía perfectamente que nadie admiraba sus obras y que si estas se publicaban era gracias a que su multimillonario marido creó una editorial con el único y exclusivo propósito de proporcionarle ese capricho. Y de repente, quién sabe si por aburrimiento, o por gastarse una broma a sí misma, escribe una novela del Oeste que, por vergüenza o por considerar que puede mancillar su condición de poeta refinada y exquisita, firma con un seudónimo, atribuyendo su autoría a una persona totalmente desconocida y ajena al mundo de las letras. Pero por esos avatares de la vida que somos incapaces de controlar, se convierte en un éxito de ventas y eleva, a su desconocido autor, al pináculo de la fama y de la gloria, una fama y una gloria que tendría que corresponderle a ella por derecho propio y que, sin embargo, no puede disfrutar. Quizás por eso decidió “castigar”, aunque en el fondo no fuera culpable de nada, a la persona que le había arrebatado esa fama y esa gloria, Emiliano Etxebarria, aunque paradójicamente él mismo fuese un desconocido para el gran público. Él tenía, o podía llegar a tener en un futuro, los honores que a ella jamás se le rendirían, así que decidió asesinarle. En realidad, para Nekane Alkorta no fue un crimen, sino un acto de justicia o, si lo preferís, de venganza.

—De acuerdo —contestó Estepan Azcarate—, eso explica que llegarais a la conclusión de que ella era la asesina, pero no vuestra confianza en que confesaría sus crímenes.

—Déjame contestar a mí, María —le pidió Aintzane, y ante la aceptación de esta, tomó la palabra—. Tenéis que recordar que estamos ante una escritora. Y los escritores, como tú muy bien sabes, querido Asier, son de por sí vanidosos y narcisistas —la risa del resto de sus compañeros hizo que el aludido enrojeciera ostensiblemente—. Para ellos no hay nada más importante que el reconocimiento de su obra, si fuera posible venderían el alma al diablo por lograrlo. Nekane Alkorta, con sus prejuicios contra algo tan barriobajero y popular como el género del Oeste, se negaba a reconocerse como autora de las obras de Colt Duncan, pero si asesinaba al vulgar hombrecillo que se hacía pasar por el autor, el asunto cobraba otra dimensión. Se trataría de un acto de justicia de la poetisa contra ese mundo injusto y cruel que le negaba los laureles a los que se sentía acreedora. Y cuando se supiese la verdad, su aura resplandecería como jamás lo había hecho el de ningún otro poeta en el mundo. Esto último no es mío, que conste —puntualizó Aintzane—, lo he sacado de uno de

sus poemas. Por eso María y yo pensamos que acabaría confesando, porque necesitaba que todo el mundo lo supiera para poner el colofón que se merecía a su vida, más que a su obra, como poeta. Y para acabar de convencerme, estaba el manuscrito desaparecido. Ninguno de vosotros ha leído la última novela de Colt Duncan, ¿verdad? Pues tendréis que leerla y seguramente, cuando lleguéis al último capítulo, comprenderéis que nuestra Brigid O'Shaughnessy particular, al contrario que la heroína de Dashiell Hammett, era consciente de que tenía que ser castigada por lo que había hecho, aunque pensara que actuó correctamente. Sí —finalizó pensativa—, no sé que opinaréis vosotros, que tenéis más experiencia en asuntos criminales —se dirigió al juez y los dos policías—, pero apuesto a que es la primera vez que desentrañáis un caso de asesinato por el hecho de leer una novela.

—¿Qué vamos a pensar? Que por increíble que parezca, acertasteis de pleno —contestó, con admiración, el juez.

—No lo sabes tú bien —le replicó, entre risas, María—. Esta misma mañana uno de los más afamados críticos literarios del país ha escrito un artículo, en un periódico de gran difusión, explicando cómo en la obra de Nekane Alkorta «se pueden percibir inequívocas señales de la atormentada y sombría personalidad que le llevó a cometer el horrendo delito del que se ha declarado culpable». Así que podemos decir que, por una vez en la vida, todo el mundo está satisfecho con la resolución del crimen. Incluso la culpable —finalizó entre las risas de todos sus compañeros.

Aquel era un día de fiesta. Habían traído del limítrofe territorio de Colorado una orquesta y todos los ciudadanos de Laramie estaban bailando, al menos los que no habían bebido tanto como para acabar rodando por los suelos. Duncan McFree también lo hacía, aunque toda su habilidad con las pistolas se volvía torpeza a la hora de seguir el ritmo con sus pies, pero no importaba, se había acabado con la pesadilla que asolaba el territorio y había que celebrarlo, daba igual que fuese bailando o haciendo el pino en lo más alto del campanario. Esa tarde todos sus convecinos, incluso quienes siempre le habían dado la espalda, se apresuraban a felicitarle y mostrarle su más sincera adhesión, aunque él no les hacía mucho caso, solo tenía ojos para Susan, que estaba radiante y hermosísima.

La plaza se encontraba llena de gente, no faltaba nadie del pueblo ni de las zonas limítrofes. Se trataba del acontecimiento del año, del siglo en realidad, y todo el mundo era bienvenido a la fiesta, blancos e indios, altos y bajos, hombres y mujeres, ricos y pobres, lugareños y forasteros. Cualquiera que se uniese a la celebración era aceptado sin hacerle ninguna pregunta, pero cuando llegó aquel forastero todos sintieron algo especial, o al menos eso dijeron después de que todo hubiera pasado. Quizás porque no se trataba de un forastero, sino de una forastera vestida a la usanza vaquera y con dos grandes pistolas que colgaban de su estrecha y sugestiva cintura. Pero lo más sorprendente fue que cuando, sin bajarse de su caballo, se acercó hasta donde se encontraba Duncan McFree, este empalideció ostensiblemente.

—Por fin te encuentro, Hopkins.

Si ya el hecho de la presencia de esa mujer había causado extrañeza, que llamara Hopkins a quien todos sabían que su nombre era Duncan McFree provocó que esa extrañeza aumentara.

—Usted se equivoca, señorita —titubeó el *sheriff* con el tratamiento que debía aplicarle, pero luego habló sin tanta vacilación—. Este caballero no se llama Hopkins, sino Duncan McFree y es un héroe que ha librado al territorio de Wyoming de un peligro atroz, así que le rogaría que hablara con un poco más de respeto. De hecho es él quien vino aquí buscando a un impostor llamado Hopkins.

—¿De verdad? Es francamente divertido, el bueno de Hopkins es un auténtico maestro de la tergiversación, incluso les dijo que buscaba a alguien apellidado de ese modo. Estoy tentada de quitarme el sombrero en señal de admiración. En cuanto a lo último que me ha dicho, *sheriff*, no pondré en duda su afirmación de que el sinvergüenza de Hopkins es un héroe —contestó la mujer—, siempre ha sido muy bueno con las armas e incluso puedo admitir que tiene cierto sentido de la justicia, pero no por ello deja de ser un impostor que siempre ha querido aprovecharse de la fama de los demás. Sé lo que le digo porque yo soy la auténtica Duncan McFree. Para ser exactos mi nombre es Rosalyn Duncan-McFree, aquí tiene mis documentos por si quiere comprobarlo —mientras decía esto sacó de sus alforjas unos papeles y se los

enseñó al *sheriff*—, pero mucha gente me conoce como Colt Duncan. El auténtico, o mejor dicho, la auténtica Colt Duncan.

—Eso es imposible —balbuceó el *sheriff*—. Una dama como usted...

—Olvídese de eso, *sheriff*, no soy una dama, dudo mucho de que pudiera encontrar a una sola persona que me calificara de ese modo. Pero si lo dice porque soy mujer, aparte de ser usted un misógino empedernido —afortunadamente el *sheriff* desconocía el significado de la palabra «misógino» y no se ofendió al escucharla—, comete un error imperdonable. ¿No ha oído usted hablar de Martha Jane Canary-Burke?

—¿De quién?

—De la famosa Juanita Calamidad, la compañera de Wild Bill Hickok, más conocido como Búfalo Bill.

—Sí, por supuesto.

—Pues Juanita y yo somos primas, así que ya lo ve, debe ser cosa de los genes.

—¿De qué? —le preguntó el *sheriff*, que empezaba a preocuparse por las palabras que desconocía, pese a haberse considerado siempre un hombre culto.

—De la sangre, ya sabe, las afinidades familiares y todas esas cosas.

Mientras transcurría esta conversación entre Rosalyn y el *sheriff*, Duncan McFree, en caso de ser ese su nombre, les miraba sin atreverse a decir nada, ni siquiera intentó tranquilizar a quienes le animaron para que hiciese callar a esa chalada. Ya no estaba tan pálido, pero el color no había vuelto del todo a su cara y se le veía extremadamente nervioso.

—Los documentos son auténticos —dijo el *sheriff*, tras examinarlos—. Parece que efectivamente usted se llama Rosalyn Duncan-McFree, pero eso no significa nada. Puede ser una coincidencia. En este mismo pueblo hay ocho Bill Smith y cinco Bob Harrison.

—Duncan-McFree no es un apellido tan común como Smith o Harrison —se rio Rosalyn—, pero eso no tiene importancia. Le apuesto lo que quiera a que Hopkins no puede probar que él también se llama así.

El *sheriff* miró a su amigo, como si le preguntara en silencio si lo que decía la forastera era cierto, pero no contestó. Se limitó a mirar hacia el suelo, como si estuviese avergonzado. Daba la impresión, por su actitud, que estaba reconociendo implícitamente que la recién llegada estaba diciendo la verdad.

—Eso no significa nada —intentó defender el *sheriff*, casi de un modo desesperado, a su amigo—. La gente no acostumbra a coger la documentación para ir a bailar a una fiesta.

—Supongo que no. Bueno, la verdad es que no lo sé, no he ido a bailar en mi vida —respondió risueña Rosalyn—, pero hay un sistema infalible para saber, sin que quepa la menor duda, quién es el auténtico Duncan McFree.

—¿Cuál? —preguntó el *sheriff*, aunque intuía la respuesta.

—Este —respondió la mujer, golpeando las culatas de sus pistolas—. Todo el

mundo en el Oeste sabe que aún no ha nacido nadie que sea más rápido disparando que Colt Duncan. Quizás tan solo sea una leyenda, ya sabe que estos territorios son proclives a las leyendas, pero en todo caso es una leyenda que supera la realidad. Así que nada más fácil para comprobar quién de los dos es Colt Duncan. Un duelo a muerte y el que sobreviva se queda con el nombre y los honores. ¿Estás de acuerdo conmigo, Hopkins? —añadió dirigiéndose al hombre que todo el mundo en Laramie conocía como Duncan McFree.

—Sí, estoy de acuerdo —contestó, sin protestar por el hecho de que Rosalyn le hubiese llamado Hopkins.

—No pienso permitirlo —bramó el *sheriff*—. En esta ciudad los duelos no son legales y si lo hacéis caerá sobre vosotros todo el peso de la ley.

—Le agradezco sus esfuerzos por protegerme, *sheriff* —contestó el Colt Duncan hombre—, pero hay cosas que son inevitables. Es el destino, supongo. Bueno, Rosalyn, por fin me has encontrado. Ya va siendo hora de acabar con toda esta historia.

De nuevo en el seco y polvoriento Oeste rugieron las armas. Y de nuevo uno de los duelistas cayó al suelo, con la mirada vacía, lejos ya de las bondades y miserias de este mundo. Solo que en esta ocasión quien quedó en pie no fue el hombre que se hacía llamar Colt Duncan, sino la mujer que reivindicaba como suyo ese sobrenombre.

Mientras el periodista se llevaba de allí a una llorosa Susan el *sheriff* contempló con tristeza el cadáver de quien hasta hace unos segundos era su amigo.

—No tenía que haberlo hecho —dijo finalmente, hablando con Rosalyn—. Aunque su nombre auténtico fuese Hopkins era un buen hombre. Nos rescató de las garras de Silver Kane.

—No lo dudo, pero no lo hice por eso.

—Entonces, ¿por qué lo hizo? Sabe que voy a tener que arrestarla por asesinato, y seguramente acabará colgada de un árbol. ¿Merecía la pena?

—Por supuesto que merecía la pena. Esto es el Oeste, *sheriff*. Y en el Oeste a los cuatreros y a los impostores hay que matarlos. Es lo que se merecen. Aunque quien lo haga tenga que arrostrar las consecuencias —contestó, sin dejar de sonreír y entregando sumisamente sus pistolas al *sheriff*.



JOSÉ JAVIER ABASOLO (Bilbao, 1957) irrumpió en el mundo literario como ganador del Premio de Novela Alba/Prensa Canaria 1996 con *Lejos de aquel instante*, que fue también candidata al Premio Hammett 1977 de la Semana Negra de Gijón a la mejor novela policíaca publicada originalmente en español.

Recientemente ha sido designado vocal de la Asociación Española de Escritores Policiacos; ha ejercido de abogado, secretario de Juzgado de Instrucción y jefe de negociado en los Servicios del DNI de Bilbao y en el Gobierno Civil de Bizkaia. Actualmente trabaja para el Gobierno Vasco.